BAJO SOSPECHA

SANGRE Y RAÍCES

SERIE THRILLER POLICIACO LIBRO 1



PABLO POVEDA

Bajo Sospecha

Sangre y Raíces Libro 1

Pablo Poveda

Copyright © 2025 por Nova Illice Media Pub



Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798304326100

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

Sofía

Se dice que la vida está hecha de pequeños detalles. Pero no nos engañemos: esa frase suena bonita y optimista. Esos «pequeños detalles» son también los cuchillos que escondemos en el cajón de la cocina. Ahí, quietos, olvidados, hasta que un día, ¡zas!, te pasan factura. Y, en un segundo, todo cambia, sin previo aviso, sin piedad.

En su caso, todo estaba a punto de cambiar.

Para siempre.

Era un domingo soleado, de esos en los que la casa familiar de los Bernabeu parecía más un escenario teatral que el hogar de una familia ilicitana. Sofía estaba sentada a la mesa junto a su marido, Marcos, sus hijos, su hermano Ignacio y Marina, su pareja, la única mujer que lo soportaba desde hacía dos años, aunque nadie hubiera apostado nada por ella al inicio de la relación. Su madre, Teresa, ocupaba la cabecera de la mesa, mientras su padre, Tomás Bernabeu, presidía desde el extremo opuesto. Como era habitual, también estaba presente «El Gordo» Díaz, uno de los hombres de confianza de la familia, acompañado por dos asociados. Desde pequeña, Sofía se había preguntado si aquellos hombres no tenían familia o algo mejor que hacer, en vez de compartir la mesa con una familia ajena. No recordaba en qué momento esas comidas con ellos se convirtieron en una estampa frecuente.

En el enorme salón, una mesa larga y bien adornada sostenía una paellera en el centro y platos de arroz con conejo y caracoles para todos. La comida dominical era un ritual casi sagrado, tan sagrado como las normas que la regían: estaba prohibido hablar de trabajo o pedir favores. Era una ocasión para fortalecer lazos, compartir anécdotas, distender el ambiente semanal y asegurarse de que todos parecieran alineados con los valores de la familia Bernabeu. O eso pretendía el jefe. Entre el aroma del arroz en su punto justo y las risas ocasionales, Sofía no podía evitar observar a su padre.

Tomás Bernabeu, a sus setenta años, con el pelo canoso y una piel morena curtida por el sol del campo, seguía siendo el líder incansable que todos conocían desde joven. Su mirada firme, su sonrisa persuasiva y la autoridad que emanaba sin necesidad de palabras formaban parte de su identidad. Ahora, en su vejez, lucía unas gafas de pasta negra que suavizaban su mirada, pero era solo una pose. Tras sus ojos oscuros se adivinaban los años de dureza y astucia. Sofía se preguntaba en qué momento, si es que llegaba alguno, su padre decidiría retirarse del negocio. No podía evitar admirar la manera en que había llevado esa vida, siempre al frente, sin vacilar jamás. Y tampoco dejaba de cuestionarse si su hermano o ella estarían dispuestos a asumir esa función.

Miró a su hermano Ignacio, siempre con esa actitud despreocupada, como si nada realmente importante sucediera. Luego observó a «El Gordo»» Díaz y a los otros asociados. Sofía sabía que su vida había sido distinta a la del resto. Aunque estaba involucrada en los asuntos de la familia, siempre había intentado mantener una cierta distancia, una separación que le permitiera no involucrarse del todo en la parte más oscura del negocio.

Durante la comida, los comentarios jocosos sobre cuándo se jubilaría Tomás se hicieron inevitables. Díaz fue el primero en bromear, preguntando cuándo le iban a dejar a él el mando de todo. Por supuesto, nadie se atrevía a preguntar qué era lo que realmente le correspondía. Tomás sonrió con ganas y respondió, como siempre:

—Todavía tengo que dar de comer a mucha gente, y no he pensado en eso.

Todos rieron y el ambiente se relajó aún más. Parecía que las preocupaciones del día a día, las tensiones entre los Bernabeu y otras familias y los rumores sobre posibles traiciones se esfumaban en esos momentos de aparente felicidad. Pero la verdad seguía ahí, entre líneas, a la vuelta de la esquina.

Cuando terminaron de comer, Teresa se levantó y llamó a Sofía para que la ayudara a traer varias bandejas de pasteles y unas botellas de mistela y coñac, mientras ella preparaba la cafetera. La mistela, un licor dulce típico de la zona, era siempre la bebida perfecta para culminar una comida así. Cuando estaban en la cocina, la madre no pudo evitar hacer un comentario mientras organizaban las bandejas.

—Tu padre siempre está con lo mismo. No cambiará nunca.

Sofía la miró de reojo, intentando entender si había algo más tras esas palabras.

—¿Va todo bien, mamá? —preguntó, mirando de nuevo hacia el salón, donde todos seguían conversando animadamente.

—Sí, claro... —respondió Teresa, aunque algo en su tono denotaba preocupación.

Sofía fijó su mirada en su hermano Ignacio y luego en Díaz, que parecía atento a cada palabra que su padre decía. De pronto, el teléfono de Díaz sonó. Este se levantó para atender la llamada y salió a la zona techada que rodeaba la casa. Sofía, sin pensarlo demasiado, se quedó cerca de la ventana de la cocina, observando y tratando de escuchar la conversación. Díaz hablaba en voz baja, pero logró distinguir algo sobre un «acuerdo de la operación». Aunque no pudo escuchar los detalles, Sofía sintió un nudo en el estómago. Supuso que algo importante se estaba gestando, algo que su padre estaba manejando sin contarles demasiado.

Eso no era nuevo.

No mezclar los negocios con la familia era otra de las reglas implícitas que su padre cumplía a rajatabla.

Al menos, mientras pudiera gestionarlo todo.

Pasaron las horas, el sol calentaba cada vez menos y, poco a poco, los invitados comenzaron a despedirse. La despedida podía alargarse hasta una hora, pues era habitual anunciar que uno se marchaba,

pero no hacerlo. Finalmente, todos se levantaron para irse, y ella vio a su padre caminar hacia el Mercedes 500 E negro de Díaz, con la emblemática estrella plateada delante.

—Voy a volver en un rato, Teresa. Tengo que darle algo a Fernando y pasar por el despacho —dijo Tomás, mientras abría la puerta del coche—. Estaré para la cena.

—¿Cena? —preguntó ella.

El hombre comprobó la hora en su Rolex.

—Todavía es pronto. Llegaré sobre las nueve o así... Algo habrá que comer, mujer.

La esposa asintió, sin cuestionar ni una palabra. Era habitual, parte de la vida que llevaban. Sofía, sin embargo, no podía evitar sentirse inquieta.

Teresa la miró y negó con la cabeza, restándole importancia.

—Tu padre siempre lleva algo entre manos, Sofía. No descansa ni los domingos... pero no te preocupes, no es nada nuevo.

Sofía observó cómo su padre se alejaba por el largo camino que llevaba a la entrada de la finca. La inquietud no desaparecía, y sentía que algo estaba a punto de cambiar. A continuación, Ignacio y su pareja se despidieron de ellas dos.

—¿Ya os vais, hijo?

—Sí, madre. —Le dio dos besos a Teresa y se acercó a su hermana —. ¿Sofía?

Ambos se dieron dos besos en un gesto mecánico que no significaba nada. Los abrazos y los besos habían dejado de ser una muestra de afecto para convertirse en algo protocolario, y Sofía se preguntaba en qué momento eso había cambiado.

—Adiós, Ignacio.

La pareja subió al Audi Q8 y salió de la finca.

Sofía se quedó pensativa, observando el vehículo. La relación con su hermano había ido a menos con los años. Quizá era porque él parecía cada vez más distante, más impaciente, como si atravesara una mala racha, o porque sus padres querían que ella fuera distinta, que se alejase de todo aquello. Tal vez porque a ella le iban las cosas mejor. «Quizá sea su forma de ser», pensó, intentando convencerse de ello. El amor entre hermanos suele ser como un lazo

fuerte que, una vez roto, se convierte en una lucha de orgullo y corazones heridos.

2

Serrano

El cementerio de Elche estaba cubierto por una fina capa de niebla matinal, como si el cielo compartiera el peso de la tristeza que envolvía a los presentes. Era un fenómeno poco habitual en una ciudad donde el sol y los cielos despejados eran casi constantes. El entierro de Durá, compañero del inspector Javier Serrano, había concluido. Alrededor de la tumba, la gente empezaba a dispersarse en silencio, mientras Serrano permanecía un poco más con la familia. Laura, la viuda de Durá, estaba destrozada. Lloraba sin descanso y sus sollozos rompían el solemne silencio que reinaba en el lugar. Serrano permanecía a su lado, intentando ser un pilar de apoyo en medio de tanta agonía.

—¿Por qué, Javier? —preguntó Laura entre lágrimas—. ¿Por qué tuvo que hacer esto? ¿Por qué de esa manera? No lo entiendo…

Él la miró. «No hay nada que entender», pensó, con los ojos empañados por una tristeza que apenas podía contener. No tenía respuestas, nunca las había tenido, y mucho menos ahora. Si la pérdida era amarga, el recuerdo lo era aún más. En su mente resonaba una frase que Durá le había dicho alguna vez, en un tono que entonces creyó casual, sin sospechar que se refería a sí mismo. Una frase que no iba a compartir con Laura: «Pegarte un tiro sería como apagar todas las luces de una vez, acabar rápido con un dolor que, sin embargo, vive más allá del disparo».

—Joder, Durá.

Todo lo que podía ofrecerle a Laura era un abrazo, un intento desesperado de consolarla en un escenario donde no había consuelo posible.

—Nunca lo vi venir, Laura.

La viuda lloró contra su hombro y le dio un puñetazo en el pecho, rabiosa, buscando desahogarse. Él la abrazó con más fuerza, como si, de alguna forma, eso pudiera aliviar la impotencia. Tras la ceremonia organizada por la policía, Serrano se despidió de Laura y del resto de la familia, apartándose poco a poco del grupo. La vida seguía para quienes aún pisaban la tierra. Se dirigió hacia la salida, con el peso de la realidad apretándole el pecho y la certeza de que todo cambiaría en la comisaría.

A lo lejos, distinguió las figuras del comisario Vélez y del subinspector Gutiérrez, que lo observaban desde la distancia, como si él guardara algún secreto. Pero no era así. No tenía palabras para ellos. A pesar de todas las horas compartidas con Durá, no podía creer lo que había ocurrido. Había sido de los buenos, de los que se tomaban el trabajo en serio, de los que siempre estaban ahí. «¿Qué demonios iba a saber yo?». Necesitaba un trago. Que Durá se hubiera quitado la vida era algo que Serrano aún no podía procesar.

De pronto, en su camino apareció una figura conocida: Mayte, su exnovia. La sorpresa lo golpeó con la fuerza de un puño. En el fondo, se alegraba de verla, aunque sus emociones eran un caos. Mayte, la mujer con quien compartió años intensos, la que lo conocía como nadie. Su relación se había desgastado por el trabajo, el alcohol y el hermetismo de Javier. Más bien, lo habían desgastado todo.

—María Teresa… —dijo al reconocerla, y se acercó para darle dos besos.

Ella se apartó ligeramente.

—No estoy aquí por ti, Javier —dijo con voz firme—. Estoy aquí por Laura y por Durá. Me enteré ayer, por amigos que tenemos en común.

Serrano intentó sonreír, pero el gesto se quedó a medio camino, roto por la incomodidad.

—Claro… —respondió, buscando algo que decir, pero su mente estaba nublada.

—¿Cómo estás?

—Ya me ves.

—¿Te va bien? —preguntó ella, con una mezcla de amabilidad y lástima.

—Voy tirando —contestó en tono sardónico—. He tenido temporadas mejores. Pero no es el día para dar pena.

—No, lo cierto es que no.

El silencio incómodo que siguió hablaba de todo lo que no se dijeron. Mayte nunca lo había perdonado por dejarla, pero lo que ella no sabía era que Javier tampoco había logrado perdonarla por lo que sucedió entre ellos: la infidelidad con un compañero de trabajo, una herida que seguía abierta, una cicatriz que le recordaba lo frágiles que pueden ser las relaciones bajo presión constante.

Finalmente, Mayte se despidió con pocas palabras y se unió al grupo de Laura para consolarla. Serrano la observó mientras se alejaba y sintió una punzada. Solo quería cerrar capítulos, dejar atrás la mala suerte que parecía ser su compañera perpetua.

«Unos la tienen, otros la buscan».

Tras unos minutos, decidió que era hora de marcharse. Salió del cementerio, caminando hacia su coche: un BMW Serie 3 antiguo, de color rojo. No era suyo; lo había tomado prestado de la Policía Judicial tras embargarlo en una operación.

Apoyado en la puerta del coche, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo colocó entre sus labios. Tardó unos segundos en encenderlo. Él y Durá habían dejado de fumar hacía dos días, pero ya estaba rompiendo la promesa. Miró hacia los nichos y a la gente que aún rondaba la tumba del policía. «Tú tampoco la has cumplido», pensó, y encendió el cigarrillo. Le dio una larga calada. Aunque sabía a rayos, el humo logró calmarlo brevemente. Sin embargo, ni la nicotina podía borrar la sensación de que algo había cambiado para siempre, de que Durá no solo había dejado un hueco en la comisaría, sino también en su alma. Quizá, si hubiera estado más atento, si hubiera notado las señales… pero las señales nunca habían estado ahí. Ni con Mayte, ni con Durá, ni con su propia vida.

Todo su enfoque había estado en la «Operación Camarote», lo único que le había importado hasta entonces.

—La terminaré por ti, amigo.

Apagó el cigarrillo contra la grava y subió al coche. Cerró la puerta con fuerza, como si el ruido pudiera sacarlo del aturdimiento. Arrancó el motor y escuchó el ronroneo familiar del BMW. Salió del aparcamiento del cementerio, con una promesa grabada en el corazón: no dejar que la muerte de Durá quedara sin sentido.

3

Eduardo

Eduardo Parres estaba en su huerta, bajo el cálido sol del mediodía, recogiendo naranjas de los árboles de su finca, al sur de la ciudad, en el campo de Elche. Las ramas de los naranjos estaban cargadas de fruta madura, y el olor cítrico y fresco impregnaba el aire. «La vida es como una naranja: a veces dulce, a veces amarga, pero hay que exprimirla con fuerza para conocer su verdadero sabor», solía decirse. Le gustaban esas frases manidas, útiles en cualquier contexto, que incluso el más analfabeto podía entender. Se sentía sofisticado al usarlas, como si le dieran un aire erudito que él mismo disfrutaba.

A su lado, un transistor portátil emitía la narración del partido entre el Elche C.F. y el Cartagena, que seguía empate a cero. En ese momento, Eduardo se sentía en paz, lejos, aunque fuera por un día, de los negocios, las llamadas y los problemas que le acechaban durante la semana. Para él, los domingos eran sagrados, aunque no fuera el hombre más católico. Era el único día que se reservaba para sí mismo, para sus tierras, para sentirse parte de algo más que los oscuros negocios que dominaban el resto de su vida. Que hubiera elegido esa vida no significaba que estuviera completamente a gusto con ella, ni tampoco a disgusto. Allí, entre los naranjos, conectaba con algo más grande, y su existencia parecía florecer al cuidar las raíces que lo sostenían.

Mientras escogía las mejores naranjas, un ruido rompió la tranquilidad del campo. Levantó la vista y vio, a lo lejos, un coche levantando polvo en el camino de tierra. Su fino bigote blanco se tensó. Al instante, reconoció el vehículo: era el de su hijo, Marcos. Eduardo suspiró, frunciendo el ceño. «Siempre me encuentran», pensó. Había dejado el móvil en la casa, deliberadamente, buscando desconectar, pero ni siquiera en su propia finca podía escapar de las responsabilidades y de las noticias. «Si un día quieren matarme, no hará falta tecnología; sabrán cómo encontrarme. No hay escondite para nadie, ni siquiera para mí».

Marcos bajó del coche y caminó hacia él, visiblemente ansioso. Eduardo dejó el saco de naranjas en el suelo y se incorporó, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Ya debe ser importante para que vengas a buscar a tu padre —dijo, intentando que su tono no sonara molesto—. ¿Cómo estás?

—Papá, tengo un mensaje para ti —respondió Marcos, con un aire de seriedad que apenas contenía.

Eduardo negó con la cabeza, visiblemente molesto.

—¿Es que no te he enseñado nada? —le reprochó, y si se hubiera tratado de otro, tal vez le habría dado una bofetada—. Nunca se empieza una conversación con malas noticias. Da mal fario, y además es de mala educación no preguntar primero cómo está el otro.

Marcos titubeó y luego sonrió levemente.

—No es una mala noticia, papá —respondió, despertando la curiosidad de Eduardo.

—Bueno, pues suéltalo —contestó, mostrando un poco más de interés.

—El policía que estaba investigándonos… el alto, el de las cejas pobladas… —Marcos hizo una pausa deliberada antes de continuar —. Ha muerto.

Eduardo se quedó un momento en silencio, dejando que las palabras calaran.

—¿Un accidente?

—No. Parece que se ha pegado un tiro.

Eduardo se tomó unos segundos para procesarlo. No era un hombre que celebrara la muerte de nadie, pero, sin duda, la noticia le quitaba un problema de encima. Sin embargo, un suicidio en esas circunstancias siempre le resultaba sospechoso.

—¿Y nosotros tenemos algo que ver con eso? —preguntó con calma, pero observando a su hijo con ojos atentos.

—No, que yo sepa —respondió Marcos, encogiéndose de hombros —. Solo sé lo que me han contado. Parece que ninguno de los nuestros ha tenido nada que ver.

—Asegúrate de eso.

—Mis fuentes son de fiar.

«Como las mías», pensó Eduardo. Aun así, la muerte de un policía en medio de una investigación no era algo que pudiera tomarse a la ligera.

—Ahora hay que mantener la calma unos días, hasta que corra el aire. ¿Eso es todo?

Marcos asintió.

—Sí, eso es todo. ¿Quieres que te ayude con algo aquí?

—Llévate unas naranjas para casa. Dile a tu madre que estas son las buenas —le indicó Eduardo, alcanzándole el saco a medio llenar.

—Por cierto, papá...

—¿Sí?

—Sobre mi futuro en el negocio...

—Hoy no, Marcos. Es domingo. ¿Entendido?

—Claro —respondió Marcos, a regañadientes. De nuevo, su hijo intentaba sacar a relucir la conversación sobre el relevo en la empresa familiar, pero Eduardo no estaba dispuesto a hablar de eso en ese momento. Mientras Marcos regresaba al coche, Eduardo volvió a mirar al transistor. Justo entonces, la voz del comentarista anunciaba un gol del Elche C.F. Una leve sonrisa cruzó su rostro. Era un respiro bienvenido en un día extraño. Pero no tardó en volver a la noticia.

Se quedó junto al naranjo, reflexionando sobre la muerte del policía y sobre lo que implicaba para la próxima carga de hachís que estaba a punto de llegar por la costa. «Espero que no haya sido cosa de los moros, ni de los Bernabeu», pensó y prefirió no darle más

vueltas. Sabía que, si todo salía como había planeado, el siguiente golpe sería suyo, y por fin lograría consolidar el control del territorio que tanto ambicionaba. Pero ignoraba las muchas cosas que estaban por suceder. Como en el fútbol, en cada contraataque se juega el honor de volver a intentarlo. Aquel era su momento, pero sabía bien que no podía darle un respiro al rival.

Eduardo levantó la mirada hacia el cielo despejado, un azul que parecía prometerle que todo estaba bajo control. Pero sabía que la tranquilidad en su mundo siempre era un espejismo, y que las nubes podían aparecer en cualquier momento.

4

Raquel

Su alma estaba tejida de miradas honestas y verdades crudas, porque había comprendido que el valor real de la vida no está en lo que se aparenta, sino en lo que se sobrevive. Raquel Ortega trabajaba esa noche en el club *La Palmera*, su puesto habitual, un local de alterne situado en la carretera nacional que conecta Elche con La Marina. Era domingo, una noche tranquila, por desgracia para algunos y por fortuna para las demás. El club aún no había empezado a llenarse y el ambiente estaba en ese estado de calma previa al inicio de la acción. Trixie, Ludmila y Raquel olían a perfume barato, llevaban lencería llamativa y esperaban a los clientes, aunque ese fin de semana no se habían visto muchas caras nuevas. Las tres se conocían bien, aunque cada una guardaba sus peculiaridades. La belleza no lo era todo, al menos, allí dentro.

Ludmila parecía especialmente contenta, y Trixie y Raquel intercambiaban miradas de desconcierto, desconociendo el motivo. La chica polaca no llevaba mucho tiempo allí, y Raquel no podía evitar preocuparse por ella. Desde hacía un tiempo, sospechaba que Ludmila estaba empezando a consumir cocaína, lo último que necesitaban en un lugar como ese. Conocía bien lo que el polvo podía hacerles a las chicas: primero, las hacía sentir que lo tenían todo bajo control, y luego, cuando se daban cuenta, todo se había venido abajo, y terminaban dependiendo del camello que,

casualmente, trabajaba para la organización. Aprovechó un momento en el que Trixie se había ido a cambiarse y se quedó a solas con Ludmila en la barra.

—Lumi —le dijo de forma cariñosa, acercándose un poco para que nadie más la escuchara—. Oye, necesito hablar contigo, ¿estás bien?

—Sí, claro.

—Te noto un poco alterada.

—Estoy bien.

—¿Le estás dando…?

—¿Dando?

—¿Crees que me chupo el dedo?

Ludmila la miró con una sonrisa ladeada. Su español era torpe, siempre una barrera, aunque había aprendido a hacerse entender con miradas y gestos.

—No te preocupes, chica. Lo tengo bajo control —respondió, mientras se inclinaba hacia ella y le daba un beso en la mejilla—. Sé que no eres mi hermana, pero yo sí te considero mi amiga, la única amiga que tengo aquí.

—Por eso puedes confiar en mí.

—Eso dice todo el mundo hasta que...

Raquel sintió un nudo en el pecho al escuchar esas palabras. No esperaba que Ludmila la viera de esa manera.

—Te lo digo porque sé cómo va esto. ¿Vale? No te metas en esas mierdas, Ludmila. Eres bonita e inteligente. Las drogas no llevan a nada, solo al agujero.

La muchacha se encogió de hombros, como si las palabras de Raquel no tuvieran importancia.

—Estoy bien, ¿vale? Solo lo hago cuando me ofrecen. Me ayuda a aguantar más y a olvidarme del cliente por un rato. Más tiempo, más dinero. Deberías seguir mi consejo.

—¿Tu consejo?

—Bueno... Tú me aconsejas sin habértelo pedido. Es evidente que no te va tan bien como a mí. Te lo digo como amiga. No tendré tu edad, ni los años en el negocio, pero aprendo rápido y también sé cómo va esto.

Raquel suspiró y negó con la cabeza, pero antes de que pudiera responderle, la puerta del club se abrió y vio entrar a Ignacio Bernabeu. «Oh, mierda.» Se quedó paralizada por un segundo al reconocerlo. Todo el mundo sabía quién era Ignacio. Estaba acompañado por dos hombres que no había visto antes, pero eso no importaba; su sola presencia ya alteraba el ambiente de la noche.

El hijo de Tomás Bernabeu avanzó directamente hacia la barra, preguntando por «La Viuda». Raquel no tuvo que decir nada, ya que una de las otras chicas señaló hacia el despacho, al fondo del local.

—Está en su oficina, señor Bernabeu.

Sin más, Ignacio se dirigió al despacho oculto al final de uno de los pasillos y desapareció tras la puerta, dejando a sus dos hombres entreteniéndose con las chicas. Raquel sintió la tensión del ambiente, pero intentó mantenerse calmada. Uno de los tipos se acercó a ella, mientras el otro se aproximaba a Trixie, la francesa. Raquel no estaba de humor para juegos.

—Si queréis algo, invitadnos a una copa, ¿no, guapos? —dijo con una sonrisa, en su peor actuación de seducción. Solo pretendía ganar tiempo.

—Seréis putas... Ni con el jefe delante… —El hombre le lanzó una mirada de desprecio.

Ella no se dejó amedrentar. El aspecto de aquel energúmeno le daba asco y pensó que se lo daría aún más en la cama.

—Sabías a lo que venías, cariño. No seas tacaño —respondió, con una sonrisa que se endureció levemente—. No se puede ser tan directo.

Los tipos pagaron dos copas para ellos y dos para las chicas. Raquel y Trixie pidieron lo habitual: ron con refresco de cola para la francesa y Ballantine’s con hielo para la española, pero las aguaron un poco. A algunos clientes les gustaba que parecieran borrachas.

Al rato, la puerta del despacho se abrió e Ignacio salió con una expresión que no presagiaba nada bueno. Sin decir una palabra, tomó a Ludmila de la mano y se la llevó hacia una de las habitaciones del club. Raquel no pudo evitar una punzada de preocupación, pero sabía que no debía entrometerse.

Trixie y ella continuaron conversando con los hombres, aunque la charla no llevaba a ninguna parte y ambas habían agotado sus temas banales. Raquel intentaba mantener la calma mientras, de reojo, observaba lo que sucedía entre Ludmila e Ignacio. El hombre que estaba con ella comenzó a impacientarse, al ver que ella no mostraba interés en ir más allá de la charla.

—¿Por qué no me llevas a un cuarto? Con cada minuto que pasa, me estoy poniendo más...

El hombre intentó acercarse para restregarse contra su cuerpo, pero Raquel se apartó y le puso los dedos en la boca.

—Cariño, guárdate eso para dentro de un rato. Quiero que me dures más de treinta segundos —le dijo, con una sonrisa burlona—. Sería una pena cobrarte por eso.

—¡Maldita zorra! No vales ni para puta —respondió él, con desprecio, antes de marcharse en busca de otra chica.

Raquel apretó los dientes, tragándose las ganas de gritarle. «Que te jodan, imbécil», pensó, esforzándose en mantenerse fría. Al poco rato, «La Viuda» salió de su oficina y miró directamente hacia la empleada. En su rostro se notaba que algo iba mal.

—Raquel, ven a mi oficina —le ordenó, señalando hacia la puerta.

La meretriz sabía que le esperaba una reprimenda. Después de todo, el local estaba lleno de cámaras de vigilancia. Entró al despacho y se sentó frente al escritorio, mientras «La Viuda» se acomodaba en su sillón y la miraba con una mezcla de decepción y severidad.

—Cuéntame, Raquel. ¿Qué te pasa?

Ella se encogió de hombros, intentando parecer indiferente.

—Nada. Olía el problema —respondió, como si fuera evidente.

«La Viuda» soltó un bufido, exasperada.

—Pues deja de oler tanto y trabaja más. Porque, si no, voy a mandarte a la calle, de donde te recogí. Y bien sabes que allí no durarías mucho… Las cosas están cambiando, y necesitamos hacer caja para seguir funcionando y que sigas cobrando.

—Hago lo que puedo.

—No, querida. Haces lo que quieres.

Raquel guardó silencio, aunque en su interior ardía de frustración. No quería estar allí, no quería vivir en ese infierno, pero tampoco veía una salida. Se quedó en silencio mientras «La Viuda» seguía hablando, sin escuchar realmente. Estaba atrapada. Sentía que cada pared de ese oscuro lugar se hacía más sólida y el aire más rancio y espeso, como si el mundo entero se cerrara mientras ella permanecía allí dentro, sin más opción que apretar los dientes y esperar, sin saber bien a qué o a quién.

De pronto, un ruido afuera interrumpió la conversación. Algo pasaba en el exterior. «La Viuda» revisó el monitor en blanco y negro que tenía sobre el escritorio y frunció el ceño, molesta.

—Malditos animales… Quédate aquí —le ordenó, mientras salía rápidamente de la oficina.

Raquel, en vez de obedecer, se levantó y fue al baño, asegurándose de no ser vista. Desde allí, escuchaba la conversación en la planta de arriba. Ignacio Bernabeu explicaba a «La Viuda» que Ludmila había tenido una sobredosis, que había sido un accidente. El corazón de Raquel se aceleró al escuchar eso.

—Llévala al hospital —exigió «La Viuda».

—No puedo hacer eso —replicó Ignacio—. Hemos follado y, si le pasa algo, lo relacionarán conmigo. No puedo permitirme ese riesgo. No lo puede saber nadie.

Hubo un silencio tenso, hasta que Ignacio añadió con frialdad:

—Además, está muerta.

Raquel se llevó una mano a la boca, intentando contener un grito. «La información quema. Quien la tiene puede hacer girar el mundo o destruirlo», pensó, recordando una frase que un cliente le había dicho un día tras un servicio. En su momento no le dio importancia, pero ahora comprendía el peso que tenía.

«La Viuda» insistió en que Ignacio se hiciera cargo de la situación, pero él parecía tener un plan de emergencia.

—Yo me encargaré de la chica, pero olvídate de ella.

—¿Qué? Estás loco…

—Debes vaciar el bar —dijo Ignacio con firmeza—. No te preocupes por la chica, ni por mi padre; yo me ocuparé de él y de compensarte.

Raquel sintió como si el mundo se le viniera abajo. Ludmila estaba muerta y ahora conocía el valor de su vida, o de la de cualquiera de las chicas que trabajaban allí. Tiró de la cisterna para fingir que había entrado por necesidad. Al salir del baño, se encontró con «La Viuda» e Ignacio bajando las escaleras. La jefa la miró directamente a los ojos y supo al instante que ella había escuchado todo.

—Todo el mundo a su casa —ordenó la madame, con una frialdad que heló a las trabajadoras. Luego se acercó a Raquel y le susurró al oído, con una voz llena de veneno—: Si abres esa boquita, te espera el mismo final que a ella.

La empleada asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Se había quedado sin aliento. La advertencia estaba clara: la muerte de Ludmila no era solo un mensaje, sino una sentencia para cualquiera que se atreviera a cruzar la línea. Y ahora, más que nunca, la información quemaba en la garganta. Tenía que encontrar una salida de ese infierno antes de que fuera demasiado tarde.

5

Serrano

El inspector Serrano estaba recostado en una esquina de la barra del Jackson Irish Tavern, apurando su segunda pinta de Heineken. El reloj del bar marcaba las dos de la madrugada del domingo. «Buena hora para pedir otra», pensó, aunque sabía que probablemente no se la servirían. El Jackson era uno de los pocos locales en Elche que seguía abierto a esas horas, un refugio para quienes querían alargar la noche sin soportar el reguetón machacón de otros antros. Allí, entre el rock clásico y una soledad buscada, Serrano encontraba un extraño consuelo mientras buceaba en sus pensamientos oscuros.

Las camareras, dos chicas argentinas, iban y venían entre las mesas y la barra. Siempre le sonreían, aunque él nunca recordaba sus nombres. Las confundía constantemente, pero ambas lo trataban con amabilidad. Quizá porque Serrano, pese a su aspecto de perro apaleado, solía dejar buenas propinas. Aquella noche estaba ebrio, y con razón: el día había sido horrible. Era el tercero así, seguido en una semana que no le daba tregua. Mirando absorto la espuma de su cerveza, pensaba en Durá, su amigo, y en lo que lo habría llevado a quitarse la vida.

—Volarse la tapa de los sesos… eso no es cualquier cosa —murmuró en voz baja.

No podía dejar de preguntarse cómo no había visto las señales, cómo no había notado el sufrimiento de su amigo. La sociedad creía

saber tanto de salud mental, que era incapaz de mirar más allá de su ombligo. «Lo único que existe en tu cabeza, es una puerta que no quieres abrir. Eso es lo que hay», se repetía. Y, al hacerlo, una idea persistente empezó a filtrarse entre sus reflexiones: ¿y si él mismo estaba metido en la misma espiral? «Quizá tú también. No lo sabes. Estás jodido, aunque eso sí que lo sabes. Todos lo estamos. ¿Cuál es la maldita diferencia? ¿Y si esta cosa que arrastras no es más que otra parte de ti? Lo único que sabes, en este momento, Serrano, es que estás borracho».

Dio otro trago y suspiró. Le apetecía fumar, pero las ganas no eran suficientes como para moverse del taburete. Apoyó los codos en la barra, perdido en sus propios fantasmas.

La «Operación Camarote» le rondaba la cabeza. Habían sido meses de trabajo, de investigaciones interminables y de vigilancias asfixiantes desde un furgón destartalado frente a los narcopisos del barrio de Carrús. Todo aquello, por un salario de mierda y una causa que no pagaba en monedas, sino en frustración. ¿Cómo había llegado a ese caso? Por una denuncia. La droga siempre causaba problemas y su venta, aún más. Pero Serrano sabía que tenía que seguir, si no por justicia, al menos para meter a los Parres entre rejas. Lo necesitaba. No porque fuese un idealista —hacía tiempo que no lo era—, sino porque, sin esa misión, sin esa excusa, la línea que separaba su vida del abismo desaparecía.

Apuró el último trago, pagó la cuenta y salió tambaleándose ligeramente. Su apartamento no quedaba lejos, y las calles del centro de Elche estaban tranquilas, como adormecidas. Pero sabía que aquella calma no llegaba a todos los barrios. En Carrús, donde él había crecido, la actividad era otra: tráfico de hachís, peleas en las esquinas y desesperación vendida al peso.

Al llegar a su piso, saludó de pasada a Bruno, su pez de colores, que nadaba lentamente en su pecera de cristal barato, decorada con un coral de plástico y un esqueleto de juguete.

—¿Qué hay, colega? —le preguntó al pez y le dio de comer. Luego se descalzó con torpeza, sin ganas de comer ni de pensar más en la noche. Su colchón, tirado directamente en el suelo, le esperaba. Se dejó caer sobre él como un saco de piedras y cerró los ojos. La

oscuridad y el silencio lo envolvieron rápido, pero no tardaron mucho en romperse.

El teléfono sonó, arrancándolo del sueño con un zumbido insistente.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —murmuró, todavía adormilado.

Habían pasado unas cuantas horas, pero no eran suficientes para él.

Unas débiles luces del amanecer empezaban a filtrarse por las rendijas de las persianas. Intentó ignorar el aparato, pero el tono le dejó claro que era importante.

—¡Dios Santo! —bufó con un gruñido, cogiendo el móvil.

La voz al otro lado era de la central. Tenía que cubrir una denuncia de desaparición en el carrer Ample. Serrano frunció el ceño.

—¿Qué? ¡Vamos! Tengo el día cogido por asuntos propios.

—Siento lo de tu compañero, pero…

—Y además, ese no es mi departamento. ¿No podéis mandar a otro?

—Son órdenes de arriba. Es urgente.

—Diablos... Siempre son órdenes de arriba.

Colgó sin despedirse, frotándose la cara con ambas manos. La resaca empezaba a golpearle fuerte, con un tamborileo constante en las sienes. Se levantó tambaleante, buscando a tientas sus zapatos.

—¡Oh, Dios! —repitió para sí mientras trataba de encontrar una camiseta limpia.

La vida de Serrano había dejado de ser sencilla hacía mucho tiempo, pero aquella mañana, mientras se preparaba para enfrentarse a una denuncia que ni siquiera le correspondía, tuvo la sensación de que todo estaba fuera de control. Había un agujero en su interior, uno que el alcohol, el trabajo y su retorcido sentido de la justicia no lograban llenar. Pero, aunque él no lo supiera todavía, aquella llamada, esa maldita llamada, estaba a punto de cambiarlo todo. Porque incluso la mala suerte, a veces decide tomarse un respiro.

6

Serrano

El inspector salió del coche, ajustando su chaqueta de cuero mientras caminaba hacia la entrada de la finca en el *carrer Ample* de Elche, en pleno corazón de una ciudad que aún dormía en las primeras horas de la mañana. El ambiente ya empezaba a caldearse con el sol, que se alzaba sobre las palmeras. Él, en cambio, seguía aturdido. «Una ducha fría, dos aspirinas y un café son suficientes». Sin embargo, tendrían que pasar un par de horas, hasta que se diera cuenta de la magnitud del problema.

Algo que, más que sorprenderle, le causaba una ligera molestia.

Sobre todo, porque dos días antes había perdido a su compañero de binomio, y eso parecía importarle bien poco al comisario. «Cada cuatro días, se quita la vida un agente», le habían dicho, como si aquel dato sirviera de algo. «En el fondo, a nadie le importa una mierda lo que haga un policía».

Esta vez no era un aviso cualquiera: la familia había denunciado la desaparición de Tomás Bernabéu. Un pez gordo y de los peligrosos.

El despacho del empresario, cabeza pública de una de las familias más influyentes de la zona, estaba en esa misma calle.

El portero de la finca, un hombre bajo, con el rostro curtido por el sol y las cejas siempre fruncidas, lo esperaba en la entrada con las manos cruzadas, como si intentara evitar cualquier tipo de contacto con el inspector.

—Buenos días —dijo Serrano, apenas levantando la voz. Sabía que no sacaría mucho de aquel tipo, pero debía intentarlo.

El portero levantó la mirada sin entusiasmo y asintió.

—La familia ha puesto una denuncia. ¿Cuándo ha llegado?

—Esta mañana.

—¿Ha visto algo?

—Nadie ha visto nada —respondió, anticipándose—. Ni ha oído nada tampoco.

—Le pregunto a usted.

—Es lo que sé.

Serrano suspiró. Lo de siempre. En una ciudad como Elche, donde las familias importantes dominaban el ambiente, el silencio era más común que la verdad. «Si te dan de comer, no muerdas la mano, muérdete la lengua», pensó. Luego recordó otra frase: *la feina es la feina*, como quien dice que el trabajo es el trabajo, por encima de todo. A nadie le gustaba hablar, y menos cuando había nombres poderosos de por medio.

—¿Nada? —repitió Serrano, aunque ya lo intuía—. La familia está preocupada por el señor Bernabéu. Es probable que agradezcan su ayuda.

—Es un buen hombre, y lamento que no sepan dónde está.

—¿Cómo puede desaparecer alguien como Bernabéu, tan… de Elche?

—¿Me lo pregunta a mí, inspector?

—Ya veo que no le importa lo más mínimo. Está bien. No es su problema.

—Claro que me importa, hombre. Pero estoy diciendo la verdad. No estaba en horario de trabajo.

—Ni yo estoy en mi puesto. ¿Dónde estaba?

—Viendo al Elche. Soy de Elche y del Elche.

—¿No ha visto nada inusual en los últimos días? Estas cosas se huelen… —comentó y se fijó en que no había cámaras de videovigilancia—. Haga un poco de memoria. Seguro que notó algo poco habitual, una cara sospechosa, una discusión, un mensaje del propio Bernabéu…

El portero negó de nuevo, apretando los labios.

—*Res de res*. Ya se lo he dicho. Por aquí pasa mucha gente, pero nada me ha llamado la atención. Al señor Bernabeu le visita mucha gente, conocida y desconocida. Esto que me dice, es la primera noticia que tengo.

—No le he dicho nada.

—Lo ha dado a entender, inspector.

Serrano frunció el ceño, confundido.

—Voy a echar un vistazo al despacho. ¿Me abre?

El hombre asintió sin perder la calma, pero la mandíbula de Serrano estaba tensa. ¿Cómo podía ser que Tomás Bernabéu, un hombre mayor y tan influyente, se esfumara de su despacho sin dejar rastro? Lo que más le inquietaba no era que hubiera desaparecido, sino que, según la familia, el hombre había estado en su despacho la noche anterior. Un hombre mayor, trabajando solo, de noche… Un domingo. «No cuela». Algo escondía. Y los hechos no cuadraban.

—¿A qué hora suele cerrar esto? —preguntó, señalando la puerta del edificio mientras el otro buscaba las llaves.

—Las oficinas suelen cerrar a las ocho, a más tardar —respondió el portero—. Pero don Tomás… bueno, él siempre tenía acceso. Venía cuando le daba la gana. Para eso es el dueño del edificio.

—¿Es habitual que vengan fueran del horario de oficina? —Serrano insistió, esperando algún resquicio de verdad.

El portero frunció el ceño, como si intentara recordar, pero al final se encogió de hombros.

—¿Otra vez? No, no lo vi, señor.

—Inspector.

—Eso, «inspector…» Si vino, no lo vi porque era domingo. No sé lo que hacen aquí cuando no estoy.

—Me ha quedado claro.

Serrano no esperaba más cooperación, pero la ausencia de detalles ya le dejaba una sensación incómoda. Quizá, enviarlo allí, había sido idea de Vélez, creyendo que le vendría bien estar ocupado para no ahogarse en su propia miseria. La familia había denunciado la desaparición temprano esa mañana, casi como si supieran que algo malo había sucedido, y eso disparó la alarma del

comisario. «Cuando quieren, mueven el trasero como si les hubieran metido un palo».

—No hable con nadie, ¿entendido?

—¿De qué, si no sé nada?

Serrano chasqueó la lengua, tomó las llaves y subió las escaleras hacia el despacho de Bernabéu en la tercera planta. Cada paso resonaba en la quietud del edificio. El aire estaba viciado, como si el silencio ocultara algo más que la falta de actividad y las ventanas llevaran cerradas varios días.

Al acceder a la entrada del despacho, no halló señales de alarma. Nada fuera de lugar, todo aparentemente intacto. Ni siquiera parecía que Bernabéu hubiera llegado a entrar. Pero algo en su instinto le decía que no debía confiarse. Con una mano firme, giró la manilla y entró.

El despacho era amplio, con ventanales que dejaban entrar la luz del día, iluminando los muebles oscuros y elegantes. «No parece un robo». El ordenador de Bernabéu estaba apagado, los papeles organizados en el escritorio. No había señales de lucha ni de que algo hubiera ocurrido allí. «Empiezo a dudar de que el empresario pasara por aquí».

Serrano examinó el lugar, moviéndose con cautela. Algo estaba mal en esa denuncia, podía sentirlo en el aire. Y entonces lo vio: un brillo leve en el suelo, cerca del escritorio. Se agachó lentamente y lo observó: un reloj Rolex Daytona, con la correa intacta, pero la esfera destrozada. Lo levantó, observando los detalles. La esfera rota del reloj parecía haber sido golpeada contra algo y sobre ella se veía un pequeño rastro de sangre seca.

—Mierda.

Las pulsaciones se le dispararon. No era por la resaca; aquello ya era otra cosa. El reloj lo cambiaba todo. El despacho estaba intacto, pero el Rolex y la sangre le hacían pensar en una escena encubierta. Algo había sucedido y alguien había intentado ocultarlo. Decidió no moverse del sitio.

«Esta semana haces bingo, Serrano».

Sacó un pañuelo del bolsillo y envolvió el reloj con cuidado. No quería dejar más huellas. Se enderezó y miró a su alrededor una vez

más, intentando reconstruir la escena en su mente, aunque la creatividad ya la había gastado en el Jackson Irish Tavern. Llamó a la Unidad Científica en Alicante e informó sobre el hallazgo. En unas horas, involucraría a más gente de lo necesario.

—Enviad a alguien, rápido. No tengo toda la mañana.

Necesitaban analizar esa sangre, y el Rolex podría darles pistas sobre lo que había ocurrido. No obstante, no le entusiasmaba trabajar en el caso. Lo suyo era la brigada de Estupefacientes, o los «estupas», como les llamaban.

«Adiós a echar horas en el Apolo», pensó, recordando la furgoneta de camuflaje donde pasaba las noches de vigilancia, bautizada como el famoso cohete espacial. «Tu espalda lo agradecerá».

Mientras esperaba a que llegara el equipo, su incomodidad crecía al fijarse en las fotografías enmarcadas en la pared. Tomás Bernabéu no era un hombre cualquiera. Pertenecía a esas estirpes de empresarios del calzado que se dedicaban a otros negocios y que habían sabido tener a todos callados y en su regazo. «Bueno, ¿y qué? Sigue habiendo trabajo», pensó, recordando el argumento fútil que le daban algunos.

Finalmente, se fijó en una mujer de una de las fotos. Era hermosa, joven y elegante. Por la diferencia de edad, pensó que sería su hija o su amante. Tomó el portarretrato y la observó de cerca.

«Debe de ser su hija».

El sonido de pasos en el pasillo lo sacó de sus pensamientos y dejó la foto donde la había encontrado. El equipo de la científica llegó y Serrano se apartó para dejarles espacio.

—Quiero que analicéis esto —dijo, entregándoles el reloj—. Estaba en el suelo. Será útil para quien se encargue de esto.

El agente lo miró con cara de bobo.

—¿Y quién te ha dicho que lo tocaras, Serrano?

Mientras trabajaban, él observaba en silencio, con las manos en los bolsillos y la mente en marcha. Elche era una ciudad pequeña, pero las sombras de sus palmeras eran largas. En algún lugar, alguien sabía exactamente qué había pasado con Tomás Bernabéu.

Serrano había cumplido con su parte del trato y ahora debía regresar al trabajo. Pero tenía algo claro: quien recibiera aquel

marrón no lo resolvería como a una simple desaparición.

7

Sofía

«Se marchó y no regresó para la cena». Eso fue lo que Sofía Bernabéu declaró antes de salir de la comisaría, con paso firme y controlado. «Solo sabemos que pasó por la oficina, porque fue lo que dijo».

A su lado, el comisario José María Vélez caminaba en silencio, manteniendo una postura erguida y profesional, mientras que su hermano, Ignacio Bernabeu, la seguía con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. El ambiente entre los tres estaba crispado, aunque ninguno lo dejaba ver.

—No se preocupen, vamos a encontrar a su padre —dijo el comisario en tono tranquilo, para que todos los oficiales lo oyeran—. Han hecho lo correcto al denunciar su desaparición oficialmente. Es la única manera de mover los hilos, sobre todo en una ciudad como esta. Ya saben que las cosas van despacio, y más si debemos esperar directrices de la Comisaría Provincial…

—Pare el carro, Vélez.

—Ignacio, por favor —lo reprendió ella—. No queremos alarmar a nadie. Mi padre no es solo un hombre mayor; es el rostro de una familia, de una ciudad y de cientos de trabajadores. Comisario, con todo respeto, usted no sabe lo que significa ser el número uno.

Vélez dio un respingo y guardó silencio durante unos segundos, sin responder. La arrogancia iba intrínseca al apellido y el dardo

envenenado iba para él. Entre los tres, quedaba claro quién tenía el poder.

—Comprendo su preocupación.

Sofía asintió sin mirarlo. Su mirada permanecía clavada al frente mientras procesaba cada palabra. Sabía que el comisario era un hombre de procedimientos, confiado en la ley para resolver problemas, pero, en su mundo, las reglas eran distintas. Vélez era buen amigo de la familia y estaba en su mano hacer todo lo posible. Los Bernabeu no eran una familia más, y aunque habían seguido el protocolo oficial por pura fachada social, Sofía tenía sus propias sospechas sobre lo que realmente estaba ocurriendo.

—Sofía —continuó el comisario mientras salían a la calle—, si me lo permite.

—Está bien. Adelante.

—¿Ha pensado en hablar con Manuel Soriano?

—¿Qué? No. ¿Debería?

—El alcalde podría movilizar al pueblo para ayudar en la búsqueda. Ambos sabemos lo que su padre significa para él.

—¿Insinúa algo, comisario?

—Usted misma ha mencionado lo importante que es para esta ciudad.

Sofía se detuvo un momento, casi imperceptible, antes de responder. Giró la cabeza para mirarlo, manteniendo una expresión serena y controlada.

—No creo que sea necesario. Mire, seré franca con usted. Mi padre tiene setenta años, pero mantiene la cabeza en su sitio. Su salud es buena, según los médicos, y si se hubiera marchado, nos habría avisado. Confío en cada palabra que sale de su boca. Dijo que volvería para la cena y no lo hizo. Si no aparece, cargaré la responsabilidad sobre usted.

—Por mi parte, haré lo que pueda, pero la noticia me ha sorprendido tanto como a usted.

—Ya. Si no a usted, ¿a quién recurro, entonces?

—¿Ha pensado en hablar con la familia Parres? —preguntó el comisario, bajando la voz como si revelara algo prohibido—. Ya sabe cómo han estado las cosas entre ustedes...

Antes de que ella pudiera responder, Ignacio Bernabéu intervino, ofendido por la insinuación. Sus ojos oscuros se encendieron con una furia contenida, y su voz salió más fuerte de lo que quizá pretendía.

—¿Bromea? Ni lo mencione, comisario —gruñó—. Me niego a dialogar con esos ladrones y recogedores de cobre. Estamos en tregua desde hace tiempo. No tienen nada que ver con esto.

Sofía le lanzó una mirada rápida a su hermano, como si quisiera suavizar el tono agresivo que había usado, y luego volvió a enfocarse en Vélez.

—Ignacio tiene razón —dijo con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Es decir, me refiero a que las cosas han estado tranquilas entre nuestras familias. Dudo que quieran empezar un conflicto ahora, cuando hemos logrado una estabilidad desde que ellos se dedican al textil y nosotros al zapato. Estoy segura de que esto no tiene nada que ver con ellos, aunque, tal vez, usted sepa algo y por eso lo sugiera.

Era una respuesta cuidadosamente pensada, concebida para que el comisario dejara de lado cualquier sospecha sobre los Parres y, al mismo tiempo, minimizar un posible escándalo. Sofía siempre había sido buena en este tipo de juegos. Para eso, su padre la había mandado a estudiar a Madrid durante unos años. Ella era la cosmopolita, la cara amable de la familia. Sabía exactamente cómo manejar a hombres como Vélez, quienes creían que el mundo funcionaba de manera simple y ordenada, y quienes la trataban con cierto descrédito, como si solo sirviera para echarle un polvo.

El comisario asintió, aparentemente conforme con las respuestas, aunque Sofía notó una chispa de duda en su mirada.

—En absoluto. Era solo una sugerencia, nada más. Solo quería asegurarme de que todas las opciones estén sobre la mesa —respondió, más moderado ahora—. De todas formas, haremos todo lo posible por dar con don Tomás. Pueden contar conmigo y con mis hombres. Abriremos una investigación.

—Únicamente le pedimos discreción y transparencia.

—Por supuesto. No hace falta mencionarlo.

—Gracias.

Al llegar a la entrada del edificio, Sofía se detuvo y agradeció al comisario con una leve inclinación de cabeza antes de dirigirse hacia su Range Rover Evolve de color verde. Ignacio, que estaba cerca, se giró hacia ella.

—Te veré en la casa —le dijo, más frío de lo habitual—. Tenemos que hablar.

Sofía no respondió; simplemente lo observó mientras se dirigía a su Audi Q8 negro. Sospechaba que su hermano estaba preocupado, pero también sabía que no tenía la frialdad ni la astucia necesarias para manejar lo que estaba por venir. Ignacio era impulsivo, mientras que ella había aprendido a ser calculadora y paciente. La desaparición de su padre no era una coincidencia, aunque aún no entendía del todo por qué. Tomás Bernabéu siempre había sido cauteloso con sus movimientos, pero algo había salido mal.

«¿Qué diablos has hecho, papá?».

Subió al coche y cerró la puerta con un suave clic, respirando hondo mientras el motor cobraba vida. Desde el asiento, miró hacia la comisaría. Vélez ya estaba de regreso en el interior del edificio, probablemente haciendo llamadas, poniendo la ciudad patas arriba. Las reglas en el mundo de Sofía eran diferentes, así como eran también en el de su padre. Vélez le debía favores a los Bernabeu, y había llegado el momento de devolverlos.

Sacó el teléfono del bolso y buscó en su lista de contactos.

El nombre que aparecía en la pantalla le provocó una leve sensación de ansiedad, pero sabía que debía hacer esa llamada. Fernando «El Gordo» Díaz era una pieza clave en la organización de la familia, y aunque sus operaciones eran discretas, Sofía necesitaba saber si algo había salido mal. Era el último hombre con el que había estado su padre. No le gustaba tratar con él. Nunca sabía cuándo hablaba en serio.

—Fernando, soy yo —dijo al contestar él—. Es seguro.

—¿Ocurre algo?

—No, nada. Hemos puesto la denuncia. Vélez ya está avisado.

—Bien.

—Necesito saber qué pasó anoche.

—Ya lo hemos hablado.

—Y también que me expliques cómo fue la última carga de anoche…

El cebo estaba lanzado. Ahora solo tenía que morderlo.

—No es buen momento, Sofía. ¿Desde cuándo estás al corriente?

—Te he dicho que es seguro. Estoy sola en el coche.

—No me refiero a eso.

—Mi padre no está, pero alguien debe hacerse cargo. ¿No crees?

El otro lado de la línea quedó en silencio por un instante, pero cuando Fernando habló, su tono era más confiado:

—Todo en orden. La carga llegó anoche por el Carabassí, no hubo problemas. Los moros cobraron y nosotros repartimos. La próxima entrega será más grande. Tendremos que repartir la ruta.

Sofía respiró con alivio, pero el nerviosismo no la abandonaba. Si eso había salido bien, ¿qué pasaba con su padre?, se cuestionó. Los cabos sueltos no la tranquilizaban.

—Debemos reunirnos. Hoy. En un lugar discreto —dijo en voz baja, manteniendo el control de la situación.

Fernando no dudó en responder.

—¿Los tres?

—No. A solas.

—Entendido.

—Será rápido. Tengo un encargo para ti.

El otro resopló.

—Está bien. Nos vemos en la misma cafetería de siempre, en la plaza. Estaré allí en una hora.

Sofía colgó el teléfono y miró por la ventana del coche, observando cómo la luz del día bañaba la ciudad. Sabía que lo que estaba a punto de hacer cambiaría el curso de su vida y a la de su familia. Su padre había desaparecido, pero no por accidente. Aunque una parte de ella quería creer que todo se debía a un simple desliz, la realidad, probablemente bien desgraciada, era otra. Algo había salido mal durante la noche anterior. Tomás Bernabéu estaba metido en algo mucho más grande, y Sofía lo sabía mejor que nadie. Si quería encontrar a su padre, no tenía elección, debía ponerse el uniforme de la familia.

Pero ahora, no solo era eso. La responsabilidad familiar recaía sobre sus hombros. Estaba lista para tomar el relevo, para convertirse en la líder que su familia necesitaba, antes de que su hermano se adelantara. «Porque lo hará y lo estropeará todo». Ignacio no era más que un obstáculo temporal, y la desaparición de su padre solo aceleraría su ascenso. Sofía Bernabeu estaba dispuesta a convertirse en la nueva cabeza de la familia, si fuera necesario, aunque nadie diese un céntimo por ella. Ni siquiera su padre.

8

Ignacio

El Audi Q8 negro avanzaba suavemente por las calles de Elche, mientras el sol, desde lo alto, empezaba a calentar el entorno y teñía de un brillo dorado edificios y palmeras. Ignacio Bernabéu sujetaba el volante con ambas manos firmes. Su respiración parecía controlada, aunque en su interior hervía una tormenta de emociones. Necesitaba «ponerse», meterse una raya. No sabía cuánto más podría seguir fingiendo.

—Hijos de puta.

Tomás Bernabéu había desaparecido y, aunque las palabras de su hermana Sofía resonaban en su cabeza —aquella tontería sobre la hora de la cena—, él sabía que el problema no iba por ahí. Claro que no. Sabía, sin lugar a duda, quiénes estaban detrás.

Los marroquíes. Los proveedores de la siguiente partida de hachís que llegaría en unos días.

«Mierda...».

Les debía dinero desde hacía tiempo y jamás pensó que se pondrían tan serios, hasta el punto de tomar a su padre como seguro. No era así cómo Ignacio había conseguido el acuerdo para saldar las cuentas.

«Mierda, mierda, mierda...».

Tan solo esperaba que su padre estuviera bien.

Se dijo que debía pensar en algo que distrajera la atención de su entorno. Si descubrían lo que había hecho, lo matarían. Así que pensó en un culpable.

«Los Parres».

No tenía pruebas, ni testigos, ni una pista clara que los señalara como responsables de la desaparición de su padre, pero eso le daba igual. Sabía que, si podía generar la sospecha de que eran ellos, que estaban cobrando revancha por lo ocurrido, por ejemplo, con Ludmila, la chica del club, podía ganarse el apoyo de los suyos.

«Eres un maldito genio, Ignacio».

Pensó en la gerente del burdel, en la posibilidad de que se hubiera ido de la lengua. Después de todo, ¿quién iba a creer a esa mujer?, se preguntó, confiado. «La Viuda» pagaba a la familia, pero las chicas eran un asunto de terceros. Con un motivo como ese, todos los dedos apuntarían a Eduardo Parres y a su séquito. Aun así, hacía falta tener muchas agallas para tenderle una trampa a su padre, sobre todo después de cómo acabaron en la última guerra de poder.

—Son los únicos con cojones para hacer algo así. Y tú tienes que hacer lo posible para que no te corten los tuyos.

El plan cobró forma, a medida que avanzaban los minutos.

Los odiaba desde hacía años, desde que el poder en Elche se había repartido de una manera que consideraba injusta. Y ahora, si estaban involucrados en la desaparición de su padre, estaba dispuesto a que corriera sangre, si hacía falta. No había otra forma. No, en esa ciudad.

—Calma. Mantén la calma. ¿Vas a iniciar otra guerra? —se dijo a sí mismo en un susurro, como si esas palabras pudieran calmar el huracán de impotencia que sentía. En el fondo, quería ver a los Parres aplastados bajo su bota. Tenía que ser estratégico, frío, y aprovechar la situación para consolidar su propio poder dentro de la familia. Eso era lo primero. Sofía no descubriría nada, ni actuaría al respecto. «Ella es la mayor, la niña bonita de porcelana. Jamás lo descubrirá». Él jugaría sus cartas con cuidado, manipulando los eventos a su favor.

El Audi giró en una esquina, y en lugar de dirigirse a la finca familiar, Ignacio tomó una decisión impulsiva. Una mueca de

desprecio asomó en sus labios mientras tomaba el desvío hacia Altabix, un barrio bajo el control de los Parres. Las reglas del pacto de no agresión entre las familias eran claras: no interferir en los negocios del otro. Pero él quería dejarles un mensaje.

El Audi desaceleró frente a una pequeña gasolinera y se detuvo a repostar. Sabía perfectamente dónde estaba; lo hacía a propósito. Apagó el motor y una sonrisa sombría cruzó su rostro. Abrió la guantera, sacó la S&W de 9 mm que llevaba encima y se la colocó bajo el cinturón. Quería que lo vieran, que supieran que no estaba jugando.

Bajó del coche con calma, asegurándose de que cualquier cámara que vigilase la entrada lo captara. Las puertas de la tienda se abrieron y, al entrar, Ignacio sintió las miradas de los empleados. Lo reconocieron al instante y no era habitual verlo por allí.

Mientras paseaba por los pasillos fingiendo interés en las estanterías de comida, podía sentir la tensión en el ambiente. Los empleados no lo confrontaron; no podían hacerlo sin romper el pacto. Sin embargo, todos estaban expectantes a que diera el primer paso.

Finalmente, tomó un par de bolsas de patatas y una botella de agua y se dirigió a la caja. El joven que lo atendió lo miraba con nerviosismo, aunque intentaba mantener la compostura, sin contacto visual con él. Ignacio pagó en silencio, pero al recibir el cambio, lo miró directamente a los ojos y sacó el arma, apuntándole desde el mostrador.

—Mírame —le ordenó, con el brazo extendido, manteniendo su mirada un par de segundos más de lo necesario. Sabía lo que estaba haciendo, sabía que su presencia era una provocación.

El chico no se atrevió a obedecer; sus piernas temblaban y en sus ojos se reflejaba el pánico.

—¡Mírame, coño! —rugió, agitándole el arma a modo de advertencia.

De repente, un goteo rompió el silencio. El chico se había orinado encima.

—Joder… —soltó Ignacio, con una mezcla de desprecio y aprensión.

Guardó el arma en la cintura, recogió su bolsa de plástico y salió del local sin mirar atrás. Afuera, el aire de la mañana le acarició el rostro mientras caminaba hacia su coche. Antes de entrar en el Audi, levantó la mirada hacia las cámaras de seguridad que rodeaban la gasolinera. Quería que lo vieran, que lo supieran. Había roto la regla, y lo había hecho a propósito.

«Mensaje enviado. Ahora solo queda esperar», pensó, mientras se acomodaba en el asiento del conductor y encendía el motor. Sentía euforia, pero sabía que aquello tendría consecuencias. En el fondo, solo buscaba una provocación, un motivo para que los otros hicieran el siguiente movimiento. «Y la verdad quedará en un segundo plano». Por dentro, todo era fuego y odio, y el sonido del motor rugiendo bajo sus pies lo animaba a seguir.

«Sabes que puede quemarte, pero también sabes que la primera chispa puede ser tuya».

Mientras se alejaba de la gasolinera, el paisaje de Altabix comenzó a desvanecerse. Necesitaba meterse esa raya, olvidar a esa chica y centrarse en su futuro. No confiaba en Sofía ni en lo que pudiera estar tramando.

«Es una pánfila. No la tomarán en serio», se dijo con tranquilidad.

Su teléfono vibró sobre el asiento del copiloto, interrumpiendo sus pensamientos. No lo miró de inmediato. Condujo en silencio unos minutos más, dejando que las luces de la carretera se reflejaran en el parabrisas, hasta detenerse en una rotonda cerca de la finca familiar. Al revisar finalmente el teléfono, el nombre de su novia aparecía en pantalla.

Ignacio resopló. Sabía lo que venía. Probablemente, se había enterado de la desaparición de su padre y quería hablar del tema, al igual que su hermana. Decidió que Marina quedaría al margen de aquella situación y de los problemas familiares. «Y, dentro de poco, de mi vida». No había nada que discutir.

Con un último vistazo al teléfono, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y pisó el acelerador. El Audi rugió mientras tomaba la circunvalación en dirección a la finca familiar. Debía hablar con su madre, antes de que Sofía le llenara la cabeza de pájaros. Después

de todo, una madre es una madre, el pulso de la familia, se dijo. Y esta era su oportunidad.

«Calma. Todo llegará a su tiempo. Tarde o temprano, si las cosas salen bien, el viejo volverá y nunca hablará. Mientras tanto, tú esperarás con el ansia de un perro hambriento, porque, tal vez, no regrese, y entonces llegará tu turno».

Nadie desea la muerte de un padre, pero ¿y si era necesaria para convertirse en el hombre que ansiaba ser?, se preguntó.

La respuesta era oscura, siniestra, pero quizá correcta, sopesó.

«A veces, la ambición pesa más que la culpa».

Lo que había parecido un error, se convertía en una oportunidad.

Ahora, todo dependía de cuánto tiempo más seguiría desaparecido Tomás Bernabéu. De cuánto tiempo, los marroquíes decidían mantenerlo con vida.

Para bien o para mal, Ignacio Bernabéu sabía que el tiempo se estaba agotando.

9

Eduardo

El Bar Saladas estaba justo donde Eduardo Parres prefería hacer sus negocios: en medio del campo, lejos de miradas curiosas y agentes de la policía. Ubicado en la partida de Les Salades, en Jubalcoy, era un vestigio del pasado, un rincón perdido, suspendido en el tiempo. Con sus muros desgastados, el aroma de fiambres y encurtidos frescos, y las conversaciones tranquilas de los clientes habituales, el bar se había convertido en el centro neurálgico de los Parres.

El ambiente era familiar e íntimo, como si aquellos que cruzaban la puerta fueran parte de una tradición no escrita. La mayoría de los clientes venían del polígono industrial de Torrellano o de fincas vecinas. Eduardo Parres, con su bigote gris y sus ojos astutos, se sentaba en una de las mesas de la terraza, evaluando el paisaje mientras daba un sorbo a su cerveza. Frente a él, Rubén «El Socio» Giménez, consejero y hombre de confianza, mordisqueaba un bocadillo de atún, tomate y anchoas, aderezado con cebollas en vinagre y olivas partidas. El bocadillo no era más que una distracción; la razón de su presencia allí era mucho más importante.

El Bar Saladas no era solo un lugar para almorzar. Era el centro logístico donde se cerraban tratos, se manejaban operaciones delicadas y se tomaban decisiones cruciales. Al fondo, algunos de los hombres de confianza de la familia jugaban al chinchón y bebían

café con coñac. Las risas y bromas se mezclaban con el murmullo del campo y el ocasional ruido de coches en la carretera.

—La próxima jugada es delicada, Eduardo —dijo Rubén, interrumpiendo la calma con tono bajo, pero serio—. Tenemos que deshacernos de las gasolineras antes de que el fisco nos pille.

—¿Ahora el fisco? ¿Y mañana, qué?

—Quien mucho aprieta… poco abarca.

—Ya.

—Por querer tocarlo todo, acabamos perdiendo el control de lo que realmente importa.

—¿Y qué es eso que realmente importa ahora?

Rubén guardó silencio un instante y miró a su alrededor.

—El chocolate.

Eduardo asintió en silencio, su bigote apenas moviéndose mientras procesaba el peso de aquellas palabras. Sabía bien cómo habían hecho dinero con esas gasolineras: un truco viejo pero efectivo. Básicamente, falsificaban el volumen de combustible que pasaba por las gasolineras para evadir impuestos, quedándose con una buena parte del dinero que debía ir al Estado. Un negocio turbio, pero rentable. Sin embargo, las políticas estaban tensándose, y las normativas europeas estaban cambiando las reglas del juego.

—¿Una multinacional? —preguntó Eduardo, regresando su atención al presente y al negocio del combustible.

—Sí —respondió Rubén, terminando su bocadillo—. Quieren comprar las gasolineras, hacernos un favor, diría yo. Pagan bien y nos quitamos el marrón de encima antes de que Hacienda empiece a hurgar.

—Nadie da duros a cuatro pesetas, Rubén. Cuando dicen que te hacen un favor…

—Es mejor hacerles creer que lo es.

Eduardo no respondió de inmediato. Miró hacia la mesa donde sus hombres jugaban al chinchón, tirando las cartas cada vez que ganaban una mano. Todo parecía en orden, pero él sabía que en cualquier momento todo podía cambiar. Estaba cansado de las tensiones, de mirar siempre por encima del hombro. Quizás Rubén tenía razón, quizás «el poble» ya no era el mismo que él había

conocido. Quizás era hora de dejar ese negocio antes de que las autoridades comenzaran a olfatear demasiado.

—Bien. Hagámoslo —dijo finalmente, rascándose el bigote, antes de tomar otro sorbo de cerveza.

El sonido de un motor potente interrumpió la conversación. Ambos giraron la cabeza hacia un Toyota Land Cruiser que acababa de detenerse en la polvorienta explanada frente al bar.

Eduardo no mostró ninguna emoción, pero sabía que aquella visita no era casual. Del todoterreno bajó un hombre fornido, con el cabello rapado y una expresión dura. Era uno de los asociados de confianza de los Parres, y su presencia solo significaba una cosa: noticias importantes.

El hombre se acercó a la mesa con paso firme, saludando brevemente a Eduardo antes de inclinarse para hablar en voz baja.

—Don Eduardo, ha pasado algo —dijo con una leve ansiedad en la voz—. Anoche, Tomás Bernabeu desapareció de su despacho. Nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Bernabeu? —preguntó Rubén, alzando la vista.

—Sí.

Eduardo no reaccionó de inmediato. Todos oyeron la noticia y una tensión incómoda invadió el ambiente. Parres guardó silencio, rascándose de nuevo el bigote, como hacía cuando algo no estaba claro en su mente. Primero, ese policía. Ahora, la desaparición de Tomás Bernabeu. La noticia era una explosión, una que podría cambiar por completo el equilibrio de poder en Elche. De repente, el asunto del combustible pasó a un segundo plano. Lo primero que hizo fue buscar la mirada de Rubén, quien permanecía en silencio, evaluando la situación.

—¿Sabemos algo más?

—Nada por ahora, don Eduardo —respondió el hombre—. Solo sabemos que no está, y que su familia ya ha denunciado su desaparición. Esta mañana había un inspector merodeando por la calle donde está su oficina.

—Así que va en serio.

—Eso parece.

Eduardo pensó en Vélez, luego suspiró imperceptiblemente y se reclinó en su silla. Aquello no tenía sentido. Aunque los Bernabeu y los Parres siempre habían tenido roces, el pacto de no agresión había mantenido la paz, al menos en la superficie. Pero ahora, con Tomás desaparecido, todo podía venirse abajo.

—¿Mi hijo? —preguntó, clavando la mirada en Rubén—. ¿Tiene algo que ver con esto?

Rubén negó con la cabeza de inmediato.

—No, que sepamos, Eduardo. El chico está cumpliendo. Ha estado ocupado con lo de las gasolineras.

—¿Seguro?

—¿Quieres que lo llame?

—No. Déjalo que trabaje.

Lo cierto era que no confiaba mucho en él. «Ese desgraciado está desesperado por ganarse mi aprobación», pensaba, y no le faltaba razón. Marcos era su mano derecha, el sucesor; ambicioso, pero menos despiadado que él, lo cual lo volvía frágil y ansioso. «Las prisas nunca son buenas consejeras». Quería demostrar su valía, y él no le daba la oportunidad. No podía permitir que su hijo, el heredero de la familia, se viera envuelto en algo tan delicado. Pero, si ellos no eran responsables, ¿quién estaba detrás?

—¿Podrían haber sido los marroquíes? —preguntó, más para sí mismo que para Rubén—. Los Bernabeu llevan tiempo negociando con ellos, importando hachís y pescado de contrabando. Esa gentuza puede traicionarlos en cualquier momento.

—¿Qué esperas?

—Son los códigos. No respetan nada.

—Tal vez no llegaron a un acuerdo y decidieron que era hora de deshacerse de Tomás.

Rubén frunció el ceño, considerando la posibilidad.

—Es un riesgo muy alto, Eduardo. Los marroquíes no se mueven sin razón, y menos en algo tan visible como esto. Un feo así, y no vuelven a pisar la costa sin derramar sangre. Llevan las de perder, en nuestro territorio. Debe de haber algo más...

Eduardo permaneció en silencio unos segundos, evaluando la situación. Sabía que, sin Tomás Bernabeu, la familia podría

desmoronarse, lo que le daba una oportunidad. Pero también sabía que moverse demasiado rápido podría desencadenar una guerra que ninguno de ellos podía permitirse.

—De momento, esperemos. Observemos. No hagamos nada precipitado —dijo al fin, con un tono cargado de precaución—. Pero mantén los oídos y los ojos bien abiertos. Quiero saber lo que está pasando, y lo quiero saber antes de que ellos mismos lo descubran. Puede que esta sea una buena oportunidad para nosotros.

«Y limpiarlos del mapa».

Rubén asintió, comprendiendo el mensaje. Eduardo tomó otro sorbo de su cerveza y miró hacia la carretera, donde el polvo aún flotaba tras la partida del todoterreno. Sabía que el tiempo corría y que el equilibrio de poder en Elche estaba en juego.

Se preguntó si había encontrado su oasis, en aquel largo desierto, pero sin confiar demasiado en lo que veía.

La partida aún no había comenzado, pero Eduardo Parres ya estaba preparando sus piezas para el momento en que todo estallara. Porque, si de algo estaba seguro, era que, más pronto que tarde, la ciudad se iba a convertir en un polvorín.

10

Serrano

El motor del viejo BMW ronroneaba suavemente mientras Serrano conducía por las calles de Elche. De pronto, sintió un rugido en el estómago y, en lugar de dirigirse directamente a la comisaría, tomó un desvío hacia un lugar que conocía bien, un sitio que, al menos por un rato, le ofrecería algo de calma.

El bar Hermanos Belmonte, ubicado cerca de la plaza de Benidorm, había sido su refugio durante años. Serrano había sido vecino del barrio hacía mucho tiempo, y en aquel bar siempre lo recibían con una extraña familiaridad. «A todos les impone un madero». Al aparcar en doble fila, bajó del coche y entró en el local. El aroma de café de máquina y tortilla le golpeó los sentidos.

—Buenos días.

—Quién te ha visto y quién te ve…

—¿Madrugando tan pronto, Serrano? —le dijo un camarero, uno de los hermanos y dueños del bar, desde el otro lado de la barra.

Serrano se encogió de hombros y esbozó una sonrisa cansada. Se hizo un hueco en la barra y se apoyó en ella, frente a las vitrinas de encurtidos, magra con tomate y ensaladilla rusa.

—Mejor dicho, quién no ha dormido en casa —respondió, con un intento de humor que sonaba vacío—. Un café y un pincho de tortilla, anda.

—¿No prefieres un botellín?

—No. Estoy de servicio.

El camarero se rio, pero no le siguió el juego, notando el cansancio en la mirada de Serrano, y puso la taza bajo la máquina de café. Lo conocía lo suficiente como para saber cuándo algo no estaba bien, aunque hacía tiempo que no pasaba por allí. De fondo, en el televisor, echaban las noticias nacionales. Un mundo ajeno al de esos hombres. Al menos, ajeno al del policía. Mientras el camarero le servía el café y el pincho de tortilla de patata con cebolla, Serrano decidió explicar lo que lo traía por allí.

—Tenéis esto a medio gas. ¿Se nota la crisis?

—Como siempre, a estas horas.

—Por casualidad…

—Nunca es casualidad —le advirtió el camarero. Desde que se había convertido en policía, lo trataban de otro modo—. Pero, tú dirás.

—¿Habéis oído hablar de lo que le ha pasado a Bernabeu? —disparó, mientras daba un sorbo a la tacita—. Pregunto.

El nombre de Bernabeu provocó una tensión inmediata en el ambiente. El camarero dejó de secar la vajilla y lo miró directamente. A continuación, se echó el paño al hombro. Los parroquianos que había en una de las mesas guardaron silencio.

—¿Te refieres a Tomás Bernabeu? —repitió el camarero, bajando un poco la voz, como si decir el nombre fuera peligroso. Serrano asintió—. Ese nombre no suena por aquí, ya lo sabes.

—Estoy preguntando si habéis oído algo.

—Yo te respondo. No. Nada. No sabemos nada. Esta no es su zona. No nos vengas a joder la mañana.

Serrano tomó otro sorbo de café, analizando la respuesta mientras mordía la tortilla. «Diablos, qué buena está», se dijo. Pero sabía bien que aquella zona estaba controlada por los Parres, la familia rival de los Bernabeu. Y también que los Parres los tenían a todos contra las cuerdas. «Corte por aquí, porcentaje por allá». Desde la maldita pandemia, la inflación y las políticas impositivas habían disparado los precios. No solo los políticos iban a sacar tajada de la situación. Los Parres entraban en el negocio compitiendo contra los proveedores: alcohol y producto de alimentación, básicamente. Por eso nadie iba

a hablar en contra. El inspector no esperaba que Tomás frecuentara esa parte de la ciudad, al menos en persona, pero, aun así, cualquier información podía ser útil en ese momento. Había sido demasiado optimista con la visita.

Decidió cambiar de tema y suavizar la conversación.

—¿Sabes algo de Durá? —le preguntó el primer camarero.

Sabía que no debía, pero algo en su interior lo empujaba a hacerlo. El policía levantó la vista y sonrió, pensando que era una broma.

—¿Estás de broma? —preguntó el inspector, con expresión seria.

—Déjame adivinar. Has cargado con el muerto esta mañana.

Serrano dejó caer la cuchara de metal en el platillo y suspiró. Había pensado en cómo explicarlo, pero no tenía humor para andarse con rodeos.

—Ayer enterramos a Durá. Habéis elegido un mal día para tocarme las pelotas.

El silencio se apoderó del bar. El camarero dejó de moverse y la sonrisa desapareció de su rostro al instante.

—Vaya. No sabía nada, de verdad. Lo siento —dijo finalmente, en un tono bajo y serio. No sabía qué más decir.

Serrano asintió lentamente, sin responder. Aún no había aceptado la noticia y la tortilla se le hacía una bola en la garganta. Durá había sido su compañero, y aunque no eran santos, habían estado en el mismo bando durante años. Pero ahora, Durá se había quitado la vida y Serrano no podía sacarse de la cabeza la idea de que, de alguna manera, era su culpa.

«¿Pero por qué cojones tuviste que tirar del gatillo?». La eterna pregunta que jamás encontraría respuesta. Durá no era perfecto, aunque sí joven como él, tenía un matrimonio estable, problemas financieros y una mala relación con el comisario Vélez. La nómina de risa que recibían tampoco ayudaba a levantar la moral. Pero la verdad era que Serrano también había tenido esos mismos problemas, y lo único que lo separaba de Durá era el hecho de que aún estaba vivo.

Debía dejar de beber, al menos, por unos días, pensó. Tanta resaca le impedía pensar con claridad. «Hasta que llega la noche, la

oscuridad, y todo se pone cuesta arriba».

Tomó el último sorbo de café y dejó el pincho de tortilla a medio comer. Había perdido el apetito. Miró al camarero, que aún estaba procesando lo que le había dicho, pero Serrano no tenía más ganas de hablar.

—Si escuchas algo sobre lo que te he dicho, avísame —dijo mientras dejaba un billete y unas monedas para el bote y se levantaba para marcharse.

El camarero asintió en silencio, observándolo cómo se dirigía hacia la puerta. El inspector salió del bar y caminó hacia el coche, que había estacionado en doble fila. No había movimiento en la calle, salvo algún vehículo que pasaba de vez en cuando.

La desaparición de Tomás Bernabeu le caía como un yunque. Un caso que, si no se resolvía pronto, podría complicarle mucho más la vida.

Pensó por última vez en su compañero.

No es que prefiriera haber sido él quien hubiese tirado del gatillo. Para Serrano, ese accidente jamás tendría que haber ocurrido.

«Tal vez, la bala tuviera que haber ido en otra dirección».

Y se acordó del comisario.

«En fin».

Puso el coche en marcha y condujo hacia la comisaría.

11

Raquel

En la comisaría de Elche, su presencia no pasaba desapercibida. Raquel Ortega masticaba el chicle con un ritmo lento, casi aburrido, mientras mantenía la vista fija en el techo de la sala de interrogatorios. El aire estaba cargado con ese olor a desinfectante barato que tanto odiaba, y que tanto le recordaba los lugares en los que trabajaba. Frente a ella, un agente de la Unidad de Extranjería y Fronteras la observaba con ojos cansados y cierta incomodidad. Era evidente que, hasta el momento, no estaba sacando nada útil de ella.

—Sabes de sobra por qué estás aquí, Raquel —dijo el agente, con un tono monótono, pero firme.

Raquel apenas lo miró. «Por supuesto, guapo». Sabía perfectamente por qué la habían traído. Aunque no existía un documento que lo confirmara, estaba vinculada a la red de prostitutas que trabajaban para varios locales de la ciudad, incluyendo uno de los clubes bajo el control de Tomás Bernabeu: *La Palmera*. Esto último era un secreto a voces. Y una de las chicas que, supuestamente, trabajaba allí, había aparecido muerta recientemente en un contenedor de basura, a las afueras de la ciudad. «Ludmila, pobrecita mía. No tendrían que haberte hecho eso…». Eso era lo que interesaba a los policías en ese momento.

Pero Raquel no era tonta. Sabía cuándo abrir la boca y cuándo mantenerla cerrada. «La Viuda» se lo había dejado claro.

«En un mundo donde todos hablan demasiado, guardar un secreto es un lujo sutil», pensó mientras seguía mascando el chicle. El sonido de sus dientes masticando era lo único que rompía el incómodo silencio en la habitación.

—¿Vas a contarme algo o seguimos perdiendo el tiempo? —insistió el agente, visiblemente frustrado.

Raquel sonrió con sorna, dejando escapar una leve carcajada.

—¿Perder el tiempo? Yo ya te he dicho lo que sé —respondió con tono sarcástico, estirando las palabras—. Trabajo sola. Iba por el bar, de vez en cuando, a que me invitaran a una copa. Nada más.

—Ese bar está en una carretera secundaria.

—Ya te lo he dicho, cariño. Apenas la conocía. La había visto por ahí, no me preguntes dónde ni cuándo… Tengo mala memoria. La chica hablaba poco… Venía y se iba. No hacía muchas preguntas, y yo tampoco. Así se trabaja en este mundo, ya lo sabes, como en el tuyo.

Todo era una mentira, pero sabía darle gracia al hablar. Raquel conocía mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. No solo sabía quién era la polaca, sino que también estaba al tanto de que el club donde trabajaba era uno de los locales que más dinero generaba para Bernabeu y que Ignacio había sido el causante de su desgracia. Lo de Ludmila había sido un accidente del que nadie quiso responsabilizarse. No era la primera en intentar escalar rápido, pero había elegido mal. «Divertirse con Ignacio nunca es divertido».

Mientras el agente de Extranjería tomaba notas, la puerta de la sala se abrió y por el pasillo pasó el inspector Javier Serrano, de la brigada de Estupefacientes. Ella lo reconoció de inmediato. Tenían historia, aunque breve. Serrano siempre había sido uno de esos polis que se cruzaban en su camino, tanto para joderla como para sacarle información en momentos clave. Le parecía atractivo con esos andares sin miedo y esa media melena. Para ella, era guapo, quizá por ser policía, o quizá porque realmente lo era. El intercambio entre ellos era siempre igual: él pedía, ella negaba. Y luego, con el tiempo, solía ceder un poco. Siempre que valiera la pena, claro.

Serrano la miró de reojo cuando pasó por la puerta. Luego retrocedió un par de pasos para asomarse dentro de la sala. Al verla, frunció el ceño.

—Vaya, vaya, vaya... —murmuró, con una sonrisa torcida—. ¿Qué haces aquí, Raquel?

Ella sonrió de vuelta, masticando su chicle con más ganas, como si lo hiciera solo para molestar al otro policía.

—¡Oh! Ya sabes cómo es esto, inspector. Siempre hay un motivo para pasar a veros. Estoy pensando en redecorar esta sala, ya que la visito tanto —respondió con su característico tono burlón—. Le falta vida, una planta, tal vez.

Serrano soltó una breve carcajada, pero sus ojos no mostraban buen humor. Siempre sabía que con Raquel había más de lo que ella dejaba ver, pero nunca lograba sacar toda la verdad de una sola conversación.

—No te metas en líos, ¿vale? Y sé buena con él —advirtió en tono serio, bajando ligeramente la voz—. Si te veo demasiado por aquí, empezarás a llamarme la atención.

Raquel le lanzó un piropo descarado, levantando una ceja y sonriendo.

—Ay, Serrano, si lo que quieres es verme más, no tienes por qué ser tan formal. Podrías invitarme a cenar.

Serrano negó con la cabeza y soltó un suspiro antes de alejarse de la puerta. Mientras se marchaba, ella notó cómo comenzaba a hablar con otro policía en el pasillo. No pudo evitar escuchar cuando oyó algo que la hizo detenerse en seco: el nombre de Tomás Bernabeu salía de los labios de Serrano.

—El informe sobre la desaparición de Bernabeu ya está listo —decía el inspector—. La familia lo ha denunciado formalmente. Está claro que aquí hay algo más, pero no pienso comerme este embrollo. Tengo mucho trabajo.

—Entonces, ¿quién?

—Ese no es mi problema. He cumplido con la orden. He ido, he redactado el informe. Ahora, a lo nuestro…

Raquel dejó de masticar su chicle por un segundo. «Así que era verdad el rumor, Bernabeu ha desaparecido». La noticia la había

golpeado como un jarro de agua fría cuando la escuchó en las calles. Si el jefe de jefes estaba realmente fuera del tablero, las cosas en Elche se volverían más peligrosas para todos, especialmente para las personas como ella, que operaban en los márgenes del poder. «Tal vez lo de Ludmila haya sido un detonante». Pero, en lugar de entrar en pánico, sintió una sensación de oportunidad. La incertidumbre significaba oportunidades para quienes sabían moverse con sigilo.

El interrogatorio continuó, pero Raquel ya había decidido no decir más de lo necesario. Ni sobre la prostituta muerta, ni sobre lo que había visto o escuchado en los últimos días.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, el agente de Extranjería suspiró derrotado y cerró su cuaderno de notas.

—Puedes irte. Pero mantente cerca.

—¿No me vas a llevar a casa, guapo?

—Si necesitas volver a hablar con nosotros, ya sabes dónde estamos.

—Ni el taxi, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, con cara de pocos amigos.

—El bus para cerca.

Raquel se puso de pie lentamente, estirando los brazos como si acabara de despertarse de una larga siesta.

—Oh, no te preocupes, cariño —dijo con sátira mientras recogía su bolso y se dirigía hacia la puerta—. Antes de que pestañees, estaré de vuelta. Sé que no puedes olvidarme.

Salió de la sala de interrogatorios y caminó por el pasillo hacia la salida de la comisaría. Al pasar por la recepción, lanzó una última mirada hacia Serrano, que seguía discutiendo con su compañero. Él no la vio, pero Raquel sonrió para sí misma.

El mundo criminal de Elche, tal y como lo conocía, estaba a punto de cambiar y, si jugaba bien sus cartas, podría sacar algo de provecho, salir de aquel infierno y recuperar una vida que, de hecho, nunca llegó a tener.

12

Serrano

Serrano observaba la pared blanca de la oficina, como si esperara que allí aparecieran las respuestas que llevaba buscando durante meses. La desaparición de Tomás Bernabeu le había caído encima de golpe, justo cuando menos necesitaba complicaciones en el trabajo. Estaba sentado en su escritorio, frente al subinspector Álvaro Gutiérrez, su mano derecha, quien revisaba unos papeles, con expresión concentrada. Álvaro era leal, pragmático y con los pies en la tierra, cualidades que a veces irritaban a Serrano, quien prefería a alguien más impulsivo, «con más pelotas». Le solía decir que tenía horchata en las venas, aunque Álvaro no se ofendía. Aún no había encontrado la manera de tocarle la fibra nerviosa. En ese momento, sin embargo, lo agradecía.

Llevaban meses inmersos en la «Operación Camarote», tratando de desmantelar la red de narcotraficantes marroquíes que controlaba la venta de hachís en el barrio de Carrús. El inspector sentía que estaban atrapados en un ciclo de trabajo sin fin. La única manera de derrumbar la mafia que dominaba el negocio era atacando al proveedor. Detener a los chicos que vendían la mercancía solo los llevaba a un callejón sin salida. «Y vuelta a empezar». Para colmo, la reciente pérdida de su compañero Durá solo había complicado más las cosas.

—Mira esto, Javier —dijo Álvaro, señalando un informe que acababa de imprimir—. Con esto tenemos pruebas suficientes para presionar al fiscal y a la jueza. El problema es que la jueza sigue siendo... ya sabes, bastante laxa.

«¿Laxa o interesada?».

Serrano soltó un gruñido de frustración. Lo sabía bien. Isabel Domínguez tenía la mano muy blanda y le costaba tomar decisiones, sobre todo, cuando estas desencadenaban detenciones. Habían reunido pruebas, todas las que habían podido; se habían pateado las calles del barrio, habían conseguido informantes confidenciales, realizado vigilancia y seguimientos. Incluso habían detenido a más de quince camellos, la mayoría menores de edad, que quedaban libres tras juicios rápidos. Después de varias operaciones encubiertas, infiltrando agentes en los pisos de venta, la investigación avanzaba a paso de tortuga.

—Joder, Álvaro —murmuró, frotándose las sienes—. Llevamos meses en este caso y no nos lleva a nada. El foco no está en la ciudad. Aún no hemos sido capaces de explicar cómo llega la droga.

—Por la costa.

—No me jodas. ¿Y por qué no los hemos pillado? Porque no sabemos cómo, ni cuándo, ni por dónde.

El subinspector se encogió de hombros sin apartar la vista de los documentos.

—No desesperes. Sabemos que la partida viene de Marruecos y entra de madrugada por el litoral, pero no hemos tenido suerte para pillarlos en plena faena...

—¿Y no te parece un poco extraño?

—Tenemos los efectivos que tenemos...

—No me refiero a eso. La Guardia Marítima. ¿No ve nada? ¿La Guardia Civil? Avistan una lancha y ya tenemos un motivo suficiente para montar un dispositivo. Pero el puto juez...

—Estamos detrás de la mercancía, pero esta gente siempre está un paso por delante. El juez no quiere responsabilidades... o trabajar. O quizás ambas cosas.

El problema era que el mercado estaba cambiando. Habían empezado con hachís, no obstante, los marroquíes recientemente

habían cambiado y el cannabis generaba nuevas complicaciones para la brigada. Aunque tenían pruebas suficientes para convencer al fiscal de que armara una acusación, la jueza parecía desinteresada o, peor aún, como si estuviera mirando hacia otro lado.

—Esa Domínguez es una blanda. Que la mayoría sean menores, nos genera un problema. No nos va a dar ni una jodida orden, a no ser que sea su única salida —se quejó Serrano, cerrando el puño sobre los papeles de la operación Camarote. Estaba agotado.

—Al menos, échale un vistazo a esto.

—Sí, claro. Déjalo ahí.

Álvaro dejó los documentos a un lado y se inclinó hacia él, bajando la voz.

—Oye, no quiero ser indiscreto.

—Ya lo estás siendo. ¿Qué pasa?

El subinspector vio su cara y vaciló antes de continuar.

—Habla, maldita sea.

—¿Crees que Durá sabía algo? —preguntó, tocando el tema que ambos evitaban mencionar. Desde que su compañero se había quitado la vida, el ambiente era extraño. Ambos sentían que había secretos que el compañero se había llevado a la tumba, algo que podría haber hecho la diferencia.

Serrano lo miró, serio.

—Ahora no, de verdad. No tengo ganas de hablar sobre eso.

—Te lo digo en serio. ¿Por qué tropezamos con la misma piedra? Piénsalo.

La insistencia le hizo reflexionar.

—No lo sé. Durá siempre fue un poco reservado, pero... ¿Qué demonios? Era de los nuestros. Si tenía algo guardado, algo que no nos contó... —respondió Serrano, con voz cargada de cansancio—. Ni hablar. Su problema era otro, ya lo sabes. No le iba bien.

—Como a todos. ¿Por qué haría algo así?

—Supongo que hay que estar en esos zapatos... La mente es un terreno peligroso y jodido. Te susurra al oído y, antes de que te des cuenta, todo es penumbra.

—No me lo había planteado así, hasta ahora.

—Estoy harto. Me siento en un callejón sin salida. De veras.

Antes de que pudieran continuar, el teléfono en el escritorio de Serrano sonó, interrumpiendo sus quejas. Lo miró con una expresión de fastidio, como si no quisiera saber qué malas noticias traía esta vez. Agarró el auricular con brusquedad y descolgó.

—Serrano.

Al otro lado de la línea, la voz tranquila de un agente de la Unidad Científica rompió el silencio de la oficina.

—Inspector, soy la agente Pons, de la Científica. Quizá le interese lo que hemos encontrado en el despacho de Tomás Bernabeu.

Serrano dejó escapar un suspiro. Se había olvidado del asunto, pero el asunto no de él. La desaparición de Tomás Bernabeu no era oficialmente su caso, aunque las ramificaciones de ese asunto en el submundo criminal de Elche lo mantenían indirectamente involucrado.

—No estoy seguro —respondió, tratando de zafarse de la conversación—. Pero dime, ¿qué tienes?

—Encontramos un falso cajón en el despacho de Bernabeu —continuó el agente—. Pensé que le podría interesar.

—A todo el mundo le interesa lo que contiene un falso cajón. Sigue.

—Dentro había un conjunto de documentos, ocultos en varios sobres.

Serrano frunció el ceño, incorporándose un poco en su silla.

—¿Documentos? ¿De qué clase?

—Parecen simples facturas de importación y exportación de pescado. No soy una experta. Seguro que usted puede decir a qué negocios pertenecen o si carecen de relevancia. Lo cierto es que no parece nada raro a primera vista, si no fuera porque estaban donde estaban.

—Claro. ¿Por qué escondería facturas en un falso cajón?

—Yo no hago las preguntas.

Serrano se quedó en silencio por un momento. Un conjunto de documentos financieros no era nada inusual para una familia con negocios en la importación y exportación.

—¿Algo más de interés? —preguntó, dejando que la frustración coloreara su tono. Algo no encajaba.

—No, eso es todo. Los enviaré con urgencia. Hay algunas huellas que hemos enviado al laboratorio. Son de varón, por el tamaño, pero pertenecen a diferentes suelas. Tardarán un poco, pero podrían tener algo de interés para ustedes, aunque, si no están registradas, no podemos hacer nada.

—Gracias. Enviádmelos lo antes posible.

Colgó el teléfono y miró al subinspector, que lo observaba con una mezcla de curiosidad y preocupación. Serrano se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Facturas de importación de pescado? —dijo, más para sí mismo que para su compañero—. En un falso cajón. ¿Qué coño es esto?

Álvaro entrecerró los ojos.

—¿El viejo las tenía escondidas?

—Eso parece.

—¿Para qué?

—Ni idea, pero le preocuparía que estuvieran a la vista. Piénsalo bien, ¿qué nos hemos dejado fuera?

—Las empresas de la familia están limpias. Todas pertenecen a la industria textil.

—Tal vez no sean de la familia.

—¿Qué insinúas?

Serrano se frotó los ojos.

—Tu trabajo era revisar el registro mercantil de los Bernabeu. Sociedades inscritas, datos sobre su constitución, administradores, cuentas anuales…

—¿Perdona? No quiero volver al asunto, pero era Durá quien se encargó de ello.

—¿Qué? Durá estaba en Homicidios.

—Ya, pero después del accidente laboral de ese operario...

—Mierda… No estamos centrados.

—¿Crees que esos papeles tienen relación con la desaparición?

Serrano no respondió de inmediato. Los Bernabeu eran una de las familias más poderosas de Elche, y aunque siempre había sospechas sobre sus negocios, hasta ahora no había nada sólido que los conectara con actividades ilegales. El contrabando no habría sido una sorpresa. El problema era que no lo habían considerado con

suficiente profundidad. Era bien sabido por la policía portuaria que el puerto de Santa Pola era una lonja no solo de pescado, sino también de juguetes, bolsos, fruta y tabaco de contrabando. Pero este hallazgo, aunque sutil, le daba un mal presentimiento.

—Ahora mismo, todo puede ser —respondió finalmente—. De lo que no tengo dudas es de que algo está entrando por la costa. Las facturas de pescado podrían ser una tapadera. Necesitamos revisar esos documentos y tirar del hilo.

Álvaro asintió.

—Pero esto no tiene que ver con nuestra investigación.

—No.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? La desaparición de ese tipo ya está atrayendo demasiada atención.

Serrano se recostó en su silla, pasando una mano por su rostro cansado.

—¿Y si existiera alguna relación?

—Como si no la tuviera. No está relacionada con nosotros.

13

Sofía

La plaza del Raval estaba casi desierta a esas horas. Solo unas pocas personas paseaban lentamente entre los árboles, disfrutando del leve frescor que ofrecía la sombra. Los Arcos, la cafetería donde Sofía Bernabeu había quedado para reunirse con Fernando «El Gordo» Díaz, era un pequeño refugio en la ciudad. Con su terraza exterior de mesas de aluminio y sillas desgastadas por el uso, el lugar parecía estar suspendido en un pueblo remoto, apartado de la urbe. A lo lejos, se oía el murmullo de algunas conversaciones, pero el ambiente era predominantemente silencioso.

Fernando, conocido como «El Gordo» por su corpulencia y su fama de temeridad, estaba sentado a una de las mesas, inclinado hacia atrás en su silla. Con su enorme panza apretada contra la mesa y sus brazos fuertes descansando sobre ella, tenía una apariencia imponente. Su rostro redondeado y curtido por el sol mostraba cicatrices de antiguas peleas, y su mirada, oculta tras unas pequeñas gafas de sol, era impenetrable. Llevaba una camisa de cuadros, ajustada y de manga corta, que apenas contenía su torso ancho. Los tatuajes asomaban por las mangas. En su mano sostenía un quinto de cerveza casi vacío y sobre la mesa tenía un plato de «fabes bollies» del que picoteaba sin prisa.

Cuando Sofía llegó, llevaba gafas de sol que ocultaban su expresión nerviosa. Eran la noche y el día. Ella, con su elegancia y

buen vestir, forjada en los colegios privados de la zona y varios años universitarios en Madrid, poco tenía que ver con el hombre que la esperaba. Pero las apariencias suelen engañar, y más cuando se trata de negocios familiares. Se sentía tensa, incómoda, y la situación de su padre solo intensificaba esa sensación. A veces se arrepentía de haber regresado a Elche. Se acercó lentamente a la mesa, y Fernando levantó la vista hacia ella con una sonrisa casi paternal.

—Sofía, siéntate —dijo con voz grave.

Ella se acomodó en la silla de aluminio que tenía frente a él. Luego cruzó las piernas mientras se quitaba las gafas de sol con un movimiento suave. El silencio de la plaza contrastaba con la tormenta de pensamientos que le recorrían la mente.

—¿Qué vas a tomar?

—Un cortado estará bien —respondió ella, intentando sonar más tranquila de lo que realmente estaba.

Fernando hizo un gesto hacia uno de los dueños, Carmelo, que atendía el turno de la mañana.

—¡Carmelo! Posa-li un tallaet i un altre quintet de cervesa per a mi —ordenó con autoridad.

El hombre asintió y se dirigió hacia el interior del local, dejando a los dos en silencio por un momento. Sofía miró alrededor de la plaza, como si buscara algo en el horizonte que la calmara, pero no encontró nada, solo el laberinto de calles estrechas que formaban los arrabales de la ciudad.

—He estado en la comisaría. He denunciado la desaparición de mi padre, como acordamos.

Fernando asintió con aprobación.

—Has hecho lo correcto —dijo sin rodeos, antes de tomar el último sorbo de la cerveza y limpiarse la boca con el dorso de la mano—. Ahora la policía se moverá, y tal vez encontremos algo. Hay que estar tranquilos, pase lo que pase.

Pero Sofía no se sentía aliviada. Fernando podía ver la tensión en sus hombros, en la manera en que sus dedos tamborileaban sobre la mesa. La situación era más complicada de lo que ninguno de los dos quería admitir, y Sofía lo sabía.

—¿Sabes algo más? —preguntó finalmente. Sus ojos inexpertos buscaban alguna pista en el rostro imperturbable de Fernando—. Los tuyos pueden haber visto algo…

Él negó con la cabeza, dejando el botellín vacío sobre la mesa. Carmelo apareció con la comanda, sirviendo primero el café y luego el botellín de cerveza. Cuando se marchó, Fernando respondió:

—Nada nuevo. Nadie lo ha visto. Tu padre y yo fuimos a la fábrica, hablamos de nuestras cosas, escuchamos el partido por la radio y luego me dijo que marchaba a casa.

—Pero no lo hizo.

—Pasó por el despacho. Eso es todo lo que sabemos. Tal vez lo siguieron.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Cualquiera. Un yonqui, un maleante… La ciudad está llena de gentuza, Sofía.

Ella entendió que no le contaría más. Podía creerle o seguir insistiendo, pero no iba a sacar nada.

—¿Y la operación?

La pregunta tensó la mirada del grandullón, que se inclinó un poco hacia delante. Su expresión era más seria ahora. Sofía sabía lo que venía. Siempre la trataba con cuidado, como si fuera su propia hija, pero también era pragmático. Ambos comprendían que, más allá de la ausencia de Tomás Bernabeu, la situación requería acción; se estaban jugando mucho, y la desaparición de su padre era un golpe que podía desestabilizar todo lo que tenían, si no actuaban rápido.

—Escucha, olvídate de eso ahora. ¿Quieres? Fue bien. Está todo controlado. Aguantaremos hasta la siguiente.

—¿Cuándo es? También soy de la familia.

—Pero no conoces todas las normas.

—Te conozco desde hace un tiempo y sé que algo te preocupa. ¿Qué es?

Él resopló.

—¿Para qué me has citado, realmente?

—Ya lo sabes. Alguien debe hacerse cargo.

—Lo único que sé es que tu padre está en paradero desconocido… y las noticias vuelan. La gente empezará a perder la confianza si no

convertimos las palabras en hechos, pronto… —dijo, pero se guardó las palabras más duras, consciente de que no debía precipitarse. En su lugar, cambió de tema—. Pero, bueno, hablemos del encargo que querías pedirme.

Para ella, era obvio que él tenía razón.

—Es sobre Ignacio —comenzó, hablando con cautela—. Ya sabes cómo es mi hermano… Es impulsivo, actúa sin pensar y temo que cometa una estupidez. Por desgracia, esta conversación nunca la tuve con mi padre. Sin embargo, no puedo quedarme mirando cómo todo se desmorona.

—¿Qué te hace pensar eso de él?

—Es mi hermano.

Fernando la miró con una mezcla de curiosidad y entendimiento. Sabía lo que estaba pidiendo, aunque ella no lo dijera directamente.

—¿Lo has hablado con él? Seguro que tiene una opinión —respondió el hombre, probando una de las habas hervidas, con un gesto lento.

Sofía sacudió la cabeza.

—Ignacio está pasando por un bache y no está preparado. No emocionalmente. Lo sabe todo el mundo. Yo… Alguien debe tomar el control, aunque solo sea temporal, hasta que encontremos a mi padre.

—¿Y ese alguien eres tú?

—Creo que podría ser la persona indicada.

—Ya...

—Pero necesito tu apoyo y el de tu gente.

Fernando se recostó en su silla, observándola con sus ojos oscuros tras las gafas de sol. Finalmente, asintió.

—Ajá. Así que es eso…

—La familia necesita una persona sensata al frente.

—Tu padre habría dicho lo mismo —contestó, con voz suave—. Sin embargo, también diría que la gente sensata, a diferencia de la impulsiva, no teme lo que pueda ocurrir, sino perder el control sobre lo que ya ha construido. ¿Qué temes tú, Sofía?

—Mi reputación. Que no me tomen en serio.

—¿Por ser una «dona»? ¡Ja, ja!

—Sí. Por no estar a la altura del legado de mi padre.

—Descuida. La estabilidad no depende solo de ti, sino de lo que pensemos el resto.

—¿Y eso qué significa?

—Si tomas el control, estaré contigo. Los demás también lo estarán.

—Gracias.

—Pero, recuerda que es una situación temporal.

—Te lo agradezco.

—Ya me lo devolverás más adelante.

—Hay algo más —dijo, dudando un segundo, antes de continuar —. Quiero que vigiles a Ignacio. Me temo que no le va a gustar mi decisión.

Fernando no se inmutó. Extendió una mano grande y cálida, tomando la de Sofía en un gesto de apoyo.

—Puedes contar conmigo y con mi gente —respondió con una sonrisa tranquila—, pero tienes que hablar con él y con tu madre. ¿Entendido?

—¿Con mi madre?

—Es su hijo. Los dos lo sois. Es una situación excepcional.

Sofía asintió, comprendiendo la magnitud del problema. Con el permiso de Teresa, no habría líneas rojas. Sabía que, aunque las cosas parecían estar bajo control en ese momento, el verdadero desafío estaba por venir. Ignacio no aceptaría fácilmente que su hermana tomara las riendas de la familia, a pesar de que Fernando y su madre le dieran la razón. Y si no manejaba bien la situación, todo podía irse al infierno.

14

Ignacio

No podía quitarse de la cabeza la imagen de aquella muchacha eslava; sus ojos abiertos y clavados en el techo seguían presentes cada vez que cerraba los suyos. «Cuanto antes te olvides de ella, mejor será para todos. Ella ya no puede hacer nada por salvar su vida». Había dormido poco, pero el polvo blanco le ayudaba a mantenerse sereno. Sospechaba que su hermana Sofía no tardaría en agitar el avispero, hablando con su madre y tomando decisiones que, a su juicio, no le correspondían. Pero él no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados. No, esta vez. Su padre, Tomás Bernabeu, siempre había frenado sus ambiciones, pero ahora, con su desaparición, veía una oportunidad de oro.

Ignacio Bernabeu apretaba el volante de su Audi mientras conducía por las estrechas calles de Elche en dirección al sur de la ciudad. La zona urbana, con sus palmeras y su ritmo de ciudad mediana, contrastaba con la tormenta de pensamientos que se evaporaban en su mente. El coche giró hacia el final de la calle Capitán Baltasar Tristany, donde se encontraba el taller de Héctor «El Toro» Jiménez, uno de los soldados leales de la familia Bernabeu, encargado de cobrar deudas y ejecutar los trabajos más sucios. A pesar de ser más joven que muchos de los hombres de Tomás, «El Toro» había demostrado ser despiadado y eficaz. Ignacio lo consideraba uno de los pocos en los que podía confiar para ciertos

trabajos, especialmente cuando era necesario emplear la fuerza. Jiménez no temblaba, era ambicioso y no hacía preguntas.

Ignacio estacionó frente al taller y apagó el motor. Desde fuera, el lugar parecía un taller de chapa y pintura común, con vehículos alineados a la espera de reparación y el sonido constante de herramientas sobre la chapa. Sin embargo, detrás de esa fachada de normalidad, se ocultaban negocios de otra índole.

«No te haces rico trabajando duro», pensó mientras observaba el lugar.

Al entrar, lo recibió el olor a aceite y metal caliente. Héctor «El Toro» estaba inclinado sobre el motor de un coche, con un cigarrillo colgando de sus labios. Su mono azul de trabajo estaba manchado de grasa, y su rostro endurecido por los años en la calle mostraba una leve sorpresa al ver a Ignacio allí.

—Vaya, si es el señor Bernabeu, en persona —dijo, esbozando una mueca burlona. Acto seguido, apagó el cigarrillo y se limpió las manos en un trapo sucio—. No esperaba verte por aquí.

—Ni tú, ni nadie.

—¿Estás bien? —preguntó Héctor, notando la palidez en el rostro de Ignacio.

—Necesito hablar contigo, Héctor. En privado.

«El Toro» entendió la urgencia y le hizo un gesto a uno de los mecánicos que estaba trabajando en otro coche.

—¡Ye! ¡Antonio! Sigue con eso, yo me encargo luego de todo lo demás —dijo, mientras guiaba a Ignacio hacia una pequeña oficina en la parte trasera del taller—. Pasa por aquí.

La oficina de Héctor era todo lo que uno esperaría de un taller de barrio: paredes sucias adornadas con calendarios eróticos, un ordenador viejo y oxidado que probablemente no había sido actualizado en años, y un par de archivadores metálicos que chirriaban al abrirse. El escritorio estaba cubierto de papeles, facturas y piezas sueltas de coche. Héctor cerró la puerta tras ellos y encendió la radio para asegurarse de que nadie los escuchara.

—Toma asiento —le dijo a Ignacio, señalando una vieja silla de oficina con la espuma rajada.

Ignacio se sentó, mientras Héctor se apoyaba en el escritorio, encendiendo otro cigarrillo y observando a Ignacio con una mirada astuta. Frente a ellos había un cenicero de aluminio lleno de colillas; Héctor lo vació en la papelera y lo dejó sobre el escritorio.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ignacio? —preguntó con una sonrisa torcida, exhalando el humo lentamente—. Supongo que no es una visita de cortesía.

Ignacio sacó una caja metálica del bolsillo interior de su chaqueta y la abrió frente a él.

—¿Te importa? —preguntó antes de prepararse una raya. En realidad, le daba igual lo que el otro pensara.

—Adelante.

Ignacio aspiró una línea de cocaína. Pestañeó, sintiendo el golpe directo en lo alto del tabique. Guardó la caja, mientras Héctor seguía fumando, nada impresionado por el espectáculo. Finalmente, fue directo al grano.

—Mi padre desapareció anoche, como ya te habrás enterado —dijo, con tono seco, limpiándose la nariz—. Y con su ausencia, la situación en la familia se está volviendo... inestable.

—Ya veo… La primera noticia que tengo.

—No me jodas, ¿vale?

Héctor se mantuvo en silencio, esperando que Ignacio se explicara.

—Mi hermana… —continuó Ignacio, tensando la mandíbula y pasando la lengua por el interior de los labios—. Estoy convencido de que Sofía va a hablar con mi madre para lavarle el tarro. No me lo ha dicho, pero la conozco. Está segura de que puede tomar las riendas mientras mi padre no está, pero eso no va a pasar.

El mecánico observó a Ignacio con atención. La cocaína dilataba su verborrea, algo habitual en él. Sabía que lo que estaba a punto de escuchar podía ponerlo en una posición de poder si jugaba bien sus cartas.

—No sé qué pinto yo en esto. Los temas de familia, los tenéis que resolver vosotros.

—Necesito tu consejo, Héctor —dijo Ignacio, nervioso, eligiendo cuidadosamente sus palabras para captar la atención del soldado.

—¿Mi consejo, eh?

—Sí.

—Aprecio tus palabras, aunque…

—Quiero desplazar a Sofía antes de que las cosas se salgan de control. Ella no sabe cómo manejar este negocio. ¡Joder! —dijo, golpeando la mesa mientras «El Toro» encendía otro cigarrillo—. Es demasiado blanda; no ha pisado la calle en su vida. No tiene lo que hace falta.

Héctor arqueó una ceja, sorprendido. Era la primera vez que Ignacio Bernabeu recurría a él para algo tan importante, y también la primera vez que lo veía tan alterado. Aunque mantenía una expresión neutral, se sentía halagado.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó, exhalando humo y manteniendo la mirada fija en Ignacio.

—Necesito que la vigiles, que le eches un ojo, que me informes de cada movimiento que haga. Si empieza a mover fichas sin mi consentimiento, quiero saberlo. Si va a ver a mi madre, quiero saberlo. Quiero que tus ojos estén en cada rincón de esta maldita ciudad. Estoy dispuesto a compensarte bien por tu lealtad.

Héctor se quedó pensativo por un momento. Sabía que, si aceptaba, la compensación sería generosa, pero también era consciente de que el verdadero poder en la familia recaía en Fernando «El Gordo» Díaz, y que mover cualquier ficha sin su aprobación era arriesgado.

—¿Y qué pasa con Díaz? —preguntó, aplastando el cigarrillo en el cenicero—. Sabes que tiene una gran influencia sobre los hombres de la familia. Si no cuentas con su apoyo, nadie te seguirá.

Ignacio sonrió, como si esa respuesta no le sorprendiera en absoluto.

—El rey, sin la reina, no tiene quien lo defienda —respondió, enigmático, bajo los efectos de la coca—. Sofía cree que puede llegar y besar el santo, pero no sabe en qué mundo está metida. No tiene idea de lo que realmente implica este negocio. Mi padre siempre ha protegido sus intereses, no los de la familia. Y eso se acabó.

—Comprendo.

Ignacio insistió:

—Lo que «El Gordo» piense es cosa suya, pero alguien debe recordarle que no es el sucesor legítimo. Mientras mi padre esté fuera, todo esto es mío, le guste o no. Y voy a tomar lo que es nuestro. Con o sin su aprobación. Necesito a gente como tú a mi lado.

Héctor lo miró en silencio, sopesando la oferta.

—¿Has hablado con él?

—Creo que es obvio que no necesito su aprobación. Eso me haría parecer débil.

—Se convertirá en un problema.

—Deja eso en mis manos. Me reuniré con él cuando llegue el momento oportuno. Pero antes quiero saber qué planea mi hermana. No me fío de ella, y de ti, nadie sospecha.

Era una propuesta arriesgada, sobre todo si «El Gordo» llegaba a enterarse, pero existía la posibilidad de obtener algo valioso en el proceso.

—Tienes mi palabra —dijo Héctor, tendiendo la mano para sellar el acuerdo—. Seré su sombra y tus ojos.

Ignacio le estrechó la mano, satisfecho de que su plan comenzaba a tomar forma.

—Vigílala de cerca, Héctor. Pero no quiero que le pase nada, ¿entendido?

—No le pasará nada.

—Ya sabes a lo que me refiero. Ni se te ocurra ponerle la mano encima.

—Seré su sombra y tus ojos. Nada más.

—Eso espero.

Héctor asintió mientras Ignacio se levantaba para irse, luego se quedó en la puerta del despacho, observándolo cuando se alejaba.

15

Eduardo

Eduardo Parres conducía el viejo Range Rover por las calles de Elche, mientras las noticias locales sonaban en la radio. Tras el almuerzo, antes de regresar a casa, había pasado por la ciudad para hacer algunos recados. A su alrededor, la ciudad se movía lentamente, con su tráfico ligero y sus palmeras casi inmóviles. Para él, Elche era lo más parecido a un pueblo siciliano, aunque nunca había estado en Italia, mezclado con el feo paisaje dejado por el desarrollo industrial. Pero, era su Elche. "Porque uno es muy de Elche, y del Elche". Los edificios parecían estáticos, ajenos a las tensiones subyacentes en la vida empresarial y criminal de la región. Parres estaba absorto en sus pensamientos cuando una noticia captó su atención.

—La desaparición de Tomás Bernabeu, vecino ilustre de Elche y empresario muy conocido, sigue bajo investigación. La policía aún no ha emitido un comunicado oficial, pero se descarta, por el momento, cualquier teoría de secuestro.

Eduardo apagó la radio de un golpe, irritado. "Chorradas", pensó. No necesitaba escuchar los mismos informes insulsos una y otra vez. La prensa estaba comprada, la policía también, incluso el Ayuntamiento. "¿Quién va a contar la verdad, si el mensaje ya sale envenenado desde la primera boca?", se dijo. Conocía a Tomás Bernabeu mejor que nadie. O, mejor dicho, que casi nadie. El viejo

era un hueso duro de roer, incluso con los rumores sobre sus problemas de salud. No tendría la suerte de que ese desgraciado cayera tan fácilmente; sospechaba que algo había salido mal en los negocios que llevaba entre manos. Su instinto le decía que era el momento de estar alerta.

Su mente pasó de Bernabeu a su propio hijo, Marcos. "Demasiado visceral", pensó, y con una vida mucho más fácil que la que él mismo había tenido. Su hijo era el fruto de la prosperidad. "A padres sacrificados, hijos vagos", pensaba, porque para Parres, los tiempos fáciles creaban hombres débiles. Aun así, no estaba descontento con lo que le había tocado. El chico, que ya pasaba de los treinta, tenía ambición, sí, pero también era torpe, y en su mundo eso era un problema. Eduardo había aprendido a controlar sus emociones y a jugar a largo plazo. "Pero a base de hostias, que te hacen pensar dos veces antes de abrir la boca". Marcos, en cambio, parecía más interesado en el juego rápido, en los golpes directos.

Una vez terminados los recados que su esposa le había encargado, dejó atrás el bullicio de la ciudad y se adentró en la partida rural de Daimes. La carretera se estrechaba, bordeada por campos de naranjos y huertos bien cuidados. A ambos lados, las tradicionales casas de campo, con sus techos de tejas rojas y fachadas encaladas, parecían vigilar el camino con un silencio propio del campo. Eduardo tomó un desvío y entró en su propiedad, una finca considerable rodeada de un jardín frondoso, con una amplia piscina que reflejaba la luz del sol en sus aguas tranquilas.

Al cruzar la verja de seguridad, los mastines, tres enormes perros guardianes, salieron corriendo a recibirlo. Sus ladridos se perdían en el aire mientras Eduardo aparcaba y cerraba la puerta del vehículo. Caminó por el sendero de setos bien recortados que conducía a la casa, con los perros siguiéndole de cerca, como siempre. La casa, grande y robusta, tenía la típica arquitectura del campo de Elche, con su Dama de Elche de escayola en la entrada, amplios ventanales y un porche donde Antonia, su esposa, solía sentarse al atardecer.

Al entrar, el aroma de un estofado de ternera llenaba el aire. Antonia, una mujer de unos sesenta años, con el cabello oscuro recogido en un moño, estaba en la cocina. Aunque el tiempo había

pasado, seguía manteniendo su figura esbelta, fruto de años de trabajo en el campo y una vida activa. A diferencia de los Bernabeu, los Parres mantenían un perfil bajo, acorde a sus raíces, y unas costumbres de las que no se desprendían. Su piel bronceada por el sol de la huerta y sus manos firmes hablaban de una mujer acostumbrada al esfuerzo, aunque con los años el trabajo físico había disminuido. Tenía una belleza natural y una mirada inteligente que había cautivado a Eduardo desde el principio.

—¿Dónde está el chico? —preguntó Eduardo mientras se acercaba a la nevera y la abría para curiosear en su interior.

Antonia no levantó la vista de la olla mientras removía el estofado.

—No lo sé —respondió con indiferencia—. Ya es un hombre adulto. Trátalo como tal. Marcos tiene su propia vida.

—¿Viene a comer?

—No me ha dicho nada.

Eduardo frunció el ceño ante la respuesta. No le gustaba cuando Antonia lo ignoraba de esa manera. Sacó un sobre de papel con jamón serrano de la nevera y tomó una loncha, que se metió en la boca con calma.

Antonia se acercó, cerrando la puerta de la nevera de golpe, con una sonrisa en los labios. Le dio un beso en la mejilla y, con su tono suave habitual, le pidió:

—Anda, vete a por pan, Eduardo. Se nos ha acabado.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque quiero que vayas a ver a Vicente.

Eduardo la miró, levantando las cejas frondosas y captando el mensaje oculto. Cerró el sobre y lo devolvió a la nevera. No era solo una simple tarea doméstica. Ellos tenían su propio código. Cuando Antonia le pedía que fuera a por pan, significaba que había un mensaje esperándolo en el horno cercano, algo importante que debía atender. Le devolvió una sonrisa, conociendo bien el juego.

—Por supuesto —respondió con tono calmado.

—Y trae uno de esos panes redondos, que esta semana quiero hacer migas.

***

Salió de la cocina y recorrió de nuevo el jardín hasta su todoterreno. Los perros lo siguieron hasta que se subió al coche y encendió el motor. Condujo por los caminos rurales que bordeaban la finca hasta llegar al Horno Pistola, un pequeño horno de pan casero que suministraba a Elche y sus pedanías. El lugar pasaba desapercibido desde la carretera. Sencillo y acogedor, era conocido por su pan de masa madre, horneado cada mañana; estéticamente, parecía una casa de campo más.

Al entrar, el aroma a pan recién hecho lo envolvió. Vicente, el encargado del horno, lo recibió cubierto de harina y con un delantal de trabajo.

—¡Ché, Eduardo!

—¡Vicente! ¿Te queda pan? Mi mujer quiere uno de esos panes caseros —dijo, acercándose al mostrador de la tienda—. Ahora quiere hacer migas...

—Claro, hombre… —El panadero cerró la puerta del horno con un movimiento lento y lo condujo a la parte trasera de la tienda, bajo la sombra del tejado. Luego sacó un paquete de Ducados y se encendió uno.

—¿Has llamado a mi casa? ¿Cómo van las cosas con el fisco? —preguntó Eduardo, preocupado.

—Mal.

—He oído que te quieren llevar a juicio.

—Ya.

El panadero exhaló el humo y levantó la mano con el cigarro.

—¿Qué esperabas? Una inspección y ¡pam! A ver cómo explico el Mercedes y el BMW de mi mujer… El horno no da para tanto.

—¡Es que eres un burro! Te lo advertí. Perfil bajo, cabeza alta. No me hiciste caso.

Eduardo soltó una carcajada seca, sacudiendo la cabeza.

—No me fastidies, Eduardo…

—Tranquilo —le respondió, dándole una palmada en el hombro—. No he venido a fastidiarte. Somos amigos, ¿no? Nos conocemos

desde hace años.

—Así es.

—Y te dije que te ayudaría.

—Ya…

—Pues confía en mí, hombre. Rubén Giménez, el abogado de la cooperativa, se está haciendo cargo de eso. No te preocupes, todo quedará en un malentendido. En una multa, si acaso.

—Eso espero, eso espero…

—Confía, hombre.

Vicente asintió, aunque sus ojos reflejaban duda. Se acercó un poco más a Eduardo y bajó la voz.

—Por cierto, hablando de todo un poco… La desaparición de Bernabeu... es un secreto a voces. La gente está inquieta.

Eduardo lo miró con seriedad, esperando que dijera más, pero el panadero se quedó ahí. Si el rumor había llegado hasta Vicente, significaba que también circulaba en otras áreas del campo de Elche.

—Lo sé. Lo mires por donde lo mires, no es buena noticia.

—No, no lo es. Yo tengo un negocio que da pan a mucha gente. No quiero que me corten el grifo, Eduardo…

—No lo harán.

—¿No lo harán? Bueno…

—¿Alguna vez has tenido un problema con ellos?

—No.

—Pues eso. Y llevamos años… Nosotros nos hemos encargado de cuidarte todo este tiempo.

—Ya, pero…

Vicente se mordió la lengua y Eduardo lo notó, aunque no le importaba. La protección tenía un precio, y un veinte por ciento de sus ganancias mensuales no le parecía una tarifa alta para que la competencia no se le acercara. Parres tenía muchas bocas que alimentar, sobre todo tras absorber la organización de Emilio Sánchez.

—Escucha, Vicente. Sé que estás intranquilo por lo de Hacienda, y que esta situación no es agradable para nadie… Pero también sé que esto nos abre una ventana de oportunidad, y pienso cuidar de mis amistades. Soy un hombre de palabra.

—Lo sé, Eduardo.

—Pues también sabrás que la lealtad es mi segunda piel y que vale más que mi silencio.

—Sí.

—Y por eso espero lo mismo de los demás.

—Lo sé.

—La familia Bernabeu está debilitada sin Tomás, y es el momento perfecto para hacer nuestros movimientos. Piensa en una expansión de tu negocio.

Vicente frunció el ceño, preocupado.

—¿Expansión, con el lío que tengo? —replicó—. Si bien es cierto que están más débiles que nunca, aún no has pensado en "El Gordo". Bernabeu puede aparecer en cualquier momento.

—Dios sabe lo que durará. ¿Un día? ¿Un mes? No te quedes mirando.

—¿Y el otro?

Eduardo suspiró, pasándose una mano por el mentón.

—"El Gordo" es otra historia. Es un hombre difícil, y si damos un paso en falso, podría volverse contra nosotros.

—Ese "malparit" es fiel como un perro y malo como un demonio.

—Lo sé. Pero si eliminamos a todos los peones primero, "El Gordo" no tendrá apoyo cuando llegue el momento —replicó, enfatizando con el dedo índice—. Escúchame bien, por muy duro que seas, en una pelea contra los demás, siempre acabas en el suelo.

—Pero "El Gordo" es mucha tela…

—Hasta el más gallo aprende que, a veces, es mejor agachar la cabeza y largarse.

Vicente terminó de fumar y apagó el cigarrillo sobre una losa de la acera. Antes de volver a la tienda, añadió en tono más bajo:

—He oído que "El Ruso" Beltrán les está ayudando con los moros. Ese tipo es una bomba de relojería. Hoy contigo, mañana con otro…

Eduardo frunció el ceño.

—No lo quiero tampoco de enemigo. "El Ruso" es una espada de Damocles. Todo es una cuestión de precio.

—Tú sabes mejor que nadie lo que hay que hacer… Pero, si vais a golpear, tiene que ser de una.

"O nos destrozarán antes de darnos cuenta".

—Olvida el asunto, ¿quieres? Estamos muy bien así. Lo hemos estado durante los últimos diez años. Nadie quiere una guerra. Ya sabemos las miserias que trae.

—Nadie quiere una guerra, Eduardo, pero todos queremos seguir estando bien.

Vicente asintió y, tras unos segundos, le entregó el pan envuelto.

—Aquí tienes. Te he puesto un trozo de coca de sardinas, que sé que os gusta…

—Gracias… —respondió, tomando la bolsa—. Y duerme tranquilo, hombre. Giménez se encargará de todo lo tuyo, de verdad. El sol siempre sale por algún lado. Pronto tendrás noticias.

Eduardo lo saludó con un breve gesto y salió de la panadería. Subió al coche, dejando el pan y el trozo de coca en el asiento del acompañante. Mientras encendía el motor, su mente volvía a la conversación con el panadero. Puede que la ausencia de Bernabeu fuera una oportunidad única en la última década, pero no debía menospreciar las decisiones de la familia ni de los más cercanos a ellos. Debía hablar con "El Ruso" o, al menos, acercarse a él. Sabía que, si golpeaban a los Bernabeu, tendría que ser un ataque sin fisuras, para evitar un contraataque devastador. A ellos y a todos los que estaban de su lado. Y cuando golpearan, tendría que ser definitivo.

16

Natalia

Natalia caminaba con seguridad por los pasillos de la comisaría de Elche, aunque por dentro sentía la tensión de su nuevo puesto. Era una mujer joven, de veintitantos, con el cabello rubio recogido en una coleta. No era muy alta, pero con un físico atlético y un porte seguro que compensaban cualquier falta de estatura. Vestía la chaqueta de cuero ajustada con elegancia a su figura. Ambiciosa, le decían sus colegas, y no se equivocaban. Natalia no había llegado hasta allí solo por su aspecto, sino por su capacidad para hacer el trabajo sucio que otros evitaban. Y porque la habían colocado a dedo. Ahora le habían asignado algo grande: entrar en la operación de Serrano.

Al cruzar el despacho del comisario Vélez, lo encontró leyendo unos informes, con gesto concentrado. Vélez, un hombre curtido en la fuerza, le lanzó una mirada breve antes de volver a sus papeles.

—Rivas, adelante —dijo sin levantar la vista—. Tengo un nuevo encargo para ti. Te he reasignado.

«¡Oh, estupendo!».

Natalia asintió, firme, frente a su superior. Vélez dejó los papeles a un lado y se inclinó hacia ella.

—Vas a trabajar con Serrano, de Estupefacientes.

—Pero… —dijo, fingiendo descontento.

—Están cortos de personal desde lo de Durá. Necesitan un reemplazo y… te asignaré a ese equipo. Quiero que sigas el caso de cerca. No son gente fácil de tratar, pero no estás aquí para hacer amigos, ¿verdad? —La pregunta llevaba un tono irónico, como si Vélez estuviera al tanto de las influencias que la habían puesto allí. Ella sospechaba que sí, pero no podía arriesgarse a decir más de la cuenta—. Más que nada, presta atención a lo que investigan sobre Tomás Bernabeu. Ya sabes, no quiero que se les escape algo que no deba. Van a su bola y a veces se pasan de la raya. Quiero que me mantengas al tanto. Sé que sabrás cómo manejarlo.

Natalia asintió. Sabía a qué se refería. Los Parres la habían colocado allí por una razón, y ahora la usaban para filtrar información clave desde dentro de la comisaría. «¿Quién sospecharía de una chica mona y recién llegada?», se preguntaba. Nadie, probablemente. No sería fácil, pero Natalia ya había hecho ese tipo de trabajos antes. Era discreta, calculadora, y sabía cómo ganarse la confianza de sus compañeros, sin levantar sospechas.

—No se preocupe, comisario. Lo tendré en cuenta —respondió con una leve sonrisa.

Vélez asintió con una mirada breve antes de volver a sus informes. No había nada más que decir. Natalia se dio la vuelta y salió del despacho, lista para su nuevo rol. Caminó hacia el departamento de Serrano, ensayando mentalmente su presentación.

Al entrar en la oficina del inspector, lo vio inclinado sobre una montaña de expedientes desordenados. A sus ojos, era atractivo, pero un maldito desastre. El subinspector Álvaro Gutiérrez, su mano derecha, había salido del despacho con un montón de folios en la mano. Aprovechó para presentarse a Serrano a solas. Él levantó la vista, sorprendido por su presencia.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Serrano con tono cortante, levantando una ceja sin apartar la vista de los papeles—. ¿Sabes hablar?

Natalia sonrió, aunque sintió la incomodidad en el aire.

—Soy la nueva —dijo con calma—. El comisario Vélez me ha asignado como el reemplazo de Durá.

El comentario cayó como un yunque en el despacho. Serrano soltó un suspiro, claramente irritado.

—Sigue soñando.

—Si tienes alguna objeción…

—No he pedido reemplazos, pero no voy a discutir con Vélez —dijo, levantándose y apartando un montón de papeles del escritorio desordenado, donde un portátil en mal estado descansaba sobre una pila de carpetas—. Todo tuyo…

—Rivas. Natalia Rivas.

—Bienvenida, agente —replicó en tono seco, dejando claro su descontento.

Natalia entendió que no había empezado con buen pie, pero decidió ignorar la frialdad de su superior y centrarse en hacer su trabajo. Serrano era el tipo de hombre que había que ganarse poco a poco. «Todos tienen grietas. Encuentra la suya y ahonda en ella», pensó, recordando su misión. Ella también tenía sus propios planes.

—¿En qué estamos? —preguntó, intentando romper el hielo mientras se sentaba.

—En Estupefacientes —respondió Serrano, mirándola fijamente—. ¿No te han informado?

—Sí, pero… —No pudo terminar la frase, ya que Serrano dejó caer un grueso dosier frente a ella.

—Trabajo —dijo él, con tono seco—. Libros de registro de todas las compañías pesqueras que han pasado por el puerto de Santa Pola en los últimos cinco años. Quiero que hagas un listado de las empresas ilicitanas y los nombres de los propietarios.

Ella lo miró con escepticismo mientras hojeaba los documentos.

—¿Qué se supone que debo encontrar aquí? —preguntó, tratando de entender la relevancia de la tarea—. Voy a tardar semanas en leer todo esto…

—Ya te lo he dicho —respondió Serrano, con la paciencia al límite —. Y procura que no te lleve más de unos días.

«Gilipollas».

Respiró hondo y se tragó el comentario. Supuso que esa era su forma de mostrarle que no le gustaba su presencia. O tal vez solo quería retenerla en la oficina para quitársela de encima. «Bien

jugado, Serrano». No le importó. No sería suficiente para frenarla. En ese momento, la puerta de la oficina se abrió y Álvaro Gutiérrez entró, sorprendiéndose al ver a Natalia.

—¿Eres mi reemplazo? —preguntó, con tono curioso.

Serrano se volvió hacia él, molesto.

—¿Sabías que venía? —preguntó en tono de reproche, sin ocultar su irritación—. No he pedido a nadie.

—Tú no, pero yo, sí.

—Que te den.

—¿Ya la has puesto al corriente de la operación? —preguntó Álvaro, ignorando la respuesta de Serrano.

—Estaba en ello —respondió Serrano con sarcasmo—. Te acabo de quitar un muerto de encima.

—Nunca mejor dicho… —Gutiérrez señaló con la vista el montón de papeles.

Natalia levantó las manos, interrumpiendo la conversación.

—Esperad, esperad un momento… Creo que hemos comenzado con mal pie. ¿Podemos intentarlo de nuevo?

—No, la verdad —respondió el subinspector.

—Tengo un nombre, me llamo Natalia Rivas. ¿Entendido? No soy «la nueva», ni «esa», ni quiero que me tratéis como si fuera un jarrón. ¿Qué os pasa?

—Un compañero se voló los sesos hace dos días. Manifestamos nuestro malestar.

—Es justo —dijo Serrano.

—Soy policía, como vosotros, y hago lo que me ordenan. No sabía nada sobre eso…

—Pues ya lo sabes, Rivas —apostilló el subinspector.

—El comisario me ha enviado como refuerzo para el caso de la desaparición de Tomás Bernabeu. Ni siquiera lo he solicitado.

—Te lo recuerdo —respondió Serrano—: estás en Estupefacientes. No buscamos personas desaparecidas.

—Nos pides que no lo tomemos como algo personal —añadió el otro.

—Os estoy diciendo que he venido a trabajar junto a vosotros —dijo, señalando el montón de papeles—. ¿Qué tiene que ver todo

esto con ese empresario?

La mención de Tomás Bernabeu hizo que Serrano diera un respingo. Su irritación era palpable.

—Está bien, Rivas. Agradecemos tu transparencia y colaboración, pero no necesitamos refuerzos ni investigar la desaparición de ese hombre, porque no nos incumbe. Tenemos trabajo, otro tipo de trabajo —explicó Serrano, claramente cansado de los intentos de desviar su atención a lo que consideraba secundario—. Somos de Estupefacientes, no de la UDEV. Esta es la última vez que lo repito.

Natalia lo miró, notando el mal humor que arrastraba. Luego, dirigió su mirada al subinspector, en busca de apoyo.

—A mí, no me mires. El inspector tiene razón. Tal vez deberías reconsiderar por qué Vélez te ha enviado aquí —intervino Gutiérrez con una sonrisa irónica—. O buscar un departamento con más conversación.

Natalia negó con la cabeza. Encajar en el equipo, no iba a ser fácil. Sin más, se sentó en su escritorio y comenzó a revisar los informes que Serrano le había entregado.

Serrano se acercó por detrás y señaló uno de los documentos.

—Vamos detrás de un narcopiso que distribuye hachís en la zona alta de Carrús. No nos interesa quién la vende. Ya sabemos que son marroquíes, pero desconocemos de quién la compran. Sospechamos que el distribuidor es local… y, ¿quién sabe? A lo mejor, dentro de un rato, puedo decirte si está relacionado con la desaparición de Bernabeu.

Natalia levantó la vista, sorprendida de escuchar el nombre de Bernabeu de nuevo. Tal vez el caso tenía más ramificaciones de las que esperaba. No era mucho, pensó, pero un punto de partida siempre era mejor que quedarse de brazos cruzados. Al menos con algo sobre la mesa, ya tenía con qué jugar.

17

Serrano

Dicen que todos los caminos llevan a Roma, pero el de Serrano parecía llevar a ninguna parte. La llegada de la oficial Rivas no le hacía ninguna gracia, aunque debía aceptar la situación y dejar los asuntos personales fuera de la oficina. ¿Fácil? En absoluto. ¿Necesario? Totalmente, se dijo. La comisaría de Elche no era la Provincial de Alicante, ni mucho menos cualquiera de las que había en Madrid. Allí eran cuatro policías contados, y el personal no sobraba. Por lo menos, pensó, ella se encargaría del papeleo. «Tal vez logre sacar algo en claro de ese montón de documentos». Salió del despacho y fue a por un café de la máquina. Necesitaba despejarse y replantear la investigación desde otro ángulo. Para él, y seguramente también para el subinspector, era obvio que estaban atascados con la operación «Camarote». Lo que más le frustraba eran todas las horas invertidas vigilando ese bloque de edificios, para que ahora la acusación del fiscal y la aprobación del juez decidieran llevar a cabo una redada en el piso. Y después, ¿qué?, se preguntaba, desanimado. Pasarían unas semanas hasta que la mercancía volviera a las calles. Sabía que el problema no era el edificio. El objetivo era descubrir el punto de entrada de la droga, quién la traía y quién la distribuía localmente. En cada eslabón de la cadena, alguien se llevaba un pedazo. Suspiró hondo mientras salía

el café, resignado ante la posibilidad de que le tumbaran el caso para centrarse en la desaparición de Bernabeu.

«Lo último que me apetece es ponerme a buscar a un fantasma».

Tomó el vaso de cartón y olió el café. La mañana se alargaba y pronto sería la hora del almuerzo, pero hasta entonces, aquello era todo.

«¿Era ese otro síntoma?», se preguntó al ver su reflejo frente a la máquina. «Atrapado en una tormenta que no cesa, con los puños apretados, esperando el golpe que sabes que viene... aunque no sepas por dónde».

—Al carajo.

Regresó a su despacho y, al pasar frente a la puerta de Extranjería y Fronteras, vio al agente que había atendido a Raquel Ortega. La conocía bien; era una habitual en las brigadas, una meretriz, una emprendedora nata.

Tocó a la puerta y llamó la atención del agente.

—Eh, Sancho. ¿Qué hacía Raquel Ortega aquí?

El otro resopló, levantó las manos del teclado y se rascó la punta de la nariz. Probablemente, estaba redactando un aburrido informe.

—Perder su tiempo y el nuestro —dijo, chasqueando la lengua—. Han asesinado a una de las chicas de «La Palmera». Polaca, veintiocho años.

—¿Nombre?

—Ludmila. ¿La conocías?

Serrano negó con la cabeza. Ninguna de esas mujeres merecía estar allí. Ni en *La Palmera*, ni en el *Flamingo's*, ni en la *Estrella Azul*.

—No. Pero nunca se sabe. ¿Conocéis la causa?

—Sobredosis.

—¿En el club?

—Ni hablar. Encontraron el cadáver en un contenedor, cerca de la playa del Pinet.

—Qué suerte. ¿Un servicio?

—Ni idea. El forense dirá. Pero, unos metros más y habría estado en otro término municipal.

—¿Te ha contado algo Raquel?

—No. Solo habla cuando le pagan… o cuando le interesa hablar.

Serrano se despidió y volvió a su despacho. Sentado frente al escritorio, dejó el café sobre la mesa y se quedó pensativo unos segundos sobre la muerte de esa mujer. Detrás de cada prostituta había una familia que pensaba en ella, ya estuviera a cincuenta o a cinco mil kilómetros. Eso no importaba. A veces eran unos padres; otras, unos hijos. La muerte de Ludmila no era un caso aislado. A menudo, esas mujeres sufrían vejaciones de los clientes o incluso de los proxenetas. Ellas aprendían a sobrevivir en un mundo salvaje, sin más reglas que las de sus «propietarios». Era un concepto tan distante que solo quienes lo vivían en su piel sabían de lo que hablaban. A él, la idea de dar placer a cambio de nada le producía cierto desprecio. Sin embargo, por alguna razón, Serrano llegaba a empatizar con ellas, como si el peso cayera sobre sus propios hombros, aun sin haber tenido jamás ningún caso de ese tipo. Lástima, quizás. Tal vez, se decía, esa era la razón por la que estaba en Estupefacientes y no en Homicidios. Sabía que ese era el tipo de trabajo que no podía dejar en la taquilla de los vestuarios de la comisaría y que, tarde o temprano, llevaría a casa hasta que terminara trastornándolo. Lo había visto en otros inspectores y no quería acabar igual.

En ese momento, el subinspector Gutiérrez se acercó al borde del escritorio.

—¿Sabes? Acabo de pensar en alguien.

—Así como suena, espero que sea una mujer.

Rivas se rio, mientras Gutiérrez asentía.

—Pues sí, sabelotodo. Es una mujer.

—Espero que no sea yo —interrumpió Natalia.

—Tranquila, Rivas. Tú, a lo tuyo. No te voy a distraer de tu interesante tarea. Sigue con los registros —le dijo, volviéndose hacia el inspector—. Acabo de recordar un caso que sucedió aquí en Elche, hace unos años.

—Dame más información. Sé que aquí no pasa mucho, pero tampoco es que no pase nada.

—Joder, intento acordarme del nombre de la poli.

—¿Estás pensando en una agente?

—Inspectora. De Alicante.

—Olvídalo.

—Desapareció una chica joven en verano y la encontraron muerta en una balsa del pantano. Al principio, el homicidio parecía cosa de dos yonquis de los Palmerales, pero luego resultó que estaba implicada la policía local. Maldita sea, Serrano, ¿no lo recuerdas?

—Me suena, pero no.

—Estaba implicado todo dios, hasta el alcalde. ¿No recuerdas a Sempere, el de Delitos Violentos?

—Ni idea.

—Alucina. Esa inspectora le vació un cargador.

—¿Qué? —preguntó Serrano, desconcertado—. ¿Te lo estás inventando?

—Que no, joder. Eso pasó.

Rivas, que fingía estar trabajando mientras escuchaba, no pudo contenerse.

—La chica que murió se llamaba Laura Coves. Estudió conmigo. Los Coves son de Elche, una familia de «toda la vida», como los Bernabeu. La historia sonó hasta en las cadenas nacionales de televisión. Todo fue por una trama corrupta con el alcalde y la familia Serrano —explicó, dirigiéndose a Serrano—. O te estás haciendo el loco, o no quieres hablar del tema. Pero no hay nadie en esta ciudad que no haya oído hablar de ello.

—¡Coño, ahora recuerdo a la otra familia! —señaló Gutiérrez—. Los Navarro. La mitad está en la cárcel. No me creo que no te suene de nada. Enviaron hasta a un inspector de Madrid que murió en el puerto de Santa Pola.

Serrano exhaló el aire de sus pulmones. Conocía bien la historia que arrastraban los Navarro, pero aquella trama le había tocado de lejos. Al fin y al cabo, la operación se llevó desde Alicante, y él aún no había ascendido a su puesto actual. No le filtraban nada en aquel entonces.

—¿Qué tiene todo esto que ver con el caso de Bernabeu? El viejo ha desaparecido. No es un homicidio. Si lo fuera, no estaría aquí.

—Es una maldita patata caliente. Ahora te la han pasado a ti y está a punto de explotar.

—Vete al cuerno. No es así. Solo he cubierto una ausencia, una denuncia. Vélez no quería mandar a alguien inexperto. Si no, habría enviado a Rivas, por ejemplo.

Ella bufó.

—Eso no ha tenido gracia —murmuró lo bastante alto para que la oyeran.

—Sin acritud, oficial. Es lo que pienso. Somos pocos.

—A este ritmo, seremos menos.

El comentario de Gutiérrez generó un silencio tenso e incómodo. Los otros no supieron si lo decía por la reciente pérdida de Durá o si se refería a otra cosa. Pero ninguno quiso continuar la conversación. Ni el subinspector se disculpó, ni los otros le hicieron reproches. Segundos después, Gutiérrez se apartó de la mesa y le dio una palmada en el hombro a Serrano.

—Agulló… Lo acabo de recordar. Ese es el apellido de la inspectora de Homicidios que llevaba el caso desde Alicante. Podrías llamarla.

—Gracias… —dijo Serrano, pasando de página en la conversación —. ¿Has encontrado algo útil, Rivas?

—Nada, por el momento. Estoy haciendo una lista, como pediste. Son bastantes.

—Podríamos hablar con el comisario.

—¿Para qué?

—Para que presione un poco al fiscal.

—¿Crees que Vélez hará eso por ti?

Gutiérrez se encogió de hombros.

—Por mí, no. Pero, por ti.

—Sé que no debo…

—Entonces, no lo hagas.

Rivas resopló.

—Como queráis.

—No, habla —insistió el inspector—. Quizá nos venga bien un punto de vista nuevo.

—¿Puedo preguntar cuál es el objetivo de todo esto?

—Creo que ya ni lo sabemos —matizó Gutiérrez—. Llevamos meses trabajando en un caso en un bloque de viviendas al norte de la plaza de Barcelona, en Carrús. Ya te puedes imaginar el

panorama: ocupación ilegal, venta de droga y vecinos hasta las pelotas. Comenzamos investigando cuál era el origen del problema, de dónde salía la droga…

—La distribuyen chavales, en edad de instituto. La mayoría son extranjeros. Nunca llevan mercancía encima, por lo que no puedes detenerlos. Se la venden a otros, sin importar la procedencia, y eso es lo más cojonudo…

—Pero el hachís viene del norte de África —aclaró Serrano.

—Como los dátiles.

—No, los dátiles son de aquí.

—¿Quién lo compra?

—En esas estamos. Vigilamos el bloque y no hay rastro de por dónde la traen. Creemos que entra por el puerto de Santa Pola, pero, claro, la policía municipal de allí, no nos facilita el trabajo. Nos faltan pruebas y, acusar a alguien de allí, pone en jaque a la policía y al ayuntamiento.

—¿Y una cooperación?

—Suerte con eso —dijo Serrano, chasqueando los dedos—. No nos dejan salir de nuestro perímetro.

—Aun así, vigilamos las cargas que entran al puerto. Recuerda que el puerto de mercancías está en Alicante, así que en Santa Pola la partida debería ser menor…

—O pasar desapercibida. Creemos que algún guardia portuario podría estar involucrado.

—Parece poco inteligente traer todo el cargamento a Elche. Es más fácil venderlo por la provincia.

—¿Entonces?

—Seguimos vigilando el bloque y nada cambia.

—Porque siguen vendiendo como si el distribuidor nunca se quedara sin inventario.

—¡Bingo! —dijo Serrano—. Así que pensamos que llega por otra vía, quizás la costa ilicitana.

—Solicitamos una unidad de vigilancia que cubra veinticuatro horas entre Arenales y el Pinet.

—Pero no nos la dan por falta de efectivos.

—Y porque interesa más calmar a los vecinos y cortar el problema de raíz que llegar al fondo de este —añadió Gutiérrez—. Limpias el edificio, detienes a cinco, y te ganas un titular. Veinticuatro horas después, esos cinco están en otro piso, vendiendo en otro lugar, y saben que estaban vigilados.

—Ahí es cuando te das cuenta de que todo tu trabajo no sirve para nada. Una auténtica mierda.

—Hay algo que no entiendo.

—Hay muchas cosas que nunca llegamos a entender.

—La droga viene de África y se vende a marroquíes. ¿Por qué iban a pasársela a un intermediario?

—Porque aquí mandan otros. Las costas no son suyas.

—Estás hablando de aranceles.

—Llámalo como quieras.

—Eso puede generar problemas a largo plazo.

—¿Crees que les preocupa? Aquí solo manda el dinero.

—Solo daba otro punto de vista. ¿Hablasteis con los superiores?

—Todos quieren comer —sentenció Gutiérrez—. ¿Tú quieres comer, oficial?

—Pero…

—Ahora entiendes por qué estás aquí —dijo Serrano.

—El comisario considera que debía reemplazar a Durá.

—¿Tú crees? Ojalá encuentres algo útil en esos papeles. Durá estaba en Homicidios. No te echaremos de menos.

—¿Y los de Científica? Dijeron que enviarían algo.

Los otros la miraron, extrañados.

—¿Cómo sabes eso?

—Estoy aquí, y no puedo evitar escuchar.

—Ponte música, entonces —sugirió Gutiérrez.

—Mensaje recibido. No he dicho nada.

Serrano comprobó el correo, pero Científica no había enviado lo prometido. Su frustración crecía por momentos. Por un instante, pensó en llamar a la inspectora de Alicante. Finalmente, se levantó, cogió su chaqueta de cuero y se dirigió a la puerta.

—¿Ya te vas?

—Voy a que me dé el aire. Me ayuda a pensar.

Salió del departamento y abandonó la comisaría. Necesitaba oxígeno. Y fumar. Sobre todo, fumar.

18

Sofía

Cuando Sofía llegó a la finca familiar, no vio el Audi de su hermano ni tampoco a él. Al cruzar el sendero hacia la entrada de la enorme casa, distinguió la silueta de su madre moviéndose por el interior de la vivienda de dos plantas. Teresa era una mujer tranquila, quizá demasiado serena para la situación que enfrentaban. Su marido había desaparecido, y cada segundo que pasaba reducía las posibilidades de encontrarlo vivo. Sofía era consciente de ello, pero no podía permitir que el miedo y el pesimismo se apoderaran de ellas.

—¡Mamá! —exclamó al bajar del coche.

La mujer salió de la casa, con los brazos cruzados y el rostro pálido; llevaba muchas horas sin dormir.

—¿Ha llamado alguien?

La madre negó con la cabeza.

—¿Y tu hermano?

—Eso me pregunto yo. Habíamos quedado en vernos aquí. —La expresión de Teresa reflejaba lo que no se atrevía a decir en voz alta —. Tranquila, estará bien.

Se abrazaron con fuerza. El aroma de su madre era el olor a hogar. Ambas necesitaban consuelo, pero Sofía sabía que su madre lo necesitaba más. Pensó que no era el momento para hablar sobre una solución a la ausencia del padre, al menos de forma temporal;

para eso necesitaba que su hermano estuviera presente. Sin embargo, él no había aparecido, y eso le disgustaba: para ella, era un signo de debilidad, no hacia la familia, sino ante los enemigos de su padre.

—¿Qué vamos a hacer, hija?

—Esperar. —Le acarició el rostro, tratando de reprimir las mentiras piadosas—. El comisario Vélez ha prometido que lo buscarán.

La madre captó su mirada y, en respuesta, apartó la mano de su rostro. El tono de Teresa se endureció.

—No me tomes el pelo. Soy tu madre y exijo un poco de respeto. —Su voz se volvía cada vez más severa—. Tu padre no está aquí, y eso es un problema para todos. ¡Despierta de una vez!

Sofía apretó los puños y se obligó a mantener la calma. Frente a ella tenía a la Teresa de siempre, la que surgía en los momentos difíciles.

—¿Qué quieres que te diga?

—No quiero que me digas nada, solo que no me mientas.

—¿Entonces? Si tú no sabes dónde está papá y ninguna de las dos confiamos en la policía, ¿qué nos queda?

—No te consiento que...

La tensión entre las dos crecía. Por un instante, Sofía temió que su madre intentara abofetearla, como en otros tiempos, pero esta vez no estaba dispuesta a soportarlo.

—¿Qué? —le dijo, sosteniéndole la mirada, por primera vez plantándole cara—. He hecho lo que tenía que hacer. Es lo que Fernando me sugirió. Es lo que papá habría hecho.

La madre chasqueó la lengua, desviando la mirada. La agitación comenzó a disiparse, pero Teresa, siempre firme, cambió de tema sin ablandarse.

—Tu hermano.

—¿Qué pasa con él?

—¿Por qué no está aquí? Le dijiste que viniera, ¿verdad?

—Sí. Se habrá entretenido, ya sabes cómo es.

Teresa la miró con desdén.

—No seas ingenua, Sofía.

—No lo soy. Conozco a mi hermano. ¡Es Ignacio, tu hijo!

—¿Y qué? ¿Quieres que hablemos de él?

Sofía suspiró, agotada. La noche anterior no había descansado, y el peso de la situación se sentía más pesado de lo que esperaba.

—Tengo que volver a casa —dijo, negando con la cabeza—. Ángel está de viaje y no vuelve hasta mañana. Hoy me toca recoger a los niños.

—Eso, vete, vete con tu familia.

—¡Mamá! También es tu familia.

—¿Se lo has contado a él?

—¿A Ángel? ¿El qué?

—A tu marido le da igual lo que nos pase. A tu padre nunca le gustó.

—Por favor, no empieces con eso ahora.

—Digo lo que pienso porque soy tu madre. Tu marido no es como nosotros, no pertenece a este mundo. Tarde o temprano será un problema.

—¿Para quién, mamá?

—Eso lo decidirás tú. Solo te pido que reflexiones.

—Y yo te pido, como hija, que dejes el tema. Los niños no tienen culpa.

—No, en eso tienes razón. La culpa la tienes tú. No te preparaste para un momento como este. Has vivido en un cuento de hadas que no era para ti. Me pregunto qué hicimos mal…

—¡Oh, por Dios! He tenido suficiente —dijo, girándose hacia el coche—. Dile a Ignacio que me llame, si se digna a pasar por aquí.

—¡Espera! —le gritó, sujetándola del brazo. Sofía sintió la necesidad de defenderse. Al girarse, encontró a una mujer desesperada, no por su familia, sino por salvarse a sí misma. Entonces comprendió la gravedad de la situación—. ¿Qué pasa conmigo?

—Tú estarás bien. Es papá a quien tenemos que encontrar. Y lo encontraremos, vivo, antes de que acabe el día.

—¿Y si eso no sucede?

—Entonces nos encontraremos en una situación muy distinta.

—Hay algo que necesitas saber…

—A estas alturas, hay muchas cosas que debería saber.

La mujer lo pensó dos veces antes de continuar. Su tono se suavizó.

—Hace unos meses, escuché a tu padre hablando con tu hermano, a solas, en el garaje.

—¿Qué tiene eso de raro, mamá?

—Ignacio le estaba hablando de la sucesión.

La palabra impactó a Sofía como una descarga eléctrica. Sabía muy bien lo que significaba. Al oírlo de boca de su madre, el chispazo le recorrió la columna.

—Es normal que le preocupe, es su hijo.

—¿Entonces te da igual?

—¡Claro que no! ¿Qué le dijo papá?

—Que todo llegaría a su debido momento, no antes. Tu padre siempre ha sido un hombre prudente.

—Es, mamá. Lo es. Aún no se ha marchado. Lo vamos a encontrar antes de que ocurra una desgracia. ¿Dónde crees que puede estar?

—Sé lo mismo que tú, hija. La última vez que lo vi, estábamos juntas, y él estaba ahí —dijo, señalando el sendero hacia la salida de la finca—. ¿Qué te ha dicho Fernando?

—Fueron a la fábrica y hablaron de negocios. Luego le dijo que debía pasar por el despacho a recoger algo.

—Ya… Fernando calla más de lo que habla.

—Él no me va a contar nada. No confía en mí aún. Pero, si te sirve de consuelo, él y su gente estarán con nosotros, pase lo que pase. Ahora necesitamos calma y unidad, sobre todo, calma.

—¿Y los demás?

—Su palabra me basta.

Teresa miró a su hija con preocupación.

—No, hija. No es suficiente. ¿Por qué no hablas con tu hermano?

—¿Qué crees que hago aquí?

—No ha venido.

—¡Dios! —exclamó, viendo el desconcierto en el rostro de su madre—. ¿Qué te pasa, mamá? Esto es temporal. Estás exagerando.

Teresa se apartó y comenzó a pasear por el porche.

—Ignacio es muy impulsivo, muy emocional. No debería pensar mal de él, pero…

Sofía le puso una mano en el brazo para frenar sus palabras.

—Siempre lo ha sido. No hay nada que no podamos solucionar.

—Temo que la situación se alargue más de lo debido.

—Eso no tiene por qué suceder.

—No hablo de tu padre, sino de él y de su ímpetu por tomar lo que cree que le pertenece.

—¿Perdona?

—Habla con él y dejad las cosas claras. Será mejor que no lo provoques.

—Soy su hermana y soy la mayor. ¡Y tú eres su madre! ¡Eres tú quien debería sentarse a hablar con nosotros! ¡Tú nos has parido!

—¡A mí no me escucha! No escucha a nadie. ¿Por qué crees que te lo digo?

«Porque, aunque es un drogadicto y un lunático, has mirado hacia otro lado porque es tu hijo pequeño», pensó Sofía, entendiendo lo que su madre intentaba comunicarle. Teresa quería que se apartara de Ignacio antes de que él pudiera hacerle daño. Pero una madre siempre es una madre, y la suya dudaba entre protegerlos a ambos o revelarle toda la verdad. Para Sofía, era tarde para eso; ella ya sabía leer entre líneas.

—No esperaba esto de ti, mamá. Me parece increíble lo que estás diciendo.

—¿Por qué?

—¡Porque papá lleva desaparecido desde anoche! ¿Es que no te escuchas?

—¿Y cuántas veces ha desaparecido desde que lo conoces? —La pregunta dejó un silencio tenso entre ambas. Sofía estaba alterada, pero hacía un esfuerzo por mantener la compostura. El torbellino de emociones era superior a sus fuerzas. Teresa suspiró antes de continuar—. Está bien, tienes razón. Quizá esté exagerando, pero hay que considerar todos los escenarios. Eso es lo que tu padre diría.

—Deberías tomar algo y relajarte. Igual que Ignacio.

—Ignacio no necesita nada para relajarse…

—Retomaremos esta conversación cuando estemos más tranquilas.

—Hablas como tu padre. Supongo que mi hijo se parece a mí, en ese aspecto.

—Será mejor que me vaya.

—¿No te quedas a comer? He hecho un perol de arroz con verduras.

«Vete al infierno», pensó Sofía, convencida de que su madre solo buscaba provocarla.

—No, gracias. Como madre, tengo que atender a mis hijos. —Caminó hacia el coche, ansiosa por alejarse de allí y librarse de la opresión que la asfixiaba. Notaba la mirada de su madre clavada en su espalda como una estocada.

—Como hija, no cumples como deberías…

—Llama a Ignacio y tráelo aquí —respondió, conteniendo la presión que sentía en el pecho, sin mirarla. Abrió la puerta del coche, se puso las gafas de sol y lanzó una última mirada desde la distancia—. Quiero que hablemos los tres, a solas. Avísame cuando lo hayas hecho.

Arrancó el motor y abandonó la finca con un nudo en el estómago y el corazón en un puño. Había intentado mostrarse fuerte delante de su madre, pero esa fachada se derrumbaría en cuanto la perdiera de vista. Condujo unos kilómetros hasta que no pudo más, salió del coche y se desvió por un camino de tierra. Las piernas le temblaban y sentía los nervios a flor de piel. Bajó del vehículo, mareada, y vomitó entre los arbustos.

19

Serrano

Los alrededores de la comisaría de Elche resultaban desoladores. Atrás quedaban Los Palmerales, el barrio más conflictivo de la ciudad, un mercado de la droga y zona caliente de prostitución callejera, punto de encuentro de toxicómanos y, paradójicamente, un «paraíso» para los policías. Al otro lado, huertos de palmeras que se convertían en parajes peligrosos cuando caía la noche. El centro de la ciudad quedaba cerca, pero lo suficientemente lejos como para que no pareciera un entorno urbano. Javier Serrano salió de allí con la cabeza en otra parte. Si querían abrumarlo, lo habían logrado. Quizá era la presencia de la nueva oficial, se decía, o el empeño de Vélez, o de algún superior, en tocarle los cojones. Poco a poco, sentía que la operación llegaba a un callejón sin salida y que el caso tocaba fondo. «Tanto trabajo para nada». Era la parte más frustrante de la profesión. «La ley deja de ser útil cuando la aplican intereses personales», y no tenía dudas de que Vélez andaba tras esos intereses. En cuanto a él, los méritos le importaban un carajo.

Subió al BMW, encendió el estéreo y puso rumbo a la nueva circunvalación. Conducir le sentaba bien y, si la música era buena, le sentaba mejor. Le acompañaba *Core*, el primer álbum de Stone Temple Pilots, una de esas bandas, ya extintas, que habían marcado su juventud. «El que escucha rock, se queda en el rock», decía siempre que le preguntaban por sus gustos musicales. Apreciaba

que el BMW que llevaba tuviera reproductor de CD. Necesitaba pensar con claridad y salir de la caja que representaba el departamento. Recordó la conversación en el bar, horas antes, al volver del despacho de Bernabeu. Nadie sabía nada. «Ni me lo van a contar». No hacía falta insistir para entender que en ese sitio no querían líos. Continuó, dándole vueltas a sus asuntos pendientes mientras tomaba la Vía Parque.

«¿Dónde diablos estarás, Bernabeu?».

Abandonó la vía y cruzó el puente del Bimilenario. A partir de ahí, la ciudad cambiaba de tono. Carrús, el barrio, su barrio. Conocía cada rincón: la plaza de Barcelona, el parque del 1 de mayo, el bar *Los Cazadores*. Las litronas, los trapicheos, la ruina, y los robos de bicicletas. Nadie sospechó nunca que terminaría siendo policía, pero fue su manera de salir de allí. Algunos solo aspiran a escapar del barrio. «Un talento perdido», decía su padre. Ahora el barrio tenía otro color. De la avenida de la Libertad hacia el norte, el corte social era aún más marcado que décadas atrás.

Continuó hasta el polígono industrial, al norte, donde sobresalía el edificio de Comisiones Obreras, un vestigio del pasado, con su iconografía estalinista, encajado entre las naves industriales. Lo miró con nostalgia, no por ellos, sino por el crecimiento de la ciudad. En un lugar dominado por la opulencia y la corrupción, todos eran cómplices.

Cruzó el polígono hasta que tomó la salida hacia el *Con Ruedas*, un bar conocido en el polígono, punto de encuentro de la fauna de los alrededores. Allí coincidían currantes de las naves, empresarios del calzado, moteros, miembros de bandas de poca monta, empleados de fábricas textiles, personal del tanatorio, gente del barrio, rockeros, policías, hinchas violentos... y la lista seguía. El encargado del bar, Juan, más conocido como «Johnny Puertas», era un motero que se había hecho un nombre en la noche antes de juntar el dinero suficiente para abrir su propio sitio, poner su grifo de cerveza Skol y olvidarse de la movida nocturna. Con el tiempo, el *Con Ruedas* se había convertido en punto de encuentro para los grupos filonazis que frecuentaban el sur de la provincia. Serrano sabía que la droga no entendía de razas ni de ideologías, y había

trabajado en un caso con cinco miembros de la extinta *Curva Blanquiverde*, detenidos por tráfico de estupefacientes en los alrededores del estadio Martínez Valero. Después de un tiempo en prisión, aquellos tipos habían seguido con sus negocios. La misma ideología extremista flotaba en el ambiente de algunos grupos moteros de los alrededores del bar. Serrano no era mal recibido allí, lo cual ya era bastante, y de vez en cuando alguien lo confundía con un camarada, saludándolo con el brazo en alto. Eran gestos que prefería ignorar antes de quedarse sin acceso a información.

Aparcó junto al bar y entró. Johnny estaba tras la barra. Se conocían del barrio, aunque nunca habían tenido contacto directo; sabían de la existencia del otro y era suficiente. Juan siempre había sido el típico macarra que se metía en líos, ya fuera con la policía, los inmigrantes, los vecinos, o cualquiera que le cruzara. En los últimos tiempos, parecía haberse reformado, aunque Serrano sabía que, detrás de los tatuajes y la bisutería barata de aire teutónico, el cambio era superficial. «Nadie cambia después de los veintidós, ni de los cuarenta», solía decir. Johnny entendió rápido que la policía no se marcharía de allí mientras siguieran con los trapicheos. A cambio, Serrano les permitía a los suyos quedarse en paz.

Se acercó a la barra y pidió una caña.

—Skol —dijo Johnny, seco

—. ¿Para qué preguntar, si es lo único que tienes?

—Para que quede claro.

Serrano observó a los clientes. A esas horas, solo había gente que debería estar en sus trabajos, lo cual le sugería que sus oficios eran cuestionables o sus turnos, denigrantes.

—Aquí tienes, inspector —dijo Johnny, poniendo la caña espumosa sobre la barra y dejándole un cuenco de frutos secos—. ¿Se te ha perdido algo o no tienes faena?

—Pasaba por aquí. ¿Cómo va el negocio?

—Ya lo ves —dijo señalando el bar vacío con las palmas hacia arriba—. Relajado, como el tuyo.

—¿Cómo van los muchachos?

—No sé de qué me hablas —dijo Johnny, limpiando la espuma que había caído sobre la barra de madera—. Pero, si te refieres al

ambiente, la cosa está tranquila.

—¿Tranquila?

—Eso dice la gente.

—Por supuesto… —Serrano dio un trago a la cerveza, aunque prefería otra marca—. Dime una cosa, Johnny. ¿Qué dice la «gente» sobre lo que llega del norte de África? Seguro que sabes algo. Cada vez entra más y están llenando el barrio de puntos de venta, de chavales fumando porros y de yonquis tirados por los portales. Cualquier día, los tienes vendiendo o consumiendo en tu bar. O las dos cosas.

—Los cojones. ¿Ves eso de ahí? —Johnny señaló una cabeza disecada de búfalo colgada del techo, en la entrada—. De ahí no pasarán.

—Todo puede pasar.

—Acabaremos a hostias, créeme. En mi bar no se vende ni se consume, inspector. No voy a dejar pasar a esa gente de mierda. ¿Para qué coño estáis?

—No es fácil. Nosotros somos los primeros que trabajamos para evitarlo.

—Ya.

—Alguien les está ayudando a pasar la droga.

—¿A los moros?

—Al proveedor que sea. Lo que ves es solo la superficie. De costa a costa, hasta el barrio. Hoy es aquí, mañana será Crevillente o la Vega Baja. Eso es lo que sospechamos.

—No sé nada, ni quiero saberlo.

—Dile a tus amigos, que se anden con ojo.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia. Vamos a por todos. Si tienen algo que ver, también iremos a por ellos.

—Será mejor que os centréis en los que generan el problema.

Serrano suspiró y se levantó. Johnny no parecía dispuesto a colaborar ni a ofrecerle un chivatazo útil.

—Cóbrate.

—Invita la casa.

Serrano asintió, se alejó de la barra y miró hacia el exterior por una de las ventanas. Vio cinco motos aparcadas, algunas Harley-Davidson, pero no vio rastro de los propietarios, fácilmente identificables por su aspecto.

—¿Todo bien, Serrano?

—Sí. Me preguntaba si esas motos de ahí tienen los papeles en regla.

—Déjale eso a la DGT. Si te aburres, juega a los dardos.

—Enviaré a alguien para que se pase.

—Espera…

—¿Sí?

—Sobre lo que dice la «gente»… Pregunta a los que pisan fuerte en esta ciudad.

—¿Pisar fuerte? ¿De quién me hablas?

—Parece mentira… —dijo Johnny, señalando la fábrica en el otro lado del polígono. Serrano miró y leyó el cartel sobre el almacén: *Suelas Bernabeu*. —Para ser policía, tienes pocas luces.

—Adiós, Johnny.

—Hasta la vista, inspector…

Serrano salió del bar, bajó los escalones y caminó hacia su coche, observando con disimulo las matrículas de las motos aparcadas. Sacó el móvil y tomó varias fotos para quedarse con los números. Luego pensó en lo que Johnny había dicho. Bernabeu tenía negocios, principalmente en el sector del calzado, lo que en principio lo sacaba de la ecuación del contrabando. Al menos hasta ahora. ¿A santo de qué venía Johnny a señalar a la familia del empresario?, se preguntó. No podía fiarse del todo de lo que el motero decía. Le gustaba salpicar a terceros para desviar la atención. Sin embargo, era cierto que los Bernabeu estaban siendo investigados por Hacienda y que tenían otras imputaciones, aunque no relacionadas con el caso de Serrano. Y, en ningún momento, Johnny había mencionado la desaparición de Bernabeu.

Serrano suspiró profundamente, puso el motor en marcha y salió de allí.

20

Ignacio

Había faltado a su palabra, a su hermana, pero podía consentírselo. Después de todo, tenía que tratar asuntos más importantes que discutir con ella sobre nimiedades. Por ejemplo, la sucesión. «La solución es indiscutible». La ausencia de un padre nunca llega en buen momento —nadie la espera ni está preparado para ella, aunque diga lo contrario—, ni en la juventud ni en la vejez. Cuando ocurre, no queda más que tragar y dar un paso al frente. Y si el padre es más que eso, si es quien toma las decisiones no solo de una familia, sino del porvenir de otras familias que dependen de él, la responsabilidad pesa. ¿Podría él con todo eso? Tenía la suficiente confianza para arriesgarse y la bravuconería necesaria para no cuestionarse. Ignacio Bernabeu no era un niño, ni un adolescente; era un adulto hecho y derecho, potencialmente capaz de gobernarse a sí mismo y también a los hombres que trabajaban para la familia.

El problema era que había perdido todo su talento.

Tras su encuentro con «El Toro» Jiménez para que vigilara a su hermana Sofía, faltó a la comida familiar, a la encerrona que, probablemente, Sofía le había preparado para que se enfrentara a ella y a su madre. Conocía bien a su hermana. «La mosquita muerta que las mata callando». Sin su padre presente, se negaba a almorzar con ellas dos, por varias razones que nunca aceptarían públicamente. La primera, porque sabía que su hermana lo pondría

contra las cuerdas, echándole en cara errores del pasado y del presente, volviéndolo frágil a ojos de su madre. La segunda, porque no deseaba herir a una madre que no había conseguido manipularlo lo suficiente como para convertirlo en el hombre que ella esperaba. Y lo mismo ocurría con Sofía. A veces, Ignacio pensaba que era adoptado, que la sangre de la familia no corría por sus venas, aunque no tardó en comprender que estaba equivocado. Era Teresa, y no él, y sus ancestros, los Campello. Él era un Bernabeu, y tenía fe en ello.

A la hora de la comida, Ignacio decidió reunirse con Álvaro «El Ruso» Beltrán y Laura «La Viuda» en el Bar Ventorrillo Durá, un lugar discreto de carretera, entre Elche y Santa Pola, que no llamaba la atención, pero era conocido en la zona. Álvaro Beltrán, apodado «El Ruso», era un hombre de negocios turbios, con un historial tan amplio como opaco. Las malas lenguas decían que tenía vínculos con la mafia rusa en Torrevieja y la Costa del Sol, además de manejar importaciones ilegales de hachís y mercancías desde el puerto de Santa Pola. Sus contactos eran oro en polvo. Era conocido por su eficiencia y su frialdad en los negocios, y también por su capacidad para resolver problemas de manera pragmática, aunque no siempre eso implicaba violencia; para él había métodos más rápidos y crueles.

También se encontraría allí con Laura «La Viuda», apodada así tras la muerte de su marido. Era la encargada de los burdeles de la familia, tanto en la carretera del Pinet como en los pisos de Toscar y Carrús Norte. La mujer, delgada como un espárrago, era astuta, con habilidad para manejar a las chicas que trabajaban para ella y a los clientes. Ignacio le debía un favor por lo ocurrido con la chica polaca y estaba dispuesto a compensarla. Ese día, pensó que podría ganárselos para asegurarse su apoyo.

Entró en el bar y los vio ya sentados a una mesa, compartiendo un gran plato de arroz con costra, en un rincón del salón, junto a la barra de aluminio. El olor a arroz recién hecho, chuletas de cordero y embutido asado llenaba el aire, mezclándose con el bullicio del mediodía. Ignacio se acercó a ellos, y Álvaro levantó la vista con una leve sonrisa, mientras Laura lo miraba con curiosidad.

—Ignacio, justo a tiempo —dijo «El Ruso» con su característico acento—. Siéntate, te estábamos esperando.

Tomó asiento frente a ellos y le hizo una señal al camarero.

—Ponme una caña, por favor —pidió mientras se acomodaba en la silla.

Laura «La Viuda» llevaba los labios pintados de rojo y observaba a Ignacio con una mueca astuta, como quien espera su compensación. Ese día vestía de manera sobria, pero su mirada reflejaba la experiencia de alguien que había sobrevivido en un mundo peligroso durante años.

—¿Cómo va todo, muchacho? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia él—. ¿Hay noticias de tu padre?

La pregunta desconcertó al benjamín de los Bernabeu.

—No. Y ya no soy un crío, Laura. Así que no me trates como tal.

—Para mí, siempre lo serás. ¿Verdad, Beltrán? —preguntó al otro, pero este no dijo nada—. Al menos, hasta que vea que te comportas como un hombre… Por cierto, he oído rumores sobre tu hermana. ¿Son ciertos?

Ignacio esbozó una sonrisa incómoda, mientras el camarero le servía la caña.

—¿Qué has oído? —quiso saber, y dio un trago a la cerveza.

—La gente ve cosas y las comenta.

—Corren el riesgo de que les corten la lengua. Repito, ¿qué dicen?

—Nada… La han visto con Díaz en la plaza del Raval.

«Vaya con mi hermana. No pierde un minuto».

—Entiendo que pueda estar preocupada y que se dirija a él. Después de todo, es la persona más cercana a mi padre.

—Las malas lenguas no dicen eso.

—Me importa un carajo lo que digan las malas lenguas. Precisamente, hoy estoy aquí para callarlas... Quiero asegurarme de que todos estéis de mi lado cuando llegue el momento oportuno —dijo, mintiendo e intentando ocultar su malestar antes de tomar otro sorbo—. Mi padre ha desaparecido y hay que encontrarlo cuanto antes. Tal vez esté vivo, o tal vez no, pero la única certeza es que ahora no está, y alguien tiene que dirigir los asuntos de la familia.

—Y ese alguien vas a ser tú —dijo «El Ruso», con un tono ambiguo que no dejaba claro si lo afirmaba, preguntaba o cuestionaba su liderazgo.

—No voy a permitir que Sofía tome decisiones que puedan perjudicar a la familia. Por eso, necesito saber que puedo contar con vosotros.

Álvaro rio suavemente mientras tomaba otro bocado de arroz y un trago de vino.

—Sabes que siempre he sido honesto con tu padre, pero las cosas están cambiando, Ignacio. No me gusta posicionarme. Eso te hace débil y te obliga a perder oportunidades. Si esperas mi lealtad, tendrás que darme algo a cambio. Algo que los otros no puedan ofrecerme.

Ignacio asintió. Sabía que no podía esperar apoyo incondicional sin una buena oferta y que «El Ruso» valoraba la confianza de otro modo: su padre lo había mantenido de su lado tanto tiempo porque no entendía otro idioma que el dinero.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó, directo—. Pedid y se os dará. Sé que, hace tiempo que no se os escucha.

Laura carraspeó.

Álvaro dejó el tenedor en el plato y lo miró con seriedad.

—Más libertad en el negocio. Quiero modificar algunos acuerdos que teníamos con tu padre. Las comisiones están anticuadas, y necesito un trato más directo con los proveedores, sobre todo, si quieres que funcione la siguiente operación. Además, quiero rotar a las chicas en los burdeles con más frecuencia. Laura te explicará los detalles.

Ignacio miró a la mujer, que asintió en silencio, confirmando las palabras de Álvaro.

—Todo eso está bien, pero quiero asegurarme de que, si apoyáis mi alternativa, me ayudaréis a consolidarla. Quiero que, llegado el momento, estéis preparados para actuar —dijo Ignacio con firmeza —. Con todas las de la ley.

Álvaro arqueó la ceja, mirándolo con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—El problema no es si estamos de tu lado, Ignacio. Puedes tener nuestra palabra. El problema es que nos estás pidiendo un cheque en blanco. Parece que te olvidas de Fernando, «El Gordo». ¿Qué piensas hacer con él?

—Ese no será tu problema.

—Sí, sí que lo será. Su influencia es fuerte y no se quedará quieto, si intentas tomar el control sin su aprobación. Es atroz cuando alguien lo desafía. Incluso para mí. Y eso hace dudar a nuestra gente.

Ignacio frunció el ceño. Ya había escuchado ese aviso, de Héctor «El Toro» Jiménez. Ahora venía de Álvaro. Pero, en el fondo, creía que con suficiente apoyo podría doblegar al Díaz sin recurrir a la violencia.

—»El Gordo» cederá si se siente acorralado —respondió con certeza—. No creo que sea necesario llegar a la violencia. Apoya a mi hermana porque ella se lo ha pedido.

—Habla con él, entonces. Hazle una oferta mejor. Todos quedaremos satisfechos.

«Ni hablar».

—Lo consideraré, pero también espero que tengáis en cuenta que he venido a hablar con vosotros antes que con él.

Laura «La Viuda» se inclinó en la silla, con una expresión seria.

—Tu hermana Sofía no es una tonta, Ignacio. Es más inteligente de lo que crees. Los hombres en este negocio siempre nos infravaloráis. —De pronto, «El Ruso» soltó una carcajada burlona—. Es verdad lo que digo. Y a Sofía la han infravalorado por ser «la hija de», pero no se dejará amedrentar por las buenas. Si quieres el control, más te vale no subestimarla.

Ignacio guardó silencio, procesando las palabras de la mujer. Apostaban demasiado por ella. Sofía era astuta, pero no era una amenaza. Estaba seguro de que se rendiría en cuanto probara la realidad.

—Escuchad, mi padre siempre pensó en sus intereses, no en los de la familia, y sabéis a qué me refiero —explicó, ganándose su atención—. La sangre tira, pero en el negocio, la lealtad se mide en

billetes. A veces, para proteger a la familia, tienes que poner primero a «la otra familia»… Es hora de un cambio.

Álvaro asintió lentamente y bebió otro sorbo de vino.

—Suena bien. Pero, recuerda: «El Gordo» no es alguien con quien jugar. Si decides enfrentarte a él, más te vale estar preparado y dejarlo fuera en el primer asalto. Llámame cuando esté fuera, y tendrás mi apoyo.

Ignacio sintió que su plan comenzaba a tomar forma.

—No tendrá otra opción que ceder. Lo último que nos interesa es una guerra interna para que los Parres se aprovechen de nosotros.

«Y cuando eso ocurra, la familia estará en mis manos».

—¿Y qué pasa con Tomás? —preguntó Laura, al notar el cambio en el tono de la conversación—. Hablamos de una situación temporal.

—No te preocupes por eso, Laura —le dijo, dándole un toque en la mano. Ella retiró los dedos enseguida ante la mirada de Ignacio—. Intento ser previsor. No queremos que esto se alargue, pero debemos prepararnos para cualquier escenario. Pase lo que pase, él estará de acuerdo. Me pidió que hiciera esto.

Laura y «El Ruso» intercambiaron una mirada rápida.

—Esperemos que tengas razón —dijo ella—. Porque, de lo contrario, todos pagaremos el precio de tus errores.

La reunión terminó con un apretón de manos y la sensación de que algo estaba a punto de cambiar en Elche. Ignacio se levantó de la mesa, dejando que sus socios terminaran la comida mientras él se dirigía hacia la salida, con una sonrisa triunfal en el rostro. Se sintió bien moviendo los hilos. De pronto, en su interior, comenzó a creer una ambición hambrienta de poder. Nadie sospechaba de él, ni de lo que había hecho para que su padre desapareciera. Lo que, en un principio, parecía un error imperdonable, empezaba a ser un trampolín hacia su futuro. La historia estaba llena de héroes caídos que se convertían en mártires, y su padre no regresaría hasta que él lo decidiera... Si es que decidía que debía regresar.

21

Eduardo

Eduardo Parres estaba en la oficina de su casa, en el campo de Elche, con las manos entrelazadas sobre el escritorio de madera maciza. La habitación, iluminada solo por la luz que entraba a través de las persianas, estaba en silencio. A su alrededor, los lujosos muebles y las fotografías familiares colgadas en las paredes parecían pertenecer a otro mundo, uno en el que las apariencias importaban más que la realidad que Eduardo conocía. Sin embargo, en su mente, no había nada más alejado de la paz que representaba su entorno.

Tomás Bernabeu estaba desaparecido, y el caos que eso generaba en la familia Bernabeu representaba una oportunidad que no podía desaprovechar. «Aquí nadie llora por mucho tiempo; en cuanto el rey cae, ya están buscando a quien ocupe su asiento». Con toda la paz que reinaba en el cuarto, encendió un purito fino y dejó que el humo se elevara lentamente. La noticia se había extendido rápidamente, y aunque en la radio y en los periódicos solo se hablaba de una desaparición, Eduardo sabía que los Bernabeu estaban más débiles que nunca. «Sobre todo, si uno de los hijos tiene que hacerse cargo». Sin Tomás al mando, los hilos del poder en la familia estaban sueltos y alguien tendría que tomarlos.

Se recostó en su silla de cuero negro mientras sus pensamientos recorrían las posibilidades de su futuro. La relación entre su familia,

los Parres, y los Bernabeu había sido de respeto mutuo durante años, pero nunca de confianza. Tras un periodo sangriento, llegaron a un acuerdo y se repartieron el territorio de la ciudad con otras familias que también habían intentado hacerse un hueco. El otro lo hacía como un favor, pero Eduardo sabía que le interesaba tenerlo cerca, aunque fuera como enemigo. De lo contrario, lo habría aplastado como al resto. Atrás quedaban los Coves, los Navarro, los Fenoll o los Soler. Sin embargo, la falta de organización, el exceso de ambición y la ausencia de consenso entre las familias provocaron que los Bernabeu y los Parres absorbieran, poco a poco, al resto de organizaciones. Así que ambos sabían que la paz era frágil y que en cualquier momento podría romperse. Pero nadie esperaba un revés como el actual.

Los Parres habían estado manejando operaciones de tráfico ilegal durante años, aprovechando sus conexiones con otras familias de Santa Pola, como los Ruso o los Bonmatí, y con organizaciones en Marruecos, para mover hachís y otras mercancías a través de la costa. Pero siempre había un límite, una línea que no podían cruzar sin arriesgarse a una guerra abierta con los Bernabeu. Hasta ahora.

Desde hacía un tiempo, los Bernabeu habían encontrado su propio modo de traer más cantidad, más rápido y de mejor calidad. Y lo que era peor: a un precio más bajo. Esto había desestabilizado el mercado y ahora les estaba pasando factura.

«En este negocio, las leyes invisibles son las que más pesan; el mercado tiene sus propias reglas, que no están escritas en ningún lado, pero romperlas siempre te cuesta y no solo en billetes».

El silencio de la habitación fue interrumpido por el sonido del teléfono en su escritorio. Miró el aparato unos segundos antes de responder. Sabía quién era.

—Parres —dijo, manteniendo la voz calmada.

—Eduardo, soy Vicente —respondió el hombre al otro lado de la línea. Vicente, el panadero con el que se había reunido días atrás, era su contacto en la calle desde hacía años. Las panaderías funcionaban bien como lavanderías de dinero. La familia las utilizaba porque manejaban grandes cantidades de efectivo, lo que facilitaba mezclar ingresos ilícitos con legítimos. Su flujo constante de ventas y

los bajos costes operativos permitían a los Parres inflar o manipular los registros contables sin levantar sospechas. Además, el perfil discreto de este tipo de negocios y la facilidad para falsificar facturas hacían más difícil que las autoridades detectaran el lavado de dinero en su actividad financiera. Era un negocio redondo y Vicente se encargaba de que nadie sospechara.

—Hombre, Vicente. ¿Qué tal todo?

—La cosa está caliente en los alrededores. Están perdidos sin el viejo. No saben qué hacer, y la policía lo está buscando por todas partes. Tenías razón.

—¿En qué estás pensando?

—Puede que sea el momento perfecto para dar un paso al frente, ya sabes... Ampliar el negocio de las panaderías.

Eduardo suspiró, satisfecho, de que Vicente compartiera su opinión.

—Me alegra oír que has reflexionado al respecto.

—Gracias a tu abogado.

—Lo sé. Hablando de eso… Mira, quiero intensificar algunas operaciones... y voy a necesitar que vigiles algunos de tus libros de cuentas. No te importa, ¿verdad?

—No estoy en la mejor situación, Eduardo.

—Olvídate de lo «otro».

—Está bien. Te escucho.

—La suerte no toca dos veces. Hace años que esos tipos se llevan la mejor parte del pastel. Pero ahora es nuestro turno. Si movemos bien las fichas, pronto seremos nosotros los que manejemos los hilos en toda la cadena. Pero... —Eduardo hizo una pausa, midiendo sus palabras— hay un riesgo. Temo que nos den un aviso, si empezamos a alquilar locales de un modo agresivo...

Vicente permaneció en silencio durante unos segundos antes de hablar.

—¿»El Gordo»?

—Podría vernos como una amenaza. No quiero que las pedanías huelan a pan quemado.

Un movimiento en falso podría significar la ruina para los Parres.

—Comprendo. ¿Qué sugieres? —preguntó el otro, ahora con tono más serio.

—Mira, aquí no podemos entrar como toros. Hay que mover las fichas sin hacer ruido, ir socavando sin que se dé cuenta. Esa bola de sebo está obsesionada con tener a los Bernabeu bajo su bota y anda perdiendo el sueño con lo de Tomás. Si jugamos bien nuestras cartas, lo dejamos sin aire antes de que lo note.

Vicente asintió desde el otro lado de la línea, aunque Eduardo no podía verlo. Había un entendimiento tácito entre ellos.

—Tú dirás.

—Primero, necesitamos meter más mercancía en la calle, pero sin pisarles el terreno, ¿entiendes? Olvídate de las panaderías, por el momento. Compramos directo a su proveedor y duplicamos con los contactos del hachís, pero nos movemos por otras rutas. Así, cuando ellos quieran reponer, no va a haber nada. Si te quedas con toda la oferta, al final, el que controla quién vende… eres tú.

—Audaz y peligroso.

—Es la única manera de controlar el mercado. Ese idiota del hijo no va a entender qué sucede. Los moros no dirán nada.

—Comprendo. ¿Tenemos recursos suficientes como para hacer frente a esa cantidad?

—Nos la jugaremos. Y aquí entras tú. Quiero que cada remesa que llegue en las lanchas salga por la carretera del Altet, lejos de los ojos de sus hombres. Si preguntan, diremos que es un negocio paralelo, algo pequeño. Nada que llame la atención.

Vicente pareció pensativo, pero finalmente respondió:

—Puede funcionar.

—*Fotre*, Vicente. Pareces tonto.

—«El Gordo» tiene ojos en todas partes, pero si lo hacemos bien, no verá venir el golpe. ¿Y si nos descubre?

Eduardo cerró los ojos. Sabía que el riesgo estaba ahí, pero no había vuelta atrás.

—Lo descubrirá cuando no le quede otra que agachar las orejas. Será como meter una rana en una olla caliente. Cuando quiera darse cuenta, morirá hervido.

—¿Y si nos descubre antes de que hierva el agua?

—Entonces nos tocará estar listos para lo peor, pero dudo que llegue a ese punto. Mientras mantengamos la boca cerrada, iremos tomando terreno a paso lento. Lo desgastamos poca o poco, hasta dejarlo solo.

El silencio llenó la línea por unos segundos, antes de que Vicente respondiera:

—¿Algo más?

—Sí. Asegúrate de que Giménez mantenga a Hacienda lejos de nosotros, al menos de todas las panaderías. Mientras tanto, busca locales estratégicos que podamos utilizar como almacén. Cuando los tengas, habla con Giménez y él se encargará del resto.

—Lo haré. Tú mandas, eres el jefe. Te mantendré informado.

Eduardo colgó el teléfono y se recostó de nuevo en su silla. Sabía que estaba metiéndose en terreno peligroso, pero los mayores riesgos traían las mayores recompensas. Era ahora o nunca.

«Porque ese cabrón de Díaz no tiene piedad. Matará a tu familia delante de ti, y después te sacará las vísceras».

Se levantó de la silla y caminó hacia la ventana de su despacho, desde donde podía ver el jardín de su propiedad y los bancales del campo de Elche. Las palmeras se mecían suavemente con el viento, y el silencio de la tarde le permitía pensar con claridad. Sabía que había una línea muy fina entre el éxito y el fracaso, y que «El Gordo» no se quedaría de brazos cruzados, si descubría lo que estaba haciendo. Debía moverse como una serpiente.

«Quizás esta sea mi última oportunidad de que aquí, en mi terreno, nunca se ponga el sol».

Volvió a su escritorio y sacó un viejo cuaderno de notas. En él había escrito los nombres de todos los contactos importantes que tenía en Marruecos, los proveedores de hachís y las rutas que utilizaban para mover la mercancía. Revisó cada nombre, cada ruta, asegurándose de que todo estuviera en orden.

—Esta es mi jugada —se dijo a sí mismo—. Y voy a ganar.

El teléfono volvió a sonar, interrumpiendo sus pensamientos. Esta vez era Rubén Giménez.

—Eduardo, buenas noticias. Hacienda ha aceptado los términos de la reclamación. Tenemos tiempo para maniobrar.

Giménez se encargaba de manejar los asuntos legales de la familia, especialmente en lo relacionado con la evasión fiscal, la protección contra investigaciones de Hacienda y otros temas delicados. Se había ganado la confianza total de Parres por su habilidad para encontrar lagunas legales y retrasar procedimientos judiciales, lo que lo convertía en una pieza clave en las operaciones de los Parres.

Eduardo sonrió. Las piezas estaban en su lugar.

—Eres bueno, Giménez. Perfecto… Ya he hablado con «El Pana» para que prepare los libros de cuentas y ponga en marcha la búsqueda de almacenes. Te llamará en cuanto tenga noticias.

Colgó el teléfono de nuevo y respiró hondo. Estaba listo para lo que viniera. Eduardo Parres nunca había rehuido una pelea. Y si los Bernabeu caían, como él había hecho en el pasado, estaría allí para recoger los pedazos.

22

Natalia

La oficial Rivas caminaba con paso decidido hacia la salida de la comisaría. A pesar de la agitada mañana, en la que había revisado informes y escuchado las directrices de Javier Serrano, su mente estaba enfocada en otra cosa. Llevaba dos días así y tenía la impresión de que el asunto iba para largo. La investigación sobre la desaparición de Tomás Bernabeu se había vuelto más complicada de lo que había anticipado, y sabía que debía manejar la situación con cautela. Había mucho en juego y su lealtad no estaba con la policía, sino con la familia Parres.

¿Cómo había llegado hasta allí? Era una larga historia, tan larga y oscura como su melena.

A sus veintiocho años, Natalia era joven, pero astuta. Había aprendido a moverse en los círculos más oscuros del poder, decepcionada por la falta de incentivos que le proporcionaban tanto la policía como el sistema judicial. No era la primera que lo hacía, pero sí de las pocas personas que se abrían paso sin el respaldo de sus superiores. Su conexión con la familia Parres había comenzado casi por accidente, pero una vez dentro, se dio cuenta de que podía ser más útil para ellos que para cualquier otro. Ellos, a cambio, le ofrecían la protección y los recursos que necesitaba para ascender en la policía, ganar más y labrarse un futuro seguro. Tal vez no fuese lo más ético, pero cuidaba de sí misma y de su porvenir. Creía que

su rol apenas tenía relevancia en los asuntos importantes, así que no consideraba que estuviera causando un perjuicio a la sociedad. Filtraba información a cambio de apoyo. Sabía que jugaba con fuego; no obstante, no le preocupaba. Al contrario, se había acostumbrado a moverse en zonas grises como aquellas.

Al salir del edificio de la comisaría, revisó su teléfono móvil. Había recibido un mensaje encriptado de Rubén Giménez, el abogado de la familia Parres, que esperaba novedades sobre su actividad. Siempre era él, a través de un tercero, para evitar conexiones directas. Natalia miró alrededor y, tras asegurarse de que nadie la observaba, caminó hacia su coche. El aparcamiento de la comisaría estaba tranquilo a esa hora, lo que le daba un respiro para lo que estaba a punto de hacer.

Subió al vehículo, cerró la puerta y exhaló profundamente. Todavía se ponía nerviosa cada vez que tenía que hacer algo así; nunca lograba acostumbrarse del todo. Sacó el teléfono y, con rapidez, marcó el número seguro que Eduardo Parres le había proporcionado. Después de tres tonos, la voz grave de Eduardo contestó.

—Soy yo, Eduardo.

—Natalia, ¿tienes algo para mí?

Ella tomó aire, vertebrando mentalmente la información que había recopilado ese día.

—Sí. Siento el retraso. No he encontrado el momento oportuno.

—No importa.

—La investigación sobre la desaparición de Tomás Bernabeu ha dado un giro importante. Serrano está empezando a atar cabos, aunque aún no sabe hacia dónde lo llevarán.

La línea quedó en silencio por unos segundos. Eduardo estaba procesando lo que había dicho.

—¿Qué significa eso, exactamente? —preguntó con calma, pero con una clara preocupación en la voz.

Natalia miró por la ventana del coche, asegurándose de que nadie la estuviera observando, antes de continuar. No debía alargar la llamada demasiado, si no quería que la descubrieran. Al fin y al cabo, la comisaría era como un patio de colegio.

—Significa que han encontrado documentos ocultos en el despacho de Bernabeu, facturas guardadas en un cajón falso... y están empezando a hacer preguntas sobre las operaciones pesqueras de Santa Pola. Si investigan a fondo, podrían encontrar algo que no les guste. Están revisando empresas relacionadas con el tráfico de mercancías en el puerto, y las sospechas sobre la conexión con el hachís van en aumento.

Eduardo guardó silencio y Natalia sabía que él estaba analizando cada palabra.

—¿Serrano sospecha de nosotros? —preguntó Eduardo, con una frialdad que ocultaba la preocupación.

La oficial se recostó en el asiento y su tono se volvió más bajo.

—Todavía no. Está centrado en los Bernabeu, pero es solo cuestión de tiempo antes de que empiece a examinar a todos los conectados. La Científica encontró facturas en un falso cajón en su despacho. Le han dejado un montón de documentos para analizar, y lo que descubra allí lo llevará a hacerse preguntas incómodas. Por suerte, yo estoy a cargo de gran parte del papeleo y debo confeccionar una lista de empresas de Elche que hayan tenido actividad en el puerto. Puede estar tranquilo.

El silencio al otro lado de la línea era palpable. Parres no estaba tan calmado como aparentaba. Natalia sabía que la familia estaba excediéndose en sus actividades, entrando en un juego peligroso, pero también sabía que Eduardo no era un hombre que se dejara intimidar fácilmente o que tomara decisiones sin pensar. Estaba acostumbrado a vivir al borde del precipicio y necesitaba cada pedazo de información para adelantarse a sus enemigos.

—¿Qué sugiere Serrano sobre Tomás Bernabeu? —preguntó finalmente Eduardo—. Han pasado dos días. ¿Lo han dado ya por muerto?

Natalia hizo una pausa, preguntándose cuánto sabría él realmente.

—No. ¿Lo está?

—Dos días sin rastro de él.

—Por ahora, desconocemos su paradero... —respondió ella—. Piensa que su desaparición puede estar conectada con las operaciones de contrabando en el puerto, pero no tiene pruebas.

Sospecha que alguien dentro de la familia Bernabeu lo secuestró para ganar poder.

—¿Cómo?

—Solo son sospechas. No hay nada verificable.

—Ese inspector está enfermo o no tiene una familia que lo quiera. ¿Quién haría algo así?

—Bueno, no hay que descartar nada, sabiendo que, en esa familia, realmente, no todos son familia de sangre.

—Será mejor que mantengas la boca cerrada. No tienes idea del vínculo que existe.

—Está bien, lo siento. Él cree que Sofía está ocultando algo. Eso es todo.

Eduardo soltó un resoplido de frustración.

—¿Sofía?

—Sí.

—Habría apostado por ese cretino de hermano.

—La mayor del clan parece más sensata. Ignacio Bernabeu es demasiado emocional.

—¿Emocional? No me hagas reír. Es un drogadicto —murmuró Eduardo—. Su hermana es más peligrosa de lo que nos ha hecho creer todos estos años, siempre manteniéndose fuera del radar.

Natalia asintió, a pesar de que Eduardo no pudiera verla.

—Lo sé. De hecho, Serrano piensa que Sofía podría estar moviendo los hilos para consolidar su posición mientras Tomás no aparece. Y si ella controla las operaciones, podría ser peligrosa para todos, si empieza a cooperar con la policía para cubrirse las espaldas.

Se produjo un breve silencio antes de que Eduardo volviera a hablar, esta vez con un tono sosegado que Natalia sabía que era premeditado.

—¿Qué quieres que hagamos con ella?

La pregunta le llegó de golpe a la oficial.

Se lo pensó. No estaba segura de cómo quería Eduardo manejar la situación, ni a qué se refería, pero cualquier acción precipitada podía ponerla en un serio aprieto.

—Por ahora, observarla, nada más. Yo me encargaré. Cualquier acercamiento externo podría implicar a alguno de sus hombres y, por ende...

—Sí, claro que lo sé —la interrumpió y carraspeó—. Sofía es una marioneta de Díaz, así que no dará un paso sin asegurarse de que todo está bajo control. Si se mueve, nos enteraremos... y tú también. —Soltó un suspiro, cargado de cansancio—. Escucha bien: quédate cerca de Serrano y sigue pasándome lo que encuentres en esos documentos. Asegúrate de que ninguna de nuestras empresas aparezca en esos expedientes, ¿entiendes? Quémalos o deshazte de ellos, si hace falta. Y si Serrano empieza a tirar del hilo, avísanos; ya veremos cómo frenarlo. No podemos permitir que descubran más de lo que ya saben... No ahora.

—Sí, Eduardo.

—Está bien. Ahora, haz tu trabajo. Ah, y sobre ese inspector...

—¿Sí?

—¿Te llevas bien con él?

—Lo intento. No le agrada mi presencia. Quizá he llegado demasiado pronto, después de la tragedia de su compañero.

Parres emitió un sonido gutural. Conocía el caso de Durá. Lamentablemente, la presión de su gente había llevado al policía al colapso. Jamás pensó que terminaría de esa manera, aunque sabía que iba a acabar de algún modo.

—Cámbialo.

—¿Cómo?

—Que lo cambies. Eres una chica con recursos... Haz que no avance demasiado rápido.

Natalia sintió cómo la tensión en sus hombros se relajaba ligeramente. Sabía que tenía una tarea difícil por delante, pero Eduardo la había entrenado bien para este tipo de situaciones. Sabía cómo desviar una investigación, cómo sembrar dudas en los momentos precisos para enredar y ralentizar su progreso. Y, sobre todo, entendía a qué se refería Parres con cambiar la situación. Fastidiar a Serrano no era lo que más le apetecía.

—Veré lo que puedo hacer. No se preocupe.

Colgó el teléfono y respiró profundamente. Sabía que la información que había filtrado a Eduardo era suficiente para mantenerlo al tanto, pero también para que él comprendiera que debían actuar con cautela. Serrano no era un idiota, y si seguía investigando, tarde o temprano se acercaría a la verdad.

Natalia observó a través del parabrisas mientras los agentes de la Policía Nacional entraban y salían del edificio, ajenos a lo que estaba ocurriendo justo bajo sus narices. Ella era una agente cualquiera, recién llegada, sin experiencia, pero en realidad era mucho más que eso. Era la sombra que movía las piezas de ambos lados del tablero, y cada paso la acercaba más al fuego. Se preguntó si estaba realmente sola allí dentro.

Para ella, el trabajo no había hecho más que comenzar, y el peligro de traicionar a los suyos era constante. Tanto de un lado como del otro. Pero también sabía que mientras Eduardo Parres estuviera satisfecho con su trabajo, tendría un lugar seguro donde esconderse cuando todo se viniera abajo. «Porque todo se irá a la mierda, en algún momento».

Luego, llegaría la renovación y tendría un puesto nuevo. Así era como funcionaba y así era como le dijeron que funcionaría.

Con un último suspiro, Natalia guardó su teléfono y encendió el motor del coche. Mientras salía del aparcamiento, se preparaba mentalmente para su siguiente movimiento. Serrano seguía siendo un problema, pero sabía que tenía tiempo. Y en su mundo, el tiempo era su mejor aliado.

23

Serrano

Serrano se encontraba sentado en la comisaría, revisando una vez más los informes de la operación «Camarote». La investigación avanzaba a paso de tortuga y no podía ignorar el malestar creciente que sentía en el estómago.

La culpa del ardor no era solo del caso.

Tal vez también influyera el bocadillo de tortilla de patata con longaniza de pueblo y tomate frito que había almorzado esa mañana.

«Anoche, no debí beberme cuatro cervezas».

De nuevo, sintió el reflujo.

El café de la mañana solo le provocaba más ardor de estómago.

«Va a ser una mañana complicada».

Sin embargo, algo no cuadraba, y el malestar no era solo por el alboroto alrededor de la desaparición de Tomás Bernabeu o por el que gobernaba su estómago. El problema parecía estar más cerca, dentro de su propia unidad. Desde hacía semanas, cada avance importante que hacía su equipo terminaba topándose con obstáculos inexplicables: información crucial que desaparecía, permisos que no se aprobaban a tiempo, testigos clave que, de repente, cambiaban su testimonio o que desaparecían.

—Al infierno.

Levantó la vista del ordenador y miró a través de las persianas de su oficina. Afuera, la comisaría bullía de actividad, pero Javier no podía evitar preguntarse si algunos de sus propios compañeros estaban trabajando en su contra. Y no se refería a los que estaban en su departamento, sino a los que estaban en instancias superiores. No era una práctica habitual, pensó, pero podía suceder. Y la sospecha aumentaba cuando todo iba mal. El cansancio se reflejaba en sus ojos oscuros y en las líneas que se habían formado en su rostro después de días sin dormir bien. A diferencia de lo que piensa la mayoría de la gente, el instinto que nace de las entrañas no es más que la respuesta a una experiencia anterior, ya vivida. Sabía lo que era que le pusieran patas arriba un caso. Le había pasado, mucho tiempo atrás, antes de que lo patearan y lo mandaran con los «estupas». No lo echaba de menos, pero tampoco olvidaba aquel asunto. Ahora, su olfato no se equivocaba: alguien estaba saboteando su investigación, y sospechaba que la fuga de información procedía de arriba.

Mientras les daba vueltas a sus pensamientos, la puerta de la oficina se abrió de golpe y entró Gutiérrez, el único en quien confiaba. Al menos, por el momento. El subinspector, siempre tranquilo y con un enfoque frío ante las adversidades, notó la tensión en el ambiente.

—¿Todo bien? —preguntó, dejando una carpeta sobre el escritorio de Serrano—. Pareces un tanto inquieto. ¿Quieres un café?

—Preferiría sal de frutas.

—Ya veo. Noche dura. ¿No te cansas?

—¿De qué?

—De beber cuando tienes que currar al día siguiente.

—No, no me canso. Me canso de otras cosas.

—Lo harás, créeme. No eres irlandés.

—Ni tú un gracioso.

—¿Te conté la del irlandés?

—No —dijo, aunque no era cierto. Gutiérrez no conocía otra historia.

—Una vez, un irlandés me dijo que ellos son los que más vino beben de Europa. Que en Irlanda no se bebe cerveza. ¿Te lo puedes

creer?

—Yo no. Ese irlandés, tampoco.

—Eso mismo le dije. Pero el tipo, erre que erre… Lo mejor de todo, ¡se estaba bebiendo una puta cerveza!

—Dime una cosa, Gutiérrez. ¿Cómo te comunicabas con él?

—¿Qué? No entiendo tu pregunta.

—Si tú no sabes inglés.

—Gilipollas... —Gutiérrez meneó la cabeza con desprecio. Serrano cogió la carpeta y la hojeó, sabiendo que no encontraría nada nuevo. El compañero se sentó frente a él en la silla de cuero, que crujió bajo su peso.

—¿A qué viene esa mala leche de buena mañana? ¿Es por lo de la operación? —preguntó, levantando una ceja. Gutiérrez no era del tipo de persona que se inmutara fácilmente, pero incluso él notaba que las cosas no estaban marchando como deberían—. Ya lo veo. Sigues dándole vueltas a lo mismo.

—Exactamente. ¿Quién nos está chafando, Gutiérrez?

—No lo sé. Dímelo tú. Pareces más irritado que yo.

—No me vaciles.

—No es mi asunto, jefe. Pero si no puedes dejar tus líos en la puerta, no me metas en medio.

—No me refiero a eso... —dijo, chasqueando la lengua—. Hablo de esto, del caso, de la operación. Cada paso que damos es como si alguien arriba estuviera jugando a ponernos la zancadilla. Siento que tengo la suela de una bota en mi cuello... He perdido la cuenta de las veces que he pedido más equipo para la vigilancia en el puerto, y siempre la misma mierda: retrasos, excusas. Y el narcopiso de Carrús, con los informes a medias... ¿Qué esperan, a que los tipos se esfumen? Ni hablar de la jueza, que parece más ocupada en sus propios asuntos que en hacer su trabajo.

Serrano dejó caer la carpeta sobre el escritorio, cansado de los mismos documentos llenos de agujeros. El otro lo escuchaba con atención, sin inmutarse. Era la tónica diaria.

—¿Así que crees que hay alguien dentro que está saboteando todo? —preguntó el subinspector, en voz baja, con una seriedad que traía más dudas que respuestas. La palabra «corrupción» era un

fantasma que merodeaba por la brigada, pero nadie la nombraba en voz alta. Sin embargo, en la mirada de su superior se veían las marcas de demasiadas noches sin dormir.

Javier fijó los ojos en el compañero.

—No me mires así.

—¿Qué esperas que te diga?

—Sé que nos están engañando, Gutiérrez. ¿Es que tú no lo ves?

—No, no lo veo. ¿Quién?

—Ese es el problema, que no sé quién. Pero alguien nos está frenando. ¿Qué pasa con lo de Bernabeu? Los yonquis se esfuman antes de declarar y la Científica se toma la vida en darnos un solo informe. Esto no es una coincidencia.

Álvaro asintió lentamente, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Supongamos que tienes razón. —Serrano lo miró con desprecio —. ¿Y qué piensas hacer? No podemos acusar a nadie sin pruebas. Y si hay alguien dentro que está jugando para el otro lado, no va a ser fácil pillarlo. Sin contar con que te pondrán una falta como empieces a airear esa información.

Serrano resopló y se recostó en la silla, sintiendo el peso de todo el asunto, aplastándole los hombros. Era consciente de que el compañero tenía algo de razón, a su modo. Claro, no se lo creía del todo, pero ¿desde cuándo hacía falta? No había llegado a inspector con favores de nadie; él sabía bien cómo andar solo en este juego. Si había podredumbre en la unidad, tenía que moverse con pies de plomo. Si su mano derecha no confiaba, mejor cerrar la boca. Pero el reloj apretaba, y si no avanzaba pronto, todo su trabajo se iría por el desagüe.

—Voy a empezar a revisar cada paso de esta investigación. Desde el principio.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí!

—Estás fatal. Deberías buscarte un pasatiempo... No sé, un taller de cerámica, jugar al pádel o una cosa así.

—Los pasatiempos son para quienes no tienen una misión en la vida. Quiero saber quién toca los informes, quién autoriza las

operaciones, quién niega nuestros recursos. No puedo hacerlo oficialmente, pero voy a investigar desde adentro.

Álvaro lo miró, sabiendo lo que eso implicaba.

«Problemas».

—Definitivamente, se te ha ido la cabeza.

—Tarde o temprano, iba a suceder.

Sería un trabajo duro, especialmente si daban con algo que no les gustaba.

—Está bien, te apoyo, pero sabes que esto puede terminar de dos maneras.

—¿Dos?

—Sí, que todo haya sido una pérdida de tiempo. —El otro hizo una pausa, viendo cómo el inspector lo miraba fijo—. O que te metas en algo tan turbio que no haya vuelta atrás. Como te topes con algo incómodo, vas a entrar en un laberinto como el maldito Pac-Man y, en cuanto muerdas una pieza, los fantasmas te van a perseguir hasta el final. Y si hay alguien en la unidad, salpicado en esto, va a tener sus huellas bien escondidas.

Serrano asintió, sabiendo lo que se jugaba.

—Ahora sé por qué no te dejan dar discursos.

—¿Qué cojones...?

—Ya sabes cómo soy. No pienso quedarme de brazos cruzados. Bernabeu sigue desaparecido, y con cada minuto que pasa, estamos más lejos de resolverlo.

—Pensaba que no te importaba la desaparición de ese hombre.

—Me importa su hija. Y lo que llevan entre manos. ¿Crees que no veo lo que pasa? Si no encuentran a ese hombre, la operación «Camarote» se va al carajo. Así de simple.

—No encuentro la relación. ¿Me haces un croquis?

—Si es un homicidio, se encargarán en Alicante. Y si esto tiene que ver con el tráfico de drogas, esto pasará a manos de la UDYCO y también de la UDEF, para investigar la conexión con el lavado de dinero. Nosotros nos quedaremos fuera, mirando como imbéciles. Por eso mismo, no me sorprendería que alguien estuviera moviendo los hilos en nuestra propia casa.

El subinspector se levantó, preparándose para salir de la oficina.

—Mira, voy a hablar con algunos de los agentes de Estupefacientes y revisar las últimas operaciones. Quizás podamos encontrar algo que se nos haya pasado —dijo, caminando hacia la puerta—. Llevamos mucho trajín encima. Reconócelo.

—No tengo ganas de lamerme las heridas.

—¿Por qué no le pegas un toque a la inspectora Agulló, la de Homicidios de Alicante?

Serrano lo observó irse y no respondió.

«¿A esa inspectora? ¿Para qué?».

El malestar seguía instalado en su pecho. Estaba acostumbrado a lidiar con la delincuencia en las calles, pero saber que la traición podía venir de adentro era una sensación mucho más amarga. La situación en Elche estaba a punto de estallar, y con Tomás Bernabeu desaparecido, las tensiones entre las familias Bernabeu y Parres iban en aumento. Eso no era bueno para ellos, ni para nadie.

Mientras reflexionaba, el teléfono de su escritorio sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Era un número de la Unidad Científica.

—Serrano, soy Pérez, de la Científica.

—Pensaba que te habías jubilado.

—Muy gracioso… Hemos recibido un informe preliminar del Rolex que encontraste en el despacho del empresario de Elche. Hay algo extraño en los resultados. ¿Te interesa escucharlo?

Javier agarró el teléfono con firmeza.

—Por supuesto, cuéntame.

—El reloj tenía restos de sangre que no coincidían con Tomás Bernabeu. Todavía no hemos podido identificar a quién pertenece, pero el análisis muestra que es reciente, de menos de 48 horas. Parece que hubo una pelea en ese despacho, antes de que él desapareciera.

—¿Todo eso has encontrado en la esfera de un reloj?

—Intento ser amable contigo.

Otra pieza del rompecabezas, pero seguía sin encajar del todo.

—Envíame el informe completo en cuanto lo tengas. No es mucho, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé. Pero es lo que hay.

—Bien. No te culpo. Pero asegúrate de que no pase por demasiadas manos, porque entonces sí que será tu culpa.

—Entendido. Te lo enviaré directo a ti —respondió Juan antes de colgar—. ¿Qué diablos os pasa en Elche?

Serrano dejó el teléfono en su sitio y se pasó las manos por el cabello, intentando calmarse. No podía desprenderse de la idea de que algo oscuro estaba ocurriendo dentro de la Policía Nacional, y hasta que no descubriera quién estaba detrás, la investigación no avanzaría.

«Corrupción interna».

Esa idea le daba vueltas, cada vez con más fuerza. Sin embargo, debía atender la advertencia de su compañero. Si se notaba demasiado su comportamiento, podían expedientarlo.

«Corrupción interna», se repitió.

Apretó el puño y estuvo a punto de golpear la mesa. No soportaba la deslealtad y no controlaba su rabia cuando esto sucedía.

Esa era la razón por la que había terminado en ese departamento.

24

Natalia

El reloj marcaba las diez y media de la noche, cuando Serrano apartó la mirada de los papeles esparcidos sobre su escritorio. En la pequeña oficina solo quedaban él, el subinspector Gutiérrez y la oficial Natalia Rivas, la recién llegada. Los tres intentaban encajar las piezas de un puzle cada vez más complicado. La ciudad de Elche estaba tranquila, pero en la comisaría la tensión seguía aumentando.

Gutiérrez se levantó, mostrando claros signos de agotamiento. Sus ojos, enrojecidos, reflejaban el cansancio acumulado tras días de trabajo sin descanso. Estaba molido.

—Jefe, creo que no puedo más por hoy —dijo, mientras se estiraba y recogía su chaqueta del respaldo de la silla—. Vamos a tener que dejar esa cerveza para otro día.

—¿Quién te ha dicho que íbamos a beber? —respondió Serrano.

—Te estoy diciendo que yo no voy a hacerlo.

Serrano lo miró de reojo. Lo de llamarlo «jefe» era una broma entre ellos. Lo de la bebida, en cambio, no le hizo gracia, aunque la verdad era que esperaba el momento de llegar a casa y abrirse un botellín de cerveza. Observó el aspecto deplorable de su compañero mientras sus dedos tamborileaban sobre la carpeta que acababa de revisar.

—Anda, vete a casa y descansa. Mañana seguimos —dijo en tono neutral, aunque sabía que el decaimiento no era solo físico. Había

una presión invisible en el aire que afectaba a todos en la unidad.

Gutiérrez asintió y, sin decir una palabra más, salió de la oficina, dejando solos a Serrano y a Natalia Rivas. El silencio tras su partida era palpable, solo interrumpido por el tic-tac del reloj de pared y el leve zumbido de los tubos fluorescentes del techo.

Serrano levantó la vista hacia la oficial, que seguía concentrada en el montón de documentos que tenía frente a ella, revisando con atención cada línea.

—Tú también deberías irte a casa, Rivas —dijo él, aunque sin mucha convicción—. Ya has cumplido con tu jornada.

—¿Y qué hay de esa cerveza? —preguntó ella.

—¿Qué has dicho?

Natalia desvió la mirada.

—Nada, que aún no he terminado —respondió, avergonzada. Serrano la observó por un momento, impresionado por su tenacidad. Allí dentro, nadie te invitaba dos veces a marcharte, pero sabía que ella era nueva y que estaba esforzándose por ganarse su lugar.

Tras un breve silencio, Serrano preguntó:

—¿Has encontrado algo interesante en todo ese montón de registros?

Ella asintió mientras tomaba un documento en particular de la pila y se lo extendía.

—Sí, aquí hay algo que puede interesarnos. Encontré un registro de una empresa pesquera vinculada a los Bernabeu, pero no estoy segura de su relación con...

—Pescamar —dijo Serrano, hojeando el documento—. No lo entiendo. Está registrada a nombre de Teresa García. ¿Quién es esta señora?

—Teresa García es la esposa de Tomás Bernabeu. Su hija es Sofía Bernabeu García, la directora de Suelas Bernabeu S.L.

Serrano frunció el ceño. La familia Bernabeu siempre había estado vinculada al calzado, como muchas de las grandes familias de la ciudad. No tenía sentido que estuvieran metidos en el negocio de la pesca, al menos para él. No era lo habitual. La pesca estaba muy regulada.

—Pesca… —murmuró, mirando el documento—. ¿Qué clase de chanchullos puede tener una familia dedicada al calzado con una empresa pesquera?

Natalia lo observó con interés, viendo cómo la mente de Serrano procesaba la información.

—Me he hecho la misma pregunta, aunque aquí hay cientos de empresas pesqueras. Lo cierto es que quieran probar en otros sectores industriales. Es lo común cuando se tiene dinero.

—Yo pensaba que, cuando dominas un mercado, te conviertes más agresivo.

—En cualquier caso, no soy empresaria, ni experta en inversiones.

—En eso te doy la razón.

Ella arqueó las cejas.

—Si estamos buscando algún indicio de actividad fraudulenta relacionada con los Bernabeu, deberíamos investigar más a fondo.

Serrano asintió, intrigado por el hallazgo.

—Buen trabajo, Rivas. Tienes razón. Yo tampoco soy un experto en esos temas —dijo con una mueca amable, reconociendo la habilidad de la joven oficial—. Aunque, con suerte, los documentos encontrados en el despacho de Bernabeu aclararán si hay alguna conexión entre su desaparición y todo esto.

—Entiendo. Estás convencido de que llevan alguna actividad ilegal.

—No es personal, solo hago mi trabajo. Me fastidia que haya tenido que desaparecer, para que lleguemos a esto.

—Solo son sospechas.

—¿Qué pasa con Hacienda? ¿Nadie sospecha?

—Ya. Lo entiendo. De todos modos, ¿crees que aparecerá?

—¿Me lo preguntas como oficial, o como civil?

—Como compañera. Me gustaría saber qué opina Javier Serrano al respecto.

Él suspiró hondo. Era una pregunta complicada. Por un lado, esperaba que apareciera. Tenía una fe, sobre todo, alimentada por su interés. Por el contrario, no apostaba demasiado a encontrarlo vivo.

—Sinceramente, es irrelevante lo que yo pienso. Espero reunirme con Sofía Bernabeu en los próximos días, para despejar algunas

dudas. La familia, mejor que nadie, sabrá quiénes son los enemigos de su padre. Otra cosa es que quieran contármelo.

Mientras miraba los documentos, Serrano ya pensaba en su próxima jugada. El negocio pesquero podía ser la punta del iceberg de algo mayor.

Natalia asintió en silencio, pero, en su mente, el pánico comenzaba a aflorar. Sabía que, si Serrano empezaba a atar cabos, la situación se pondría peligrosa para ella y su conexión con los Parres. Debía caminar con mucho cuidado.

El inspector se levantó de su silla y se estiró.

—Venga, vamos.

—¿A dónde?

—¿Has cambiado de opinión? No seas como Gutiérrez.

—Lo siento, pero...

—Me refiero a esa cerveza.

—¡Ah!

—No es muy tarde. Podemos comer algo por el camino y, de paso, hacer una visita rápida a un contacto —propuso, como si fuera lo más normal del mundo—. Nos vendrá bien salir de la comisaría y a ti te vendrá bien pisar la calle.

El cuello de Natalia se tensó ligeramente. La idea de estar sola con Serrano era una oportunidad para ganar su confianza, pero la mención de un contacto la ponía nerviosa.

—¿Un contacto, eh? —preguntó con aparente curiosidad—. ¿De quién se trata?

Serrano la miró y sonrió de forma enigmática.

—Ya lo verás.

—No, en serio. Odio las sorpresas.

—Este trabajo es así.

—¿Es alguna de esas meretrices de la calle? ¿Algún toxicómano relacionado con el caso? Porque prefiero quedarme con el papeleo.

—Sal de tu zona de comodidad, Rivas. Has patrullado poco.

—Menos de lo que me hubiese gustado.

—Entonces, no hay nada que discutir. A estas horas, la ciudad es todo un circo.

Natalia sintió un nudo en el estómago. Por mucho que intentara resistirse, Serrano se saldría con la suya. No podía dejar de pensar en que el contacto podría ser alguien relacionado con los Parres, alguien que pudiera reconocerla y ponerla en evidencia. Pero no podía negarse ahora. La clave era mantener la calma.

—Está bien, tú ganas —respondió ella, intentando que su voz sonara lo más relajada posible.

—Yo, casi siempre gano. Sobre todo, si estoy al mando.

Ambos salieron de la oficina, dejando atrás el trabajo de esa noche. Serrano la llevó hasta su coche.

—¿Y esto? —preguntó ella, curiosa, al ver el coche alemán aparcado en batería.

Él abrió la puerta del conductor.

—Me gusta conducir.

—Debes de tener mucha influencia para conseguir algo así…

—La verdad es que no. Es una larga historia, pero habría sido una pena que terminara en un desguace.

—El mundo habría seguido igual…

—Por desgracia, así es, en la mayoría de las veces.

Al montarse, el silencio entre ellos fue roto por el sonido de la radio que Serrano encendió. Los acordes de guitarra de *Brown Sugar* resonaron en el coche y Natalia reconoció la canción casi al instante.

—No sabía que te gustara el *rock and roll* —comentó, intentando romper la tensión con una broma—. Ni te imaginaba escuchando a los Rolling Stones.

Serrano sonrió mientras subía un poco el volumen.

—Tengo mis momentos. Siempre pensé que me parecía a Keith Richards —dijo con un tono jocoso—. El tiempo me ha hecho cambiar de opinión.

Natalia lo miró con una ceja levantada y se rio.

—¿Y eso?

—Ahora, me parezco más a Jim Morrison.

—Si tú lo dices...

Ambos rieron y la broma aligeró el ambiente tenso que se había formado antes. Salieron de la comisaría y Serrano condujo hacia los Palmerales, tomando la glorieta que llevaba a Altabix. Mientras el

coche avanzaba por las calles vacías de Elche, Natalia miró por la ventana, calculando el recorrido, con sus pensamientos corriendo a toda velocidad. El barrio de Altabix era territorio de los Parres, así que existía la posibilidad de que se cruzara con alguien conocido. Si conseguía distraer y persuadir al inspector para abandonar su objetivo, quizá se libraría de aquella.

—En serio, ¿no me vas a decir a dónde vamos? Pensaba que íbamos a Carrús.

—¿Para qué? —respondió Serrano sin inmutarse.

—Allí están los narcopisos.

—No, para nada. Déjalos que respiren. Saben de sobra que estamos tras ellos. Hace dos días que no se reportan denuncias ni llamadas. Tranquila. Primero, quiero hacer una parada y después te presentaré a mi contacto.

—¿Es una mujer?

Serrano la miró extrañado.

—Te noto algo intranquila, Rivas. ¿Va todo bien?

Ella suspiró, fingiendo molestia, pero en el fondo solo improvisaba.

—Llevo mal lo de no conocer el resultado. Es una manía que arrastro desde hace tiempo.

—No eres muy de sorpresas de cumpleaños.

—En absoluto.

—Pues debes deshacerte de esa manía.

—Es mi naturaleza. No puedo cambiarla.

—No. Nuestra naturaleza es otra y no tiene nada que ver con tus manías.

Ella no supo si era una broma o si hablaba en serio. Serrano parecía relajado, pero en su mente las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar. La relación de los Bernabeu con la empresa pesquera era un cabo suelto que estaba decidido a investigar. Y ahora, con Natalia en su equipo, sentía que las cosas comenzaban a avanzar, saliendo del pozo oscuro en el que se había estancado. Durá no tenía un sustituto, pero la presencia de la oficial le ayudaba a distraer la mente.

Brown Sugar terminó y en el reproductor comenzó *Sway*.

—Descuida, estamos llegando.

Ambos estaban jugando un peligroso juego de lealtades y mentiras. Y aunque todavía no lo sabían, la noche estaba a punto de dar un giro inesperado.

25

Héctor

Héctor «El Toro» Jiménez se acomodó en la pequeña mesa del Mesón Alberto, masticando el último bocado de su bocadillo de jamón serrano con tomate restregado. Las olivas partidas casi habían desaparecido del platito que había a su lado, y frente a él, una botella de Estrella de Levante, medio vacía, aún chispeaba bajo la tenue luz del bar. El lugar estaba tranquilo, casi desierto a esas horas. El Mesón Alberto era uno de esos sitios donde los parroquianos habituales se conocían y los extraños llamaban la atención. Pero a «El Toro» lo conocían bien: por el taller, por las horas que pasaba allí y por su imponente aspecto. Su corpulencia intimidante y los tatuajes que cubrían sus brazos eran tan característicos como la imagen de la Virgen de la Asunción que llevaba entintada en el bíceps izquierdo y el par de serpientes que rodeaban su brazo derecho.

Se ajustó la cadena dorada que colgaba del cuello, de la cual pendía un crucifijo visible sobre su ajustada camiseta negra. Era creyente, católico, apostólico y romano, a su manera, la única que concebía. «El Toro» era un hombre de rituales y de fe, aferrado a una salvación necesaria tras los trabajos que realizaba. Cada noche, después de cerrar el taller mecánico, se sentaba en ese bar a cenar y reflexionar sobre los encargos que llegaban, en su mayoría para la familia Bernabeu.

Había llegado lejos en poco tiempo. Algunos lo llamaban suerte, otros «amiguismo». Pero todos coincidían en que «El Toro» era un tipo de fiar, al que no le temblaba el pulso a la hora, y Tomás Bernabeu pensaba lo mismo. Esa noche, rememoraba su reciente conversación con Ignacio Bernabeu. El hijo del jefe le había pedido que vigilara a su hermana Sofía, pero «El Toro» tenía sus dudas sobre Ignacio: era ambicioso, impulsivo, demasiado joven y con ansias de demostrar algo. Y, lo peor de todo, estaba desesperado y enganchado al polvo blanco. «El Toro» lo sabía bien. Con 40 años, había aprendido que, en este negocio, la paciencia y la lealtad eran lo que realmente se pagaba. Y era mucho mejor, cuando se estaba alejado de las drogas. Por otro lado, la repentina desaparición de Tomás le inquietaba, aunque no le sorprendía; era un secreto a voces que probablemente no volvería. En su línea de trabajo, siempre había alguien que acababa desapareciendo. Pero si Ignacio quería mover ficha tan rápido, él no lo haría sin más apoyo. Necesitaba la bendición de Fernando «El Gordo» Díaz, la mano derecha de Tomás Bernabeu.

«El Toro» dio un trago largo a su cerveza y tomó una decisión. Primero, vigilaría, haría lo que le pedían, para observar qué pasaba realmente en la familia. Y luego tomaría su decisión.

Mientras reflexionaba, su teléfono de prepago vibró en el bolsillo de sus vaqueros. Miró alrededor antes de sacar el móvil, asegurándose de que nadie conocido estuviera cerca. El dueño del mesón, un hombre mayor de cabello canoso, le lanzó una mirada rápida desde detrás de la barra, y «El Toro» le hizo una seña indicando que se marcharía pronto.

—Dime —respondió, encendiendo un cigarro mientras salía a la calle de Pedro Juan Perpiñán, que a esas horas estaba casi vacía.

Del otro lado de la línea, la voz áspera de Rodolfo «La Brecha» sonó entrecortada.

—Jefe, tenemos un problema. Algunas de las chicas de la calle se están negando a pagar por la protección. Las han estado haciendo trabajar en las casas de citas de los Parres, y parece que un par de nuestros hombres las siguieron.

—¿Y?

—Les han dado una paliza los matones de esos sitios.

«El Toro» sintió cómo la ira le recorría las venas, pero mantuvo su tono controlado. Nadie le tocaba los cojones a Jiménez. Nadie.

—¿Quién les ha dado la paliza? —preguntó, exhalando una nube de humo mientras miraba a ambos lados de la calle.

—No estoy seguro. Uno de los hombres ha oído que lo llaman «El Niño».

«El Toro» frunció el ceño, intentando asociar ese apodo con alguien conocido, pero no le sonaba de nada.

—No conozco a ningún «Niño» en sus filas —respondió, irritado—. Pero el mensaje está claro.

—¿Qué hacemos?

—¿Tú qué crees? Lo que procede.

—Entendido.

—No se van a pasar de listos. Ni un milímetro.

—Las cosas están tensas ahora mismo. Piénsalo bien.

—Me importa tres cojones. Está decidido.

«El Toro» apagó el cigarro contra la suela de su bota y dejó caer la colilla al suelo mientras su mente empezaba a maquinar un plan.

—¿Dónde ha sido esto y cuándo? —preguntó, encendiendo otro cigarro para calmarse.

—En la zona del polígono, hace un par de horas.

—Escúchame bien. Quiero que llames a dos de los nuestros. Pasaré a buscaros en cinco minutos.

«La Brecha» tomó aire y aceptó sin dudar.

—Sí, jefe. Tú mandas. Nos vemos en cinco.

«El Toro» colgó y guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta de cuero. Su mente seguía trabajando mientras volvía al Mesón Alberto para pagar la cuenta. Al entrar, le hizo un gesto al dueño, quien ya tenía preparado el recibo en la barra.

—Aquí tienes, muchacho.

Pagó y se despidió con un breve «adiós» antes de salir hacia su BMW Serie 3 Compact negro de 1999, aparcado a un par de calles de allí. Para muchos, era ya un coche clásico, pero él sabía que ese bólido tenía la potencia suficiente para escapar de la policía si era necesario. Caminaba con paso firme, con la mente concentrada en lo

que iba a hacer: «darles un pequeño escarmiento». Porque, ¿de qué servía llegar a un acuerdo, si se rompía a la mínima oferta mejor?, se planteaba. «La sociedad ha perdido las maneras, y ya no se respeta la palabra, que debería estar por encima de todo». Al llegar al vehículo, abrió el maletero y echó un vistazo rápido: un juego de llaves inglesas, destornilladores, cuchillas, un bate y una gorra de béisbol. Perfecto.

Encendió el motor, que rugió con fuerza, y luego se colocó la gorra, con la visera bien doblada. Era su firma. «Algunos tienen un perro, yo tengo un coche». El sonido de «Yo soy la rumba» de Peret llenó el coche, vibrando por la tapicería. «El Toro» se recostó en el asiento un momento, sopesando el golpe que iba a dar. Esa noche enviaría un mensaje claro: nadie jugaba con la parte que a él le tocaba, y si lo hacían, pagarían caro. «Cuando las palabras no llegan, las hostias, sí».

Pisó el acelerador y salió disparado hacia el lugar donde «La Brecha» lo esperaba con los otros dos. Las luces de los semáforos de Elche pasaban rápidas por la ventanilla. No era de los que actuaban por impulso, pero cuando lo hacía, su furia era implacable.

En el fondo, sabía que los problemas no se resolverían hasta que Ignacio Bernabeu, Sofía, y «El Gordo» aclararan la línea de sucesión. Eso, claro, si la sangre no llegaba al río antes. Todo podía suceder, menos un milagro, y ese sería que Tomás Bernabeu regresara. Hasta entonces, «El Toro» se ocuparía de lo que mejor sabía hacer: cobrar deudas, imponer respeto y, si era necesario, aplastar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Por suerte o por desgracia, le había tocado una de esas noches.

Para muchos, la jornada terminaba en el salón de sus casas, con la televisión encendida. Para otros, la velada apenas comenzaba.

26

Raquel

Raquel Ortega se apoyaba contra una pared de ladrillo, cuyo color había ido desvaneciéndose por el tiempo y la erosión. Envuelta en su chaqueta de cuero barata, intentaba protegerse del viento frío que corría por la explanada vacía del polígono de Carrús. El aire olía a polvo, a humo de fábrica y caucho quemado. Era una noche tranquila, algo que en parte agradecía. Desde el asesinato de Ludmila, la joven polaca que trabajaba en *La Palmera*, la tensión en las calles había aumentado; las miradas furtivas y los murmullos se habían hecho más intensos, y las peleas entre bandas eran cada vez más frecuentes.

Raquel se encendió un cigarrillo fino y mentolado mientras observaba a su alrededor. Las luces naranjas de las farolas proyectaban sombras largas en la explanada vacía. Esa noche apenas había trabajo ni movimiento, lo que, aunque significara menos dinero, también implicaba menos riesgos. Pero eso también hacía que la presión fuera mayor; tras la desaparición de Tomás Bernabeu, los hombres que controlaban la seguridad de la zona no daban garantías, y Raquel sabía que trabajar con los Parres no estaba exento de peligros. «Si no velamos por nosotras mismas, ¿quién lo hará?», pensaba con amargura. A sus ojos, para la mayoría de los que controlaban la calle, ellas no eran más que

mercancía. La desaparición de Bernabeu había dejado un vacío de poder que ponía en peligro a todas.

De pronto, se acercó Trixie, una francesa de unos treinta años con la que compartía las mismas esquinas. Su nombre verdadero era Beatrice, pero casi nadie lo usaba. La heroína y una vida de decisiones equivocadas habían dejado su marca en ella. Raquel la miró de reojo, consciente de que la adicción de Trixie la volvía frágil y poco confiable.

—Oye, bonita, ¿has oído algo sobre lo que pasó con Ludmila? —preguntó Trixie, mientras se frotaba las manos bajo la luz de la farola. Estaba intranquila; lo que le había pasado a Ludmila podía pasarle a cualquiera de ellas.

Raquel exhaló una bocanada de humo, irritada.

—Cierra el pico, reina.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¿Te has vuelto tonta? —le susurró Raquel, lanzándole una mirada de advertencia—. No hables de eso aquí, ni conmigo. No es seguro.

Trixie abrió los ojos, asustada. Sabía que Raquel tenía razón, pero la ansiedad y el miedo estaban devorándola.

—Solo quería saber si la policía ya tiene algún sospechoso... —murmuró, bajando la cabeza mientras pateaba una piedra.

—Todas tenemos miedo, Trixie. Pero saber o no saber no cambia nada... —Raquel intentaba hacerle entender que ese era el precio de vivir en esa jungla—. Mejor, ocúpate de ti misma.

Antes de que pudiera añadir algo más, un coche se detuvo cerca y de él bajó Silvia Parra, una chica que trabajaba para Laura «La Viuda» Pérez, una de las mujeres con más poder en el negocio de los burdeles y una conocida de los Bernabeu. Silvia tenía una relación especial con Ignacio Bernabeu, algo que todas conocían, aunque nadie se atrevía a mencionarlo. Raquel tensó los hombros al verla acercarse. Silvia tenía esa manera de moverse que la hacía parecer intocable, como una reina mora, y Raquel la miraba con una mezcla de desdén y pena.

—¿Cómo va la noche, Raquel? —preguntó, con una sonrisa irónica mientras encendía un cigarrillo—. Te veo muy relajada.

—Tranquila, como siempre. Ya ves —contestó Raquel, con tono cortante—. La calle es puro azar.

Silvia sabía que su relación con Ignacio le daba inmunidad, y Raquel lo detestaba. La miraba como a una ilusa; alguien que creía que Ignacio la veía de un modo especial, cuando en realidad la consideraba igual que a todas. En el fondo, Silvia buscaba redención, como cualquier cliente.

Después de unos segundos de silencio tenso, la meretriz sonrió y se despidió, caminando hacia la parte oscura del callejón, dejándolas solas.

—No sabe que es tan puta como las demás —murmuró Raquel.

—Y más ingenua que ninguna —respondió Trixie, riendo junto a ella.

De repente, un coche negro apareció en la distancia, avanzando lentamente hacia ellas. Raquel entrecerró los ojos. Al ver el vehículo, intuyó que nada bueno estaba por suceder. La música sonaba fuerte y el modo de conducir era demasiado agresivo, demasiado ruidoso. Algo en su instinto le indicó que había problemas.

—Trixie, vámonos de aquí —dijo rápidamente, tirando el cigarrillo y comenzando a caminar hacia la esquina opuesta—. No quiero líos.

—Espera, mujer...

—¡Vamos, coño!

Ambas comenzaron a moverse, pero el coche aceleró de golpe y las luces altas iluminaron la calle, cegándolas. Un BMW negro se detuvo bruscamente frente a ellas. Del vehículo bajaron Héctor «El Toro» Jiménez, Rodolfo «La Brecha» y dos hombres más. Raquel reconoció de inmediato al hombre de la gorra y supo que no sería una visita agradable.

—¡Mierda, corre! —le gritó a Trixie mientras intentaba alejarse, aunque los tacones le dificultaban el paso. Empujó a la francesa hacia una salida lateral, pero ya era demasiado tarde.

En la esquina, dos matones de los Bernabeu intentaron intervenir. Raquel les hizo una señal, pero los hombres del BMW no parecían dispuestos a negociar. Uno de ellos, un tipo grande y rudo, se les plantó delante.

—¡Eh! ¿De qué vais? —dijo, acercándose al coche.

Sin pensarlo dos veces, el conductor lo arrolló, lanzándolo al suelo y, acto seguido, dos hombres salieron del coche con cadenas, y le propinaron una brutal paliza hasta dejarlo inmóvil. El otro guardia intentó huir, pero «El Toro» sacó una pistola y le disparó en el pie, haciéndolo caer entre gritos de dolor.

—¡Hijo de puta! —gritó el hombre caído.

—¿Quieres más? Llevo el cargador lleno.

Raquel y Trixie se quedaron paralizadas, incapaces de moverse. Héctor «El Toro» se acercó a ellas con una calma espeluznante, guardando la pistola en el cinturón. Su enorme figura, marcada por la furia, proyectaba una sombra amenazante bajo la luz de la farola.

—¡Vosotras! ¿Dónde está «El Niño»? —preguntó, su voz baja pero implacable—. ¡Hablad!

Raquel vaciló, tragando saliva.

—No sabemos de quién hablas... No nos suena ese nombre.

Héctor la agarró del cuello y la empujó contra la pared, apretando con fuerza. Raquel intentó disimular el desasosiego, pero sentía que su vida se le escapaba entre los dedos. Sabía que él era capaz de matarla.

—No me vengas con cuentos, zorra. Sé que no estáis cumpliendo con los pagos. Dime dónde está, y no te romperé la nuez.

La mano la asfixiaba poco a poco.

—Te... te lo juro, no sé de qué hablas...

Trixie vaciló, mirando aterrorizada la escena que tenía delante.

—Él... —balbuceó la francesa, sin poder contenerse. La ansiedad y las drogas le jugaban en contra. Héctor soltó a Raquel y se giró hacia ella. Trixie tragó saliva—. «El Niño» es quien nos paga. Le entregamos todo lo que conseguimos...

Raquel suspiró, decepcionada.

—La has cagado, chica...

«El Toro» examinó las marcas en los brazos de Trixie y se acercó a ella con una sonrisa torcida, dejando a Raquel a un lado. Su voz era fría y cortante.

—Buena chica... —murmuró, acariciándole la mejilla con el dorso de su mano. Trixie no pudo evitar temblar—. ¿Por qué has tardado tanto en hablar?

Antes de que Raquel pudiera intervenir, «El Toro» le propinó una bofetada que la derribó. Luego se volvió hacia Trixie, que temblaba de miedo.

—No... no me hagas daño... —rogó ella—. Te he dicho lo que sé.

Héctor, sin inmutarse, sacó una navaja y la deslizó por la mejilla de Trixie, dejando una línea de sangre que manchó su piel pálida.

—¡Ah! —gritó la francesa, por el dolor.

—Esto es un aviso para ese cabrón —dijo con frialdad y guardó la navaja—. Y también para vosotras. La próxima vez que rompáis un acuerdo, no será solo una cicatriz.

Raquel observó cómo «El Toro» y sus hombres subían al coche, dejando a Trixie sollozando en el suelo. Sabía que aquella marca en el rostro de su compañera era una sentencia: ninguna de ellas estaba a salvo. Cuando el BMW se perdió en la oscuridad, Raquel sintió una punzada de angustia al comprender que su vida estaba ahora en peligro más que nunca. El equilibrio de poder en las calles se había roto, y con él, cualquier protección que antes pudieran haber tenido. Las reglas habían cambiado, y lo de esa noche no era más que una muestra de las consecuencias devastadoras que se avecinaban.

Miró a Trixie, aún temblorosa, con la mano en la mejilla ensangrentada, y se inclinó para ayudarla a ponerse en pie. «Esto no tiene buen aspecto». El rostro de su compañera reflejaba un miedo que también sentía Raquel en el fondo de su estómago. Ya no podían confiar en nadie; el respaldo de los Parres y los Bernabeu se había desmoronado en cuestión de minutos. Ellas quedaban a merced de la violencia y la incertidumbre, sin saber quién les ofrecería protección y quién sería el próximo en atacar.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí —murmuró Raquel, intentando que su voz sonara firme, aunque apenas podía contener los temblores de su interior.

Mientras se alejaban por la oscura calle, Raquel supo que debía prepararse para lo peor. En un mundo donde la lealtad y la seguridad eran mercancía de cambio, las mujeres como ellas solo tenían una salida: sobrevivir un día más, enfrentando lo que viniera,

con la misma dureza con la que los demás les habían enseñado a vivir.

27

Serrano

El silencio en el coche patrulla fue interrumpido de golpe por un aviso de la radio. La voz del operador sonaba entrecortada pero clara.

—Incidente reportado en el polígono de Carrús. Varias personas heridas, posible ataque con armas blancas. Vehículo BMW negro involucrado. Solicitan refuerzos inmediatos.

Javier Serrano intercambió una rápida mirada con Natalia Rivas. A pesar de que le irritaba, comprendió que tendría que cambiar sus planes. Conocía bien la zona de la que hablaban en el aviso, y a quiénes solían trabajar allí, en especial a Raquel Ortega y las demás chicas de la calle.

—Mierda.

—Cambiamos de rumbo. Nos dirigimos al polígono. El contacto puede esperar —dijo con tono serio mientras giraba bruscamente el volante.

Rivas soltó un leve suspiro de alivio. No tenía idea de quién era el contacto de Serrano, pero lo último que quería era que alguien del clan Parres la reconociera con él. Aún no había consolidado su posición para mantenerse a salvo en una situación así.

Serrano encendió las luces azules del coche patrulla y aceleró por las calles de Elche. El sonido de la sirena rompía el silencio de la

noche, mientras las luces de la ciudad pasaban borrosas a ambos lados, avanzando directo hacia el polígono de Carrús.

Al llegar, el panorama era desolador, como si por allí hubiera pasado una guerrilla paramilitar. Una ambulancia estaba aparcada junto a un coche de atestados, con paramédicos atendiendo a los heridos. El inspector reconoció a una de las víctimas: Trixie, una de las prostitutas que conocía de vista, una heroinómana de salud sorprendentemente robusta. La francesa estaba siendo tratada en la ambulancia, con un corte profundo en la cara y una expresión de dolor mezclado con pánico.

—Hijos de perra…

Uno de los hombres, alcanzado por un disparo en el pie, era cargado en una camilla para trasladarlo al hospital. Serrano no lo reconocía, pero, por la apariencia que tenía, estaba seguro de que era alguno de los chulos o guardias de la zona.

Apagó el motor y salió del coche rápidamente, con Rivas siguiéndolo. Apenas puso un pie en el suelo y divisó a Raquel Ortega a unos metros, intentando escabullirse.

—¡Eh, Raquel! —la llamó con un tono enérgico mientras se acercaba.

La mujer lo miró y, por instinto, comenzó a huir. Dio un par de pasos hacia la esquina del polígono, pero Serrano y Rivas la interceptaron, bloqueándole el paso.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—¡No he visto nada! ¡Dejadme en paz!

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó él, sujetándola del brazo.

Raquel se soltó bruscamente y evitó su mirada. No era la misma que habían visto esa mañana. Ahora sus ojos, cansados y enrojecidos, se movían de un lado a otro, buscando una escapatoria que no existía. Sabía que estaba acorralada.

—¿Estáis sordos? Tengo que trabajar.

—Se acabó la jornada laboral —dijo Rivas—. Empieza la nuestra.

—Cállate, guapa.

—Raquel, no te pases —le advirtió Serrano.

—No quiero problemas, ¿es que no lo veis? Un poco de empatía, por el amor de Dios.

—Entonces, cuéntanos qué ha pasado y por qué tu amiga tiene un corte en la cara.

—Solo os puedo decir que están pasando cosas raras desde que encontrasteis a esa chica, Ludmila… No sé más. Cada día es más peligroso trabajar por aquí.

Serrano arqueó una ceja, poco convencido de su evasiva.

—No me vengas con cuentos. ¿Quién ha disparado y qué lo ha causado? Necesito detalles, y los necesito ahora.

—No he visto nada, os lo juro.

Antes de que pudiera continuar, uno de los oficiales de atestados se acercó al grupo.

—Inspector Serrano —informó—. Tenemos la matrícula de un BMW negro. Iban cuatro hombres armados con cadenas. Una de las víctimas sigue inconsciente y se lo llevan a Urgencias. El otro respira.

Serrano trató de identificar el coche mentalmente.

—No me suena un BMW de ese color. ¿Sabemos qué dirección han tomado?

—No…

—Está bien. Quiero que el herido se encuentre bajo vigilancia. Datos, testimonio y declaración oficial. Que no se os escape.

—Pero es probable que pase la noche en Urgencias.

—Que alguien lo vigile.

Serrano agradeció la información y volvió su atención a Raquel.

—Eran cuatro. Háblame de ellos. ¿Reconoces a alguno? No me digas que pasaban por aquí por primera vez.

Raquel negó con la cabeza, pero el inspector percibió que había algo detrás de su silencio. Sus ojos se desviaron hacia una figura en la distancia. Silvia Parra observaba la escena desde un punto seguro, midiendo la situación.

Raquel no hablaba por miedo a ella.

—Escucha, uno de los heridos podría quedar en coma. Si despierta, tal vez no vuelva a caminar.

—Es una lástima, lo sé. Pero ¿qué pinto yo en esto?

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Rivas—. Me desespera.

—Sigo aquí, guapa. No finjas que no.

—Escucha, Raquel, vamos a darte un paseo a un lugar donde podamos hablar tranquilamente, lejos de todo este ruido.

—¿Es una proposición?

—No, es una orden. Créeme, te convendrá.

—¿Caminar? ¿A oscuras y con estos tacones? Ni hablar.

—Podemos llevarte al calabozo. No tendrás que caminar, pero estará más oscuro y compartirás celda. Tú decides.

Raquel dudó, con la mirada inquieta aún clavada en Silvia, que seguía vigilante. Hablar era peligroso, pero no era nueva en el negocio. Tras un momento de indecisión, accedió.

—De acuerdo, lo que digáis —cedió—, pero sacadme de aquí como si me resistiera.

—¿Cómo?

—Ya sabes, haced espectáculo. No quiero que me vean como una soplona. No lo soy.

—Yo me encargo —dijo Rivas, más interesada en el trabajo que su compañero. La oficial empujó a Raquel contra el coche y la esposó ante todos, incluida Silvia Parra.

—No hacía falta que te metieras tanto en el papel.

—Debe parecer realista —respondió mientras le empujaba la cabeza para que entrara al vehículo. Raquel se quejó y Rivas miró a Serrano, quien le indicó que subiera al coche patrulla.

—¿Contenta, Raquel?

—¡No! ¿Desde cuándo os habéis convertido en los malos de la película?

"Nunca hemos sido los buenos".

Nadie respondió. Ella se recostó en el asiento, mirando por la ventana para comprobar si su actuación había servido de algo. Para entonces, Parra ya había desaparecido. Mientras se alejaban del polígono, Serrano encendió la radio y el único sonido en el vehículo fue el murmullo de una canción de fondo.

***

Después de unos minutos llegaron al *Con Ruedas*, el bar de Johnny Puertas, el único tugurio del polígono que permanecía abierto a esas

horas. Serrano estacionó y todos bajaron, con Raquel caminando entre ellos, visiblemente nerviosa. El ambiente era agradable, con solo unos pocos clientes dispersos en las mesas.

Serrano señaló una mesa en la esquina y se sentaron.

—Aquí podemos hablar. Este lugar es seguro.

—Tantos años, y sigues sin saber mentir.

—¿Quieres algo? —preguntó Serrano.

—No, gracias.

Rivas intercambió una mirada con Serrano, que levantó una ceja, esperando que Raquel continuara.

—Bueno, un whisky con hielo —añadió, cambiando de opinión.

La camarera tomó nota y se alejó, dejándolos en la penumbra. Rivas, hasta entonces en silencio, habló.

—No te preocupes. No va a pasarte nada —dijo, conciliadora.

Raquel la miró con una mezcla de escepticismo y lástima, como si supiera que Rivas desconocía realmente lo que estaba ocurriendo. Serrano observó la barra, pero no encontró a Johnny, el dueño.

—¿De dónde has sacado a esta monada?

—No tengo una chistera…

—¿Por qué dices eso? —preguntó Rivas, ofendida—. Podría detenerte.

—¿Eso qué ha sido?

—Deja de quejarte y colabora.

—Eres nueva, te falta calle, bonita —murmuró antes de tomar un trago de whisky.

—Debemos de tener edades similares.

—Pero yo he vivido más.

Serrano, en silencio, se ladeó hacia Raquel.

—Necesito que cuentes en detalle qué ha pasado esta noche. Quiénes eran los hombres que atacaron y por qué —dijo con firmeza, intentando no sonar amenazante—. Y deja de tocarme las pelotas, ¿quieres? Tienes las de perder.

—Siempre tan persuasivo… y tan guapo.

Raquel bebió un largo sorbo de whisky, sintiendo el calor del alcohol descender por su garganta. Era consciente de que no saldría

fácilmente de aquel lío, pero también que, hablar, podía ser igual de peligroso.

Se quedó en silencio unos segundos, mirando el fondo del vaso, antes de alzar la vista y enfrentarse a Serrano.

—Está bien, os contaré lo que sé… pero seréis vosotros los que me amargaréis la vida a mí.

28

Natalia

La oficial observaba a la meretriz desde su asiento en la mesa del bar Con Ruedas, tomando notas mentales sobre cada gesto de la mujer que tenían delante. Raquel se removía en su asiento, cruzando los brazos defensivamente sobre el pecho. Su mirada oscilaba entre Javier Serrano y Natalia, claramente incómoda con la situación. La tensión en la mesa era palpable, pero sabía que debía mantener la calma, sobre todo ahora que Serrano estaba presionando para obtener respuestas. Con suerte, lograría obtener información útil para sus contactos.

—Mira, Raquel, no me importa lo que digas sobre el negocio. Ya lo sé. No estoy en Homicidios, pero necesito que me cuentes lo que sabes sobre Ludmila, la chica polaca —dijo Serrano, con la voz firme, pero sin coaccionarla—. Porque tengo la sospecha de que esto tiene que ver con la desaparición de Tomás Bernabeu.

—Hilas muy fino, inspector.

—Esa chica murió por sobredosis.

—La droga está en todas partes. Hasta en nuestra profesión. Ya has visto a mi amiga, la francesa...

—Pero alguien os la suministra, para que se os haga más liviana la tarea, ¿verdad?

—Eres un cabrón, Serrano.

—Soy un policía que quiere hacer su trabajo.

Raquel soltó un suspiro y pestañeó. La luz tenue del bar hacía que sus ojos parecieran aún más vidriosos. Levantó su vaso de whisky y bebió un sorbo lento antes de hablar, evitando la mirada de Natalia por completo.

—Pídeme otro whisky.

—Por supuesto. Después de que hables.

—Ya te he dicho que no sé nada, inspector. Parezco un disco rayado. ¿Quieres que me lo invente?

—Quiero que respondas a la maldita pregunta de una puñetera vez.

—Ni de la desaparición de Bernabeu ni de lo de Ludmila —replicó y bebió, encerrándose en sí misma como un muro de ladrillo—. No sé nada.

Serrano no se dejó intimidar por su actitud.

—Dame una pista, un hilo por el que tirar. Ahorra el paripé.

—Te repito que no sé nada, inspector.

—Perdemos el tiempo, inspector —murmuró Natalia.

Serrano hizo una señal a la camarera, para que sirvieran otro whisky y la empleada no tardó en aparecer. Cuando se fue, Raquel lanzó una mirada desafiante, pero luego bajó la guardia, como cediendo.

—No sé nada, pero he oído algo —dijo, luego dio un trago y Serrano se relajó levemente—. Dicen que no fue un cliente, sino alguien de dentro. Alguien que trabaja en el mismo negocio.

—Eso está mejor. Sigue…

Natalia notó cómo Raquel tensaba los hombros, una señal sutil de que habían tocado un punto sensible. La meretriz bajó la mirada al vaso, como si intentara decidir si debía hablar o seguir ocultando la verdad.

Finalmente, soltó el vaso con un golpe seco sobre la mesa y se frotó la cara con ambas manos antes de responder.

—Escuchad, eso no ha salido de mi boca.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—No juegues conmigo, bonita. Me sé todos los trucos y estoy pidiendo un poco de compasión. Os he dicho lo que he oído, pero mis oídos no tienen dueña. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

—Fue alguien de dentro, sí. No sé quién ni por qué, pero Ludmila no fue una víctima de asesinato, ya me entendéis —dijo en voz baja, mirando de reojo a Serrano—. No fue un acto violento, al menos, no como ese… Virgen Santa, pobre muchacha…

Natalia permanecía callada, escuchando atentamente. La confidente era astuta, de eso no cabía duda. Sin embargo, en cada pausa y evasión, Natalia veía una grieta en su muro de defensa. Algo más estaba ocurriendo, algo que Raquel no quería mencionar.

—¿Y sobre Bernabeu? ¿Sabes algo? —preguntó Serrano, sin apartar la vista de ella—. La calle remueve los rumores.

—¿Te refieres al padre o al hijo?

Serrano dio un respingo.

—A los dos.

—Ese es tu trabajo, inspector.

—Responde.

—Hablo en serio, cariño. Mi trabajo ya lo conoces. —Soltó un suspiro frustrado y se recostó en su silla—. Lo único que te puedo decir es que su desaparición lo ha complicado todo y la gente está cabreada. Nosotras estamos más expuestas, más frágiles ante todos.

—¿Se comentaba algo de que iba a desaparecer, alguna rencilla sin resolver?

—No.

—¿Ni había rumores?

—Yo nunca lo veía. Era el hijo quien se paseaba por los locales.

—¿Qué se comentaba de él?

—Lo de siempre, nada grave. Eso sí, desde que desapareció el padre, nadie sabe quién manda ni quién va a tomar las riendas. El hijo está como una regadera y en la calle, todo está jodido… Ya lo habéis visto esta noche —respondió, con un tono amargo.

Serrano la miró fijamente, como si intentara desentrañar más detalles de sus palabras.

—¿Es por la droga o por la falta de protección?

Raquel miró a Natalia por primera vez en toda la conversación. Ahora, sus ojos oscuros se encontraron con los de la oficial. Natalia sintió la frialdad de esa mirada, un examen silencioso que la

incomodó, como si esa mujer de la noche estuviera viendo más allá de lo que mostraba.

—Es por la avaricia, inspector. Todos quieren su parte del pastel, su derecho al trono. Nadie pone orden, ni en la calle, ni en los negocios. Nosotras estamos entre la espada y la pared, a merced de cualquier degenerado. Pero lo observamos todo. No importa a quién elijamos, qué bando ni qué líder. Al final, perderemos.

—¿De qué hablas ahora?

—De protección. Primero, te proteges de no agarrar una infección. Ahora tienes que pagarte un chulo para que no te rajen —dijo, levantando un dedo para enfatizar—. Pero ya ves que no es suficiente. «El Toro», ese cabrón, está enfadado porque no estamos bajo su ala. Y ahora están esos tipos nuevos… —Raquel se detuvo, como si hubiera dicho demasiado. Mencionar a la gente de «El Niño» podía amargarle la existencia. Sus ojos volvieron a posarse en Natalia, que aún no había pronunciado palabra—. Todo por echar un polvo, ¿eh? Aquí, allí… y ese polvo te puede arruinar la vida.

La oficial sintió un escalofrío en la espalda al escuchar las palabras de Raquel. Temía que, en algún momento, la conversación se hiciera personal. La prostituta entrecerró los ojos y sus labios esbozaron una sonrisa sarcástica.

—Espera un momento, chica. ¿Te conozco de algo? Tu cara me suena… —dijo de repente, observándola más de cerca—. Sí, me suena de algún lado.

El corazón de Natalia se aceleró. Mantuvo la calma, pero sus pensamientos iban a mil por hora. Raquel era lista, y lo último que necesitaba era que la reconocieran por sus conexiones con los Parres.

—¿Otro truco para desviar la atención? —respondió Natalia con una sonrisa forzada—. ¿O ya te has cansado de hablar?

—Tal vez. O tal vez no —dijo, manteniendo el tono insinuante, como si quisiera continuar el juego—. Pero, tarde o temprano, lo recordaré.

Serrano interrumpió el tenso intercambio, volviendo a la conversación.

—Hablemos de «El Niño». ¿Quién es y para quién trabaja?

—No lo sé. No he oído ese nombre.

—¿Es él quien ha estado manejando las amenazas? —preguntó Serrano, ignorando su respuesta evasiva y regresando al tema.

Raquel suspiró, mirando hacia la mesa. Sabía que ya había hablado demasiado, pero Serrano seguía presionando. Finalmente, asintió.

—Es quien mueve todo ahora, pero no lo he visto en mi vida. De verdad. Nos hemos visto obligadas a ceder a sus amenazas para que nos «proteja».

—¿Para quién trabaja? —preguntó Natalia. La pregunta encendió los ojos de Raquel, y Natalia comprendió que había cometido un error difícil de reparar.

—Quizás tú sepas más que yo de esto, bonita —replicó y carraspeó, luego miró al inspector.

Cuando la conversación llegó a un punto muerto, Serrano finalmente se inclinó hacia delante, mirándola directamente.

—Está bien, Raquel. Sigue así y veremos cómo hacer esto más fácil para ti.

—¿Vas a conseguirme un pasaporte y un millón de euros?

—No. He dicho fácil, no sacarte de la calle.

—No conozco a nadie que haya salido del infierno.

—Nunca te lo dirían.

Raquel no respondió, pero Natalia notó la sombra de desconfianza en sus ojos.

29

Sofía

Las noticias no llegaban y, con cada minuto que pasaba, Sofía sentía que el limbo emocional en el que se encontraba se hacía más profundo. Una ausencia así solo podía transformarse en desesperación. Las personas pierden la fe cuando la incertidumbre persiste, anticipando el peor desenlace. ¿Puede alguien esperar toda una vida a que suceda lo que anhela? No era su caso, ni las circunstancias se lo permitían. Sabía que la vida no funciona de ese modo: esperar es como apostar sin fichas, y al final, o mueves tus piezas o te comes la derrota.

Sofía Bernabeu estaba sentada en el salón de la casa familiar, una imponente finca situada en las afueras de Elche. Las cortinas ligeramente cerradas dejaban pasar una luz suave de atardecer que bañaba la estancia, pero el aire estaba cargado de tensión. Cerró el libro de El Buscón, de Francisco Quevedo, probablemente el autor favorito de su padre, y lo dejó sobre la mesa redonda de madera. El silencio de la casa, antes un refugio de seguridad y poder, ahora se sentía como una prisión. Desde la desaparición de su padre, todo había cambiado; el vacío que dejó no era solo emocional, sino también estratégico. Y ese vacío estaba siendo aprovechado por otros. Sofía podía sentir el serpenteo de las culebras bajo las suelas de sus zapatos.

Se ajustó las gafas de sol que llevaba dentro de la casa, una costumbre que había adoptado para ocultar sus emociones y no mostrar debilidad frente a su madre. Sabía que no servía de mucho, pero la habían educado para ser fuerte, aunque careciera de las conexiones callejeras de su padre o de su hermano. A diferencia de ellos, su poder no residía en la fuerza bruta, sino en la astucia y su habilidad para manipular a quienes la rodeaban. Lo había hecho en la universidad, en el trabajo, en su entorno... y ahora, más que nunca, necesitaba esas destrezas.

Comprobó la hora, una vez más, y suspiró. De repente, sintió el impulso de fumar.

—No.

El pensamiento cruzó su mente como un relámpago, solo para desvanecerse en lo infinito. Necesitaba aliviar su ansiedad o se convertiría en víctima de sus pensamientos, frágil ante los ojos de todos esos hombres. Pero no era fácil. Llevaba días escuchando rumores. Ignacio, su hermano, había estado reuniéndose con algunos de los principales aliados de su padre, incluyendo a Álvaro «El Ruso» Beltrán. Afortunadamente, aún tenía ojos que la informaban, lo cual indicaba que «El Gordo» seguía manteniendo intacta su influencia. Mientras ella se ocupaba de mantener las apariencias y lidiar con la policía, Ignacio estaba tejiendo sus propios planes a sus espaldas. Sobre todo, a espaldas de ella.

Un suave golpeteo en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

Héctor «El Toro» Jiménez entró en la sala. Era un hombre imponente, de físico robusto y mirada fría, que raramente revelaba sus intenciones. «El Toro» era un soldado leal de la familia, conocido por su eficiencia y por no andarse con miramientos a la hora de resolver problemas. Sofía le había pedido una reunión para ponerse al día. Era un modo de investigar a cada uno de los soldados y asociados de su padre. En momentos como ese, la lealtad tenía un precio alto, y ella podía pagarlo. Aunque lo ignoraba, no le habría sorprendido que Héctor fuera el primero de muchos a los que su hermano habría visitado en cuanto ideó su toma de poder. Por tanto, no iba a quedarse quieta y tanteaba a ambos.

—¿Quería verme, señora?

—Así es. Sé que puede sorprender este aviso, pero las cosas están cambiando, mientras mi padre no está.

—Entiendo.

«El Toro» caminó hasta el centro de la sala, sin mostrar emoción alguna.

—¿Cómo va todo?

—Regular. Estamos teniendo problemas en la calle. Los Parres son un incordio.

—Algo he oído. Igual que me han llegado rumores sobre mi hermano.

—Supongo que es la razón de este encuentro.

—¿Te ha visitado, recientemente? —le preguntó, sin moverse del sillón.

—Así es.

—Ignacio ha estado reuniéndose con algunos de los viejos socios de su padre. Lo han visto recientemente con Álvaro «El Ruso» Beltrán y Laura «La Viuda» en el Ventorrillo Durá. Al parecer, estuvieron hablando de negocios. ¿De qué habéis hablado?

—Su hermano solo ha venido a comprobar si todo iba en orden.

—Un poco raro, ¿no crees?

—Le digo lo que ha ocurrido, doña Sofía. No soy quién, para opinar al respecto.

—¿No te ha ofrecido nada? Por lo que parece, mi hermano está moviendo hilos para ganarse la lealtad de la gente. Les ha prometido más libertad en sus negocios, siempre y cuando estén de su lado, cuando le toque sentarse en la cabecera de la mesa.

—Sí. Sobre ese asunto también quiso hablar conmigo.

Sofía apretó los puños, aunque su expresión permanecía neutral detrás de las gafas de sol. No era una sorpresa, pero escuchar la confirmación de labios de «El Toro» le provocó una mezcla de furia y frustración. Su hermano no solo estaba intentando apartarla, sino que lo hacía valiéndose de los mismos aliados a quienes ella había considerado acercarse para mantener el control.

—¿Qué te dijo? —preguntó con un tono de voz frío.

El soldado se quedó un momento en silencio, evaluando sus palabras.

—Está dispuesto a renegociar los acuerdos que su padre tenía con los diferentes asociados de la familia. Pero, es pronto para sacar conclusiones.

«Desgraciado».

Sofía sintió un leve alivio al escuchar aquello. Si aún no se comprometían totalmente con su hermano, aún existía una oportunidad para ella de consolidar su posición.

—Mi hermano es un idiota —murmuró Sofía, más para sí misma que para nadie—. Está tan desesperado por el reconocimiento que vendería su alma. Cree que puede manejar a la gente y controlar el negocio sin el respeto ni la experiencia que tenía mi padre. Dime una cosa…

—¿Sí?

—¿Te gusta leer?

«El Toro» asintió levemente, manteniéndose en silencio.

—Novelas policíacas, diarios deportivos y poco más.

—¿Conoces algo sobre la historia de Roma? —preguntó, señalando una vasta biblioteca. El hombre miró los libros de las baldas y se encogió de hombros—. No te preocupes, no voy a hacerte un examen.

—Lo lamento, señora. Me he criado en un taller.

—Mi padre siempre nos contaba esta historia... Aureliano, un emperador romano que logró reunir un imperio en ruinas, aplastó a los godos, a los palmireños, hasta a los galos. Se ganó el respeto de todos —dijo, aunque su interlocutor apenas le prestaba atención, así que fue directa—. El poder, Héctor, siempre trae enemigos, incluso de los que menos esperas.

—Lo sé, señora. No necesito estudiar Historia para saberlo.

—Aureliano confiaba en sus hombres, igual que mi padre. Pero entre ellos había uno que le salió rana: su propio secretario.

Héctor levantó la mirada.

—¿Su secretario?

—Ya sabes de qué hablo —lo tanteó, y con solo mirarlo, entendió que su hermano también le había endulzado el oído con promesas

vacías—. El secretario, temiendo que Aureliano lo eliminara por algún error, se adelantó. Se inventó una lista de supuestos traidores que, según él, el emperador planeaba aniquilar. Y, claro, se incluyó él mismo. Imagínate, un grupo de soldados convencidos de que sus cabezas rodarían por orden del emperador. No se lo pensaron dos veces.

—Lo mataron.

—A sangre fría. Mientras Aureliano planeaba su próxima campaña, lo emboscaron y lo cosieron a puñaladas. Ni siquiera tuvo oportunidad de defenderse. Así cayó un hombre que hizo más por Roma que cien como él.

—Menuda historia.

Sofía sabía que él no tomaría partido en las luchas internas de la familia a menos que ella se lo ordenara. Con esa historia no solo pretendía darle una lección, sino también advertirle de su inteligencia y empujarlo a tomar parte, dejándole claro que cada decisión tiene un precio.

—Así era Roma —terminó, con una sonrisa amarga—. Y así es Elche, a veces. No importa lo grande que seas, el peligro siempre está al acecho. Mi padre ha cuidado bien de los suyos, asegurándose de su lealtad. Dime tú, ¿te parece justo que mi hermano venga a deshacer los acuerdos que mi padre forjó, por razones que solo él entiende? No es razonable para nosotros ni para nadie.

—Ya entiendo de qué va todo esto… Fernando «El Gordo» aún no se ha pronunciado, ¿verdad? —preguntó Héctor, recordando que Díaz era clave para mantener el equilibrio en el poder familiar.

—Díaz no lo aceptará tan fácilmente, no hasta que mi padre esté enterrado. Eso es algo que mi hermano no comprende. Fernando está con nosotros, con la «familia».

«El Gordo» siempre había sido un aliado leal de su padre, pero no tenía la misma relación con Ignacio. Si ella jugaba bien sus cartas, podría usarlo para frenar a su hermano antes de que cualquier alianza se consolidara.

—Entiendo.

—¿Y tú, Héctor?

—¿Yo, señora?

—Tienes que tomar parte o mantenerte al margen. No te he traído aquí para hablar de Roma. ¿De qué lado estás?

—Usted lo ha dicho, señora. Hay que ser cautos. Nadie ha enterrado a su padre, todavía.

«Sabes perfectamente a qué me refiero y no has respondido».

—Ignacio no está preparado para liderar. No tiene la cabeza fría que se necesita y hace promesas que no podrá cumplir. Además, tiene un grave problema, y ambos sabemos cuál es. Tarde o temprano, lo verán como un estorbo.

«El Toro» asintió de nuevo, manteniendo su postura firme.

—¿Y qué va a hacer al respecto? —preguntó con voz neutral, como si ya conociera la respuesta.

Era el momento de enviarle un mensaje directo a su hermano. Si llegaba o no, Héctor lo delataría. Sofía se levantó y caminó hacia la ventana. La vista de los jardines bien cuidados y las palmeras de la finca siempre le había traído paz, pero ahora solo veía decadencia. Sabía que su familia necesitaba un liderazgo fuerte y no iba a permitir que Ignacio la desplazara.

—Cuando llegue el momento, tendré que deshacerme de él —dijo, con una frialdad que sorprendió incluso a su interlocutor.

—¿En qué sentido? Es su hermano.

—¿No piensa hacer lo mismo conmigo?

—¿Cómo piensa actuar?

Sonrió, quitándose las gafas de sol y dejando que sus ojos mostraran la determinación que la impulsaba.

—Solo tengo que sembrar suficientes dudas, como hizo el secretario de Aureliano, y esa frágil alianza caerá por sí misma. Algunos se arrepentirán, pero así es el juego. Solo negocios. Ignacio no tiene el control que cree; sus ansias de volar alto solamente lo estrellarán. Cuando sus propios hombres lo traicionen, lo verán como un débil. Y entonces vendrá a suplicar perdón.

«El Toro» la miró en silencio, admirando su beligerancia. El mensaje estaba claro.

—Dígame qué necesita de mí.

Sofía se puso las gafas de sol, retomando su expresión neutral.

—Por ahora, vigílalo de cerca y no me falles. Observa cada uno de sus movimientos. ¿Puedo confiar en ti para ello, Héctor?

Lo miró a los ojos como nunca había hecho con otro de sus hombres. Él se quedó paralizado, observándola como si tuviera delante a su propio padre.

—Por supuesto.

—Gracias… Ignacio es un problema que se solucionará solo.

«El Toro» salió de la sala sin hacer ruido. Sofía se quedó mirando por la ventana, viendo cómo las sombras del atardecer cubrían la finca. Pasados unos minutos, vio salir al hombre y subir a un Dacia Duster verde cedro. Luego, desapareció por la senda de cipreses. Esperaba que el encuentro hubiera calmado la ambición de Héctor y lo hubiera hecho entrar en razón. Sabía que la lucha por el control de la familia no sería fácil, pero estaba decidida a ganar. Los días pasaban sin noticias de su padre, y aunque podía aferrarse a ello, era consciente de que Ignacio no iba a respetar a la familia. Con pesar, Sofía había aceptado el cambio, aunque no podía pronunciarlo en voz alta.

«Lo siento, papá».

Y si eso significaba apartar a su propio hermano del negocio familiar, por el bienestar de los Bernabeu, lo haría sin dudar. Ignacio era su hermano de sangre, su hermanito. No le haría daño, a menos que no le quedara otra opción. Quizás todo esto se les estaba yendo de las manos, pero no podía olvidar las palabras de su padre ni las intenciones de Ignacio. Solo esperaba que esas medidas no fueran necesarias y que pudieran resolverlo como la familia que eran. Aunque ya sabía que no siempre era así. Como su padre les enseñó desde pequeños, los obstáculos, cuando aparecen, están para ser quitados del medio.

30

Eduardo

Eduardo Parres caminaba despacio por los pasillos de su casa en Daimes, la finca familiar que había sido el centro de operaciones de los Parres durante generaciones. Era una casa de campo tradicional de Elche, con sus muros blancos desgastados por el tiempo, un amplio jardín que daba sombra a las palmeras y una piscina que reflejaba el cielo despejado, vigilada por un busto de la Dama de Elche, situado en lo alto de una columna. A simple vista, era un lugar de paz, pero en su interior las tensiones crecían día a día.

Eduardo se detuvo frente a la ventana que daba al jardín. Sus pensamientos se centraban en los recientes movimientos de los Bernabeu. Con la desaparición del jefe, había una oportunidad clara para expandir sus operaciones y consolidar aún más el poder de su familia. Sobre todo, cada día que pasaba sin que la policía lo encontrara. Pero existía un problema más cercano, un estorbo que no venía de fuera, sino de su propia familia: su hijo, Marcos.

Este siempre había sido ambicioso e impetuoso, y con la juventud a su favor, estaba impaciente por asumir un papel más activo en las operaciones familiares. Por suerte, Eduardo no tenía el mismo problema en casa que los Bernabeu, aunque sabía que, tarde o temprano, se enfrentaría a una situación similar. Durante semanas, su hijo le había insistido para que le diera más responsabilidades. Aunque Eduardo valoraba su entusiasmo, sabía que el control de los

negocios familiares requería más que ambición y juventud; requería paciencia y experiencia, cosas que Marcos aún no tenía.

—No está listo, no está preparado —murmuró para sí.

El sonido de pasos rápidos se aproximó por el pasillo. Eduardo no tuvo que girarse para saber que era él.

—Padre, tenemos que hablar —dijo Marcos, con tono impaciente. Llevaba días intentando mantener esta conversación y esta vez no iba a permitir que su padre la evitara.

Eduardo se giró lentamente, sin dejar de mirarlo con su expresión controlada.

—¿De qué quieres hablar esta vez? —preguntó, aunque sabía perfectamente de qué se trataba.

—No soy un crío. No me hables así.

—Eres mi hijo. Te hablo como me da la gana, ¿entendido?

Tras una pausa, Marcos prosiguió.

—No podemos seguir así. El personal de la gasolinera que hay junto al campo de fútbol... ¡Menuda panda de inútiles! —expresó, dejando claro que estaba preocupado por los negocios—. Ni siquiera saben quién soy. ¿Cómo esperan que los respeten?

—Tranquilo, cálmate. No es para tanto.

—Sí que lo es. Si por mí fuera...

—Si por mí fuera, darías ejemplo, y el ejemplo se da con humildad y manteniendo un perfil bajo. Te lo he repetido mil veces, ¿es que no te entra? Eres duro de mollera. Además, el negocio de la gasolinera está en manos de Emilio.

—¿Y no crees que ya es hora de jubilarlo?

Eduardo levantó una ceja.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El aire necesita renovarse. De lo contrario, se estanca y huele a cerrado.

—¿Qué es lo que realmente quieres hablar conmigo? Esto no es lo importante.

Marcos suspiró. Su entrada no había funcionado.

—Es sobre lo que está pasando.

—Ya.

—Sí. Escucho cosas, me entero de lo que ocurre. ¡Joder! Soy tu hijo.

—Cuida esa boca. ¡No te hemos educado para que hables como si hubieras salido de una pocilga!

El silencio tenso duró varios segundos.

—¿Es que no lo ves? Lo de los Bernabeu nos está poniendo una oportunidad de oro, en bandeja, y quiero estar al mando.

—¿Al mando...? No me hagas reír.

—Ya es hora de que me dejes entrar de verdad, no solo mirar desde la grada.

Marcos cruzó los brazos, tratando de mantener la compostura, aunque su inmadura energía lo traicionaba. Quería acción, y la quería ya.

Eduardo lo observó detenidamente, evaluando cada palabra antes de responder. Amaba a su hijo, sabía que era impetuoso y que actuaba sin pensar en las consecuencias. Y en el negocio familiar, eso podía ser un tropiezo nefasto. Era un problema común en familias como la suya. Las generaciones sucesoras no conocían el esfuerzo y el sacrificio que sus padres habían puesto para que ahora tuvieran vidas cómodas. La realidad de los otros era mucho más dura.

—Sé que tienes ganas de demostrar tu valía y aprecio tu entusiasmo, pero soy tu padre y a mí no me tienes que justificar nada. Ni a mí, ni a nadie. Por eso eres mi hijo, ¿lo entiendes?

—Ya, padre, pero...

—Pero nada. El poder no es algo que se arranca a la fuerza. Te lo tienes que ganar, y eso lleva tiempo. Esto no es un entretenimiento, cada movimiento tiene consecuencias. Aquí, todo se paga. Si nos apresuramos, los Bernabeu podrían levantarse de nuevo o, peor aún, el maldito «Gordo» podría vernos como una amenaza directa. Y ni tú ni yo queremos líos con ese tipo.

Marcos apretó los dientes, claramente frustrado. Se había preparado para esta conversación, no obstante, aun así, las palabras de su padre lo irritaban.

—¿Siempre es lo mismo contigo, padre? «Paciencia, tiempo, cuidado», que si «El Gordo», que si el otro. ¿Por qué tanto miedo a

ese tipo? ¿O a los otros? ¿Qué más da? Tienes un ejército de hombres dispuestos a hacer lo que les digas.

—Cuando la sangre llega al río, nadie quiere mojarse. Tú buscas la confrontación y yo quiero perpetuar la calma. Por eso eres incapaz de entender cómo funciona esto.

—Estoy harto de quedarme atrás mientras los otros hacen lo que quieren. Puedo manejarlo, estoy listo. Tienes que dejarme tomar el control de algunas operaciones.

Eduardo se acercó a su hijo, reflejando en su mirada una mezcla de preocupación y desaprobación.

—¿Crees que se trata solo de tomar el control, de hacer lo que te da la gana? Eres tan inmaduro, que demuestras que no estás listo para lo que significa manejar este negocio.

—¡Padre!

—Los riesgos son mucho mayores de lo que imaginas. Si algo sale mal, no habrá segundas oportunidades. Te cortarán el cuello y colgarán tu cabeza del puente del barranco. No voy a poner tu vida en peligro por tu impaciencia.

Marcos lo miró, lleno de rabia contenida.

—¿Cuándo voy a ser lo suficientemente bueno para ti? ¡Nunca! ¿Verdad? Da igual lo que haga o diga, no me dejas demostrar nada. Llevo años viendo cómo gobiernas todo, aprendiendo de cada movimiento, pero nunca me das la oportunidad de decidir por mí mismo. ¡Soy tu hijo, joder, este negocio también es mío! ¡Lo será cuando ya no estés!

Eduardo dejó escapar un suspiro. Por un momento, reflexionó sobre esas palabras. No se había planteado la situación en la que él no estuviera, pero era una posibilidad como tantas otras. «Un futuro no muy lejano». Marcos tenía razón en cierto sentido; era su hijo, y, tarde o temprano, tendría que asumir más responsabilidades. Sin embargo, no podía permitir que su ansia de poder lo cegara.

—Marcos, escúchame bien. No se trata de ser bueno o malo. Te lo digo otra vez: el poder trae responsabilidades, enemigos y sacrificios. Para que vivas como un príncipe, que es como vives, mucha gente quedó en el camino. ¿Alguna vez te has parado a pensar en eso? Esto no es solo dinero o territorio; es sobrevivir en

un mundo donde nadie tiene piedad. —Eduardo hizo una pausa y lo miró fijamente antes de seguir—. Si te lanzas sin pensar en los intereses de los demás, nos pones en peligro a todos. Y no me refiero solo a los que vivimos en esta casa. Puedes acabar en la cárcel o tirado en un arcén, o quizá seamos nosotros quienes caigamos primero. ¿Te has puesto a pensar en eso cuando subes al coche? ¿Crees que nadie sigue tus movimientos? Ser hijo de Eduardo Parres no solo trae ventajas. Cada paso está calculado. No voy a arriesgar la tranquilidad de tu madre, de tus primos, por una decisión impulsiva. Forma una familia, engendra hijos y entonces comprenderás lo que significa cuidar de otros.

Marcos bajó la mirada, las palabras de su padre lo golpeaban más fuerte de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Entiendo lo que dices, padre, pero...

—¡No sigas hablando!

Con el tono de voz más bajo, Marcos insistió:

—Sigo creyendo que puedo hacer más. No quiero quedarme atrás. Déjame encargarme de algo pequeño, una operación segura, lo que sea. Solo déjame demostrarte que estoy listo. —Marcos levantó la vista, buscando la mirada de su padre—. Déjame demostrarme que no soy un estorbo para la familia.

Eduardo lo observó en silencio unos segundos. Finalmente, asintió ligeramente.

—No lo eres, hijo. Simplemente, no estás preparado.

—Ya me has oído, por favor.

El padre reflexionó en silencio, pensando en qué podría darle para quitarse aquella insistencia.

—No vas a parar hasta conseguirlo, ¿verdad?

—Así es.

—Muy bien... ¡Qué remedio! Déjame pensar y te daré una tarea específica. Cuando llegue el momento, quiero que la manejes con cuidado y precisión. Tómate tu tiempo, pero ejecútala sin errores, sin impulsos.

—Tú dirás.

Eduardo se humedeció los labios y lo miró a los ojos. Vaciló antes de hablar; una vez que lo hiciera, no habría vuelta atrás.

—Te avisaré cuando confirme el arreglo. Si algo se complica, me llamas a mí, pero escucha bien: ni mi nombre, ni una palabra sobre el motivo. Mantente breve y en clave; ya me las arreglaré para entenderte.

—Bien. Padre...

—¡Ah! Y lo más importante: mantén un perfil bajo.

—Siempre lo hago.

—Te lo digo otra vez, porque sabes a lo que me refiero. Nada de excentricidades, ni de coches de lujo. No eres un gánster de cine; deja el maldito Maserati en el garaje. Si de veras quieres un futuro, pasa desapercibido.

—Vale, vale.

—Una cosa más... Si por cualquier motivo algo se tuerce, Giménez se encargará del marrón legal. Pero quiero que evites que lleguemos a ese extremo.

—No te voy a fallar, padre. Haré que funcione. Esperaré tu señal.

—Eso espero. Este es tu primer examen. Pásalo con nota y habrá más oportunidades. Te ganarás el respeto de todos.

Los ojos de Marcos brillaron. Al fin tendría su oportunidad.

—¿Qué? No me mires así, ¿te has quedado embobado? —rio el padre—. Es lo que querías, ¿no? Necesitas hacerte una reputación. Con esto, entenderás por qué siempre te digo que este juego no es tan sencillo como parece.

—Gracias. No te decepcionaré.

Eduardo asintió, sin quitarle esa mirada seria.

—Eso espero, hijo. Eso espero.

En aquel mundo, la ambición podía ser tanto una bendición como una maldición.

Mientras el silencio volvía a llenar la casa, Eduardo se quedó de pie, mirando hacia el horizonte. Sabía que el futuro de la familia Parres estaba en juego y que cada decisión que tomara en los próximos días determinaría el curso de los acontecimientos. Así que tendría que ocuparse de Marcos más tarde. «Pobre infeliz». Eduardo sabía que el verdadero poder no se buscaba; se ganaba con sangre y sacrificio. Y ahora lo iba a demostrar, a la sombra, como solía hacer, arruinando el gran negocio de la competencia: una

oportunidad para reventar la operación de los Bernabeu en las playas de los Arenales y tomar el control de la ciudad.

31

Raquel

Raquel observaba a Trixie desde la pequeña silla de plástico en la sala de espera del hospital. La noche había sido larga y sofocante, y los gritos de dolor de Trixie resonaban aún en su cabeza. El corte en la cara de la chica francesa había sangrado sin parar al principio, pero ahora, con las vendas y los puntos sobre la piel, el rostro de Trixie se veía aún más pálido e hinchado. Raquel sabía que esa cicatriz la dejaría marcada para siempre.

—Al menos sigue viva —se dijo Raquel, tratando de encontrar algo positivo en la situación.

Trixie apenas hablaba. Su mirada estaba perdida, enfocada en el suelo, aún confundida por lo que había pasado. La anestesia la había desorientado. Raquel lo comprendía. Era difícil asimilar lo que les había ocurrido, pero era algo con lo que debían contar en ese negocio. «El Toro» no había tenido piedad con nadie, y la marca en el rostro de Trixie era un recordatorio de que las cosas en las calles estaban fuera de control. Podía haber sido distinto, podría haber sido peor, pensó. Pero fue lo que fue, se dijo a sí misma. El incidente había sido brutal y Raquel sabía que no sería el último.

La enfermera se acercó con un montón de papeles para el alta médica de Trixie.

—¿Ha venido alguien de su familia?

—Yo soy su familia.

—Necesita descansar y recuperarse. Hay que curarle los puntos tres veces al día. Deberá regresar en dos semanas para comprobar la operación.

Raquel la ayudó a levantarse, viendo lo débil que estaba. Los brazos de la chica temblaban mientras intentaba ponerse la chaqueta sin tocarse la cara.

—Venga, vamos. Te llevaré a casa —le dijo Raquel, intentando sonar más firme de lo que se sentía en ese momento.

Afuera del hospital, las primeras luces grises del amanecer comenzaban a iluminar las calles vacías. Las dos mujeres subieron al taxi que habían llamado antes. El silencio en el interior del coche era insoportable. El taxista se percató de la situación en cuanto subieron, pero ninguna de las dos tenía fuerzas para hablar o quejarse. Trixie se mantenía apoyada contra la ventana, con los ojos cerrados, mientras Raquel miraba distraídamente la ciudad pasando por la ventanilla.

El taxi se detuvo frente al edificio donde vivía la francesa, un bloque de pisos viejo y mugriento en barrio del Toscar, no lejos de donde había ocurrido el ataque. Raquel suspiró al ver el lugar. Sabía que Trixie compartía ese apartamento con otras cuatro chicas que también trabajaban en la calle.

—¿Tienes dinero para pagar? —preguntó Raquel mientras buscaba en su bolso.

Trixie negó con la cabeza.

—No tengo nada… —dijo, casi sin fuerzas—. Esta noche ha sido una auténtica ruina.

El taxista, inquieto, giró la cabeza hacia ellas con expresión de fastidio.

—¿No vais a pagar? —preguntó, anticipando el desenlace—. No me jodáis… Me tiene que pasar esto a mí.

—Mira, no tenemos ahora, pero mañana… —intentó calmarlo Raquel.

—Mañana, mis cojones. Paga ahora o no te bajas del taxi —espetó el hombre, golpeando el volante con el puño—. Al menos, hasta que venga la policía.

Raquel sintió la ira subiéndole por el pecho. Estaba cansada, asustada y sin blanca. No necesitaba que aquel hombre empeorara la situación. Trixie seguía inmóvil, demasiado débil para intervenir.

—Escucha, no hace falta que te pongas así, ¿vale, guapo? Te daré el dinero —dijo Raquel, intentando mantener la compostura—. Solo déjanos salir. ¡Mira cómo tiene la cara!

—A saber lo que habréis hecho. ¡Largaos ya! ¡Venga, hostia!

El taxista, visiblemente molesto, las miró con desdén, pero finalmente las dejó bajar, con disgusto. Sabía que no iba a cobrar nada.

—¡Que te jodan, tío!

Raquel salió del coche, ayudó a Trixie a bajar y la acompañó hasta la puerta del edificio. Allí, se detuvieron.

—Vas a estar bien, ¿vale? Solo… cuídate —le dijo, aunque no estaba segura de si lo creía—. No te metas en más problemas, por el momento.

—¿Cómo voy a trabajar así? ¿Con esta cara?

—No pienses en eso ahora. Buscaremos una salida.

—No hay salida, Raquel…

—Confía en mí, Beatrice.

Al oír su nombre de pila, Trixie asintió débilmente antes de desaparecer dentro del edificio. Raquel se quedó un momento afuera, viendo la puerta cerrarse tras ella. Sabía que no podía hacer mucho por Trixie, ni por ellas dos. La vida en las calles no perdonaba a nadie. Pero no era el mejor momento para hablar de ello.

Con un suspiro, Raquel decidió caminar un poco para despejarse. Cruzó varias calles hasta llegar a un pequeño bar de barrio que ya había abierto. Entró, sintiendo las miradas de los hombres que estaban en la barra. Sabía lo que veían, y aunque ya estaba acostumbrada a ser observada así, no dejaba de molestarle.

Se sentó a una mesa, tratando de ignorar las miradas.

—Un café con leche y dos churros, por favor —pidió al camarero, que apenas la miró antes de darse la vuelta.

Mientras esperaba su desayuno, no podía dejar de pensar en lo que Serrano le había dicho la noche anterior: «Sigue así y veremos cómo hacer esto más fácil para ti». Las palabras resonaban en su

cabeza como una promesa, pero también como una advertencia. «La policía siempre miente. Prometen una cosa, hacen la mitad y te cuesta el doble».

Raquel sabía que su vida estaba en peligro tras lo ocurrido. Todo se había precipitado como un efecto dominó incontrolado. «El Toro» ya la tenía en la mira, e Ignacio Bernabeu no dudaría en hacer lo necesario para proteger a su familia. Si «El Niño», o cualquiera de los otros, se enteraba de que estaba colaborando con la policía, estaría muerta en cuestión de días.

«Demasiado joven para dejar un bonito cadáver», pensó.

—Aquí tienes, reina —dijo el camarero, dejando el café y los churros en la mesa.

Raquel apenas tocó el desayuno. Su mente estaba lejos de allí. Ni siquiera pensaba en Trixie, sino en Silvia, la chica que había visto la noche anterior mientras hablaba con Serrano. «Maldita zorra». Silvia la había estado observando, y Raquel sabía que no era casualidad. Algo estaba pasando entre Silvia e Ignacio Bernabeu, y Raquel sospechaba que la chica había empezado a jugar a dos bandas.

Raquel estaba enredada en una telaraña de mentiras, traiciones y amenazas. Un callejón oscuro donde la salida parecía ya marcada, como si estuviera escrita en piedra. «Es lo que pasa cuando te metes en esto.» Había escuchado esa frase tantas veces que ya ni siquiera le sonaba a advertencia. Pero, aun así, no había otro camino. Necesitaba protegerse de alguna forma.

Con una mezcla de miedo y convicción, Raquel entendió que su única salida era aceptar la oferta del inspector Serrano. «Darle lo que quiere, a cambio de seguridad», pensó. Era eso o esperar el golpe que todos sabían que tarde o temprano llegaría. Serrano la vería solo como una pieza, pero ella tenía oídos, y sus oídos escuchaban lo que otros no podían ver. Podía contarle cosas de Ignacio Bernabeu que derrumbarían el negocio de toda una familia. Pero siempre volvía a lo mismo. «¿Y a qué precio?» Esa era la verdadera pregunta. El precio sería alto, pero quedarse callada era igual de arriesgado.

Acabó su café despacio, mirando por la ventana del bar. La mañana apenas comenzaba, el sol asomaba y la calle empezaba a

llenarse de gente que iba camino a las fábricas. En el fondo, lo ocurrido era el inicio de algo que iba a ponerse feo.

Dejó unas monedas sobre la mesa, se levantó y salió del bar sin mirar atrás.

32

Serrano

El rugido del motor del BMW resonaba por las calles mientras Javier Serrano apretaba el volante con fuerza. Otra noche aguada, pensó, notando la bruma en la cabeza provocada por los cinco botes de cerveza barata que se había bebido en casa antes de dormir, sin más cena que un miserable bocadillo de chorizo con aceite de oliva. Tenía la mandíbula apretada, producto del bruxismo de la resaca, y la mente atrapada en lo que acababa de descubrir. Ese asunto lo atormentaba. Eso, y que Bernabeu siguiera sin aparecer. A esas alturas, setenta y dos horas después, todos lo daban por muerto. «Sin un rescate, sin un chantaje.» Pero muchos acontecimientos coincidían con la desaparición de aquel tipo.

«Las chicas, los narcopisos, y ahora esos cerdos ofreciendo protección o muerte», lamentó.

Debía centrarse en su caso. Sentía que seguía un hilo frágil, pero si lograba desenredarlo, podría encontrar una conexión sólida entre los Bernabeu y la operación de drogas que había estado investigando durante meses.

La llamada había llegado temprano esa mañana, poco después de que terminara su turno. El contacto era Alfonso García, un antiguo asociado de los Bernabeu y ahora uno de sus informantes en el barrio de Carrús. Era el hombre que le iba a presentar a la nueva compañera, si no le hubieran rajado la cara a aquella chica. García

era alguien en quien confiaba a medias. Un traidor a los suyos que ahora vivía escondido como una rata. «¿Acaso no iba a seguir siendo la misma clase de persona?», se preguntaba. Sin embargo, solía ofrecer información valiosa a cambio de dinero o protección. Todavía se reía cuando García le pidió un pasaporte nuevo. La pista era concreta: un cargamento importante de droga estaba a punto de llegar al puerto de Santa Pola y los Bernabeu estaban involucrados.

—Esto puede ser lo que estábamos esperando —se dijo Serrano, mientras aceleraba por el camino viejo de Santa Pola, cruzando huertos de palmeras y hortalizas.

El tráfico era mínimo a esa hora, lo que le permitió pisar el acelerador. Su compañero, Gutiérrez, había estado recopilando información durante semanas sobre los movimientos de droga en Elche, pero mantenían todo en secreto, temiendo que algún soplón filtrara datos. Ni siquiera Vélez estaba al corriente. Las pistas apuntaban a un vínculo entre los narcotraficantes marroquíes y los Bernabeu, pero la conexión era vaga y difícil de probar. La droga llegaba, se distribuía y se vendía, cambiando de manos hasta en cuatro ocasiones. «¿Cuántas comisiones deja un movimiento así? Muchas. Sobre todo, si la mitad de esas manos pertenecen a la misma familia.» Los Bernabeu habían descentralizado el negocio de tal manera que, si uno caía, los otros seguían operando. Ahora, con esta pista, tal vez podrían atraparlos en el acto y romper la cadena.

Serrano sentía cómo la tensión le subía al estómago y achacó la acidez a la resaca. Sin embargo, le exasperaba lo lento que iba todo, lo difícil que les resultaba dar con ellos. No podía ignorar la posibilidad de que alguien dentro de la comisaría estuviera filtrando información, saboteando sus investigaciones. «No sería la primera vez, ni ahora, ni en los últimos veinte años.» Desde la muerte de Durá, todo había cambiado drásticamente: los avances en las operaciones se esfumaban como un truco de magia barata, y los sospechosos, como si hubieran sido advertidos, desaparecían antes de dar con ellos.

Llegó a Santa Pola, atravesó la entrada del pueblo y se dirigió directo al puerto. Aparcó en una esquina apartada, cerca de las embarcaciones de pesca y las grúas que se alzaban como sombras

gigantes sobre el agua. El aire salado, mezclado con el olor a carburante, alquitrán y vísceras de pescado, le golpeó el rostro al bajar del coche.

Gutiérrez ya lo esperaba, apoyado contra una de las vallas metálicas que delimitaban la zona de carga.

—¿Alguna novedad? —preguntó el inspector mientras se acercaba, intentando ocultar la ansiedad que le carcomía por dentro.

Gutiérrez negó con la cabeza, con los ojos fijos en el horizonte.

—Tienes mala cara. ¿Otra vez...?

—Dime algo que no sepa. ¿Qué han encontrado?

—Nada aún. La Guardia Civil está colaborando más de lo que esperaba, que ya es decir. Se suponía que el cargamento llegaría esta mañana, pero aquí no ha aparecido ni el tato —dijo con frustración, cruzando los brazos sobre el pecho—. O nos han dado una pista falsa, o alguien más sabe que estamos aquí.

La preocupación de Serrano aumentó.

—Tiene huevos… No puede ser.

—¿Has hablado con el tipo? —preguntó Gutiérrez, refiriéndose al informante.

Serrano asintió, aunque su expresión mostraba escepticismo.

—Sí, pero el cabrón no suelta nada más. Insiste en que el cargamento estaba programado para esta madrugada, pero ya no sé qué creer.

—Deberías echarlo a los leones.

—A los tiburones.

Javier frunció el ceño, observando a su alrededor. El puerto estaba inusualmente tranquilo para una operación de ese calibre. Algo no cuadraba, y lo sentía en los huesos.

—Aquí hay algo que apesta, Álvaro. Y no hablo solo del puerto. Nos estamos perdiendo algo.

—¿Algo? —Álvaro lo miró, un tanto confundido.

—¿Y si alguien nos está jodiendo desde dentro?

Gutiérrez lo observó, sorprendido por la insinuación.

—¿Un soplón en la comisaría? No me vengas con eso, estás paranoico.

—¿Paranoico?

—Sí. Tal vez la información fuera buena, y esto haya sido un ejercicio para comprobar cómo reaccionamos. De ahí que no haya carga, ni rastro de la entrega...

Javier se quedó en silencio, con la mirada perdida en las enormes cajas de carga que bordeaban el muelle, intentando ensamblar las piezas. Desde hacía tiempo, sentía que alguien iba un paso por delante de ellos. Las pistas llegaban tarde, los sospechosos parecían anticiparse, y los casos se desmoronaban sin explicación.

—No lo sé. Pero aquí hay algo que no va bien —admitió finalmente —. Cada vez que la cagamos, la droga sigue fluyendo. ¿Qué es lo que no estamos viendo?

Gutiérrez suspiró; ambos miraban el frente, contemplando la inmensidad del puerto.

—Si decides agitar este avispero, vamos a acabar en un buen lío.

—No me van a dar luz verde para eso.

—Exacto.

—Todo apunta a que es aquí, pero no es aquí. Entonces, ¿quién nos está haciendo el truco?

—Ni idea, pero le está saliendo de maravilla…

En ese instante, el teléfono de Serrano vibró en el bolsillo. Lo sacó y vio un mensaje de uno de sus contactos en la Científica, breve pero directo:

«Tenemos algo. Documentos de las empresas pesqueras de los Bernabeu. Fondos falsos. Vente cuanto antes.»

Sintió un golpe en el pecho, su primer rastro sólido en semanas.

—Algo es algo.

—¿Es Rivas?

—No. Regreso a la comisaría —le dijo a Gutiérrez, guardando el teléfono—. La Científica ha encontrado algo sobre los Bernabeu. Por fin estamos despejando el tema de los sobres.

—Vaya, ¿hay billetes de por medio?

—Eres un gracioso. Quédate aquí un rato más. Si aparece algo, me avisas.

—Claro, puedes esperar sentado —bromeó Gutiérrez, girándose hacia las olas del puerto, resignado a esperar algo que probablemente nunca llegaría.

Serrano se subió al coche y arrancó, dejando el puerto atrás. Mientras conducía, no podía quitarse de la cabeza que alguien en la comisaría —tal vez Natalia Rivas o algún otro— estaba saboteando su investigación. Desde la llegada de Rivas, todo se sentía distinto, como si hubiera un fantasma en la oficina moviendo las piezas en su contra. Sin pruebas, solo le quedaba el instinto, y ese le decía que anduviera con pies de plomo.

El trayecto de vuelta a Elche se le hizo eterno. Al llegar a la comisaría, se dirigió directo a su oficina, donde un técnico de la Científica lo esperaba. Había hecho el viaje desde Alicante. Serrano le agradeció el esfuerzo y el técnico le mostró los documentos encontrados en un falso fondo en el despacho de Tomás Bernabeu. A simple vista, parecían facturas de importación y exportación de pescado, pero algo en la forma en que estaban escondidos le daba muy mala espina.

—¿Por qué esconderías facturas si no tienes nada que ocultar? —murmuró, examinando los papeles.

El técnico se acercó y señaló una de las facturas.

—Mira esto. Las fechas y los números no cuadran. Estas transacciones son pura fachada.

Serrano asintió, mirando los documentos.

—¿Documentación falsa? Tendré que revisar la legalidad de las empresas... —bajó la voz, sintiendo que estaban empezando a rascar la verdad—. ¿Qué más tienes?

—He venido con todo lo que encontramos. También hay un informe sobre las huellas de los zapatos y los restos de sangre que encontramos. Tres muestras distintas en el suelo.

—¿Tres personas?

—Sí. Son tres. Las tres de hombres.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi trabajo.

Serrano prefirió no discutir.

—¿Sangre reciente o de antes de la desaparición?

—Después. A la víctima la golpearon; debía estar perdiendo sangre. Hay restos de lejía en el suelo, intentaron borrar todo rastro con productos de limpieza.

—Aficionados…
—Yo diría que sabían lo que hacían.
—¿Lo estaban esperando?
—No parece, pero quién sabe.
—¿Y el Rolex Daytona que encontramos?
—Nada que destacar, más allá de que necesita un buen relojero.

33

Sofía

El cielo comenzaba a teñirse de un gris plomizo cuando Sofía Bernabeu se asomó por la ventana de su oficina en el centro de Elche. Todavía con la tensión latente tras la reunión con Fernando "El Gordo" Díaz, no podía permitirse perder más tiempo. Aún no había hablado con su hermano, pero los rumores indicaban que ya había puesto en marcha su plan. Cada segundo contaba. Sofía lo sabía bien: un paso en falso, una mirada fuera de lugar, y el control de la familia podría escapársele de las manos.

Respiró hondo antes de tomar el teléfono y marcar el número de Alonso Márquez, uno de los empresarios más influyentes en el negocio de la seguridad privada, alguien que llevaba años beneficiándose de su relación con los Bernabeu. Necesitaba aliados sólidos que no dudaran en respaldarla, y sabía que Márquez era exactamente la clase de persona que necesitaba: pragmático, astuto y, sobre todo, alguien que prefería evitar la volatilidad que traía consigo Ignacio. A lo largo de los años, Alonso había demostrado ser un socio confiable, alguien que sabía cuándo moverse y cuándo mantenerse en las sombras. Era el momento de asegurarse de que él estuviera a su lado.

—Alonso, necesito que nos veamos cuanto antes —dijo, con un tono firme que no daba lugar a interpretaciones.

La voz al otro lado del teléfono pareció sorprenderse por un instante, pero luego respondió con calma.

—Sofía, claro. Dime dónde y cuándo.

—En "El Granaino", esta tarde. Tengo una propuesta que creo que te interesará.

Sin esperar una respuesta entusiasta, Sofía colgó y suspiró. Aunque muchos la subestimaran, tenía una visión clara de cómo proteger los intereses de los Bernabeu.

***

Sofía llegó temprano al restaurante. "El Granaino" tenía fama de ser discreto, ideal para conversaciones que convenía mantener entre sus paredes. En el reservado, donde nadie miraba y todos hacían como si nada, tomó asiento, pidió un vaso de agua y se concentró en los detalles de la reunión. Repasó mentalmente sus argumentos, cuidando cada palabra, cada pausa, porque convencer a Alonso no sería fácil, pero era necesario. La familia ya no podía permitirse perder tiempo.

Cuando Alonso Márquez apareció vestido con un traje a rayas, por lo que Sofía dedujo que había estado haciendo negocios antes de reunirse con ella. El hombre la miró con una sonrisa afable, aunque sus ojos denotaban cierta cautela. Se sentó frente a ella y pidió un café antes de inclinarse hacia delante. Márquez, un hombre de mediana edad, con cabello canoso y mirada astuta, siempre mantenía un aire de cordialidad que escondía su verdadero carácter calculador. Para él, los negocios eran solo eso: negocios, y sabía reconocer cuándo una situación podía resultar rentable para sus intereses.

—Sofía, siempre es un placer verte, aunque haya pasado tiempo desde la última vez —dijo con su voz calculada y estrecharon las manos—. ¿En qué puedo ayudarte?

Ella no perdió el tiempo con rodeos. Le explicó la situación con su padre y la creciente amenaza de su hermano. No necesitó detallar los entresijos; ambos sabían qué estaba en juego, y él estaba al tanto de la situación. Aunque Márquez mantenía una expresión

serena, ella podía notar cómo analizaba cada palabra, sopesando los riesgos y beneficios de involucrarse en un conflicto familiar.

—Te pido que estés de mi lado en esto. Mira, estoy dispuesta a revisar todos los acuerdos que tenía mi padre contigo: más contratos de seguridad para tus negocios, mayor control en la distribución. Lo que haga falta. Pero necesito que entiendas algo: Ignacio no puede quedarse al mando. No tiene la cabeza para esto, y su ambición nos llevará a la ruina.

Márquez asintió lentamente, procesando sus palabras.

—Ignacio siempre ha sido… un hueso duro de roer. Pero tu padre confiaba en él —respondió con voz baja y seria—. Por desgracia, me cuesta hacer lo mismo.

—Mi hermano es un poco especial.

—Tu hermano no se ha portado muy bien últimamente, siéndote franco.

—¿Antes o después de que desapareciera mi padre?

—Lleva un tiempo llamando demasiado la atención. No solo en los negocios, sino en la calle y en los negocios de otros clientes, ya me entiendes. La gente comenta cosas y no son nada buenas sobre su actitud…

—No sé de qué me hablas, Alonso.

—¿En serio?

—No me gusta bromear sobre la familia.

El hombre carraspeó y suspiró hondo. Su expresión era de impaciencia, claramente irritado.

—"El Toro", su hombre de confianza… ¿Qué piensas de él?

—¿Realmente importa?

—A mí sí… No está cumpliendo con su parte. Al menos, en la parte que respecta a ti y a mí. Lleva un tiempo sin pagar lo que debe y eso no es lo habitual, Sofía. Y ni te cuento lo que hace para "solucionar" sus deudas…

—Seguro que tiene una explicación.

—La otra noche lo vieron por el polígono. Apareció con varios hombres, disparó a uno de los chulos y le rajó la cara a una chica. ¿Desde cuándo los Bernabeu funcionan así? Ese modo de operar

espanta a cualquiera y atrae a la policía. Me temo que eso no deja bien parado a tu hermano y a sus acólitos.

Sofía quedó perpleja. Era la primera vez que oía algo así.

—No sabía nada, de verdad.

—¿Debo continuar?

—No lo sé.

—Hace unos días, apareció el cadáver de una de las chicas de "La Viuda", tirado en un contenedor.

—¿Cuál es la relación con Jiménez?

—Ninguna. Ahora estoy hablando de tu hermano.

Ella hizo un alto en la conversación, llenando los pulmones de oxígeno y pidiéndole una pausa para reflexionar.

—Es suficiente. Acerca de mi hermano, yo me encargo. En cuanto a Jiménez, es de la familia, ya lo sabes.

—Por eso mismo te lo estoy diciendo a ti, Sofía, justamente por eso… No quiero crear un problema innecesario.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Darme lo que me pertenece. Es lo que le pediría a tu padre.

—Mi padre no está ahora.

—Precisamente, por eso te lo pido a ti. Él no me lo daría y tendríamos que discutir. No quiero discutir contigo y tu padre podría aparecer en cualquier momento. ¿Han tenido noticias?

—No —contestó ella y un silencio pesado cayó sobre la habitación —. Mientras tanto… No te preocupes por eso. Lo solucionaré.

—¿Qué te hace pensar que podrás mantener esto en orden sin que termine en una guerra familiar? —la interrumpió Márquez, con una ceja enarcada y un tono cargado de duda—. Cuesta creer que esto no es más que una rabieta entre hermanos.

Sofía esbozó una sonrisa gélida, pero sus ojos reflejaban otra cosa: acero puro.

—Porque soy más lista que él y porque conozco las reglas del juego. No quiero desorganización, quiero un futuro, y para eso hace falta una mente fría. Ignacio solo entiende la fuerza bruta, pero yo tengo algo que él no tiene: aliados. Y si debo hacer concesiones para que este negocio prospere, las haré.

Márquez la miró, analizándola en silencio, antes de asentir lentamente.

—Me gusta cómo suena eso. El negocio necesita mentes que lo renueven.

—¿Eso es un sí?

—No, aún no. ¿Y la policía?

—Nadie sospechará de la mosquita muerta de la familia.

—Claro…

—¿No me crees?

—Me encantaría, pero necesito garantías. No quiero que mis intereses queden en la cuerda floja si esto se sale de control.

Sofía jugó con el vaso de agua y clavó sus ojos en los de su interlocutor.

—Las tendrás. Díaz está conmigo y, por tanto, el resto. A partir de hoy, cualquier cosa que necesites, vienes a mí. ¿Soy lo suficientemente clara? Si logramos mantener la estabilidad, todos saldremos ganando.

El hombre sonrió, satisfecho con la respuesta. Levantó su taza de café y la alzó en un brindis silencioso. Sofía respondió al gesto, alzando su vaso de agua. Había algo simbólico en ese brindis, un pacto tácito que sellaba la alianza entre ellos. Dicen que brindar con agua trae mala suerte, pero Sofía sabía que este era solo el primer paso hacia los buenos tiempos. No obstante, aún quedaba mucho por hacer para consolidar su liderazgo.

***

Tras la reunión, sintió que había dado un paso crucial. Al menos, esa era su sensación. Sabía que Ignacio no se quedaría quieto, que intentaría actuar, pero también estaba segura de que él no contaba con la capacidad de anticiparse a sus movimientos. “Ser más rápido, no te hace más ágil”. Para ella, mientras contara con el apoyo de personas como Márquez, podría mantener la situación bajo control. Tarde o temprano, la policía haría preguntas y pondría el ojo en uno de los dos.

Pagó la cuenta sin prisa y salió del restaurante hacia el aparcamiento, donde su Range Rover la esperaba. Subió y encendió el motor, sin detenerse a comprobar si alguien la seguía. En su cabeza, ya estaba trazando el próximo movimiento. Contaba con Díaz, con Márquez, con "El Toro"… El cerco se estrechaba, pero aún le faltaba la palabra de "La Viuda", esa influencia que lograba derretir hasta al más desconfiado, y el respaldo de "El Ruso" Beltrán. Eso sería difícil. Él no se movía por cualquier cosa, y su oferta tendría que ser buena. Los negocios no estaban siendo rentables. Cada día sin noticias de su padre era un día más de incertidumbre, de cuentas en rojo y de llamadas espinosas. El tiempo jugaba en su contra y no tenía margen para cometer un error.

34

Ignacio

Nadie sabía nada, y ni siquiera él tenía claro si aquello era una buena idea. "Pero las reglas están para romperlas", se dijo, mientras el asfalto vacío reflejaba los pocos faros que cruzaban la carretera. La noche envolvía la ciudad de Elche mientras Ignacio Bernabeu conducía su Audi Q8 negro hacia una ubicación secreta en las afueras. El ambiente estaba cargado, como si ya hubiera dejado atrás el territorio conocido. La reunión que iba a tener podría cambiarlo todo.

Tras varias llamadas discretas, había cerrado un encuentro con los Parres en una nave industrial abandonada, un viejo punto de distribución que la familia usó en otros tiempos. El sitio, alejado y en desuso, era ideal para un encuentro lejos de miradas indiscretas. Nadie debía verlos juntos ni asociarlos; después de todo, el pasado todavía pesaba. Ignacio aparcó frente a la entrada, apagó el motor y miró su reloj: las diez en punto. El lugar estaba oscuro y solo algunas luces parpadeantes dentro de la nave le daban un aire clandestino y peligroso. Había llegado solo, tal como se lo habían pedido.

Por un momento, pensó que podría ser una trampa, tal vez organizada por su hermana. Pero no iba a dejar que la paranoia lo dominara. Palpó la pistola en la cintura y la sacó, pensativo. "Papá no estaría orgulloso", pensó, pero él no era su padre, y su padre ya

no estaba para juzgarlo. Guardó el arma en la guantera y, tras una pausa, salió del coche, listo para lo que viniera.

Dentro de la nave, Eduardo Parres y su hijo Marcos ya lo esperaban, acompañados por "El Viejo" Sánchez, el perro guardián de los Parres, quien lo interceptó nada más cruzar la puerta y lo cacheó de arriba abajo. Ignacio sonrió para sí mismo. "Ir desarmado ha sido una buena jugada", pensó. "Que vean que no vengo a pelear, sino a negociar".

Eduardo estaba sentado en una silla de metal, fumando, mientras Marcos paseaba de un lado a otro, con la inquietud de quien no sabe si saldrá de una pieza. Los dos se detuvieron al oír el chirrido de la puerta y ver a Ignacio acercarse, flanqueado por Sánchez.

Eduardo apagó el cigarro contra el suelo y se puso de pie, extendiéndole la mano en un gesto que parecía más una prueba que una bienvenida.

—Ignacio… me ha sorprendido tu llamada y que quieras vernos así, de un día para otro —dijo, esbozando una sonrisa tensa—. Supongo que no vienes a disculparte por lo de la gasolinera.

Ignacio le estrechó la mano con firmeza y luego saludó a Marcos, quien respondió con un leve movimiento de cabeza, aunque sus ojos seguían fijos en él, tensos. "Ya había olvidado esa tontería", pensó Ignacio, "pero parece que ellos no". Claro que estarían interesados en lo que traía; de lo contrario, ni siquiera habrían aceptado la reunión.

Sin rodeos, Ignacio se sentó en una silla frente a ellos.

—Tenemos que hablar.

Eduardo entrecerró los ojos, analizándolo.

—¿Alguna novedad sobre tu padre?

—No sé. ¿La tenéis vosotros?

Marcos intercambió una mirada con su padre, pero Eduardo se mantuvo impasible.

—A pesar de nuestras diferencias, no tenemos nada que ver con lo que le ha ocurrido a tu padre. Que esto quede claro desde el principio.

Ignacio suspiró, como si esa aclaración le diera igual.

—No he venido a hablar de él. Que no esté es un hecho. Cada minuto que pasa, es un minuto menos para que regrese, ¿verdad?

—Cuidado con lo que insinúas, muchacho.

Ignacio no retrocedió ni un milímetro.

—He venido como solución a nuestros problemas —remarcó, usando el plural para abarcar tanto a los Parres como a él—. Con la ausencia de mi padre, mi hermana parece que quiere reformar el negocio, y está manejando hilos que pondrán a todos en peligro. Eso no es bueno para lo que hacemos. Así que necesito una alianza temporal para que pierda los apoyos que tiene y así tomar el control.

—¿Estás hablando de tu hermana?

—Sí.

—Sangre de tu sangre.

—¿Desde cuándo eso importa?

Marcos asintió, frunciendo el ceño.

—¿Qué nos ofreces?

Eduardo le lanzó una mirada de advertencia a su hijo; no era así como hacían las cosas los Parres. Ignacio mantuvo la calma y se giró hacia Eduardo, mirándolo directamente a los ojos.

—Quiero tu palabra, Eduardo. Tu apoyo y el de toda tu familia. Estoy dispuesto a compartir las rutas de mercancía en el puerto de Santa Pola. Será algo temporal, solo hasta que consolide mi posición. Después, renegociamos. Pero primero, necesito que mi hermana esté fuera del camino.

Eduardo escuchó con atención, acariciando su barbilla, pensativo. Sabía que los Bernabeu estaban en un momento de debilidad tras la desaparición del líder, y eso lo convertía en el escenario perfecto para avanzar posiciones. No obstante, una alianza como esta también podía ser peligrosa si las cosas no salían como se habían planeado. Eran fuertes, pero no estaban solos en el mapa.

—¿Por qué la infravaloras?

—Al contrario. Estoy aquí porque la temo.

—No. Si realmente la temieras, estarías hablando con ella.

—Eso es lo que pretendo evitar.

—Tu hermana es lista, Ignacio, aunque parezca otra cosa. Sigue siendo una Bernabeu. Además, tienes que contar con tu madre,

Teresa, y con los leales de tu padre, que la siguen ciegamente. No va a ser sencillo moverla del tablero —dijo Eduardo, mirando de reojo a su hijo Marcos, que parecía más que entusiasmado con el plan—. Así que, lo que te juegas no es solo una palabra, ¿no te parece?

—O ganamos todos, o perdemos todos.

—No es tan simple. ¿Qué más nos ofreces, a cambio de arriesgarnos por ti?

Ignacio esbozó una sonrisa confiada; ya esperaba esa pregunta y tenía la respuesta lista.

—Libertad en los negocios, algo que hasta ahora no ha existido en esta ciudad —su respuesta hizo que los Parres se miraran entre sí—. Sé que mi padre limitaba ciertos territorios de Díaz o de los Bailén de Santa Pola, pero yo no soy él. Si esto sale, podréis expandiros sin restricciones. Ley de mercado, dicen. Si la demanda sube, ¿por qué no repartirse el pastel? Y, por supuesto, os aseguraré una tajada mayor del negocio.

Marcos sonrió, satisfecho. Eduardo, en cambio, se lo tomó con calma antes de asentir, apenas.

—Es atrevido lo que propones, pero necesito un aval.

—¿Un aval? Te estoy regalando el paraíso.

—Soy un perro viejo y sé que las palabras se las lleva el viento. Si esto no funciona, los primeros en sufrir el golpe seremos nosotros. Díaz y su gente vendrán a quemarlo todo. Podemos defendernos, sí, pero no estoy aquí para desatar una guerra sin motivo. Dame algo más que promesas. Nos pides que desprestigiemos a tu hermana, básicamente. ¿Y qué nos asegura que después no nos vendas?

Ignacio se humedeció los labios, dudando.

—Os doy mi palabra. Estoy dispuesto a daros una parte de la carga que vamos a recibir en los próximos días por la playa del Carabassí y del Rebollo. Y, además, me comprometo personalmente a ello.

—Define "personalmente".

—Si Sofía se entera de algo antes de tiempo, cargaré yo con todo. Vosotros quedaréis al margen.

Eduardo intercambió una mirada con Marcos, que asentía con ese brillo de ambición en los ojos. Al final, Eduardo volvió a mirar a Ignacio y apenas esbozó una sonrisa.

—No me malinterpretes, pero soy un hombre práctico, confío en los hechos más que en las palabras. Tendrás nuestro apoyo, pero primero tendrás que demostrar que se puede confiar en ti. Quiero hablar con el proveedor.

—No puedo hacer eso, todavía.

—Entonces, no hay trato.

—Debes entenderlo, Eduardo. Me descubrirán.

—Pensaba que estabas al mando...

—Por esa razón, estoy aquí. "El Ruso" es el mediador y estaba negociando con Díaz y mi padre. Mi relación con Díaz no pasa por un buen momento.

—Comprendo... A mí tampoco me gusta ese tipo. En ese caso, dile a Beltrán que hablaremos con él.

—Por supuesto, lo que necesitéis —digo y suspiró hacia sus adentros. Si descubrían lo que le había hecho a su padre, lo chantajearían.

Eduardo miró a Marcos.

—Hay algo más. Necesitamos que tus contactos en el puerto de Santa Pola nos abran paso.

—¿Mis contactos portuarios?

—¿Qué pasa, te sorprende? ¿Pensabas que íbamos a hacer todo el trabajo?

—No, claro que no.

Eduardo lo miró de reojo.

—¿A qué viene esa cara? No es nada que no hayas hecho antes. Tenemos una pequeña operación entre manos.

—¿De qué es la carga?

—Descuida, no interferirá con lo vuestro. Es de fruta de Marruecos. Los pakistaníes necesitan mantener el negocio en pie.

Ignacio sopesó la respuesta. Parres mentía; seguramente traía droga a las costas. Era jugarse el pellejo por él, pero ellos tendrían que hacer lo mismo.

—Está bien, está bien. Avisadme del cuándo y el dónde para la entrega, y me ocuparé de que nadie toque los camiones.

—Perfecto… Coser y cantar. A pesar de las diferencias, se nota que llevas la sangre de tu padre.

—Créeme, Eduardo, no soy como él.

—No me has dejado terminar. Lo que quería decir es que sabes cuándo cerrar un trato y cómo ganarte la simpatía de la gente. Para nosotros, este acuerdo significa mucho.

—Para mí, espero que también.

—Lo será, para todos.

Sellado el acuerdo, Ignacio se levantó y le dio la mano a Eduardo, un gesto firme y medido. Sabía que aliarse con los Parres no era un paso cualquiera. Eran gente peligrosa, y aunque en este momento sus intereses iban en la misma dirección, las cosas podrían cambiar en cuanto Sofía estuviera fuera del camino. Pero Ignacio estaba dispuesto a asumir el riesgo si eso le aseguraba el control absoluto.

Sin soltarle la mano aún, Eduardo lo miró fijamente, su tono cargado de advertencia.

—Una última cosa… Ahora que estamos en esto contigo, más te vale cumplir. Si la pifias, no habrá un sitio donde puedas esconderte. Los Parres no perdonan errores.

Ignacio sintió el peso de esa amenaza en los ojos de Eduardo. Pero él era un Bernabeu, y aunque la presencia del otro le ponía los pelos de punta, no iba a dejar que lo viera titubear.

—Los Bernabeu tampoco. Y en eso, Eduardo, sí que me parezco a mi padre.

Eduardo se quedó en silencio, con ese gesto severo que no necesitaba palabras, y vio a Ignacio encaminarse hacia la salida.

—¡Ah! —dijo Eduardo de repente.

—¿Sí?

—Que lo de las chicas no se repita después de esta reunión.

"¿Las chicas…? ¿Qué demonios…?", pensó Ignacio, sin entender del todo, pero decidió no darle más vueltas.

—Queda claro, Eduardo.

Cuando abandonó la nave y regresó a su Audi Q8, aún sentía la adrenalina por todo el cuerpo. Las piernas le temblaban. Había dado

un paso importante, y aunque sabía que todavía quedaba mucho por hacer, al menos ahora tenía un aliado poderoso. Encendiendo el motor del coche, miró hacia la oscuridad que rodeaba la nave y respiró hondo antes de acelerar y dejar el lugar atrás.

***

El camino a casa fue silencioso y perturbador, pero su mente estaba llena de pensamientos y estrategias. "Fruta, ¿eh, viejo cabrón?". Ignacio sabía que debía moverse con cautela con los Parres, pero su hermana jamás esperaría un revés así. Y ya no ella, sino Díaz.

"Hermana, pronto estarás pidiendo perdón".

Mientras conducía, recordó las palabras de Eduardo sobre los riesgos y las posibles consecuencias de su fracaso. Prefería no imaginar el resto. En cierto modo, estaba aliándose con todo lo que había odiado desde pequeño, todo lo que le habían enseñado, que no estaba bien. "A nuevos tiempos, nuevas formas, nuevas alianzas". Para él, el poder lo valía todo. Si quería sobrevivir en el entorno, tenía que ser implacable y actuar antes que su hermana, antes que los Parres.

"Porque yo también sé que os queréis aprovechar de esto".

De pronto, Ignacio decidió hacer una llamada. Marcó el número de Héctor "El Toro" Jiménez, el hombre a quien había encargado la vigilancia de su hermana y alguien que podía ayudarle a ejecutar la siguiente fase de su plan. "El Toro" respondió al segundo tono y la voz de Ignacio fue directa.

—Héctor, necesito verte mañana. Tengo un trabajo para ti.

—¿Algo para la familia? —preguntó, con un tono de curiosidad mezclada con respeto—. ¿Es sobre tu hermana…?

—Olvídate de ella. Ese asunto está solucionado.

—Ajá. ¿Entonces?

—Algo para asegurar nuestro futuro. No quiero hablar por teléfono. Nos vemos a primera hora en el taller.

Colgó antes de que el otro pudiera responder, dejando claro que no había lugar para dudas. Ignacio necesitaba asegurarse de que todo estuviera bajo control, y eso significaba tener hombres de

confianza, con la agresividad suficiente para hacer un destrozo y la cabeza lista para actuar sin hacer preguntas. "El Toro" era uno de ellos.

Mientras el coche avanzaba por las calles oscuras y solitarias de Elche, no podía evitar pensar en el futuro que se avecinaba. Un futuro en el que, si todo salía según lo planeado, él estaría al mando y todo sería grandioso. No solo de los Bernabeu, sino de todo lo que su familia representaba. "Tiempos difíciles para los hombres valientes". Sabía que la lucha sería feroz, no solo con su hermana. De hecho, ella solo era una piedra en el camino. "Llegar a la cima es fácil. Quedarse en ella, es solitario y violento, porque todos quieren echarte", recordó, parafraseando a su padre.

La ciudad parecía dormir mientras Ignacio conducía hacia su destino, pero él estaba más despierto que nunca.

35

Eduardo

Eduardo Parres se encontraba en su despacho, una pequeña habitación en el ala norte de la casa familiar. Tenía el semblante serio y las cejas fruncidas mientras fumaba lentamente un puro. Las palabras de Ignacio Bernabeu le resonaban en la mente; la oferta era tentadora, pero también peligrosa.

El empresario había pasado la mayor parte de su vida en el mundo oscuro de los negocios, aprendiendo a medir a las personas, a detectar sus debilidades y a manipularlas. Ignacio había llegado con una propuesta clara: unirse a él para deshacerse de Sofía y tomar el control de los Bernabeu. La idea tenía su atractivo; Sofía era un obstáculo, una mujer inteligente y ambiciosa que representaba una amenaza para cualquier movimiento de los Parres, si lograba consolidar su poder. Pero Eduardo sabía que subestimarla podía ser un error fatal.

Se levantó y se acercó a la ventana, observando el jardín oscuro de la casa. Las luces del porche iluminaban las sombras de los árboles y el movimiento de los perros que patrullaban el terreno. Había enseñado a su hijo Marcos a ser calculador, a no mostrar miedo, pero también le había inculcado que ser cauto era tan importante como ser fuerte. Ahora, Eduardo estaba atrapado entre esas dos lecciones.

—Sofía no es como su hermano piensa —murmuró para sí mismo —. Ese idiota la subestima. Y eso la hace peligrosa, más peligrosa de lo que muchos creen.

Pensó en los rumores sobre Sofía y en la actividad que ella había desarrollado tras la desaparición de su padre, un hombre que hasta ahora seguía en paradero desconocido. Se había reunido con los aliados de su padre, asegurándose de que su posición en la familia estuviera bien cimentada, lo que le daba una ventaja sobre Ignacio. Mientras su hermano actuaba de forma impulsiva, Sofía era calculadora, y esa diferencia hacía que Eduardo dudara de la alianza. Sabía que, si decidía traicionarla, no habría vuelta atrás. «Si son como su padre, ningún Bernabeu es de fiar».

Se giró hacia el escritorio y se sentó de nuevo, dejando el puro en un cenicero de cristal. Abrió uno de los cajones y sacó una pequeña libreta con los nombres de los contactos que habían trabajado con los Bernabeu en el pasado, muchos de los cuales ahora parecían estar bajo la influencia de Sofía. Había que admitirlo, ella sabía cómo mover sus piezas.

—Si acepto la oferta de Ignacio, ¿qué pasa si Sofía descubre la traición antes de que logremos actuar? —se preguntó en voz alta, sintiendo un nudo de incertidumbre en el estómago. Los Parres habían sobrevivido durante generaciones gracias a la precaución y al instinto. Los Bernabeu habían dominado el mercado por su presencia imponente y su gran influencia. Eduardo sabía que, si iba a dar un golpe, no podía ser con medias tintas. Una Sofía acorralada podía ser más letal que cualquier enemigo externo.

La cuestión era: ¿cómo hacerlo?

La única opción era la de llegar al proveedor, tramitar un acuerdo y deshacerse de los intermediarios.

Un golpe en la puerta lo interrumpió. Era Marcos, entrando al despacho con esa energía que nunca apagaba y una chispa en los ojos. Sabía que su padre estaba sopesando algo importante y quería estar al tanto.

—Padre, ¿has pensado en lo que nos ha propuesto Bernabeu? —preguntó, acercándose al escritorio—. No pareces convencido.

Eduardo asintió lentamente, observando a su hijo. La impaciencia y el deseo de moverse rápido se le notaban, y eso lo preocupaba.

—En eso estoy, hijo.

—¿Y? ¿Qué opinas?

—Admito que la oferta de ese mequetrefe tiene su gracia. Pero no me fío.

—Nadie se fía. ¿Tú crees que va a cumplir todo lo que promete?

—No es él quien me preocupa. Es su hermana, Sofía —respondió Eduardo, notando cómo el rostro de Marcos se tensaba al oír el nombre de la mujer.

—No es tan fuerte como crees. Podemos con ella, está sola —replicó Marcos—. Los que la rodean acabarán apartándose de ella.

Eduardo negó con la cabeza. Su hijo aún no entendía el juego. No era solo cuestión de tener fuerza; se trataba de saber cuándo usarla y cuándo no.

—Se nota que eres mi hijo —dijo Eduardo, esbozando una media sonrisa.

—Gracias, padre.

—Me refiero a los defectos. Eres terco. ¿No entiendes? Un paso en falso y podríamos desatar una guerra interna que no estamos listos para ganar.

Marcos frunció el ceño, sin decir nada. Sabía que su padre tenía razón, aunque le costaba admitirlo.

—Entonces, ¿qué haremos? —preguntó finalmente, cruzándose de brazos.

Eduardo suspiró y tomó el puro del cenicero, dándole una larga calada antes de contestar.

—Esperaremos. Necesito más información antes de decidir.

—Ignacio va a querer una respuesta.

—Tendrá que esperar. No seas como él, impaciente… Ya se nos ocurrirá algo, pero primero quiero saber qué planea su hermana. Quizá incluso… hablar con ella.

—¿Con esa mujer?

—Sí. No te dejes engañar por las apariencias.

—Entiendo.

—No quiero sorpresas. Si vamos a traicionar a uno de los dos, tenemos que asegurarnos de que ninguno pueda reaccionar.

Marcos asintió, aunque no estaba satisfecho. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo y miró a su padre una vez más.

—¿Por qué no a los dos?

Eduardo lo miró, pensando que su hijo aún no había comprendido la profundidad del juego.

—Padre, si llega el momento, quiero estar ahí. Quiero demostrar que puedo hacer lo necesario para la familia.

Eduardo observó en silencio a su hijo, viendo el fuego en sus ojos. Dio una última calada al puro, sabiendo que ese día, tarde o temprano, llegaría.

—Cuando llegue el momento, lo haremos juntos.

Eduardo se quedó en el despacho, reflexionando sobre la situación. Sabía que la decisión que tomara marcaría el futuro de la familia Parres y los llevaría a una nueva etapa, ya fuera para bien o para mal.

36

Natalia

Natalia Rivas estaba estacionada en una calle oscura de Elche, lejos del bullicio del centro. Esperaba la señal de Eduardo Parres para una reunión que le revolvía el estómago. La noche estaba tranquila, el aire cargado de humedad, y cada minuto que pasaba sin que su teléfono vibrara era como una piedra más sobre sus hombros. Encendió un cigarrillo, un hábito que había retomado en los últimos días, y revisó el retrovisor para asegurarse de que nadie la seguía. Las cosas se estaban poniendo feas en muy poco tiempo.

La investigación de Javier Serrano avanzaba, y cada vez le resultaba más complicado ocultar lo que sabía. Serrano tenía sus propios contactos, gente fuera del alcance de los Parres, y estos ya le habían dejado claro que debía hacer lo que fuera necesario para sabotear la investigación del narcopiso y evitar que llegara hasta ellos. Pero esas facturas encontradas en el despacho de los Bernabeu eran un problema serio. Sabía que jugaba con fuego: si Serrano descubría su traición, su carrera estaría acabada y su vida personal, tal vez también. Pero, si no cumplía con lo que Eduardo le pedía, los Parres no tendrían compasión. «¿En qué momento decidiste meterte en esto?», se reprochó. Estaba atrapada entre dos fuerzas implacables que podían aplastarla en cuanto cometiera un error.

El teléfono vibró, sacándola de sus pensamientos. «Ven ahora». Era Eduardo. Sintiendo un nudo en el estómago, encendió el motor y condujo hacia la dirección indicada, una vieja casa en las afueras de Elche, un lugar que ya habían usado para reuniones discretas. El trayecto fue corto, pero cada segundo se le hizo eterno. Las luces de la ciudad quedaron atrás y pronto el campo la rodeaba, iluminado solo por los faros de su coche.

Al llegar, vio a Eduardo, acompañado por su hijo Marcos. Ambos tenían expresiones serias. Aparcó, bajó del coche y trató de aparentar calma, aunque por dentro estaba en alerta.

—Natalia, gracias por venir —dijo Eduardo, la tensión en su voz apenas disimulada—. Esto será breve.

—Dijimos que nada de encuentros —respondió ella, fría.

Eduardo no pareció impresionado.

—Las reglas las ponemos nosotros. ¿Qué está pasando? Te pagamos para que hagas un trabajo.

—Y lo estoy haciendo. Me estoy jugando el pellejo viniendo aquí.

—Sabes a lo que me refiero. Necesitamos saber cómo va la investigación de Serrano. Se oyen cosas, y tenemos una operación a punto de arrancar.

Natalia ocultó el miedo en su mirada, manteniéndose firme. Los Parres tenían poca paciencia para los problemas.

—Serrano se mueve como pez en el agua. Deberíais habérmelo dicho antes.

—No es mi trabajo hacer el tuyo —replicó Eduardo, mordaz.

—Está avanzando, pero no tiene pruebas sólidas. De momento, solo teorías y conexiones que aún no ha confirmado. Tiene a alguien que le pasa información, aunque...

—¿Quién? —preguntó Eduardo, sin rodeos.

—No lo sé. Quiso llevarme hasta él, y eso me puso en una situación peligrosa. Pero vuestra gente lo distrajo.

Marcos dio un paso al frente, con el ceño fruncido.

—Esa rata de García. Trabajaba para los Bernabeu.

—¿Y ya no?

—Los estafó y ahora anda escondido por ahí. Nosotros le damos protección.

—Elche no es tan grande.

—Ese idiota sabe demasiado y nos puede perjudicar —dijo Marcos.

—Necesitamos que te esfuerces, Natalia. No podemos permitir que Serrano llegue a nada. Me da igual si tiene un chivato o veinte.

—No puedo hacer nada si alguien me pisa los talones.

Sin previo aviso, Marcos la agarró del cuello con una mano y empezó a apretar. Natalia sintió la presión asfixiante; intentó zafarse, pero no podía.

—Si no puedes con esto, encontraremos a alguien que sí pueda… ¿Crees que eres la primera? —La miró a los ojos y la soltó de golpe. Natalia cayó de rodillas, tosiendo y recuperando el aire.

—¡Joder!

Eduardo no dijo nada mientras ella se recomponía.

—Estamos siendo pacientes, pero no nos gustan los embusteros…

—Estoy en ello, ¿entendido? Pero Serrano no es ningún memo. Si le meto demasiada presión, puede empezar a sospechar de mí. Necesito tiempo para hacer esto bien —intentó sonar convincente.

Eduardo la miró a los ojos antes de contestar.

—Pues haz lo que tengas que hacer. Cualquier cosa.

Natalia tragó saliva, sintiendo la implicación en sus palabras.

—¿Cualquier cosa?

—Ya me has entendido. No te hagas la tonta.

—No soy ninguna…

—No lo he dicho, pero todos somos necios en algún momento, ¿no? Y si él conecta los puntos, todos tendremos problemas. Tú serás la primera en caer. Eso ya lo sabes.

—Entendido, Eduardo. No os preocupéis, haré lo que sea necesario para que Serrano no encuentre nada —dijo, tratando de sonar segura.

Eduardo la observó un momento.

—Más te vale, Natalia. Más te vale.

Con esas palabras, terminó la reunión. Marcos le dio un sobre amarillo cargado de billetes y ambos se marcharon, dejándola sola en la oscuridad. Natalia se quedó un momento, viendo cómo se alejaban, antes de soltar un largo suspiro. «Viejo cabrón», pensó,

recordando la insinuación de Eduardo. Miró el sobre lleno de dinero y empezó a preguntarse cuánto más podría soportar de aquello.

De vuelta en su coche, dejó el sobre en la guantera y encendió otro cigarrillo. El humo llenó el habitáculo mientras cerraba los ojos. Tenía que encontrar la forma de salir de esa situación antes de que fuera demasiado tarde. «Tal vez ese demasiado tarde ya llegó». Apagó el cigarrillo, encendió el motor y se alejó de la vieja casa, con el nudo en el estómago, apretándose cada vez más. Un nudo que ni todo el dinero del mundo podría desatar.

37

Raquel

Sexo, drogas y juegos de cartas. Ignacio Bernabeu organizaba una de sus conocidas fiestas privadas en uno de sus dúplex en Altabix, de camino al estadio Martínez Valero. Se trataba de una exclusiva timba de Black Jack, a la que solo asistían los socios más influyentes y algunos contactos destacados de los Bernabeu. Entre los presentes estaban «El Toro» Jiménez; Manuel Soriano, el alcalde de la ciudad; «El Ruso» Beltrán, y Toni Bailén, un empresario de Santa Pola, cejudo y de gafas negras, que acudía por primera vez al evento. Bailén era dueño de una flota de barcos-taxi que operaban entre la isla de Tabarca y Alicante, Guardamar y Santa Pola, y estaba interesado en el negocio de la ruta del hachís, proponiendo usar Tabarca como punto de desembarco. Se jactaba de su impunidad frente a la policía marítima y de su control sobre la Guardia Civil en Tabarca.

Ignacio, como anfitrión, intentaba estar a la altura, pero la tensión era evidente. «La Viuda» se encargaba de que las chicas sirvieran copas a los invitados y mantuvieran a todos entretenidos. Raquel Ortega, Silvia Parra y una chica nueva llamada Dasha, de origen ruso y recién llegada de Torrevieja, estaban allí para asegurar que la velada transcurriera sin contratiempos. Dasha, además, era la banca, y repartía las cartas con una expresión imperturbable mientras observaba atentamente a los hombres.

A pesar de lo aburrida que aparentaba ser la noche, Raquel no tenía un buen presentimiento de ella. La tensión en Ignacio se reflejaba en cada gesto. No podía evitar notar cómo Silvia se acercaba demasiado al alcalde, Manuel Soriano, ofreciéndole bebidas y coqueteando descaradamente. Soriano no rechazaba sus atenciones y la sonrisa de Silvia se convertía en una espina cada vez más dolorosa para Ignacio. Intentaba concentrarse en la conversación sobre el negocio, pero la situación lo desbordaba. El control se le escapaba y sus palabras sonaban inseguras y forzadas.

—Como os decía, mis contactos son los que han hecho posible esta reunión. Todos sabemos que, sin mí, esto no sería posible —decía Ignacio mientras se preparaba otra raya de cocaína—. Así que me alegra teneros aquí, porque seréis los primeros en presenciar el cambio que se avecina.

—¿Lo dices por la próxima operación? —preguntó Beltrán.

—Lo digo por todo, en general. Algo me dice que los marroquís nos darán mucho trabajo durante una buena temporada.

—Yo no me fiaría tanto.

—Hasta ahora, han cumplido con su palabra.

—Ah, ¿sí? —preguntó Beltrán, intrigado.

Ignacio lanzó una mirada al alcalde, que estaba callado, como ausente.

—¿Habéis oído lo del policía muerto?

—Juraría que oí que había sido un suicidio…

—Así es. ¿Verdad, alcalde?

Bailén escuchaba atentamente, pero quería participar en la conversación. De alguna manera, estaba interesado en formar parte de la operación.

—Puedes fiarte de esa gente hasta cierto punto —comentó el santapolero—. Nosotros tenemos nuestra cultura, nuestra manera de proceder. Ellos, la suya. Pero, no son tan diferentes, ¿sabéis? Al final, hablamos el mismo idioma, el del dinero...

—¿De dónde ha salido este iluminado, Ignacio?

—¡Ja, ja! Ignorante...

—¡Callaos! Si algo he aprendido de mi padre, es que las decisiones emocionales nunca llevan a buen puerto. Confiaré en ellos, en su

justa medida, hasta que demuestren lo contrario. Lo importante, ahora mismo, es que tenemos la exclusividad de la distribución en nuestro territorio —dijo y se dirigió a Bailén—. Las lanchas se descargarán en las playas del Rebollo y del Carabassí, mientras que la policía sospecha que lo haremos por el puerto de Santa Pola. No habrá manera de que nos descubran. ¿Verdad que es brillante?

«El Ruso» y Bailén intercambiaron miradas, conscientes de que Ignacio estaba perdiendo el control y hablando más de la cuenta, sobre todo, ante la presencia del alcalde y de las chicas. Incluso Bailén, que no pertenecía a esa mesa, sabía que los temas de conversación, como ese, se discutían en otros lugares más privados. Mientras los hombres bebían y apostaban con aparente tranquilidad, el hijo de Tomás Bernabeu necesitaba más cocaína para mantener el impulso. La conversación sobre los barcos-taxi y la logística de Tabarca avanzaba entre «El Ruso» y Toni, con preguntas precisas de Beltrán.

—Elche es como si Sicilia y Marsella se dieran la mano, ¿me entiendes? Aquí cada cual tiene su «negosi», y la cosa está tan metida en el aire que hasta las palmeras saben guardar secretos —dijo Bailén, limpiándose el sudor de la frente—. Eso es así.

—Eso dices tú que es así —replicó el alcalde, esbozando una media sonrisa—. ¿Acaso te he dicho yo lo que pienso de tu pueblo?

—Era una broma, ¿vale? Soy medio ilicitano y medio santapolero. Mi padre es del campo de Elche.

—¿Con ese apellido? ¿Me tomas por imbécil?

—Dime una cosa, ¿has viajado mucho al extranjero, Toni? —intervino «El Ruso», mirándolo con escepticismo—. Porque no lo parece.

—Pues sí. Soy un hombre viajado y con mundo.

—¿En qué has trabajado?

—En muchas cosas. Lo mío son los negocios al por mayor, pero sospecho que no os interesan...

—Te diré algo. Hablas mucho —dijo «El Ruso», tajante—. Te gusta hablar. Eso no es bueno.

—¿Cómo quieres hacer negocios sin hablar? Aquí, en este mundo, hablando, se entiende la gente, por si no lo sabes.

—En el mío, los que no saben callar, acaban sirviéndose en bandeja a los depredadores.

—Pero, ¿en qué mundo vives? —murmuró Bailén, arqueando una ceja.

—Calla y juega —cortó el otro, lanzándole una mirada que helaba.

El alcalde revisó su vaso, ya vacío, y se dirigió a Silvia, que estaba tras la barra.

—¿Me traes otro cubalibre, bonita?

—Claro. —La mujer le sonrió con amabilidad.

—Y a mí, una cerveza —añadió Bailén, aflojándose el botón de la camisa—. Me está matando el calor…

—¿Algo más?

Ignacio no soportaba que la atención no estuviera en él. Necesitaba imponerse.

Llamó a Silvia desde el otro lado de la sala, haciendo un gesto brusco con la mano, antes de que atendiera al alcalde.

—Tráeme un whisky, ya sabes cuál me gusta.

Ella obedeció de inmediato, tomando una botella del carrito de bebidas y sirviendo la copa. Caminó de vuelta hacia Ignacio y le ofreció el vaso con la misma sonrisa amable de toda la noche. El anfitrión, celoso y molesto, la sujetó de la muñeca con brusquedad.

—Esto no es lo que he pedido, Silvia. Sabes que no me gusta esta marca de whisky —le susurró entre dientes, sin soltarla. Silvia intentó ocultar el dolor, pero su rostro la delataba.

—Vamos, Ignacio, déjala en paz —le dijo Bailén—. No es para tanto. No está haciendo nada malo.

Ignacio se giró hacia él, con los ojos inyectados de furia.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar?

—Déjalo estar, ¿quieres?

—¿Qué eres, el héroe? —preguntó en tono amenazante—. Responde a mi pregunta.

Bailén lo miró con la calma que había mantenido durante toda la partida. Sus cejas gruesas se levantaron ligeramente mientras respondía:

—Solo digo que estás exagerando. ¿A qué viene todo esto? No hay necesidad de tratar así a la chica. En serio, por favor. Suéltala.

El ambiente se congeló. Ignacio metió la mano en su chaqueta y sacó un arma, apuntándola directamente hacia Bailén.

—¿En serio? ¿Me lo estás diciendo en serio, gordinflón? —le espetó, levantándose del asiento. Su mirada desquiciada tenía una chispa que no se apagaba ni con el exceso de alcohol ni con la cocaína—. ¿Cómo te atreves a faltarme al respeto, jodida bola de sebo?

Bailén se quedó petrificado, con las gafas empañadas por el sofoco. Desconocía si bromeaba o no con él, pero, lo cierto es que, la vida pasa muy rápido cuando alguien te apunta con un arma. Tragó saliva y levantó las manos en señal de paz. «El Ruso» resopló, y Soriano desvió la mirada, incómodo con la escena y buscando la manera de esconderse. La situación rozaba el desastre, un desastre innecesario. Los otros hombres intercambiaron miradas, pero ninguno parecía dispuesto a intervenir.

Ignacio apretó los dientes, pero soltó la muñeca de Silvia. Ella, sin decir palabra, se apartó rápidamente, y Raquel, que había observado la escena desde atrás, sintió un escalofrío recorrer su espalda. Todo en aquella fiesta estaba mal y cada minuto hacía más evidente la gravedad de la situación. Ignacio se desmoronaba y el peligro crecía con él.

—No hagas ninguna tontería, por favor, Ignacio... —le rogó el de Santa Pola—. Somos hombres de honor, adultos, y estamos aquí para pasar un buen rato y hacer negocios, ¿verdad? Esto es innecesario.

Ignacio esperó unos segundos, hasta que sonrió, bajando el arma y haciendo un gesto de tranquilidad, como si todo hubiera sido una broma.

—Tienes razón... Disculpa. Vamos, relájate. Solo estábamos bromeando, ¿verdad? —le dijo, tomándolo por el pescuezo, como si fueran compañeros—. A veces, me altero un poco...

Bailén soltó una carcajada nerviosa y ambos comenzaron a reír, en una sinfonía tétrica, hasta que, de repente, la expresión de Ignacio volvió a cambiar.

Sin que Bailén lo esperara, Ignacio le sujetó la muñeca y la estampó contra la mesa.

—¡Ah! —El hombre se inclinó hacia el tapete y sus ojos se abrieron. Entonces, sin que nadie lo esperara, Ignacio sacó una navaja del bolsillo del pantalón y se la clavó en la mano, dándole el estoque final.

Un grito infernal se oyó en la sala.

—¡Joder!

—¡Esto es para que no olvides con quién estás hablando, saco de mierda! —le espetó, mirándolo a los ojos y con las venas hinchadas en el cuello.

Bailén gritaba de dolor mientras el resto de los hombres lo miraban sin inmutarse, continuando con sus copas. Ignacio retiró la navaja y el hombre cayó al suelo, retorciéndose de dolor y sujetándose la mano.

—¡Mi mano…! ¡Cabronazo!

—Así no olvidarás quién es el hijo de Tomás Bernabeu... ¡y lo que sucede cuando no se me toma en serio!

Tan pronto como terminó la frase, le propinó una patada en el estómago, aprovechando que Bailén se revolcaba por el suelo.

En ese momento, «La Viuda» intervino rápidamente, consciente de que la situación podía convertirse en una ventisca de pólvora. La mujer se acercó a Ignacio y le puso una mano en el hombro.

—Déjalo en paz, cariño. Yo misma te prepararé otro whisky, como a ti te gusta.

Ignacio suspiró, se fijó en el hombre, aún en el suelo, y se sentó para continuar con la partida, como si el inciso no hubiera significado nada.

—Lo lamento, señores. ¿Seguimos?

«La Viuda» se volvió hacia Silvia Parra y le ordenó que se llevara a Bailén, lo atendiera y lo enviara de vuelta a su casa. La meretriz, asustada, obedeció y se llevó al hombre ensangrentado de la habitación, intentando calmarlo.

Raquel Ortega observaba todo desde la barra, aterrorizada. Las dudas sobre colaborar con Serrano se habían esfumado. Callarse no le aseguraba salir viva de aquello; esa noche iba a cambiarlo todo, para ella y para cada pobre diablo presente.

38

Serrano

La investigación sobre la desaparición de Bernabeu no avanzaba como él quería. Había algo en el ambiente que olía a podrido, y estaba mosqueado, con la impresión de que alguien le estaba poniendo zancadillas en su trabajo. Un traidor, una rata, un soplón. Pero no tenía ni idea de quién podía ser. Derribar los narcopisos solo haría que la droga cambiara de canal, pero no de distribuidor. No podía arriesgar la investigación de ese modo.

Serrano estaba en su despacho, rodeado de papeles y notas dispersas sobre la mesa. Le dio un sorbo a la lata de Coca-Cola y suspiró por la nariz, abrumado.

Eran casi las once de la noche cuando su teléfono vibró, sacándolo de sus pensamientos. Sabía que poco tenía que ver con su vida personal. Hacía tiempo que el teléfono no sonaba por razones ajenas al trabajo. Un mensaje de un número desconocido apareció en la pantalla. Javier frunció el ceño, movido por la curiosidad y la cautela.

«Puerto de Santa Pola. La están metiendo por el Altet».

Javier se inclinó hacia la pantalla, leyendo el mensaje una y otra vez.

—¿Quién eres? —respondió, mientras pensaba quién podría tener su número de teléfono. Lo cierto era que jamás lo averiguaría.

—No importa.

Llamó al número, pero la otra persona colgó. Acto seguido, recibió otro mensaje.

—No quiero hablar.

—Dame una razón.

—Hazlo por tu compañero, el que se ha ido.

—Durá —murmuró.

Insistió con la llamada, pero el número ya aparecía fuera de servicio.

Aquello lo desconcertó. Pensó en Raquel Ortega, la meretriz con la que había tenido encuentros antes y que a veces le proporcionaba información útil. Podía ser ella, aunque no estaba seguro. «¿Se habría atrevido a dar el paso?» La noticia sobre Durá se había mantenido en privado, aunque no le extrañaba que hubiese salido de la comisaría.

Respiró profundamente, dejando que las palabras se asentaran en su mente. El puerto de Santa Pola. La carretera del Altet. Tenía sentido, siempre que no fuera una trampa.

Si la información era cierta, estaba ante algo importante, pero el origen del mensaje no le inspiraba confianza. Odiaba el hermetismo. Para él, nunca traía nada bueno. Sin embargo, existía la posibilidad de que los rumores fueran ciertos. La ruta de Santa Pola estaba cambiando, y tras la desaparición de Bernabeu, la colaboración entre los Parres y los Bernabeu solo podía significar más problemas. Esos dos clanes no se unían sin una buena razón, y eso implicaba un golpe grande, algo que podía cambiar el equilibrio de poder en la ciudad.

El inspector se levantó de la silla, cruzó la habitación y se detuvo frente a la ventana, mirando hacia la oscuridad de la calle. Las luces parpadeaban en la distancia. No podía ignorar ese mensaje.

Volvió a su escritorio y abrió el cajón superior, sacando una libreta de notas. Comenzó a escribir rápidamente, trazando un esquema mental sobre cómo movilizar a su equipo sin levantar sospechas. «Faltan efectivos», se dijo, tras hacer las cuentas. Tenía que mover las piezas con delicadeza, de forma sutil.

Tomó el teléfono y marcó el número de Gutiérrez. Era tarde y probablemente estaría durmiendo, pero era trabajo. El tono sonó

varias veces antes de que la voz de Álvaro se escuchara al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—¿Estás despierto? —preguntó, al oír un ruido de televisión de fondo. Aun así, la voz de Gutiérrez parecía adormecida.

—Más o menos… —dijo, suspirando—. ¿Qué ocurre?

—Necesito que muevas el culo y te pongas en marcha.

—¿Ahora?

—Sí.

—Joder…

—Es urgente.

—Ya, ya me lo imagino…

—He recibido un mensaje anónimo. Podría ser una pista sobre lo que está pasando en el puerto de Santa Pola.

—Santa Pola, ¿eh? —respondió el otro. Serrano notó el cansancio en su voz, pero también su disposición para seguir adelante—. Ya sabemos lo que hay allí. No hay rastro. Ni siquiera en el registro de…

—Escucha, Gutiérrez. Puede ser nuestra oportunidad.

—Eso ya lo he oído antes…

—No te lo diré dos veces.

—Entendido, jefe. Salgo cagando leches para allá.

Javier colgó y dejó el teléfono sobre la mesa. Cada vez que parecía estar cerca de una respuesta, algo nuevo aparecía para complicarlo todo. Y ahora, con esta nueva información, el juego se volvía a torcer.

—Siempre hay algo más… —murmuró mientras daba un sorbo al café caliente, sintiendo el amargor recorrerle la garganta.

Tomó la libreta de nuevo y escribió los nombres de Parres y Bernabeu, subrayándolos. Luego anotó «Puerto de Santa Pola» y «Carretera del Altet». Poner las ideas por escrito le ayudaba a pensar mejor. Todo aquello le iba a costar más de una noche de sueño. Hubiese preferido estar en casa, viendo una serie en Netflix, leyendo a Connelly y sus novelas de Harry Bosch, pero eso no le importaba. Podía oler el final. Sentía la adrenalina de saber que estaba cerca de algo grande. Y eso era suficiente para mantenerlo en pie. Volvió a sentarse, abrió su portátil y comenzó a buscar

cualquier pista que pudiera darle más detalles sobre la información recibida.

Mientras tecleaba, el sonido de las teclas llenaba la habitación en el silencio de la noche. La pantalla mostraba documentos y registros, listas de actividades sospechosas, informes de la policía portuaria. Todo parecía llevarlo hacia un muro de obstáculos burocráticos, pero no se iba a rendir. La lata de refresco sobre su escritorio empezaba a calentarse, pero él seguía absorto, navegando por los archivos, con la esperanza de encontrar algún hilo del que tirar para desenredar todo ese entramado criminal.

Sus pensamientos se desviaron por un momento hacia Rivas y dirigió la vista hacia su escritorio. Había algo en ella que le generaba recelo. Algo en su actitud, en la forma en que evitaba ciertos temas o en cómo miraba cuando creía que nadie la observaba.

Afuera, el viento soplaba fuerte, haciendo que las ramas de las palmeras se agitaran. Levantó la vista un momento y escuchó el silbido de la corriente. «Menuda ventisca. Pronto pasará», se dijo. Así era todo en la vida, pensó. También aquello, de un modo u otro. Solo él podía decidir cómo quería que terminara.

—Vamos, Serrano. Encuentra algo —se dijo a sí mismo, motivándose para seguir adelante.

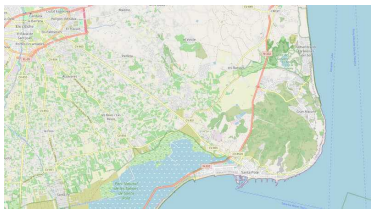
Las horas pasaban y el cansancio acumulado lo hizo apoyar la cabeza en el respaldo de la silla, mirando al techo y tratando de despejar la mente. A pesar de todo, sabía que estaba cerca, que esa advertencia anónima no había llegado sin razón. No podía rastrear el número.

«Durá».

No podía fallarle. Si había algo que Javier Serrano tenía claro, era que no se rendiría hasta detener a esos cabrones, hasta hacerlos pagar por cada vida que habían destrozado con su codicia y poder.

Finalmente, sus ojos se posaron de nuevo en el mapa, en los puntos rojos que había marcado: Santa Pola y Altet. Dos lugares, dos claves para detener la operación. La única carretera que los conectaba era la de Gran Alacant, una comarcal.

—La playa del Carabassí —se dijo, colocando una chincheta roja en el mapa.



39

Ignacio

Ignacio Bernabeu estaba en una encrucijada. Las últimas horas habían sido un auténtico infierno para él. El idiota de Toni Bailén lo había sacado de quicio la noche anterior, arruinándolo todo. Había intentado reunir el apoyo de los aliados más cercanos a la familia, aquellos que podían garantizarle el control de los negocios. Sin embargo, los resultados no habían sido los esperados. «Todo por culpa de esa bola de sebo», pensó con amargura. Para colmo, algunos asociados comenzaban a pedirle más porcentaje, sobre todo en los negocios de la noche. Por desgracia, aunque lo había intentado todo, no parecía ser suficiente. La situación, sumada a la falta de sueño que arrastraba desde la ausencia de su padre, lo desesperaba.

Esa mañana, decidió visitar a su madre. Necesitaba entender qué estaba pasando, averiguar si ella sabía más de lo que aparentaba. Intuía que Sofía no estaría en casa, pues su hermana siempre ocupaba las mañanas en reuniones del trabajo, en un humilde puesto de jefa en la fábrica de planchas de calzado, o en encuentros con sus socios o con Fernando «El Gordo» Díaz. De alguna manera, el simple hecho de saber que no tendría que compartir espacio con ella lo tranquilizaba.

Ignacio llegó a la finca familiar, aparcó en el jardín y entró en la casa. Rosa, el ama de llaves, lo recibió con una mezcla de respeto y

preocupación. Se conocían desde que Ignacio era apenas un niño, y últimamente, su presencia en la casa siempre traía tensión. A él nunca le había caído bien; la consideraba una extensión de los ojos de sus padres. La madre de Ignacio, Teresa, lo esperaba en el comedor, una estancia decorada de forma sobria y elegante, con una larga mesa de madera oscura que parecía más adecuada para banquetes que para reuniones familiares.

Al verlo entrar, lo miró con esa mezcla de afecto y severidad de siempre.

—Por fin te dignas a visitar a tu madre —dijo, mientras se acomodaban alrededor de la mesa.

Ignacio se encogió de hombros, molesto por el comentario.

—He estado ocupado, madre. Los negocios familiares no se manejan solos, y alguien tiene que hacerse cargo —replicó mientras se servía un poco de vino.

Rosa comenzó a servir la comida. La cena iniciaba con una ensalada de capellanes: el sabor a mar se concentraba en los tomates rojos, el capellán asado y desmigado, las cebollas frescas y los pimientos crujientes, todo cubierto con un toque de aceite de oliva. Luego llegó el plato principal: *fasegures* doradas reposando sobre garbanzos tiernos. Las albóndigas de carne, especiadas y jugosas, se deshacían en el caldo espeso, impregnado de comino y pimentón. Ignacio comía en silencio, evitando las preguntas de su madre, aunque sabía que Teresa no se rendiría tan fácilmente.

—Rosa, por favor, un poco de pan —pidió, deseando que el ama de llaves se apartara de su vista.

—Tu hermana ha intentado contactarte —comentó Teresa de repente—. Y yo también.

Ignacio bufó, jugando con la albóndiga de su plato.

—¿Qué quiere? Estoy muy ocupado, madre. Ya te lo dije. Además, ambas sabéis dónde vivo, así que no entiendo la insistencia.

—Ignacio, esa actitud no te llevará a nada bueno. No puedes ignorarnos así, y mucho menos a tu hermana. ¿Te has vuelto loco? Actúas como alguien que no reconozco.

—El pan, señor —dijo Rosa, dejando un plato con varias rebanadas. Ignacio la miró con desprecio y no respondió. El desaire

incomodó a Teresa.

—Gracias, Rosa. Puedes retirarte —respondió Teresa con tono firme.

El silencio en la estancia se hizo pesado. Finalmente, Ignacio dejó los cubiertos y se recostó en el respaldo de su silla.

—¿Sabes algo de los planes de Sofía? —preguntó de repente, sin rodeos.

Teresa lo miró con dureza, sus ojos reflejando preocupación y desconcierto.

—¿Planes? ¿Te refieres a las vacaciones?

—No te hagas la tonta. Hablo de la familia.

—Tu padre ha desaparecido, y tú vienes a mi casa con... ¡Necesitas ayuda!

Ignacio golpeó la mesa con fuerza, provocando un ruido de metales al mover los cubiertos.

—¡Responde, madre!

Los ojos de Teresa mostraron un destello de temor y humillación. Esperó unos segundos antes de responder.

—No sé nada de eso, Ignacio… —dijo en voz baja, temblorosa—. Pero te diré algo: Sofía es tu hermana, y no deberías olvidarlo. La familia está por encima de todo.

Ignacio soltó una carcajada irónica.

—Lo has dicho bien, madre. La familia está por encima de todo, y por eso estoy aquí.

—Sabes a lo que me refiero.

—Claro que sí, que ella era la favorita de papá… —murmuró Ignacio entre dientes, lo suficientemente alto para que su madre lo oyera.

El silencio que siguió fue casi asfixiante. Teresa lo miraba con tristeza, reconociendo en su hijo un resentimiento profundo que amenazaba con dividirlos.

—Ignacio, que te quede claro: tu padre aún vive.

Él la miró, desconcertado. «¿Lo sabe o habla por hablar?».

—Pero no está aquí. ¿Cuánto tiempo vas a esperar su regreso?

—Deberías tener más cuidado con lo que dices. No seas un cafre, un desgraciado. No te he criado para esto.

—¿Para esto? Tal vez soy la persona que soy. Quizá no me conocías tan bien.

—Si no estuviera sentada, te daría un buen bofetón por bocazas… Sé de sobra cómo eres. Te parí.

—Entonces no me vengas con sermones…

—Piensa bien lo que haces, Ignacio. La familia es lo único que tenemos.

—La familia.

—Sí.

—¿Qué familia?

—Hay cosas que no puedes cambiar.

—¿Es una amenaza?

—No, hijo. Una madre nunca amenaza. Solo se preocupa porque tengas el mejor de los futuros… y te prepara para el peor.

—A veces, las cosas no salen como uno espera.

—Lo sé. Pero eso no significa que no deba insistir en que entres en razón.

Ignacio no respondió. Se levantó de la mesa, ignorando la mirada de su madre, y salió de la casa sin despedirse. Afuera, el aire fresco le golpeó el rostro, ayudándole a aclarar su mente. Sabía que su madre tenía razón en algunas cosas, pero eso no significaba que fuera a ceder. Sofía no iba a arrebatarle lo que, según él, era suyo por derecho. No sin luchar.

Volvió a su coche y condujo de regreso a su piso en el centro de Elche. A lo largo del trayecto, su mente estaba centrada en una sola cosa: necesitaba actuar rápidamente si quería asegurar su posición. ¿Su madre hablaba en serio? ¿Sabía que su padre seguía con vida? La posibilidad era remota. Tenía un acuerdo con esa gente. Cada minuto que pasaba era una oportunidad perdida. Y, mientras tanto, su hermana le iba ganando terreno. ¿Para qué? ¿Cuáles eran sus intenciones?, se preguntaba. No podía permitir que Sofía consolidara más poder.

Llegó a su casa y, sin perder tiempo, tomó el teléfono y marcó el número de Eduardo Parres.

El empresario contestó después de varios tonos y su voz resonó con desconfianza al otro lado de la línea.

—Ignacio, no esperaba tu llamada tan pronto —dijo Parres.

—Se agota el tiempo, Eduardo —respondió con un apremio que no podía ocultar—. Necesito que actúes ahora. Sofía está reforzando sus alianzas y, si no hacemos algo pronto, no tendremos oportunidad de sacarla del medio.

Hubo un silencio en la línea, como si Eduardo estuviera sopesando las palabras de Ignacio.

—Estás pidiendo mucho, chaval. Sabes que esto puede traernos problemas.

Ignacio apretó los dientes. Estaba harto de que nadie diera el brazo a torcer. «¿Cuánto más vas a sacarme, cabronazo?». Sabía que el componente emocional lo debilitaba y complicaba cualquier negociación. Ahora necesitaba a Parres de su lado y no podía permitir que dudara.

—Te estoy ofreciendo una parte importante de las operaciones, Eduardo. Piensa en todo lo que podrías ganar. Pero tiene que ser ahora, antes de que Sofía tome más control. Porque lo está haciendo. Y pronto seréis los siguientes. Ella es peligrosa, y si no la sacamos del poder, perderemos todo.

La conversación estaba cargada de tensión. Eduardo Parres, cauteloso y reservado, también tenía un punto débil: su ambición, y eso era justo lo que Ignacio podía usar a su favor.

—¿Has hablado con tu madre?

—Sí.

—¿Y qué opina?

—Cuenta conmigo.

El otro hizo una pausa, densa, casi teatral.

—Déjame pensarlo —respondió finalmente.

Ignacio sabía que eso era lo más cercano a un «sí» que podía obtener, y tendría que contentarse con eso… por ahora.

—Hay otra cosa.

—¿Qué?

Parres resopló, pesado.

—Quiero pedirte un favor. Es sobre mi hijo —Ignacio sintió cómo esas palabras le removían el estómago. Parres estaba jugando sucio

—. Quiero que lo pongas a cargo de una de tus operaciones. Algo fácil, ya sabes…

—¿Estás de coña?

—No.

—¿Cómo?

Parres chasqueó la lengua, con paciencia casi paternal.

—Ya me has oído. Algo sencillo que pueda manejar, algo que le haga sentir que es importante… Si haces eso por mí, te apoyaré sin reservas.

La oferta era tentadora, pero Parres estaba pidiéndole algo casi imposible. Aun así, Ignacio accedió, resignado.

—Voy a quedar como un completo gilipollas ante todos.

—Precisamente por eso te lo pido así. Es mi hijo, no puede correr riesgos. Es mi seguro de vida. Un padre hace eso por un hijo.

Las palabras calaron hondo en Ignacio. Él había utilizado a su padre como seguro para sus negocios.

—Cumple con mi hermana, y yo cumpliré lo prometido.

Colgó la llamada y se dejó caer en el sofá, cerrando los ojos por un instante. «Maldito hijo de puta», pensó, repasando la conversación en su mente. No estaba seguro de si Parres hablaba en serio o si solo intentaba tomarle el pelo. Pero si Marcos Parres se atrevía a echar abajo una de sus operaciones, el mensaje sería claro para todos los demás.

Ignacio sopesó la amenaza. «Eres más listo que ese viejo. No tiene por qué acabar mal… para ti». Sabía que estaba jugando un juego peligroso y que ceder al miedo no era una opción. Tenía un objetivo y haría lo necesario para alcanzarlo, incluso aquello. Solo era cuestión de esperar el momento adecuado para dejar a Parres en ridículo, cuando el otro hubiera cumplido su parte.

Cuando volvió a la realidad, solo escuchó el murmullo de su propio estómago. La casa estaba en un silencio absoluto y por primera vez en mucho tiempo, Ignacio sintió el peso de una soledad desgarradora.

40

Díaz

Para él, había llegado el momento de avanzar y controlar el caos que Ignacio Bernabeu estaba provocando. Habían llegado a sus oídos noticias sobre lo ocurrido con Toni Bailén, que se sumaban a la extraña muerte de Ludmila y al incidente en la gasolinera. No era una tarea sencilla, pero Díaz siempre había sido de los que enfrentan los problemas de frente. Ahora, con las tensiones escalando, necesitaba soluciones rápidas. Johnny Puertas era un hombre en quien confiaba; no eran amigos exactamente, pero sus negocios los habían hecho aliados en más de una ocasión, y eso era suficiente.

Díaz llegó al bar *Con Ruedas*. Aunque la luz de la mañana iluminaba la entrada, el ambiente dentro permanecía sombrío, impregnado de un fuerte aroma a café, ideal para una conversación que no debía trascender.

«El Gordo» Díaz se sentó en la barra y pidió un café. No había prisa; era mejor tomar las cosas con calma cuando se trataba de negocios turbios. Johnny Puertas, el dueño, apareció en cuanto lo avisaron de su llegada.

—Vaya, ¿qué te trae por aquí tan temprano? —saludó Johnny, con un gesto amistoso, pero prudente, como era habitual al tratar con figuras de peso como Díaz.

—Pasaba por el polígono. Ponme un café, anda —respondió Díaz, haciendo un gesto al camarero para que le sirviera.

Puertas preparó la máquina y le sirvió una taza. Luego se sentó al otro lado de la barra, con una mirada que dejaba claro que esperaba explicaciones.

—Entiendo que no has venido a preguntarme cómo va el negocio, porque ya sabrás que va como el culo... —espetó Johnny con amargura—. El precio de la onza está subiendo demasiado. Nos estamos quedando sin mercancía, y eso ya está empezando a enfadar a algunos vendedores. No quiero problemas.

—Subiendo, ¿eh? —comentó Díaz, después de tomar un sorbo de café—. Pronto tendremos nueva carga. Solo dales un poco de calma a esos jodidos buscavidas. Volveremos a abastecer todo al mismo precio.

—Lo sé, Díaz. La calle está complicada y la gente empieza a preocuparse, ya sabes cómo es esto. Si sube más, los compradores van a empezar a buscar en otro lado.

Díaz esbozó una sonrisa fría, carente de alegría, pura practicidad.

—Ya te lo he dicho. Todo va a volver a su cauce.

—Pues espero que sea pronto.

La mirada de Johnny seguía cargada de escepticismo. Sabía que Díaz siempre tenía un plan, pero también que, cuando él estaba involucrado, las cosas nunca eran tan simples como parecían.

—A todo esto, hay otra cosa que me trae aquí, Johnny —dijo Díaz, cambiando el tono de la conversación. Bajó la voz y se inclinó ligeramente hacia su interlocutor—. Necesito un favor de ti y de tu gente.

Puertas ladeó la cabeza, intrigado.

—¿Qué tipo de favor?

—Nada serio.

—Tú dirás...

Díaz dejó la taza sobre la barra y fijó su mirada en él, endureciendo el rostro.

—Quiero que le deis un susto a Ignacio Bernabeu. Nada grave, pero lo suficiente como para que se quede en casa y se mantenga fuera de escena unos días. No quiero que eche a perder un negocio importante que tenemos entre manos.

Johnny parpadeó, sorprendido.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Tengo cara de estar de broma?

—Sabes lo que eso implica, ¿verdad?

—Por supuesto. Ignacio es el hijo de Tomás Bernabeu.

—Meterte con él significa arriesgarte a tener a la familia, a la policía y a todos los malditos políticos encima.

Díaz alzó una mano, calmando a Puertas.

—Escucha, Johnny. No te estoy pidiendo que hagas nada grande. Solo quiero que le des un escarmiento para que deje de hacer el bobo y no nos arruine todo. Ignacio es como una bomba a punto de estallar. Últimamente, se le está yendo de las manos.

Johnny permaneció en silencio. Sabía lo arriesgado que era meterse con un Bernabeu, pero también que Díaz no daba puntada sin hilo. Si pedía algo así, era porque tenía sus razones.

—¿Y cómo se supone que haga eso sin levantar sospechas? —preguntó, aún dudando.

Díaz esbozó una sonrisa, esta vez con un deje de complicidad.

—Déjamelo a mí. Me encargaré de que nadie se meta en esto. Es por el bien de todos, Johnny. Hazle entender que no puede seguir así. Ni más ni menos.

Johnny suspiró, pensativo. Finalmente, asintió.

—Está bien. Tú mandas.

Díaz levantó la taza, brindando de forma irónica.

—Eso es lo que quería oír. Te lo devolveré con creces. Cuando esto acabe, habrá beneficios para todos... y tendrás la mercancía al precio de antes.

Johnny aceptó, aunque su mirada seguía reflejando preocupación.

Díaz se levantó, terminó el café y dejó unas monedas en la barra.

—Gracias, muchacho. Sabía que podía contar contigo.

Salió del *Con Ruedas* y caminó hacia su coche. Las cosas se complicaban y él debía estar listo para actuar. Los Bernabeu eran un barco a la deriva, y si no tomaba las riendas, el negocio naufragaría con ellos. Decidió visitar a Sofía Bernabeu para mantenerla al tanto de lo ocurrido.

Sin embargo, al llegar al vehículo, vio un BMW antiguo aparcado frente a la fábrica de suelas. Del coche salió el inspector Javier

Serrano, que cruzó la puerta del edificio con paso decidido.

«¿Serrano? ¿Qué diablos?», pensó Díaz, observando al hombre con atención. Decidió que volvería más tarde por allí.

41

Sofía

Sofía Bernabeu miraba fijamente una mosca que se había posado en su mano, como quien observa la vida misma en miniatura. El insecto se frotó las patas, ignorante de su destino incierto. Sofía sopesó la posibilidad de aplastarlo o dejarlo vivir, como quien elige en una encrucijada vital. Pero, tras unos segundos, la mosca alzó el vuelo, dejándola sola en el despacho.

Sentada frente a su escritorio en la empresa de suelas de goma que su familia usaba como tapadera, Sofía observaba la pantalla de su teléfono con un gesto de frustración. Conciliar la vida de dos familias, lidiar con los negocios y con un marido incapaz de recoger a los niños era una carga que, aunque no lo admitiera, empezaba a pesarle demasiado. Observó la foto de su padre, Tomás Bernabeu, el líder implacable que siempre tenía una respuesta para todo. Desde su desaparición, Sofía se encontraba frente a problemas que antes no existían. La ausencia de su padre la dejaba desprotegida en un juego cada vez más peligroso.

Quedaban menos de cuarenta y ocho horas para la operación de entrada de un cargamento por Santa Pola, y el silencio de sus contactos le revolvía el estómago. Algo no andaba bien. Miró de nuevo la foto de Tomás, como si pudiera hablarle.

—¿Es así cómo se siente cuando te van a traicionar, papá? —susurró en voz baja. Pero no obtuvo respuesta.

Sofía recorrió mentalmente las caras de los posibles traidores. «El Gordo» Díaz, uno de los hombres más leales a su padre, pero últimamente parecía guardar sus propios secretos. Héctor «El Toro» Jiménez, su ejecutor más implacable, había desaparecido sin dejar rastro. Incluso Ignacio, su propio hermano, cuyo ego y ambición parecían ser sus peores enemigos, estaba al acecho. Y Natalia Rivas, la agente infiltrada en el cuerpo de policía por orden de su padre, una aliada en teoría, pero siempre un enigma. Sofía apretó los labios, consciente de que alguien estaba traicionándola.

Mientras su mente buscaba respuestas, el teléfono del escritorio sonó.

—¿Sí? —preguntó al descolgar.

—Doña Sofía, la policía está aquí. El inspector Serrano pregunta por usted.

—¿Trae una orden?

—No, parece una visita informal. ¿Le dejo pasar?

Sofía hizo una pausa y respondió con calma.

—Dile que espere cinco minutos.

Colgó, tomó aire y empezó a recoger los papeles, asegurándose de que el despacho pareciera impecable. Alguien tocó a la puerta. Ella se apoyó en el borde del escritorio, cruzando los brazos y con una sonrisa indescifrable, lista para jugar su propia partida.

41

Serrano

Frente al edificio de la empresa de suelas de goma de los Bernabeu, el lugar parecía inofensivo, incluso anodino, aunque él sabía bien que las apariencias engañaban cuando se trataba de esa familia. El inspector entró sin molestarse en dar explicaciones a los encargados y caminó por el pasillo hasta llegar al despacho donde lo esperaba Sofía Bernabeu. Un último vigilante, corpulento y serio, le cortó el paso. Tras unos segundos de espera, mientras el tipo hablaba con su jefa por teléfono, le indicó:

—Ahora puede pasar.

—Gracias.

Tocó a la puerta y giró el pomo. Al entrar, la encontró de pie, apoyada en el borde de la mesa, con una mirada intensa y los brazos cruzados. De un vistazo comprendió que esa mujer no pertenecía a ese mundo, al menos no en la misma forma que él. Sofía Bernabeu vestía un traje beige de dos piezas, con americana y falda larga. Bajo la chaqueta, una blusa blanca realzaba su pecho, y las medias estilizadas le daban una elegancia más propia de un despacho de abogados que de una fábrica. Entonces lo entendió: Sofía era la cara bonita de la empresa.

—Inspector Serrano, no le esperaba.

—Lo sé. No la he avisado.

—¿En qué puedo ayudarle?

—No estoy seguro de que pueda hacerlo.

—¿Viene a darme una mala noticia?

Javier avanzó hasta la silla frente al escritorio y negó con la cabeza, sentándose sin apartar los ojos de ella.

—Lamentablemente, no, Sofía. Aún no tenemos noticias de su padre, pero estoy aquí por otra razón. ¿Le importa? —dijo mientras se acomodaba. Ella lo observó, con una sonrisa cauta y calculadora, midiendo cada movimiento con esos ojos entrecerrados que proyectaban confianza y frialdad. Javier cortó cualquier atisbo de coqueteo antes de que tomara un rumbo equivocado.

—Entonces, le escucho. Si no es por mi padre, no sé qué puedo hacer por usted.

—No pertenezco a Homicidios.

—No tenía constancia de ello. ¿Es relevante?

—No, pero quiero aclararlo desde el principio.

—¿Me he perdido algo? No estoy muy segura de lo que hace aquí.

—Trabajo en la Brigada de Estupefacientes. Llevo tiempo tras el rastro que podría llevarme a su padre.

—¿A mi padre?

—Sí… aunque no del modo que sospecha.

Sofía intentó disimular, pero su expresión se tensó.

—No sé nada de eso, inspector. Mi padre maneja muchos negocios, pero yo no estoy involucrada en todos ellos. Así y todo, pondría la mano en el fuego por él.

—¿Sin miedo a quemarse?

—Por supuesto.

—Si cree que me voy a tragar que una mujer, como usted —la señaló y después al despacho—, forma parte de este mundo de pegamento y caucho, va lista.

—Es el mundo en el que he crecido, inspector. Me está juzgando sin conocerme. ¿Es eso lo que quiere? Yo también puedo juzgarlo, si lo deseo.

Javier la observó un momento antes de continuar. Sofía era astuta, sin embargo, él tenía experiencia leyendo a las personas.

—Háble me de su padre y de la gente con la que no se lleva bien...

—Vaya…

—¿Tiene la familia otros negocios fuera del calzado? Eso podría explicar su desaparición. Seguimos contemplando el secuestro.

—Pero nadie ha pedido rescate. ¿No ha dicho que era de Estupefacientes? ¿En qué quedamos?

—¿Qué piensan ustedes?

—La familia contempla otro escenario. —Sofía frunció el ceño y cruzó los brazos—. Verá, inspector… Todo lo que hacemos es legal. Somos una familia de empresarios y eso es todo. El problema en este país es que se criminaliza al que gana dinero y se exalta al que lo roba. Mi padre ha desaparecido y es una desgracia, pero, encontrarlo, es trabajo de la policía.

—Guárdese la demagogia. Ha dado con la persona equivocada.

Serrano sacó un documento de su chaqueta y se lo mostró: una copia de las facturas encontradas en el despacho de Tomás Bernabeu, ocultas en un compartimento.

—¿Qué pretende que diga con eso?

—Esto lo encontramos en su despacho. ¿Por qué iba su padre a ocultar estas facturas? —preguntó—. ¿Qué hace una empresa de calzado montando sociedades en el puerto de Santa Pola?

Le mostró también una licencia de pesquero y Sofía frunció el ceño. Él notó el gesto y vio cómo deslizaba los dedos sobre el papel.

—Es la primera noticia que tengo.

—No me tome por idiota. Mi paciencia tiene un límite.

—No sé nada sobre esto, inspector. Los negocios de mi padre son suyos. Yo solo me mantengo al margen, hasta que llegue el momento adecuado.

—¿Y ha llegado?

—¿Han encontrado a mi padre?

Javier la evaluó en silencio.

—No la creo, pero no puedo hacer nada al respecto. No parece una mujer que se mantenga al margen de estas cosas.

—Y usted no parece un policía que confíe en mucha gente.

—Tengo la impresión de que su implicación en los negocios familiares es mayor de lo que quiere admitir. Puede contármelo o puedo descubrirlo.

Sofía lo miró fijamente.

—Está equivocado, inspector. No tengo por qué estar involucrada en todo. ¿Le puedo ayudar en algo más? Tengo una reunión en unos minutos.

Javier sonrió, irónico.

—¿Su hermano? ¿Cómo lleva esto?

—La relación con Ignacio no es la mejor ahora mismo. Es impulsivo, y la ausencia de nuestro padre lo tiene muy nervioso. Más allá de eso, todo sigue con normalidad.

Javier asintió, como si procesara la información. Luego se acercó a ella, bajando la voz.

—Mire, Sofía, tiene dos opciones: colaborar conmigo o convertirse en un obstáculo. Le advierto que, de cualquier manera, vamos a llegar al fondo de este asunto. —Hizo una pausa, y su voz se volvió más grave—. Un compañero mío se quitó la vida hace unos días y, cada vez más, creo que todo está relacionado. Si encuentro una conexión, iré personalmente a por todos los que provocaron esa tragedia, incluyéndola a usted.

Sofía lo miró sorprendida por la dureza de su tono. Esa faceta del inspector le inquietó.

—¿Me está amenazando?

—En ningún momento… Pero, por si no se lo han contado todavía, a su padre lo esperaban varios hombres en el despacho, antes de que desapareciera.

—¿Cómo sabe eso?

—Yo hago mi trabajo. —Serrano sacó una tarjeta de su chaqueta y la dejó sobre la mesa—. Haga usted el suyo y llámeme si recuerda o descubre algo más… o si, simplemente, quiere hablar, ya sabe.

Sofía se quedó mirando la tarjeta mientras él se marchaba. Serrano sabía que, si era lista, lo llamaría.

—Soy una mujer casada —musitó, pero el inspector la ignoró por completo y abandonó el despacho. Luego salió del edificio ajustándose la chaqueta de cuero antes de dirigirse a su coche. Justo antes de llegar, el teléfono vibró. Miró la pantalla y vio un mensaje de un remitente anónimo, pidiéndole una reunión.

Serrano suspiró, considerando la posibilidad de que esa voz anónima fuera la única forma de obtener más información sobre los movimientos de las familias Parres y Bernabeu. Con los soplones siempre debía andar con cautela; no era la primera vez que le daban gato por liebre para desviar a la policía y luego desaparecer. «Ni será la última». Con el motor en marcha, decidió aceptar la reunión, dispuesto a ver hasta dónde podía llevarle el agujero de la madriguera.

42

Eduardo

Eduardo Parres se encontraba en el Bar Saladas, uno de los puntos habituales de la familia Parres, para discutir asuntos importantes. Un menú de fiambres y conservas, cervezas frescas y el clásico *cremaet* para cerrar los almuerzos. Bajo la sombra de la terraza, Eduardo estaba sentado en torno a una mesa de aluminio junto a Rubén «El Socio» Giménez, Emilio «El Viejo» Sánchez y Raúl «El Niño» Torres.

Mientras tomaba un trago de anís con agua, Parres observaba a sus hombres. El reciente encuentro con Ignacio Bernabeu le había dejado un sabor agridulce, y llevaba horas dándole vueltas a cómo asegurarse de que el joven no lo traicionaría. Sabía que el muchacho ansiaba poder, pero ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar? «Llevarlo al límite», pensó Eduardo. Quería descubrirlo.

Rubén «El Socio» sugirió organizar una falsa compra-venta de hachís en la que Ignacio demostrara su habilidad para negociar y salir ileso. Sería una trampa controlada, pero una trampa, al fin y al cabo. Sin embargo, a Eduardo no le convencía. «El Viejo» fue aún más contundente.

—Si descubre que es una emboscada, se acabó.

—Necesitamos algo más contundente —dijo Eduardo, rascándose la barbilla y mirando a Sánchez—. Algo que no deje lugar a dudas sobre sus intenciones. ¿Tú qué piensas?

Emilio «El Viejo», con su experiencia en los negocios turbios de la familia, siempre tenía una idea más macabra.

—Podríamos hacerlo a la vieja usanza —propuso, con una chispa maliciosa en los ojos—. Así entenderá que no estamos para bromas.

—De cine —dijo «El Niño» Torres, sonriendo con anticipación—. Yo lo veo.

—Menudo disparate. Se te ha ido la cabeza —comentó Giménez—. ¿No te parece suficiente con lo que nos va a dar? Hablamos de la mitad de un cargamento…

—¿Y qué más da?

—No lo hará. Os lo digo yo, no lo hará. ¿Y a quién?

—*Collons*, será por candidatos… —dijo Giménez.

—Así veremos hasta dónde está dispuesto a llegar —añadió Torres, disfrutando de la idea—. No se me ocurre mejor manera de demostrar su lealtad.

Eduardo guardó silencio por un momento. Raúl «El Niño» Torres, el más joven y ambicioso del grupo, disfrutaba del lado violento del negocio, y la idea de poner a Ignacio a prueba le resultaba tentadora.

—Escuchadme bien —dijo Eduardo en voz baja. Prefirió guardarse el tema de su hijo, pues era algo personal—. Tengo algo en mente.

—El jefe habla.

—Vamos a llevar a Ignacio con Alfonso García.

—¿Con García? —preguntó Giménez—. Parece que hoy es el día de los despropósitos…

La mención de Alfonso García cayó como una bomba. García había sido un antiguo empleado de los Bernabeu, alguien que traicionó a la familia y ahora colaboraba con el inspector Javier Serrano, quien seguía de cerca a los Bernabeu y a los Parres. Eduardo había confiado en él un tiempo, ofreciéndole protección a cambio de información, pero ya no le era útil. Además, se rumoreaba que estaba ayudando a la policía, un riesgo inaceptable.

—Me parece una buena idea —dijo «El Viejo»—. Al cerdo, por la cola; al hombre, por la palabra. Pero, ¿y después?

—Sigo sin verlo —dijo Giménez—. No lo hará, os lo digo yo.

Eduardo le tocó el brazo para que callara. Dio un trago a su copa de anís con agua y la dejó sobre la mesa con gesto de desdén.

—¿Qué quieres hacer con él? —preguntó Sánchez.

—Creo que está claro, ¿no? Es hora de «despedirlo» de la empresa —dijo Eduardo, mirándolos a todos—. Si Ignacio realmente está comprometido con nuestra causa, lo hará. Si no, sabremos que no merece nuestra confianza y que, probablemente, nos haga una encerrona el día de la operación.

—Es una apuesta arriesgada —comentó Rubén, el más cauto del grupo—. Pero no me voy a oponer. Necesitamos saber si está dispuesto a jugárselo todo. «La feina es la feina».

Eduardo sonrió, convencido de que era la decisión correcta. Matarían dos pájaros de un tiro: probarían a Ignacio y se desharían de Alfonso García, esa espina en el costado que amenazaba sus operaciones.

—Raúl —dijo, mirando a «El Niño»—, quiero que supervises la operación y te asegures de que todo salga bien… Irás con él y serás testigo.

—¿Y si se echa atrás, jefe?

—»La feina es la feina». Para él y para los demás.

Los otros dos miraron a «El Niño», que aceptaba la misión con ambición y sin temor alguno. Finalmente, asintió, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—»La feina es la feina». Así será.

—Perfecto —dijo Eduardo, esbozando una sonrisa mientras alzaba su copa—. Salud.

—¡Salud!

Los tres dieron un trago a sus bebidas. La reunión había concluido. Eduardo se levantó y se desperezó, satisfecho. Los hombres de Parres estaban de acuerdo y organizados; ahora, solo quedaba poner el plan en marcha. Sacó su teléfono de prepago y marcó el número de Ignacio Bernabeu. La llamada se conectó tras un par de tonos y una voz respondió al otro lado.

—Ignacio, escucha… He estado pensando...

—¿Hay algún problema con lo acordado? Porque no te puedo dar más…

—En absoluto. No van por ahí los tiros…

—Haré por tu hijo lo que me pediste. Te di mi palabra, pero mantén la tuya…

—No es eso, hombre. Verás, quiero demostrarte que también soy de fiar. Si vamos a empezar juntos, hagámoslo de frente, ¿eh?

—Por supuesto…

—Escucha, tengo una sorpresa para ti.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta, seguro que sí, confía en mí, muchacho. Es un gesto de buena voluntad.

—¿De qué se trata?

—De quién, mejor dicho, pero lo sabrás pronto. Podríamos decir que es un pariente lejano de vuestra familia.

—¿De mi familia?

—Sí. Sobre todo, de tu padre… Nos ha costado encontrarlo, pero estoy seguro de que será un reencuentro interesante.

—Me cuesta confiar en ti. No está el horno para bollos.

—Tú decides cómo quieres el pastel —dijo y rio—. Nos vemos en un par de horas, en la gasolinera del desvío. No traigas a nadie. Esto es solo entre tú y nosotros. Después, haz lo que te venga en gana. Es justo, ¿verdad?

Colgó sin esperar respuesta. Eduardo miró a sus hombres, que también se habían puesto de pie, listos para salir.

—El cebo está puesto.

—¿Lo morderá?

—Claro que lo morderá —respondió el jefe—. Cuando tienes el estómago vacío, no te pones a preguntar si lo que estás mordiendo te va a hacer daño.

—Reconozco que me ha sorprendido. Pensé que le dirías la verdad —comentó Giménez—. Y que ese cretino será más inteligente de lo que aparenta.

—En ocasiones, me deslumbra tu incredulidad. Recuerda a Santo Tomás: si no lo veo, no lo creo. La verdad no se dice, se muestra —respondió Eduardo, mirando a los otros dos—. Así que, uno de vosotros lo recoge y el otro lo sigue, ¿entendido? Vamos a ponerle la verdad en bandeja de plata.

Todos rieron. Acto seguido, salieron del bar mientras el sonido de las sillas arrastrándose sobre el suelo de piedra resonaba en la terraza. Eduardo estaba satisfecho, aunque prefería no celebrar antes de tiempo. El próximo movimiento marcaría un antes y un después. A corto plazo, determinaría si Bernabeu era un verdadero aliado o solo buscaba ponerles la zancadilla. En el futuro, esa carta le daría opciones: someter a Ignacio, chantajear a su hermana, o simplemente entregarlo a la policía.

Aquel inútil estaba cavando su propia tumba.

43

Raquel

"Vamos, hombre, ¿dónde te has metido?", se preguntó ella.

Fumaba en la esquina de Poeta Miguel Hernández con la avenida de la Libertad, aunque aquella noche no estaba ejerciendo. Había dado el paso, aunque empezaba a arrepentirse. Por primera vez, sentía la esperanza de salir de ese mundo y, al mismo tiempo, un miedo inexplicable de quedar atrapada para siempre. Llevaba tanto tiempo en aquella jaula que había olvidado el significado de la libertad: una vida sin chulos, sin comisiones, sin hombres acechándola. Una vida donde cada decisión se toma por deseo y no por miedo. Aunque evitara los rumores, la información siempre les llegaba a los oídos. Muchas no sabían callar; ella, en cambio, había nacido con el don del silencio.

Dio otra calada y miró la avenida desierta. A esas horas, el movimiento en las calles era casi inexistente. Revisó el móvil, preguntándose si su cita aparecería. "Debiste ser más clara", se reprochó. Había preferido no revelar su identidad hasta el momento del encuentro, por miedo a que jugaran con ella. En ese momento, un coche se detuvo en la esquina. Miró a ambos lados; la calle estaba vacía. Se acercó a la ventanilla y se agachó para ver quién era.

—Hola, guapa. ¿Qué sabes hacer? —preguntó el conductor. No era quien esperaba.

—Vete al diablo. —Le dio la espalda con desprecio, aunque por dentro algo se resquebrajaba.

—¡Puta! —dijo el tipo antes de acelerar y desaparecer. Aunque estaba acostumbrada a esos encuentros, nunca lograba aceptarlos del todo; era como si un buitre se acercara a ella solo para dejarla en paz al último momento. Esa noche había intentado disimular lo que era, sin éxito.

Apagó el cigarrillo en una papelera y suspiró hondo, decepcionada, a punto de marcharse. Entonces vio las luces de otro coche oscuro que se detenía en el mismo lugar. Con un hilo de esperanza, se acercó despacio a la puerta del acompañante. Al mirar al interior, reconoció el rostro del inspector Serrano, cuya expresión reflejaba sorpresa y una sombra de decepción.

—Sube.

Raquel miró alrededor para asegurarse de que nadie la observaba. Abrió la puerta y subió al coche. Serrano tomó rumbo hacia el centro de la ciudad.

***

El coche olía a caramelos mentolados. Ella lo miró de reojo, guardando silencio hasta que él decidiera hablar. Serrano llevaba su eterna chupa de cuero y parecía más tenso de lo habitual. Para ella, ese era uno de los coches más limpios en los que había subido en semanas. Pasaron unos segundos de silencio hasta que la meretriz rompió el hielo.

—¿A dónde vamos?

—A dar una vuelta.

Ella se calló, apretando el bolso. Él suavizó su tono.

—¿Cómo va todo?

—No me jodas.

—No lo pretendo.

—¿A dónde me llevas hoy?

—A un lugar seguro. ¿Por qué, demonios, no dijiste que eras tú?

—No podía, inspector.

—Claro. ¿Te han seguido?

—No lo sé.

Serrano giró hacia una rotonda que conectaba con el puente de la ciudad.

—Podrías haber ido a la comisaría. Es todo más sencillo.

—Quiero ayudar, pero a mi manera.

—¿A cambio de qué?

—Dejemos eso para después.

—¿Qué sabes?

—En dos noches llega un cargamento de hachís.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Dónde?

—No sé el lugar exacto, pero creo que usarán la carretera de El Altet para llegar a Elche.

Él la miró, procesando la información, mientras cruzaban la avenida y pasaban cerca del estadio Martínez Valero. Finalmente, se detuvieron en la explanada desierta que lo rodeaba. Raquel bajó la ventanilla y encendió otro cigarrillo. Serrano la miró, pero cedió.

—Solo uno.

Raquel dio una calada larga mientras la brisa nocturna se colaba en el coche.

—¿Quién está detrás?

—Parres, ya lo sabes. Y también Ignacio Bernabeu… —Él la miró, desconfiado—. Son rumores. Lo he oído. En este oficio se oye todo. Si no es por mí, es por otras.

—¿Eso es de lo que habláis?

—Todas somos ojos y oídos. Intentamos protegernos, aunque no sirva de mucho.

—Quizá sea mala idea.

—¿De qué quieres que hablemos, guapo? ¿De lo que hacemos cada noche?

—Disculpa.

—Las vidas de mierda también tienen momentos mundanos. —Echó el humo por la ventanilla—. Es un negocio con los moros. Hacen entrar la carga y otros se encargan de recogerla. Es todo lo que sé.

—Sabes bastante.

—Me gusta escuchar.

—¿Qué pasó el otro día? En el polígono.

Raquel chasqueó la lengua. Dio otra calada, dejando que la ceniza cayera fuera de la ventanilla.

—La calle está dura y los chulos se aprovechan.

—Pensaba que ibas por libre.

—No me hagas reír. La calle es de todos, pero las aceras tienen dueños. Si quieres usarlas, pagas. Si no, te calientan.

—Entiendo. No puedes librarte del chulo.

—Nunca.

—¿Y el tuyo?

—No lo sé.

—Ingresó en el hospital con un disparo en el pie. La otra chica recibió varios puntos en el rostro. Algo pasó.

—Te digo que no lo sé. Llegué tarde.

—¿Qué quieres?

Ella lo miró, vulnerable. Hacía mucho que no estaba con un hombre en un coche sin sentir que iba a aprovecharse de ella. Pero el sentimiento de cautela nunca se iba del todo; quizá ya era tarde para desaprenderlo.

—Ayuda. Protección.

Él la miró fijamente.

—Raquel, no soy tu chulo.

Sintió cómo algo se rompía dentro de ella. Por un segundo, había sentido que él la trataba como una igual, pero no era así. En otras circunstancias habría aguantado el golpe, pero esa noche estaba demasiado frágil. La frase de Serrano había sido precisa para romperla en pedazos y devolverla a la realidad. A sus ojos, seguía siendo solo una ramera.

—¡Gilipollas! —exclamó y trató de abrir la puerta para salir. Sin esperarlo, Serrano le sujetó el brazo—. ¡Déjame!

Intentaba abrir, histérica, pero él había activado el cierre. Golpeó la puerta y luego la guantera, en un ataque de rabia. Las lágrimas comenzaban a correr el maquillaje de sus ojos mientras se tapaba la cara con las manos.

—¡Espera, joder! Era solo una broma.

—¡Métetela por el culo!

—Tranquilízate, ¿quieres? —le pidió, y ella empezó a calmarse—. Eso está mejor.

—Vete a la mierda. No se puede confiar en vosotros…

—Si quieres protección, podemos conseguirla, pero tienes que hacer lo que te diga. Entrarás en el programa de testigos; te daremos un lugar seguro, pero debes declarar contra ellos.

—¿Qué? ¿Con mi nombre?

—Sí.

—¿En un juicio?

—Sí.

—Ni loca. Me abren en canal antes de que diga una sola palabra. Ya viste lo que les pasa a las chicas que saben demasiado.

—¿Lo dices por la chica que encontraron en un contenedor?

—Lo digo en general…

Un silencio se apoderó de ellos durante unos segundos.

—Piénsalo. Escuchas demasiadas cosas que no te benefician.

—No sabes nada.

—Pero ellos sí.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Ya conoces una cara de la moneda.

—Me matarán.

—Sabiendo lo que sabes, te matarán igualmente. Sin embargo, yo te estoy tendiendo un puente. Tú decides si cruzarlo o quedarte donde estás, pero, en esta vida, siempre hay un peaje para todo.

44

Serrano

El inspector sostenía el volante con una mano, escuchando a Raquel Ortega con toda la atención posible. Cada palabra de ella le golpeaba como una revelación, desnudando capa tras capa de la corrupción que carcomía los niveles de poder en la ciudad. «Un pozo de mugre». Raquel miraba por la ventanilla mientras hablaba, evitando cruzar la mirada con él.

—¿Estás segura de eso?

—Sí.

—Entonces, ¿me estás diciendo que el comisario Vélez también está pringado?

Javier intentó que su voz no delatara la rabia que hervía en su interior.

—Sí —confirmó Raquel, sin mirarlo—. Desgraciadamente, así es. Él y otros cerdos como él. ¿Quiénes están peor, ellos o nosotras?

—Prefiero no pensarlo.

—Y no es solo la policía, Serrano. La jueza Isabel Domínguez, Manuel Soriano, el alcalde... Todos están hasta el cuello con los Bernabeu.

Javier sintió un nudo en el estómago al escuchar esos nombres. El comisario Vélez, su jefe directo. Manuel Soriano, el alcalde de Elche, quien siempre había vendido una fachada intachable, aunque él nunca se lo creyó; desconfiaba de la clase política por instinto. Con

la reputación que tenían los dirigentes, ya casi era una deshonra tener un hijo político. Pero lo que le dejaba helado era lo de Isabel Domínguez, una jueza que siempre había aparentado ser incorruptible. «Las apariencias engañan la mayor parte del tiempo». Todo el entramado podrido se derrumbaba delante de sus ojos. Los Bernabeu controlaban la ciudad y él se preguntaba qué estarían tramando ahora.

—¿Qué tipo de favores consiguen? —preguntó con amargura.

—De todo tipo. Favores políticos, dinero, protección... Soriano se asegura de que la poli mire para otro lado cuando hace falta. Y no solo eso —Raquel hizo una pausa—. Hay una mujer. Laura Pérez, la llaman «La Viuda». Ella organiza las fiestas.

—¿Fiestas?

—Timbas de cartas, apuestas ilegales.

—Vaya. Esperaba algo más…

—Y auténticas bacanales.

«¿Por qué nunca me invitan a esas cosas?», pensó Javier, sarcástico.

—Especifica.

—En esas fiestas hay barra libre de lo que pidas, y las chicas están obligadas a acostarse con empresarios, políticos... Los fotografían en secreto y luego usan el material para chantajearles.

—¿Bernabeu asiste?

—Nunca. Solo he visto a su hijo.

—¿Ignacio?

—Sí. Está loco. Hace unos días, le clavó un puñal en la mano a un tipo.

—¿A quién?

—No puedo decírtelo.

—Entonces, dime lo que puedas contarme.

—Ahora está encaprichado con una de las chicas, Silvia.

—Silvia, ¿qué más?

—Parra… Silvia Parra.

Javier la miró, sorprendido. La corrupción era un secreto a voces, pero nunca imaginó que llegara tan lejos. Raquel seguía mirando hacia la oscuridad. Había estado en esos episodios, y no se la veía

orgullosa. Dio una calada al cigarrillo, y cuando volvió a hablar, su voz sonaba suave, como si le hablara solo a ella misma.

—Es horrible. Una pierde la fe en la justicia.

—No me extraña.

—He visto a la jueza allí, ¿sabes? Le gusta juntarse con chicas muy jóvenes —suspiró Raquel—. No sé cómo llegué a esas fiestas. Supongo que por dinero, por presión, porque no me quedaba otra. Te enganchas a toda esa mierda y luego no puedes salir. Crees que sí, pero no es verdad. Pagan bien, claro, pero el precio es no poder olvidar todo eso nunca. Créeme, no vuelves a mirarlos igual. Los perfumes, el olor de la piel de otros… no se va. Poco a poco, dejas de ser humana.

Todo lo que Raquel le estaba contando encajaba con las sospechas que había acumulado. Las piezas empezaban a alinearse. Laura «La Viuda» Pérez no era solo una anfitriona: tenía burdeles y manejaba una red de información que podía manipular a esos peces gordos a su antojo, poniéndose de lado de Bernabeu o de Parres, según su conveniencia.

Raquel sacó una fotografía de su bolso y se la pasó a Javier. En la imagen, Manuel Soriano aparecía abrazando a una joven, con el rostro parcialmente cubierto por una máscara.

—Esto es solo una muestra. Ellos tienen muchas más —dijo Raquel, mirando al inspector—. Las usan para asegurarse de que nadie se atreva a ir contra ellos.

Javier examinó la foto antes de guardarla.

—¿Eres tú?

Ella negó con la cabeza.

—Ludmila. La chica polaca a la que mataron.

Él se quedó sin palabras. Raquel se estaba jugando la vida con esto. Sabía que aquella prueba no sería suficiente, pero era un comienzo.

—Su muerte fue por sobredosis.

—Claro, guapo.

—¿Erais amigas?

—No lo sé. Pero yo era lo único que ella tenía.

—Entiendo. ¿Cómo ocurrió?

—Prefiero no hablar de ello.

Aquella imagen conectaba al alcalde con los Bernabeu, una primera prueba que podría tirar del hilo y hacer caer la torre de naipes.

—Necesito que vengas a comisaría y declares todo esto. No puedo protegerte si no colaboras de manera oficial.

Raquel negó con la cabeza, mirando al suelo.

—¿No lo entiendes? No puedo. No de esa manera. Aún no. —Su voz tembló un instante y luego se recompuso—. Tu jefe sería el primero en enterarse. Daría el aviso y me matarían. Esto es un callejón sin salida, inspector. No tengo dónde esconderme, ni cómo protegerme. Es demasiado arriesgado. Esos cabrones me despellejarán a tiras. Mi vida les importa una mierda.

Él suspiró, comprendiendo la posición de Raquel. Ella tenía razón. La situación estaba jodida para ambos, pero ella llevaba las de perder. Lo que le pedía era casi un suicidio, pero sin su testimonio no derribaría esa organización. Aun así, no podía presionarla más.

—Está bien. Pero voy a necesitar más pruebas si queremos que esto funcione. Tendré que tirar de contactos externos. Y a ti te necesito viva.

—Haré lo que pueda.

—¿Tienes un lugar seguro donde quedarte?

—Sí. Por ahora.

Él sacó una tarjeta y quiso dársela, pero ella la rechazó con un gesto.

—¿Eres tonto? Ya tengo tu número —dijo, y ambos esbozaron una extraña sonrisa de complicidad. Luego, ella le acarició la cara, no en gesto de seducción, sino con la firmeza de quien ha vivido demasiado. Por un momento, vaciló en contarle lo que había escuchado sobre Durá, su compañero, pero decidió no hacerlo. Pensó que no era el momento y que buscaría la ocasión para ello, más adelante.

De alguna forma, ella ya había decidido dar ese paso, aunque el precio fuera alto.

Javier frenó el coche frente a un bloque de viviendas en la avenida de Novelda. Le dio a Raquel un puñado de billetes, suficiente para

cubrir sus necesidades más urgentes, por si necesitaba una coartada. Ella los tomó y le agradeció en voz baja antes de salir del coche.

—No tardes en ir a la comisaría —le dijo, antes de que ella cerrara la puerta.

Raquel asintió y desapareció en la oscuridad del portal. Javier se quedó un momento mirando la entrada del edificio, procesando todo lo que acababa de oír. Desde ese instante, las cosas iban a cambiar, para bien o para mal.

«Estás jodido, bien jodido».

Encendió el motor y se alejó de allí, con la vista fija en la carretera. Su próximo movimiento estaba claro: dar un golpe a la operación de Bernabeu, antes de que la droga llegara a la ciudad.

45

Sofía

Estaba sentada en el sillón de su despacho, con las manos entrelazadas sobre la mesa y la mirada clavada en el retrato de su padre colgado frente a ella. Era un óleo de un artista ilicitano, un obsequio, un favor pagado en gratitud. "Un hombre que sabe ganarse el respeto no debería preocuparse por los favores que hace". Las palabras de Alonso Márquez resonaban en su mente. Ignacio, su propio hermano, estaba en esos momentos reunido con Héctor "El Toro" Jiménez, y los rumores eran innegables: su hermano conspiraba contra ella. Lo peor de todo era que no se trataba de una suposición suya; era un chisme público. Márquez no lo había dicho directamente, pero las insinuaciones bastaban. Sabía leer entre líneas y esta vez la lectura no era alentadora.

La sensación de traición le golpeó el estómago como un puñetazo. No había sido lo suficientemente persuasiva para mantener a "El Toro" bajo control, y eso le hacía hervir la sangre. Ahora todo se desmoronaba. Las comisiones habían bajado, el dinero ya no fluía como antes. "¿Qué será lo siguiente?", se preguntaba. "El Toro" había dejado de pagar sus cuotas, había dejado de respetarla y había causado problemas con las chicas de la calle del polígono. Pese a sus esfuerzos por mantenerlo a raya, estaba claro que nunca tomó en serio ni su palabra, ni su posición en la organización.

Cerró los ojos, tratando de controlar la rabia que la invadía. En ese momento extrañó a su padre más que nunca. Si Tomás Bernabeu aún estuviera ahí, "El Toro" jamás se habría atrevido a semejante deslealtad. Pero ahora, toda la responsabilidad recaía sobre sus hombros y no podía dudar. Tenía que ser firme y tomar una decisión, antes de que las grietas en su liderazgo se volvieran irreparables.

Sin más demora, tomó el teléfono y llamó a Fernando "El Gordo" Díaz. Le pidió que se vieran en la cafetería Los Arcos, en la plaza del Raval. No podía esperar más; era hora de actuar.

Los Arcos estaba tranquilo a esas horas de la tarde. Sofía llegó primero, se sentó en una mesa de aluminio en la terraza y pidió un cortado para ella y un café solo para Díaz, que no tardaría en aparecer. Miraba la plaza mientras en su mente ordenaba el caos de rabia que la atenazaba. Al llegar Díaz, ella enderezó la espalda, esforzándose por mostrarse más segura de lo que se sentía.

—Hay que sacar a Jiménez del negocio —dijo sin rodeos cuando "El Gordo" tomó asiento frente a ella.

Él la observó en silencio unos segundos y luego asintió lentamente.

—Iba a preguntarte por qué, pero veo que ya lo tienes claro —respondió, con su voz calma habitual. Agradeció el café y dio un sorbo, reflexionando antes de clavar sus ojos en los de ella—. "El Toro" es una pieza importante en la organización. Tu padre le dio su puesto en la empresa. No puedes simplemente echarlo sin consecuencias. Necesitamos una razón de peso.

Cuando Díaz decía "la empresa", se refería a la organización, a la familia. La diferencia entre socios y asociados era la jerarquía. Quien estaba "en la empresa" respondía directamente al jefe.

Sofía tensó la mandíbula.

—Ese capullo no me respeta. Se ha reunido con Ignacio y está conspirando contra mí. No son paranoias mías y me temo que esté actuando a mis espaldas. ¿Tú también lo sabes, verdad?

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad.

—La verdad es que son rumores. Y los rumores deben confirmarse, antes de tomar decisiones erráticas.

—Ha dejado de pagar las cuotas, y, peor aún, ha causado problemas con las chicas de la calle del polígono. La otra noche, le rajaron la cara a una de ellas. No puedo permitir que nadie cuestione mi autoridad ni generar más problemas, si quiero ponerme al frente de la familia. ¿No estás de acuerdo?

—Lo estoy, lo estoy —contestó, y dio otro sorbo al café—. Los problemas de familia deben solucionarse en casa.

—Por eso estás aquí. Hablar con él no sirve; lo tomará a la ligera y esto empeorará. Y no es solo por él; es por todos los demás. Necesito que entiendan que ahora yo mando.

"El Gordo" se recostó en su silla, asintiendo mientras la escuchaba.

—Así que es cierto, ¿eh?

—¿El qué?

—Que has tomado el cetro.

Ella tragó saliva. La afirmación era poderosa.

—Hasta que mi padre regrese, soy la mayor, su sucesora.

Díaz sonrió levemente y resopló.

—Veo que no has hablado con tu hermano.

—Te dije que me encargaría de él.

—¿Y lo has hecho?

—Estoy en ello.

—Puedo ayudarte, si me lo pides.

—De momento, puedo gestionarlo sola.

—Entiendo lo que dices, pero también tienes que asumir las consecuencias. Si hacemos esto, habrá reacciones, dentro y fuera de la empresa. "El Toro" tiene aliados, y algunos trabajan con nosotros. Puede que no todos estén de acuerdo en quitarlo del medio.

Sofía le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Estoy dispuesta a afrontar esas consecuencias. Pero necesito que me apoyes. No puedo hacerlo sola.

Díaz la miró un largo momento antes de hablar de nuevo.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero si quieres ganarte el respeto de esta gente y evitar alborotos, tendrás que estar ahí. No hay otra forma de acallar los rumores.

—¿Rumores de qué?

—De que tu hermano tomará el control. Lo siento, Sofía.

—No, no lo sientas. Entiendo a Ignacio. Está en su derecho, pero eso no significa que tenga razón o poder para ello.

—Mira, puedes dar esta orden desde la distancia, pero eso te hará más débil, a sus ojos. Y eso no nos conviene. Lamento decírtelo, pero eres la hija de Tomás Bernabeu. Tienes que ensuciarte las manos, si quieres cambiar la percepción que tienen de ti.

Sofía sintió que algo se quebraba en su interior. Dudó, por un instante. El miedo asomaba en sus ojos. Nunca había tenido que enfrentarse directamente a situaciones de esta naturaleza. Siempre había estado en la parte de los negocios, gestionando, dirigiendo, pero nunca involucrándose personalmente en los actos más oscuros de la familia. Pero ahora no tenía alternativa. Entendió que era lo que su padre habría hecho, aunque prefería no pensar en ello, en ese instante. Sabía que, para ganar el respeto, debía hacerlo.

Inspiró hondo, controlando el temblor en sus manos, y asintió.

—Estaré allí —dijo con voz firme—. Recógeme a la hora que decidas. Vamos a hacerlo.

"El Gordo" sonrió levemente, aprobando la decisión de Sofía.

—Bien. Será por la noche. No conviene perder más tiempo… Te recogeré y nos encargaremos de esto juntos.

Sofía se levantó, dejó el dinero del café sobre la mesa y se alejó de la cafetería, sintiendo que todo estaba a punto de cambiar.

***

La noche caía como un manto sobre la ciudad, cuando "El Gordo" recogió a Sofía Bernabeu de su vivienda habitual y la llevó al norte del polígono de Carrús. La condujo hasta un almacén cárnico junto a la autovía del Mediterráneo, un lugar apartado que funcionaba como tapadera para el lavado de dinero, bajo el paraguas de las empresas de Díaz. El entorno estaba oscuro como el plomo, y solo lo rompían los faros del coche y las luces dispersas de los almacenes al pasar.

—¿Ha sido fácil? —preguntó Sofía, al bajar del coche.

—Estas cosas nunca lo son —respondió él—. Lo llaman "El Toro" por algo.

Entraron en el almacén y recorrieron los pasillos hasta la sala de despiece. El aire era gélido y el ruido metálico de los ganchos colgando resonaba en la quietud. Olía a carne cruda y humedad. Ese olor rancio se mezclaba con el eco de los refrigeradores, que rompía el silencio de la noche.

En el centro de la sala, "El Toro" estaba atado a una silla, con el rostro hinchado y sangrante tras una paliza. Frente a él, dos hombres de confianza de "El Gordo", con camisetas de tirantes y chándales desgastados, miraban a Sofía con expectación.

Ella observó la escena en silencio. Era la primera vez que se enfrentaba a una situación así, y el horror de lo que estaba a punto de hacer le provocaba una mezcla de repulsión, náusea y una sensación de poder. "Hay sentimientos que solo afloran en las situaciones más extremas", pensó. "Es entonces cuando descubres quién eres en realidad".

Se acercó a "El Toro", que ahora parecía una sombra del hombre musculoso que siempre fue.

—¿Pensaste que podías reírte de mí sin consecuencias? —le espetó Sofía.

"El Toro", con la cara hinchada, levantó la cabeza y la miró, desorientado.

—¿Qué he hecho, Sofía? No entiendo nada —respondió con voz entrecortada, visiblemente afectado por la paliza—. ¿Por qué me tratas así?

Díaz hizo un gesto, y uno de sus hombres le golpeó en la espalda con una barra de hierro. El grito de dolor de Jiménez fue desgarrador.

—¡Háblale con respeto, pedazo de mierda!

Sofía alzó una mano, agradeciendo el gesto en silencio. Notaba las miradas de los hombres sobre ella, expectantes.

—Pensaste que podías jugar conmigo —continuó Sofía, con la voz gélida—. Mi persuasión no fue suficiente para convencerte de qué lado tenías que estar, ¿verdad? Decidiste irte con el desgraciado de mi hermano, aunque ahora no sé quién es el idiota de los dos.

—Yo solo… hice lo que me pidió. Vigilé a Ignacio —se excusó "El Toro".

Los dos hombres intercambiaron miradas y luego la miraron a ella, esperando instrucciones. Sofía negó con la cabeza, convencida de que "El Toro" no decía toda la verdad.

—No te creo —dijo, fría como el hielo—. Te pedí que lo vigilaras, pero nunca me informaste de sus movimientos. Me enteré por otros de que Ignacio confabula contra mí. Y lo peor es que le pedí ese favor a alguien que me estaba traicionando… Te aprovechaste de mi confianza, Héctor.

"El Toro" bajó la cabeza. Tras un largo silencio, aceptó su destino.

—Está bien… tu hermano, perdón… su hermano, Ignacio… —comenzó a decir con dificultad—. La idea fue suya, antes de que su padre desapareciera.

—¿Quieres decir que desapareció por su culpa?

—¿Eh?

—¡Maldita sea! ¡Habla!

—No, no sé nada de eso. Ignacio trama un plan para quitarte de en medio y tomar el control de la familia… Está negociando con más gente —terminó, respirando con dificultad—. Incluso con enemigos de su propio padre.

Sofía lo miró fijamente, la furia ardiendo en sus ojos.

—¿Y me lo dices ahora, desgraciado?

—Yo…

Antes de que pudieran golpearlo otra vez, ella alzó una mano para detenerles.

—¿Y los Parres? ¿También están en esto? —preguntó, con la voz temblando apenas.

—No sé nada de ellos —respondió "El Toro", mirando al suelo, derrotado—. Ignacio me ordena, como tú, pero tiene su propia agenda…

Sofía apretó la mandíbula. La decisión estaba tomada.

—Escucha, Héctor. Tus palabras llegan tarde. Has hecho negocios por tu cuenta, has dejado de pagar tus cuotas, has tomado decisiones sin mi consentimiento… y me has ocultado información. ¿Sinceramente? Esto no me sirve de nada. No mereces perdón.

—Pero te prometo que fue un error. He aprendido.

—Si mi padre estuviera aquí, jamás habrías osado actuar así, ¿verdad?

El silencio en la sala de despiece se volvió denso. Todos miraban a Sofía, esperando su veredicto.

—Tu silencio responde a mi pregunta. Esto servirá de lección —dijo, alzando la voz—. Para ti, y para el resto. La falta de respeto tiene consecuencias.

"El Toro" intentó disculparse, pero antes de que pudiera continuar, "El Gordo" sacó una pistola y se la entregó a Sofía.

—¿Qué… qué va a hacer? ¡No, por favor! —exclamó "El Toro", con el miedo reflejado en sus ojos por primera vez—. ¡Haré lo que me pidáis!

Sofía miró el arma, sintió el peso frío del metal en sus manos y su respiración se aceleró. De repente, una sensación de grandeza e impunidad la invadió. No lo racionalizó, no, al menos, todavía. En su interior sabía que era la única forma de mantener su liderazgo intacto. Sintió que, poco a poco, se acercaba más a su padre.

—Lo siento. No puedo confiar en quien me ha traicionado una vez.

Sin dudarlo, apuntó a Jiménez y disparó tres veces. Las detonaciones resonaron en las paredes del almacén y el eco se desvaneció en el silencio.

Por un instante, Sofía sintió como si el mundo se hubiera detenido a sus pies. El cuerpo de Jiménez se sacudió con el retroceso y el aire pareció quedarse sin oxígeno. Observó cómo "El Toro", aquel matón violento como una bestia, se desplomaba en la silla, sin vida. Supo en ese momento que ya no había vuelta atrás.

"El Gordo" asintió con respeto y le retiró el arma de las manos. Después, la entregó a uno de sus hombres.

—Ahora te van a tomar en serio, Sofía —dijo en voz baja—. Vosotros, ya sabéis qué hacer.

—¿Qué harán con él?

—No te preocupes por eso.

Ella, con la vista perdida en el cuerpo de "El Toro", se limitó a asentir mientras trataba de procesar lo que acababa de hacer. El precio del liderazgo había sido más alto de lo que jamás imaginó.

46

Ignacio

La cita, un último «favor» que Parres le había exigido como condición para consolidar su alianza, le daba un mal presentimiento que no lograba ignorar. Ignacio Bernabeu estaba cada vez más tenso. Los últimos acontecimientos habían disparado su desconfianza y ahora, de camino a la reunión con Eduardo Parres en la gasolinera del desvío, sentía que le iban a tender una trampa. Sin embargo, sabía que tenía que mostrarle a Parres la deferencia suficiente. Su padre solía decirle que el verdadero truco de un buen acuerdo era hacer que el otro creyera que tenía el control. Pero, con esa familia, ese exceso de control podía salirle caro, y sabía que necesitaba a alguien de su lado para cubrirle las espaldas.

Le vinieron a la mente varios rostros de familiares Bernabeu que alguna vez habían traicionado a su padre, pero en ese momento no lograba centrarse en ninguno en particular. Le ponía nervioso pensar en qué podía suceder en la reunión, y lo más frustrante era que ni siquiera entendía el verdadero alcance del favor que Parres le había pedido. La cocaína tampoco lo ayudaba a relajarse. «Pero te mantiene despierto», se decía a sí mismo. Cogió la pistola que guardaba en casa y salió. Mientras conducía, se le ocurrió algo: intentar contactar a «El Toro» Jiménez. Pensó que, si alguien podía echarle un cable, ese sería él.

Salió de su casa y subió al coche, con la despreocupación habitual, hasta que llegó a uno de los semáforos de la calle Antonio Machado. En ese momento, notó algo que le hizo erizar la piel. Eran tres motos. No podía ver las caras de los motoristas, ya que llevaban cascos integrales, pero los espejos retrovisores captaban sus luces a una distancia alarmantemente constante. No les dio importancia y los dejó atrás, tan pronto como giró para aproximarse al taller de «El Toro». Pero este estaba cerrado, sin señales de que hubiera nadie dentro. «Qué raro…». Aquello no era lo habitual. Bajó del coche y golpeó la puerta varias veces, esperando que alguien respondiera. Solo escuchó el eco de sus golpes retumbando contra la chapa metálica. Tras unos minutos sin éxito, regresó al coche y lo llamó al móvil, pero el teléfono de «El Toro» estaba apagado.

«Mierda».

No había tenido noticias de él últimamente, lo cual ya le había parecido extraño, considerando que le había pedido que vigilara a su hermana. Las dudas y la desesperación lo atacaban como un enjambre de abejas. Por un momento, pensó en llamar a su hermana. Si algo llegaba a pasarle, ella debería saberlo. Luego descartó la idea. «¿Y si le ha puesto la mano encima?», se decía a sí mismo. «El Toro» solo tenía que observarla, nada más. Ella debería acercarse a él, no al revés. Si Sofía se enteraba, probablemente utilizaría esa información para tomar ventaja.

Respiró hondo, resignado, y continuó su camino hacia el lugar de la reunión.

Condujo con el corazón latiendo a un ritmo desbocado, cuando los faros de aquellas motocicletas lo seguían, de nuevo, como lobos en la noche. «¿Qué coño…?», se preguntó, al darse cuenta de una señal de que no se trataba de una coincidencia. La paranoia se apoderó de él. La cocaína que corría por sus venas, lejos de tranquilizarlo, lo ponía aún más alerta. Sabía que estaban tras él y no iba a esperar a ver qué querían.

Las calles comenzaron a difuminarse mientras Ignacio tomaba giros bruscos, intentaba esquivar el tráfico y recorría callejones sin salida, para intentar perder a los motoristas. A medida que la tensión crecía, sus manos apretaban el volante con fuerza. Aumentó

la velocidad y atravesó la zona comercial de la ciudad, zigzagueando entre los coches estacionados, subiendo brevemente a la acera, mientras los motoristas se acercaban peligrosamente a los laterales de su vehículo, intentando que perdiera el control.

Ignacio soltó un grito desesperado cuando una de las motos se puso a su altura y empezó a golpear su coche. El casco del motorista parecía un depredador acechando a su presa. «No voy a morir hoy, cabrones», pensó, y apretó el acelerador, rozando el paragolpes de un coche aparcado en un intento de sacudirse al motorista. Sintió el golpe y oyó el chirrido del metal contra el asfalto, pero no se detuvo. Al contrario, pisó a fondo y siguió adelante, mientras los latidos de su corazón se mezclaban con el rugido del motor.

Cuanto más se acercaba al desvío, más aguda sentía la tensión, y un sudor frío empezaba a recorrerle la espalda. Pensaba en Parres. En su padre. En el favor que le había pedido.

«No hay necesidad de convencer a nadie de que eres bueno cuando puedes demostrar tu poder».

Finalmente, Ignacio giró bruscamente en dirección al desvío de la autopista, hacia la gasolinera. Las motos seguían a su espalda y sus luces se reflejaban en el retrovisor, cada vez más cerca. Conducía al borde de la desesperación, moviéndose entre vehículos, cruzando semáforos en rojo, tratando de ganar ventaja. Cuando pensó que los había perdido de vista por unos instantes, entró en la gasolinera y, aunque sabía que había llegado al lugar de la reunión, no podía arriesgarse a que esos tipos lo atraparan allí. Apretó los dientes y tomó la decisión.

Aparcó el coche y permaneció unos segundos en silencio, observando los alrededores. El lugar estaba desierto, algo que no le sorprendía a esas horas de la noche. Solo una luz parpadeante sobre el surtidor de gasolina rompía la penumbra, añadiendo un aire amenazante a la atmósfera. Se preparó otra raya y la esnifó en el asiento. Después, cerró los ojos, intentando despejar su mente de pensamientos intrusivos, antes de salir del coche.

Miró a los moteros que llegaban aminorando la velocidad mientras lo buscaban. Bajó del vehículo y corrió hacia el interior de la tienda

de la gasolinera, buscando una oportunidad para desaparecer antes de que lo alcanzaran.

Una vez dentro, cruzó el pasillo de los comestibles y se dirigió directamente al baño, sin prestar atención a los empleados. Cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda contra ella, intentando calmarse. Sabía que no podía quedarse mucho tiempo allí, pero necesitaba un plan. Echó un vistazo rápido al reducido espacio: un lavabo roto, un espejo manchado, un cubo de basura y un inodoro. Nada que pudiera ayudarlo, pero era mejor que quedarse a la intemperie.

Escuchó el ruido de la puerta principal de la tienda al abrirse y, después, pasos que se acercaban. Se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el picaporte de la puerta del baño, esperando. De pronto, alguien intentó abrirla con fuerza. Ignacio respiró hondo y desabrochó su chaqueta lo suficiente para agarrar la pistola en la cintura. La puerta se abrió con un golpe seco y uno de los moteros entró rápidamente, con clara intención de darle una paliza. Ignacio reaccionó antes de que el hombre pudiera hacer nada: soltó un golpe seco en el rostro con la culata de la pistola y lo empujó hacia atrás, estrellándolo contra la pared.

Otro motorista apareció en ese momento, y antes de que pudiera reaccionar, Ignacio ya tenía la pistola apuntándole directamente.

—¡Quieto, cabrón! —le gritó, con la voz temblorosa pero firme.

El segundo motorista levantó las manos lentamente, sin quitarle los ojos de encima. Ignacio sentía la adrenalina bombeando con fuerza por todo su cuerpo. No había vuelta atrás.

—¡La habéis cagado! —espetó.

El motorista no respondió, y el otro, semiinconsciente, tampoco estaba en condiciones de hacerlo. Ignacio no esperó respuestas. Dio un paso atrás, manteniendo la pistola apuntada al segundo tipo, y salió del baño rápidamente. Caminó con pasos apresurados hacia la salida de la tienda, mientras los empleados lo observaban con los ojos abiertos, sin atreverse a intervenir.

Ya en el exterior, el frío de la madrugada le golpeó la cara, despejando momentáneamente sus pensamientos. Miró hacia su coche y notó algo que le llamó la atención: un vehículo aparcado al

otro lado del surtidor parpadeó sus faros dos veces. Era la señal de los Parres.

Respiró hondo, guardó el arma en la guantera y se preparó para bajar del coche. Sabía que no podía permitirse mostrar debilidad, no frente a los Parres y su gente. A paso firme, caminó hacia el coche que había parpadeado.

El sudor frío y el temblor en sus manos eran algo que no podía permitirse mostrar. Los moteros lo habían seguido hasta la puerta del baño, pero no le habían impedido llegar hasta allí. «Esto no se ha acabado», pensó mientras abría la puerta del coche y miraba a los hombres que lo esperaban dentro.

47

Eduardo

No tenía intención de aparecer personalmente en el encuentro; Emilio «El Viejo» Sánchez se encargaría de recoger a Ignacio Bernabeu y llevarlo a la fábrica, mientras que Raúl «El Niño» Torres los seguiría, listo para intervenir, si surgía cualquier imprevisto. Eduardo Parres iba en la parte trasera de un Toyota Land Cruiser conducido por Rubén «El Socio» Giménez y se quedaría en las afueras de la vieja fábrica, esperando asegurarse de que Ignacio cumplía con su parte del trato. De no ser así, «El Niño» tenía órdenes claras: eliminar tanto a Ignacio como a Alfonso García.

«En el peor de los casos, dejarán claro que no me interesa ser querido, sino respetado y temido, incluso por aquellos que me odian», pensó Eduardo.

Durante el trayecto, Parres reflexionaba sobre la desorganización que reinaba en la familia Bernabeu. La falta de liderazgo tras la desaparición de Tomás, las rivalidades entre Sofía e Ignacio y la desconfianza creciente entre sus propios aliados habían convertido el panorama en un peligroso libre albedrío. Eso no le convenía a nadie, y mucho menos a él. Mientras sus pensamientos vagaban en esta dirección, su teléfono empezó a sonar. Miró la pantalla y vio que era una llamada de su hijo, Marcos.

—¿Qué pasa? Estoy ocupado, no puedo hablar ahora.

—Es importante, padre —dijo Marcos con tono urgente—. He oído rumores de que han matado a «El Toro».

Eduardo frunció el ceño, desconcertado.

—¿El mismo que fue a montar lío al polígono la otra noche?

—Sí.

—¿Estás seguro? —preguntó, intentando controlar el tono de su voz.

—No puedo confirmarlo del todo, pero las chicas lo comentan.

—¿Desde cuándo te preocupan tanto las chicas?

—No es por ellas, sino por el territorio. Cuido el negocio, padre. Desde el último incidente, nadie se ha atrevido a molestarlas.

Eduardo suspiró, sintiendo una inquietud creciente. ¿Sería posible que los Bernabeu ya se estuvieran desmoronando desde dentro? La muerte de «El Toro» era un indicio de que la estructura podría estar tambaleándose. «Una venganza, un ajuste de cuentas o un acto impulsivo», pensó antes de colgar rápidamente.

—¿Todo bien? —le preguntó Giménez.

—Parece que los Bernabeu han empezado a caer —respondió en voz baja—. Han matado a «El Toro». La razón aún la desconocemos…

—Buenas noticias, ¿no?

—No es sabio celebrar la muerte de nadie. Por desagradable que sea, el dolor es un arma. Nos da energía, claridad y propósito.

—¿A dónde quieres llegar?

—Espero que Ignacio y Sofía aún no se hayan enterado, o tendremos un problema… aunque algo me dice que ya lo saben —dijo, reflexionando en voz alta—. Escucha, Giménez, a las personas hay que ganárselas o eliminarlas. Porque, si alguien sobrevive a un ataque así, ¿qué crees que hará?

—Lo peor.

—Exacto. Pensarán que fue una respuesta desmedida. Y si dejas encendida, aunque sea, una brasa, por pequeña que parezca, siempre corres el riesgo de un nuevo incendio.

—Entiendo. ¿Sigue convencido de lo que vamos a hacer?

—Por supuesto. No hay tiempo que perder… Ataca al enemigo cuando está desorganizado, como ahora, y prepárate para

enfrentarlo cuando esté fuerte, si es que vuelve a estarlo algún día.

La noticia solo reforzaba su certeza de que era el momento perfecto para golpear y acelerar el colapso de la familia Bernabeu.

El Toyota Land Cruiser continuó su trayecto hasta la fábrica abandonada. Eduardo miraba por la ventana el desolado paisaje del polígono industrial. En otra época, ese lugar bullía de actividad y era un símbolo de progreso para muchos hombres. La noche era fría y oscura; el aire gélido se filtraba por las rendijas del coche.

Finalmente, llegaron a su destino. La fábrica, un edificio gris y sombrío, con ventanas rotas y grafitis cubriendo las paredes, se erguía en el silencio de la noche. Rubén «El Socio» aparcó el coche a una distancia prudente de la entrada, desde donde tendrían una buena vista de todo sin ser detectados.

—Ahora toca esperar —dijo Rubén, mirando a Eduardo por el retrovisor.

Eduardo asintió, imperturbable.

—Ignacio tiene que demostrar de qué está hecho.

—No las tengo todas conmigo. No me fío de esa rata. Apuesto a que no lo hace —respondió Rubén, sacando un billete de cien euros.

—Guárdate el dinero. García es un Judas.

—No lo dudo, pero Ignacio es un Bernabeu. ¿Y si no es capaz?

—Ya sabes lo que dice el refrán: «La feina es la feina». Si no es capaz, nos encargaremos de él. De una forma u otra, no saldrá airoso de esta.

Mientras esperaban, la tensión en el aire era palpable. Sabían que Emilio «El Viejo» ya debía haber recogido a Ignacio y que pronto llegarían a la fábrica. Raúl «El Niño» Torres los seguía de cerca, listo para intervenir si algo se torcía. La muerte de «El Toro» podía dar un giro inesperado a lo que sucediera esa noche. Si Ignacio no cumplía, eso confirmaría que los Bernabeu estaban más débiles de lo que Parres había imaginado.

Poco después, los faros de otro coche iluminaron la entrada de la fábrica. Era Emilio «El Viejo» con Ignacio. Eduardo se acomodó en su asiento, fijando la mirada en la entrada. Esta sería la prueba definitiva.

«Como el oráculo que ve el futuro, planear varios pasos por delante es lo que acerca a los hombres al poder de los dioses», pensó, mientras observaba a Emilio e Ignacio bajar del coche y adentrarse en la oscuridad de la fábrica.

La noche prometía ser larga y el destino de los Parres dependía de los próximos pasos que dieran.

48

Natalia

Serrano le había confiado esta tarea para mantenerla controlada, y allí estaba ella, intentando no pensar demasiado en lo que había hecho para llegar a ese punto.

Natalia Rivas se sentaba en su escritorio, con los dedos temblorosos sobre el teclado, mientras intentaba redactar la solicitud al fiscal que Serrano le había pedido. La comisaría estaba en silencio; solo se oía el golpeteo de las teclas y el murmullo lejano de algunos compañeros de turno. A pesar de ser una comisaría pequeña, el descanso era inexistente.

«Joder».

Desde hacía meses, había estado filtrando información a los Parres a cambio de dinero. Lo que nunca imaginó era que terminaría en el departamento de estupefacientes, justo cuando le tocaba redactar la solicitud para la operación «Camarote». Pese a toda la información que había soplado a las familias, Serrano parecía haberlo anticipado todo. «Ese cabrón siempre va un paso por delante». En ese instante, comprendió la magnitud de lo que estaba en juego.

El inspector Javier Serrano y el subinspector Gutiérrez le habían entregado un sumario completo: testimonios de testigos, videos de vigilancia de los narcopisos de Carrús, registros de empresas tapadera en el puerto de Santa Pola y pruebas obtenidas de fuentes como Alfonso García e incluso la colaboración de la Guardia Civil. La

evidencia señalaba a la familia Bernabeu como el cerebro detrás de la distribución de droga en Carrús, y la solicitud al fiscal buscaba interceptarlos en plena entrega para llevarlos a juicio.

Era cuestión de horas que les dieran la luz verde para entrar en uno de esos pisos.

«Primero, cortarán el suministro. Después, interceptarán la distribución», sospechó, mientras leía la información.

Pero ese solo sería el primer ataque.

Serrano quería un golpe certero que tumbara una de las redes de narcotráfico más poderosas de la ciudad, exponiendo tanto a los responsables menores como a los cabecillas. «Un negocio de años», pensó Natalia, estremeciéndose al leer que la operación contaría con apoyo de la Guardia Civil, la unidad marítima de la Policía Nacional e incluso la Agencia Tributaria. El peso de la culpa empezó a aplastarla. Si los Parres se enteraban del operativo y decidían emboscar a la policía durante el intercambio, todo podía salir terriblemente mal. Sus compañeros estaban en peligro por su traición. Y, después, iría ella.

—Mierda —murmuró entre dientes, dejando de teclear y llevándose la mano a la frente. Intentó concentrarse, pero la duda comenzó a crecer.

En ese momento, Gutiérrez apareció por detrás, tomándola por sorpresa.

—¿Estás bien? —preguntó en tono amable, cosa rara en él—. Si te acercas tanto a la pantalla, te vas a quedar ciega.

Natalia forzó una sonrisa.

—Sí… es solo el cansancio —mintió, mientras volvía la mirada a la pantalla, con los ojos ligeramente vidriosos.

Gutiérrez le puso una mano en el hombro, provocándole un escalofrío. Ella odiaba que la tocaran.

—Tómate un respiro, Rivas. Estos informes los carga el diablo —dijo con una sonrisa irónica y apartó la mano, notando su incomodidad—. Termínalo y vete a casa. Ya lo continuarás mañana; esto deja a cualquiera sin fuerzas.

—Es urgente.

—Por supuesto que lo es.

Ella asintió, aunque en su mente el caos continuaba. Sabía que tenía que mantener las apariencias, pero cada segundo allí le resultaba más difícil. Cuando Gutiérrez se disponía a marcharse, Natalia lo detuvo con una pregunta que llevaba rumiando desde que empezó a redactar.

—¿Sabes si Serrano contará conmigo en la operación? —preguntó, intentando sonar casual.

Él la miró con una ceja en alto y sonrió.

—Todo llegará, Rivas, todo llegará —dijo antes de alejarse—. Hay que conocer bien a esas ratas, antes de meterse en su agujero.

Natalia se quedó sola, con las palabras de Gutiérrez resonando en su cabeza. «Todo llegará». Pero ella no quería que llegara. No quería estar allí cuando todo se viniera abajo, mucho menos sabiendo que sus acciones podían ser responsables de que sus compañeros acabaran muertos.

Tenía que acabar el informe y buscar una alternativa. Continuó escribiendo, aunque las palabras comenzaban a perder sentido en su mente. La ansiedad le oprimía el pecho.

Finalmente, respiró hondo para calmarse y dejó que el silencio de la comisaría la envolviera. Debía tomar una decisión, y rápido. ¿Seguiría adelante con su traición, dejando que los Parres tuvieran la ventaja? ¿O intentaría salvar algo de su integridad y evitar un desastre mayor?

Contar la verdad, no era una opción.

Sabía que si hacía lo correcto y se apartaba de los Parres, las consecuencias para ella serían graves. Los Parres no perdonaban; eso lo tenía claro.

Terminó de redactar la solicitud, la guardó en la carpeta correspondiente y la dejó sobre el escritorio de Serrano, con la mirada perdida en los objetos de su superior. «No hay vuelta atrás». Miró alrededor, asegurándose de que nadie la observaba, y sacó el móvil. Varios mensajes de los Parres le pedían actualizaciones. Los leyó, uno por uno y luego cerró la aplicación sin responder.

Se levantó y fue al baño, necesitaba agua y un respiro. Cerró la puerta tras ella y se miró en el espejo. La mujer que la observaba en el reflejo, no se parecía en nada a la Natalia Rivas que había

ingresado en la Policía Nacional con la esperanza de hacer el bien. Aquella Natalia había cambiado; se había convertido en alguien que jamás imaginó ser. Pero tal vez, solo tal vez, aún quedaba algo dentro de ella que pudiera salvarse.

«Sofía Bernabeu», se dijo en silencio, mirando su reflejo, pensando en ella como la única opción.

«La información es poder, y tú tienes algo que ella necesita, aunque aún no lo sepa», reflexionó. «La necesidad rige el mundo, y la gente rara vez actúa cuando no la tiene».

Salió del baño y volvió a su escritorio. Imprimió una segunda copia y la guardó en una carpeta aparte. Apagó el ordenador, cogió la carpeta, se puso de pie y tomó su chaqueta. Debía hablar con Sofía antes de que fuera demasiado tarde, «antes de que todo se vaya a la mierda». La verdadera batalla se libraría dentro de ella, y esa sería la que determinaría quién era Natalia Rivas al final de todo esto.

Cuando Natalia cruzaba el umbral de la puerta del departamento, absorta en sus pensamientos, no vio llegar a Gutiérrez y tropezó de frente con él.

—¡Oh! —exclamó, mientras la carpeta caía de sus manos y los documentos se esparcían por el suelo.

—¡Maldita sea! —dijo él, frotándose el hombro y lamentando el golpe—. Disculpa.

En un acto reflejo, el subinspector se agachó para ayudarla a recoger los papeles. Natalia, con el corazón acelerado, se apresuró a detenerlo.

—¡No, está bien! —exclamó con nerviosismo, intentando bloquearle el acceso a los documentos.

Pero Gutiérrez alcanzó a ver los papeles que había recogido y alzó la vista, mirándola con extrañeza.

—¿Qué demonios…?

Antes de que pudiera terminar, ella le arrebató los documentos de las manos y los guardó como pudo en la carpeta. Luego se puso en pie, esforzándose por mantener la calma mientras buscaba una excusa para irse de inmediato.

—Tengo que irme —dijo, evitando mirarlo a los ojos y echando a andar hacia la salida.

—¡Rivas! —llamó él, con una mezcla de curiosidad y desconfianza en el tono.

La oficial apenas giró la cabeza, pero no se detuvo. Había estado a punto de ser descubierta, pero logró salir airosa, dejando a Gutiérrez plantado, con más preguntas que respuestas.

49

Ignacio

Para cualquiera que estuviera en los negocios de la familia, aquel rostro era inconfundible.

—Sube —dijo Emilio, señalando el asiento del copiloto.

Ignacio miró de reojo el asiento trasero.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—No temas —sonrió Emilio con su tono sarcástico de siempre—, no hay nadie más. Don Eduardo es un hombre íntegro y de palabra.

«Igual que todos… hasta que les conviene cambiar de opinión», pensó Ignacio.

Emilio encendió el motor y salieron del aparcamiento, luego bordearon la ciudad por la carretera hacia la ronda sur. El ambiente en el coche era denso, impregnado de una vibra que no inspiraba nada bueno. «El Viejo» era una figura peculiar y un hombre de pocas palabras. Siempre había detestado la idea de que Parres se quedara con una parte del negocio familiar, pero Tomás Bernabeu, el padre de Ignacio, le repetía que a veces la rendición era solo una estrategia para ganar tiempo y esperar el momento de ajustar cuentas. No obstante, Ignacio intuía que Emilio ya había aceptado su lugar al lado de Parres. Probablemente buscaba la manera de retirarse en paz, o al menos eso pensaba.

Durante el trayecto, una estación de música clásica sonaba en la radio de RNE-5, y aunque Ignacio tuvo el impulso de hacer un comentario sarcástico, optó por no provocar al conductor. Desde su perspectiva, Emilio era una contradicción andante: alguien sin clase ni estilo, pero que intentaba revestirse de un barniz de sofisticación con aquella música. Detestaba a tipos como él, símbolos de lo que rechazaba de los Parres y su entorno.

Ignacio miró por la ventanilla el paisaje oscuro y desolado del polígono que dejaban atrás. Notó cómo Emilio miraba el retrovisor con frecuencia, como si temiera que alguien los siguiera.

—¿Pasa algo? —preguntó Ignacio.

—¿Qué va a pasar? —respondió Emilio, despectivo—. Relájate, que ya estamos llegando.

—Estoy relajado.

—Ya lo veo…

Ignacio, impaciente, lanzó una pregunta sin pensarlo mucho.

—¿De verdad te gusta esa música?

—Cierra el pico… y límpiate la nariz, anda.

Ignacio se sintió avergonzado y se pasó la mano por la nariz. Aquel comentario solo aumentó la tensión entre ambos, pero decidió no responder. Después de unos minutos, finalmente llegaron a la fábrica abandonada. Emilio aparcó frente a la entrada del edificio gris con ventanas rotas y grafitis cubriendo las paredes, un lugar que irradiaba peligro.

—¿Es aquí? —preguntó Ignacio, disimulando su inquietud.

—¿No me digas que te da miedo la oscuridad? —Emilio rio entre dientes mientras abría la puerta y bajaba del coche—. Venga, para dentro.

Ignacio lo siguió, sintiendo el olor a moho y abandono que impregnaba el ambiente. El eco de sus pasos resonaba en la inmensidad de la fábrica, apenas iluminada por las luces de las farolas. Emilio avanzaba con seguridad, como si conociera el lugar a la perfección.

Doblaron una esquina, y allí Ignacio se detuvo en seco. Sentado en una silla, con el rostro pálido y una expresión de puro pavor, estaba Alfonso García. Ambos se quedaron mirándose, sorprendidos.

Ignacio sentía una mezcla de confusión y rabia al ver al hombre que había traicionado a su familia.

—¿Qué coño es esto? —exclamó, avanzando hacia él con furia—. ¡Tú!

Estaba a punto de lanzarse sobre Alfonso cuando Emilio levantó una mano, frenándolo.

—Espera, espera…

—¡Estás muerto, hijo de puta!

—Todo a su tiempo…

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Alfonso, intentando levantarse, pero «El Niño» Torres lo empujó hacia abajo, sujetándolo con firmeza.

—¡No, por favor! ¿Qué he hecho? —suplicaba Alfonso, con los ojos desorbitados de miedo—. Esto no es justo…

Emilio se dirigió a Ignacio, que respiraba agitado, tratando de controlar su impulso.

—Escúchame bien, muchacho. Don Eduardo quiere que te encargues de él —dijo en un tono severo—. Esto es para que ambos sepáis a quién podéis confiaros.

Ignacio miró a Alfonso, quien le devolvía la mirada, aterrorizado, consciente de su destino. Había oído rumores de la traición de ese hombre, de sus tratos con la policía y su colaboración con la familia rival, pero, verlo allí, frente a él, hacía que todo cobrara una realidad aterradora.

—Esto no era lo que habíamos acordado —protestó Ignacio, intentando mantener la calma.

—Don Eduardo te pidió un favor y aceptaste. ¿Qué quieres que hagamos con él? ¿Soltarlo? ¿Después de todo lo que le ha contado a la policía? Seguirá largando…

—¡No, por favor! ¡Prometo no hacerlo más! —suplicó Alfonso, mientras «El Niño» le propinaba un puñetazo en el estómago que lo dobló de dolor—. Ignacio, tienes que entenderlo. Estaba desesperado…

—¿De verdad pensabas que esto iba a ser coser y cantar, muchacho? —replicó Emilio, con un tono de desprecio—. Si quieres

el apoyo de Eduardo, demuestra que estás dispuesto a hacer lo que haga falta. Tu padre estaría orgulloso de ti, si lo haces.

—No lo menciones —gruñó Ignacio, con una chispa de ira en los ojos—. Esto es cosa mía, no de mi padre.

—No te lo tomes tan a pecho. «La feina es la feina» —dijo Emilio con un encogimiento de hombros.

Ignacio miró a Alfonso otra vez. El miedo en el rostro del hombre lo conmovió, y por un instante dudó. Si cruzaba esa línea, ya no habría marcha atrás. A lo largo de su vida, había cometido barbaridades. Sin embargo, matar a alguien a sangre fría era un asunto muy diferente. Sería su primera víctima, su primer paso en la senda sin retorno que exigía el poder en la familia Bernabeu. Pero sabía que, si no lo hacía, su ambición se desvanecería para siempre.

Respiró hondo, con los dientes apretados. Miró a Emilio y asintió, sin decir una palabra.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Emilio, examinando su expresión.

—No, lo haré yo.

—No seas bobo. Te encontrarán si dejas rastro… —Emilio sonrió con una mueca y sacó una pistola de la parte trasera de su cintura, entregándosela.

Ignacio la tomó, sintiendo el peso frío en su mano temblorosa. Se acercó lentamente a Alfonso, que lo miraba con lágrimas en los ojos, murmurando súplicas desesperadas.

—Por favor, Ignacio... yo no quería traicionar a nadie. Estaba desesperado y solo intentaba proteger a mi familia —dijo Alfonso, con la voz quebrada—. Tu padre me amenazó…

—Sus razones tendría. Ni se te ocurra mencionarlo delante de mí.

—¿Qué habrías hecho tú, por tu familia?

Ignacio vio el charco de orina que se extendía bajo los pies del hombre y apretó los labios, tratando de ahogar cualquier compasión. Sabía lo que debía hacer. La respuesta a la pregunta, la tenía delante de él. Apuntó el arma al pecho de Alfonso y puso el dedo en el gatillo. Cerró los ojos un instante, en un intento de calmar el torbellino de pensamientos que lo azotaban.

Cuando los abrió de nuevo, el rostro suplicante de Alfonso lo enfrentaba, pero sus ojos ya estaban vacíos de humanidad.

—Esto es por la familia —murmuró, antes de apretar el gatillo—. Púdrete, hijo de perra.

El disparo retumbó en la oscuridad de la fábrica y el cuerpo de Alfonso cayó inerte en la silla. Por un instante, Ignacio sintió como si el mundo entero se hubiera detenido, como si el eco del disparo sellara su destino.

50

Serrano

La música se cortó cuando, en el tocadiscos del salón, la aguja llegó al final de un álbum de Rory Gallagher. El inspector Serrano estaba en su apartamento austero y enano, en la segunda planta de un edificio que tenía el restaurante Jalisco en la planta baja, en plena calle Velarde. Se distribuía en tres habitaciones: un salón con cocina, un dormitorio, un baño y un cuarto de invitados. Apenas había muebles en toda la vivienda: una mesa pequeña de IKEA, un par de sillas, un sofá viejo, el tocadiscos de vinilo y una cama sin cabecero arrinconada. Un lugar sin adornos, práctico, funcional, tan sobrio que parecía falto de vida. Como su dueño, en las últimas semanas.

Era de noche y la única iluminación venía de una lámpara de escritorio y el tenue resplandor de las luces del patio interior. Javier se encontraba en el cuarto de invitados, que utilizaba como oficina. Sostenía una botella de cerveza medio vacía en una mano y, con la otra, pegaba con plastilina fotografías y documentos en el ventanal que daba al patio. Frente a él, el cristal se había transformado en un tablero de conexiones, un laberinto de nombres y relaciones que intentaba desentrañar.

Había decidido que era hora de reunir todo lo que tenía sobre las familias Bernabeu y Parres y sus conexiones con los peces gordos de la ciudad. Posesión de un dosier nutrido de fotos, chivatazos, informes de vigilancia y declaraciones que incriminaban a ambas

familias. Información suficiente para confirmar que la red de actividades ilegales era más extensa de lo que jamás hubiera imaginado. «Y había estado ciego todo este tiempo».

Empezó colocando las fotos de los principales miembros de los Bernabeu. Tomás Bernabeu, el patriarca desaparecido. «Sin él, el dominó se viene abajo... ¿A alguien le importará su paradero?». Los días pasaban y la investigación iba a ritmo de tortuga. Le resultaba sospechoso que el cadáver no hubiera aparecido, ni que hubiesen pedido un rescate por él. Y eso no hacía más que agravar la situación. Luego estaban sus hijos: Sofía e Ignacio, los sucesores, y los soldados de la familia, esos que hacían el trabajo sucio. Añadió los nombres de los asociados y las empresas tapadera que manejaban, como la empresa de suelas de goma y los registros que vinculaban a la familia con el puerto de Santa Pola. Javier montaba un organigrama detallado, visualizando las relaciones entre ellos, el rol de cada uno en la trama. En un extremo, colocó el nombre de los proveedores del norte de África.

Después sumó los nombres de los Parres y sus aliados. Eduardo Parres, el líder, y su hijo Marcos, el impulsivo. A su lado, los soldados y asociados que ejecutaban sus órdenes, y las empresas pantalla que usaban para lavar dinero: restaurantes, tiendas de alimentación, talleres de mecánica… Javier se preguntaba quién les proveía la droga a estos. Sabía que no era una operación cualquiera, que alguien con poder estaba detrás y que el proveedor probablemente ni siquiera era de la ciudad. Debía averiguar quién movía el dinero y cómo lo estaban lavando.

—La clave está en el dinero negro —murmuró, colocando un signo de interrogación entre ambas familias, tratando de descifrar el flujo de dinero—. En algún sitio tienen que lavarlo.

Colocó los nombres de las prostitutas, aquellas de las que Raquel Ortega le había hablado

—Trixie, Ludmila y Silvia —se dijo. Algunas trabajaban para ambas familias, y quizás ahí hubiera una pista sobre cómo se conectaban las dos organizaciones. Trazó un hilo entre el nombre de Silvia Parra y el de Ignacio.

Serrano dio otro trago de cerveza, agotado. El tiempo corría en su contra. Llevaban meses con la operación «Camarote» y todavía sin resultados contundentes. Si no conseguían pruebas sólidas, la jueza cerraría el caso. «Si no sacamos nada pronto, todo el trabajo habrá sido en vano», pensó con frustración. Sin embargo, le quedaba un poco de esperanza en la solicitud que había encargado a Rivas. Si recibían la orden para irrumpir en las viviendas de Carrús, tendrían detenidos y, como consecuencia, testimonios. Para el tráfico, era como cerrar un grifo a presión. «El agua irá a otra parte o terminará reventando la tubería». Ese era su plan, no el más sofisticado, pero sí el único que se le había ocurrido para provocar un desastre. Por desgracia, se preguntaba hasta cuándo la situación sonreiría a su favor y cuándo dejaría de hacerlo. Lo hacía porque algo no le cuadraba. No obstante, después de la confesión de la meretriz, cada vez estaba más convencido de que sus superiores también estaban en el ajo, aunque, primero, debía demostrarlo. Colocó la foto del comisario Vélez en el organigrama, junto a los Bernabeu y los Parres. Luego añadió una etiqueta con los nombres del alcalde y de la jueza.

«Ciudad podrida».

Recordó las palabras de su compañero, Giménez, y buscó en su chaqueta la fotografía de la chica que habían encontrado sin vida, abandonada en un contenedor tras una sobredosis.

«Inspectora Agulló».

—Ni hablar.

No necesitaba más polis metidos en ese asunto, ni a nadie de fuera. Pensaba que, meter a Homicidios en eso, solo serviría para agitar aún más el avispero.

Dudaba de todos.

Hacía semanas que no le contaba a Vélez muchos detalles sobre sus avances en la investigación. Sobre todo, en los que relacionaban a la prostituta. Al final del día, estaba solo en eso.

Buscó una cajetilla de cigarrillos en lo alto de una estantería con algunos libros. Se subió a una silla para alcanzarla y luego abrió la ventana al patio exterior para dejar entrar aire. En la calle, apenas

se escuchaba algún coche pasar o el murmullo apagado de la ciudad.

Encendió un cigarrillo, dio una larga calada y observó el organigrama completo frente a él. Su mirada recorrió las fotografías: el patriarca Tomás Bernabeu, desaparecido, cuya ausencia había desatado una lucha entre sus hijos. Eduardo Parres, un tipo calculador, siempre un paso adelante. Vélez, el comisario traidor, quien fingía ser un defensor de la ley. Las prostitutas, los soldados, los aliados…

«Necesitarás un jodido ejército, Serrano».

Eso no sucedería.

Bebió el último trago de cerveza y se acercó al organigrama. Quitó la foto de Tomás Bernabeu y la dejó a un lado. De repente, algo se aclaró en su mente, algo que no había querido ver hasta ahora.

—Sofía o Ignacio —murmuró, dándose cuenta de que la verdadera lucha estaba entre ellos—. Tengo que hablar con ella.

Fumó lentamente, mientras las piezas empezaban a encajar. Sofía, la hija responsable, quien había asumido el mando tras la desaparición de su padre. Ignacio, el hijo impulsivo, que buscaba el poder sin importar las consecuencias.

—Mierda —murmuró.

Estaba exhausto, física y mentalmente. El cansancio se acumulaba, las noches sin dormir, el estrés, la presión constante.

Finalmente, apagó el cigarrillo y se alejó del organigrama. Necesitaba una ducha, un respiro, aunque fueran un par de horas de sueño antes de volver a la comisaría.

En ese momento, sonó el timbre del edificio.

Se asomó a la ventana y dio un vistazo a la calle. Por desgracia, no alcanzaba a ver quién había en el portal. Regresó al telefonillo y descolgó:

—¿Sí?

—¿Serrano? —preguntó una voz de mujer.

—Lo siento, se ha equivocado.

—No, no me he equivocado. Necesito hablar con usted, inspector.

—¿Quién llama a estas horas?

—Sofía Bernabeu. Me dijo que lo llamara si quería hablar, pero no responde al teléfono.

51

Serrano

Serrano se quedó callado por un instante, sorprendido. No entendía qué hacía ella allí ni cómo había dado con su domicilio, pero, por alguna razón, esa mujer quería hablar con él.

Dudó. Sabía que aquello podía ser la oportunidad que necesitaba para avanzar en la investigación, pero también era consciente de que no era lo correcto; sus principios le dictaban no involucrarse con los sospechosos. Aunque Serrano no era hombre de temer a nadie.

—Es la segunda planta —respondió al fin, presionando el botón para abrir la puerta del portal.

Rápidamente, cerró la puerta del cuarto donde guardaba todo el material de la investigación y pasó la llave. No quería dejar nada sensible a la vista. Escuchó los pasos acercándose por las escaleras y, al abrir la puerta de su apartamento, allí estaba ella, impecable, con el cabello recogido y el rostro sereno. Aunque en sus ojos adivinó preocupación.

—No voy a preguntar cómo has dado con mi dirección —dijo él, con su tono sarcástico habitual—. No es el momento ni el lugar, pero parece que eso te da igual.

—Lo siento, Javier —respondió ella, sin darle importancia a su tono—. Necesitaba hablar con alguien. No sabía a dónde ir.

Serrano alzó una ceja.

—¿Y tu familia? ¿Tu marido, tu hermano? ¿Saben que estás aquí?

Ella intentó entrar, pero él bloqueó el paso poniendo una mano en el marco de la puerta.

—Primero, respóndeme—exigió.

Sofía suspiró y lo miró directo a los ojos. En su mirada había una determinación felina, un brillo que le recordaba por qué esa mujer era peligrosa.

—Solo invítame a una copa, Serrano, pero no me hagas un interrogatorio. Si quisiera denunciar algo, habría ido a la comisaría. Te prometo que luego me iré.

Él la miró unos segundos, evaluando sus intenciones. Finalmente, retiró la mano del marco y le permitió pasar. Cerró la puerta detrás de ella y la guio hasta el salón. La vivienda era austera, sin apenas muebles. Ella lo miró todo, percibiendo la frialdad, el vacío de aquel espacio que reflejaba la vida del hombre que tenía frente a ella.

—Ponte cómoda —dijo él mientras se dirigía a la nevera de la cocina—. ¿Qué quieres beber?

—Me da igual...

—No tengo de eso.

—Un whisky estará bien —dijo ella, aunque sin mucha expectativa. Observaba los escasos muebles, las paredes blancas y los ventanales antiguos, y luego posó los ojos en el tocadiscos. Se acercó y levantó la aguja para que el disco de Rory Gallagher volviera a sonar desde el principio. Al menos, la música rompería la tensión.

Javier volvió con dos botellas verdes de cerveza en la mano.

—Es lo único que tengo. Procuro no beber en casa —dijo, entregándole una cerveza.

Sofía tomó la bebida sin protestar. Se apoyó en el brazo del sofá y cruzó las piernas, observando cómo Javier encendía un cigarrillo. Las primeras caladas llenaron el aire, mientras él la miraba, esperando.

—¿Qué has venido a contarme, Sofía?

Ella bebió un largo trago de cerveza sin apartar la vista de él. Luego dejó la botella sobre la mesa de centro, con un gesto de resignación.

—¿Puedo? —preguntó, refiriéndose al tabaco.

—Adelante.

Ella cogió un cigarrillo y lo encendió, luego exhaló el humo hacia el techo.

—No soy quien crees que soy, Javier —dijo al fin, con una sinceridad que él no esperaba.

Serrano la miró, intentando descifrar qué había detrás de sus palabras, buscando alguna pista en su mirada. Sabía que estaba frente a una mujer que siempre tenía el control, alguien que sabía jugar sus cartas. Pero en ese instante, algo en ella parecía haberse roto.

—No tengo un perfil elaborado sobre tu persona.

—Soy la hija de Tomás Bernabeu, no necesitas elaborar nada —respondió ella, acercándose un poco más—. ¿Crees que no me doy cuenta? Sé que piensas que todo este tiempo he estado interpretando un papel. Pero mi vida es más complicada que lo que dicen tus informes o lo que piensa esta maldita ciudad de mí.

Javier entrecerró los ojos, tratando de comprender. Fumaba tranquilo, expectante, cómodo con la música de fondo. Sabía que los Bernabeu eran complicados, pero su visita le parecía intrigante.

—¿Por qué vienes a mí? ¿Por qué, ahora? —preguntó, exhalando una bocanada de humo—. No soy precisamente la persona indicada si buscas apoyo. Estás siendo investigada. Si quieres ayuda, busca un buen abogado.

—No busco ayuda —respondió ella con firmeza—. Busco otra cosa. Busco a alguien que entienda lo que es estar atrapado en un callejón sin salida.

—¿Y yo te doy la impresión de que soy esa clase de persona?

—Algo te atrapa. De eso, estoy segura.

—No vas mal encaminada…

—¿Alguna vez has sentido que no puedes confiar en ninguno de los que te rodean?

Serrano se quedó en silencio un momento. Sabía muy bien lo que eso significaba. La vida que llevaba tampoco había sido una elección; era solo el resultado de decisiones y circunstancias que lo arrastraron a un lugar del que ya no podía escapar.

—Tal vez —dijo finalmente, apagando el cigarrillo en un cenicero de cristal—, pero lo que yo piense no cambiará lo que sientes.

Sofía lo miró fijamente, evaluando cada palabra antes de responder. Su cuerpo se deslizó por el brazo del sofá hasta el asiento. La distancia entre los dos se había reducido.

—Quiero cambiar las cosas. Quiero que esta ciudad deje de ser un infierno.

—¿Para ti o para los demás?

—Para todos.

—Eso no lo puedes cambiar. Nosotros, tampoco.

—Quiero que mi padre regrese. Y sé que no puedo hacerlo sola.

Serrano sonrió, una sonrisa amarga.

—Te estás aferrando a una ilusión que te puede hacer daño.

—Quizá —respondió ella, acercándose un poco más. Dio un trago y lo miró directamente a los ojos—. Pero al menos será mi decisión. ¿Y tú, inspector?

Serrano notó su postura, ahora relajada, con las piernas desenlazadas y las rodillas apuntando hacia él. El atractivo de la mujer era evidente. Javier no pudo evitar fijarse en sus labios, tentadores, antes de mirarla a los ojos.

—Yo, ¿qué?

—Nos vas a hacer daño, ¿verdad? Me refiero a mi familia, los Bernabeu.

Serrano se inclinó hacia ella, esta vez acercándose casi hasta invadir su espacio. La postura era desafiante y sus cuerpos quedaron separados por escasos centímetros.

—No lo tomes como un asunto personal, pero, haré lo que deba. Es mi trabajo —respondió y dio un trago a la botella sin apartar la mirada de sus ojos. El silencio cayó sobre ellos y la tensión entre ambos se hizo palpable. Sofía se mordió el labio inferior, en un gesto involuntario. De fondo, el solo de guitarra de *I Fall Apart* llenaba la habitación. El momento los electrizó y ella se abalanzó sobre el policía para besarlo. Las botellas cayeron al suelo y Serrano la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él, quitándole la ropa con frenesí. Juntos, se perdieron en una oleada de pasión, dejándose llevar al ritmo de las guitarras que sonaban de fondo.

52

Sofía

Estaba a punto de amanecer.

Le dolía la cabeza, pero no por el alcohol, pues apenas había bebido. Sofía no había pegado ojo en toda la noche, aunque había fingido dormir hasta que Serrano quedó profundamente dormido. Sin hacer ruido, se vistió y salió de aquel destartalado apartamento. Al cerrar la puerta, murmuró para sí misma: "¡Oh, Dios!". Aún no podía creer lo que había hecho, y ni siquiera estaba ebria. No se reconocía. Desde el momento en que apretó el gatillo, la noche anterior, o incluso desde el instante en que tocó el timbre, ya no era ella misma. Algo en su interior se había roto para siempre. Pensaba que podría cargar con el peso de sus decisiones, que el liderazgo implicaba hacer lo necesario sin titubeos, pero la realidad la perseguía.

Caminó por la calle desierta y buscó el coche, aparcado varias calles más allá. Al entrar en el vehículo, cerró los ojos y, de inmediato, la imagen ensangrentada de "El Toro" le vino a la mente. Su rostro implorante y su voz rota aún retumbaban, como si intentara justificarse. Y la onda del disparo seguía rebotando en su cabeza.

—¡No! —gritó y golpeó el volante.

La mañana llegó y Sofía ya no era la misma. Antes de regresar a su casa, condujo hasta la vivienda familiar para darse una ducha.

Teresa, su madre, aún dormía, pero el ama de llaves salió a recibirla. A pesar de su aspecto desaliñado, intentó recoger el pelo en un moño y le explicó que había tenido una noche larga. Después, se duchó y salió antes de que Teresa se despertara, para regresar a Elche y reunirse con su familia. Pero sabía que no le sería fácil mantener las apariencias. Se sentía distante, atrapada en sus pensamientos mientras fingía normalidad.

Al llegar, su marido estaba preparando el desayuno. Ella respondía con asentimientos y sonrisas mecánicas cuando él le hablaba.

—¿Dónde has estado? —le preguntó en la cocina, antes de que los niños aparecieran—. No respondías al teléfono.

—Dormí en casa de mis padres. No quería despertarte. Allí no hay buena cobertura.

—Ya… —respondió él, sin convencerse del todo.

Sofía se acercó, buscando reconciliarse.

—La ausencia de mi padre no es fácil para ninguno de nosotros.

—Lo sé —respondió él, seco—. Pero últimamente estás muy ausente.

—Todo volverá a ser como antes —dijo con una sonrisa vacía, y le dio un beso en la mejilla.

Cuando los niños bajaron a desayunar, Sofía se obligó a actuar como siempre. Les ayudó con las mochilas, les puso los abrigos y les dio un beso antes de que salieran al colegio. Sabía que ellos no debían cargar con la culpa de sus actos y eso le dolía aún más.

—Yo los llevaré al colegio.

Durante el trayecto, los niños reían y charlaban en el asiento trasero, pero a ella sus voces le sonaban lejanas. Seguía atrapada en los recuerdos de la noche anterior, convenciéndose de que había hecho lo correcto, de que era necesario demostrarle al resto de la organización que no la intimidarían. "Tenías que hacerlo", se repetía, aunque una parte de ella sabía que solo buscaba justificarse. "El Toro" había sido desleal, sí, pero ¿de verdad tenía ella lo necesario para liderar como su padre?

Entonces, un estremecimiento recorrió su piel al recordar los besos apasionados de Serrano. Se preguntó si había usado a Serrano, o había sido ella quien terminó siendo usada.

Al llegar al colegio, bajó a los niños y los acompañó hasta la entrada. Les dio un beso y los vio desaparecer entre la multitud. Miró a su alrededor y notó que otros padres parecían mirarla con recelo, incluso con cierto temor. Era la primera vez que lo percibía. Sofía bajó la mirada y se apresuró a regresar al Audi. Una vez dentro, apoyó la cabeza en el volante y comenzó a respirar hondo, intentando calmarse. La culpa y el pánico no la dejaban pensar con claridad. Necesitaba serenarse, no podía permitir que la dominaran. Su padre siempre había sido frío, calculador e implacable, pero con una sonrisa para sus hijos. Sofía debía aprender a desconectar, a separar el trabajo de la vida personal. Así conseguiría respeto.

De repente, alguien golpeó la ventanilla, haciéndola sobresaltarse. Miró y vio a un guardia urbano indicándole que no podía aparcar allí.

—Lo siento, me voy ahora mismo —respondió, esforzándose por mantener la calma.

El guardia se alejó y ella arrancó el coche, alejándose del colegio. Con las manos temblorosas en el volante, sentía el corazón latiéndole a mil. Necesitaba respuestas, saber cómo había terminado todo, la noche anterior. Tomó el teléfono y marcó el número de "El Gordo" Díaz. Tras varios tonos, él respondió.

—Díaz, necesito hablar contigo —dijo, intentando sonar firme.

—Sofía, ya sabes las reglas. No hablamos por teléfono —respondió él, seco.

—Es importante.

Hubo un silencio antes de que él respondiera.

—Nos reuniremos en tu despacho. No conviene que nos vean juntos a menudo. Ya sabes cómo es esto.

Sofía apretó los labios, frustrada, pero sabía que tenía razón. La prudencia era esencial; un movimiento en falso y la situación se complicaría.

—De acuerdo. Iré a la oficina.

Guardó el teléfono y suspiró profundamente. Tenía que mantener a la familia unida, que Ignacio no tuviera la oportunidad de arrebatarle lo que le pertenecía. Pero solo pensar en él la llenaba de rabia y miedo. Sabía que Ignacio no se detendría, que en cuanto supiera lo de "El Toro" haría todo lo posible para desafiarla.

Encendió la radio para distraerse mientras conducía hacia la fábrica donde trabajaba como directora comercial. La música solo hacía más evidente el vacío que sentía.

—Nos vas a hacer daño, ¿verdad?

—Haré lo que deba. Es mi trabajo.

Serrano.

Se preguntó qué pensaría él de todo eso, si había sido un juego o algo más. Se sentía sola, aislada y confundida.

Al llegar a la fábrica, estacionó y se quedó unos minutos en el coche, con la cabeza apoyada en el respaldo. "No hay vuelta atrás". La Sofía de antes se había quedado en el pasado. De eso, no había duda.

Finalmente, salió del coche y entró en la fábrica. Iba a ser implacable, tal y como su padre le había enseñado.

***

Ella esperaba en su despacho, inquieta, el sonido de las máquinas de producción en la fábrica de suelas resonando de fondo. Cada golpe de las prensas parecía marcar el ritmo de su tensión. Finalmente, unos golpes en la puerta rompieron la espera. Fernando "El Gordo" Díaz entró, cerrando tras de sí con firmeza. Traía una expresión más sombría que de costumbre.

—Espero que sea realmente urgente, Sofía —dijo él, impaciente, acercándose al escritorio—. Porque también tengo una noticia importante para ti.

Sofía lo observó un segundo, intentando ocultar el nerviosismo.

—Habla tú, primero.

Díaz asintió levemente y, tras un breve silencio, dejó caer la noticia como una bomba.

—Se rumorea que Alfonso García ha muerto.

El nombre sonó en su mente, trayendo recuerdos que prefería olvidar. Alfonso había sido uno de los socios más cercanos a su padre, alguien en quien la familia confió hasta que traicionó. Desde entonces, había desaparecido, como una culebra, oculto en algún lugar desconocido. Y ahora… ¿Muerto?

—¿Muerto? —murmuró, casi sin darse cuenta de que lo decía en voz alta. Sofía intentó controlar su reacción, pero algo en su interior se heló—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo te has enterado?

—Tengo ojos y oídos en todas partes. Creíamos que estaba en el programa de Protección de Testigos, pero no era así. Al parecer, estaba bajo el regazo de los Parres. Lo escondieron todo este tiempo, esos malditos... —Díaz cruzó los brazos y la miró fijamente —. Pero, según parece, ya no les era útil.

—Mi padre lo buscó durante años.

—Lo sé. Me encargué de ello personalmente, pero era como si se lo hubiese tragado la tierra.

—¿Y se sabe la causa? —preguntó Sofía, controlando el tono.

Díaz negó con la cabeza.

—No ha sido natural, si es lo que piensas. Parece un ajuste de cuentas. Tal vez, Alfonso trabajaba de soplón para la policía. Ya sabes cómo es esto… Si lo pillaron, lo callaron.

La mezcla de rabia y miedo que sentía era casi asfixiante. Alfonso había sido de confianza y ahora, sumado a lo de "El Toro", parecía que la muerte estaba cada vez más cerca de su mundo, como una sombra que lo impregnaba todo.

Díaz, observando su reacción, rompió el silencio:

—¿Era esto lo que querías decirme? Porque yo ya he terminado.

Sofía respiró hondo, sacudiéndose el peso de sus pensamientos. No podía permitirse el lujo de mostrar debilidad.

—No, no era eso. —Se puso en pie y se acercó a Díaz, su mirada llena de una mezcla de desesperación y determinación—. He estado pensando…

—¿Acerca de qué? Si puedo saberlo.

—Quiero que contrates a los mejores, gente sin relación con la familia.

Díaz la miró, sospechando sus intenciones.

—Lo entiendo…

—Después de lo de ayer, pensé en mi padre. Y con esta noticia, estoy convencida de que es lo apropiado. Necesitamos limpiar la casa, Díaz. No podemos permitir traidores ni a los que estén

frotándose las manos esperando nuestra debilidad. Todos tiran de la cuerda, menos nosotros.

Díaz arqueó una ceja, sorprendido, pero no dijo nada. Sofía continuó:

—He reflexionado sobre lo que ocurrió con "El Toro". La única manera de mantener mi posición es consolidar mi poder. Tú mismo me lo dijiste.

—Así es.

—No tengo pruebas, pero tampoco dudas, de que Ignacio está detrás de todo esto, del desconcierto en que nos tienen. Si no lo detengo ahora, seguirá causando problemas. —Sofía endureció su tono—. Si dejo claro quién manda, él solo se pondrá en su lugar.

Fernando "El Gordo" Díaz la miró en silencio, midiendo hasta dónde estaba dispuesta a llegar. La muerte de "El Toro" la había transformado. Aunque veía el miedo en su voz, también notaba algo nuevo: una decisión férrea.

—Mi oferta sigue en pie. Puedo echarte una mano.

—Ya te he dicho que es cosa mía. Solo te pido un poco de apoyo en esto.

—Entiendo.

—Gracias.

—Estás segura de esto, ¿verdad? —preguntó, serio—. Es una tarea difícil y traerá consecuencias para todos. La gente no olvidará lo que estás a punto de hacer. Habrá represalias y tendrás que enfrentarlas con la misma dureza con la que estás tomando esta decisión.

Sofía asintió lentamente.

—Lo sé. Prefiero las consecuencias de ser fuerte que las de ser débil. Tenemos una operación a la vuelta de la esquina. Todos querrán su parte del pastel.

—Me refiero a los tuyos —dijo Díaz, señalando un portarretrato en el que ella aparecía con su marido y sus hijos.

—No quiero que nadie me subestime, Díaz. Esto tiene que acabar. Si quieres paz, prepárate para la guerra.

Díaz la miró en silencio y luego asintió, aceptando la orden.

—De acuerdo. Solo puedo aconsejarte, pero estoy seguro de que tu padre diría lo mismo —respondió, chasqueando la lengua

mientras se frotaba el mentón—. Si quieres ganarte el respeto, tendrás que estar presente en cada acción. Aquí no puedes esconderte detrás de tus hombres.

Sofía vaciló.

—¿Qué pasa con lo de ayer?

—Pronto correrá el rumor, pero no será suficiente. Seguramente, lo pondrán en duda.

—¿Cuántos más tendrán que morir para que me crean?

Fernando "El Gordo" Díaz no respondió. La miró una última vez antes de darse la vuelta y caminar hacia la puerta.

—Haré los arreglos. Prepárate, Sofía. Una vez demos este paso, ya no habrá vuelta atrás. Por cierto...

—¿Sí?

—¿Para qué querías la dirección de ese inspector de policía? ¿Te está molestando?

—No. Simplemente, pasé por allí. Tenía curiosidad por entender qué lo motiva y cómo podemos calmarlo. Dicen que el sitio donde vives dice mucho de quién eres…

—Entiendo —dijo "El Gordo", asintiendo antes de marcharse—. Sin embargo, no es el lugar, sino lo que haces ahí, lo que realmente habla de ti. Estaremos en contacto.

Sofía se quedó sola en su despacho, sin comprender del todo sus últimas palabras. ¿La habría estado vigilando? "No es posible. Él estaba encargándose del cadáver de Jiménez". El sonido de las máquinas volvió a llenar el silencio. Exhausta, se dejó caer en su silla. Sabía que la decisión que acababa de tomar marcaría su vida y el curso de la organización. También sabía que, después de todo esto, ella nunca volvería a ser la misma.

La imagen de Ignacio apareció en su mente y una mezcla de tristeza y rabia la invadió. Él había sido su hermano, su familia, y ahora era su peor enemigo. Si tan solo se dignara a hablar con ella, quizá podrían resolver todo aquello en un instante.

53

Ignacio

El ambiente en la habitación aún estaba cargado de perfume dulzón y de esa mezcla de aromas que el sexo reciente siempre deja. Ignacio Bernabeu estaba en su casa, disfrutando de una mañana que, en apariencia, transcurría tranquila. A su lado, Silvia Parra, desnuda, se estiraba en la cama, jugando con las sábanas, ajena a la tormenta que se avecinaba. Pero la calma se rompió de golpe cuando el teléfono de prepago, que Ignacio mantenía guardado en la mesita de noche, comenzó a vibrar. Se incorporó rápido, tomó el aparato en sus manos y leyó el mensaje.

Era de «Ximo», uno de los asociados de la familia. Ignacio entrecerró los ojos al leerlo. El mensaje tenía un tono alarmante: confirmaba la desaparición y posible muerte de «El Toro». Nadie había encontrado el cadáver, pero el rumor ya empezaba a correr. Ignacio se quedó en silencio, paralizado unos segundos. «El Toro» había sido su aliado, uno de los pocos en quienes confiaba plenamente, y ahora... se había esfumado. Si estaba muerto, ¿se habría ido de la lengua?

Sin perder la calma, se levantó de la cama y caminó hacia el baño. Silvia lo observó con curiosidad, pero no dijo nada. Él cerró la puerta tras de sí y se apoyó en el lavabo, tomando una bocanada profunda de aire mientras su mente daba vueltas. Intentando aplacar la angustia que le hervía dentro, se preparó una raya de cocaína y la

inhaló con fuerza, buscando un alivio que, en el fondo, sabía que no encontraría. Apenas terminó, el teléfono volvió a vibrar. Era una llamada de Ximo.

Ignacio, cada vez más nervioso, contestó, pero sin perder el tono autoritario.

—¿Qué carajo pasa?

—La gente está nerviosa —respondió Ximo, con voz tensa.

—¿Para eso me llamas?

—Bueno… me ha llegado otro rumor.

Los dientes de Ignacio rechinaron de rabia mientras escuchaba. Sabía que la situación se le estaba escapando de las manos, aunque no quería reconocerlo. Aún contaba con el respaldo de los Parres y eso lo convencía de que todavía tenía algo de margen.

—Que se vayan al diablo con los jodidos rumores, Ximo. Todos esos cobardes no saben hacer otra cosa que hablar... ¿Te olvidas de quiénes somos? —dijo Ignacio, con la voz alterada tanto por la rabia como por el efecto de la cocaína—. ¿Tienes algo más que decirme o solo querías traerme malas noticias?

Ximo guardó silencio por un instante, pero luego adoptó un tono más conciliador.

—En realidad, sí. Tengo una oportunidad de trabajo.

—¿Me ves con cara de trabajar?

—Escucha, Ignacio. Relaja esa manera de hablar, ¿me entiendes? Esto es dinero rápido y suficiente para calmar algunas bocas.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Camiones de mercancía en el polígono de Crevillente.

Un leve destello de esperanza brilló en los ojos de Ignacio. Después de lo ocurrido con Alfonso García y la presión que Sofía ejercía sobre él, necesitaba algo para salir a flote, algo que demostrara que aún tenía control. Se pasó la lengua por los labios y contestó con interés.

—Cuéntame más.

Ximo desglosó el plan con detalle. La mercancía reposaba en camiones estacionados en áreas de servicio de madrugada, entre las dos y las cinco. Usarían un inhibidor de frecuencia para desactivar la alarma y evitar cualquier detección. Mientras uno de ellos distraía al

guardia de la gasolinera, otro se encargaba de desconectar la alarma. Si el conductor llegaba a asomarse, tenían un spray para neutralizarlo al instante. Luego, engancharían la carga a una furgoneta y la dejarían en otra provincia, tal vez Albacete o Murcia. El camión aparecería vacío, y ellos se quedarían con la mercancía.

—La policía tardará en conectar los puntos, y cuando lo hagan, ya será demasiado tarde —concluyó Ximo.

Una sonrisa satisfecha se dibujó en los labios de Ignacio. El plan sonaba limpio y efectivo, y lo mejor de todo, era dinero rápido.

—¿Qué necesitas de mí?

—Dos hombres para esta noche. Y una cosa más… —Ximo vaciló un segundo—. Quiero el cuarenta por ciento del dinero.

Ignacio sintió cómo la rabia resurgía, pero la contuvo. El porcentaje que pedía Ximo era el doble de lo usual, pero Ignacio sabía que, dada su situación, no podía rechazar la oferta. Estaba desesperado y Ximo lo sabía. En un destello de claridad —o tal vez por el efecto de la cocaína—, recordó que Eduardo Parres le había pedido un trabajo para su hijo Marcos. Después de lo ocurrido con Jiménez, no estaba en posición de enviar a otros dos de sus hombres, pero podía aprovechar a Marcos y algún otro sin levantar sospechas.

—Está bien, el cuarenta por ciento es tuyo —aceptó, mordiéndose el labio. Sabía que aceptar esas condiciones era una señal de debilidad, pero no tenía alternativa.

—Perfecto. Más tarde te doy las indicaciones —dijo Ximo y colgó.

Ignacio permaneció en el baño, observando su reflejo en el espejo. Su mundo se estaba desmoronando y eso era lo más difícil de aceptar. No obstante, confiaba en que ese golpe le ayudaría a ganarse el apoyo de Parres y el respeto que necesitaba para mantener su posición.

—Amor, vuelve a la cama —reclamó Silvia desde la habitación, interrumpiendo sus pensamientos.

Ignacio abrió la puerta y la miró. Silvia lo observaba con una mezcla de deseo e impaciencia, aunque él sentía que todo era una simple farsa. La miró con desprecio, sus ojos encendidos por la cocaína y la frustración acumulada.

—Ahora, no.

Silvia se quedó boquiabierta mientras él tomaba su chaqueta y se dirigía al salón para vestirse.

—¿A dónde vas?

—¿Quieres cerrar la boca?

Necesitaba aire. Su mente giraba en torno al plan de Ximo y a la posible lealtad que podría conseguir de los Parres. Si lograba que la operación saliera bien, si conseguía el dinero y demostraba que aún podía manejar los negocios, quizás lograría recuperar el respeto perdido.

54

Eduardo

—¿Un sesenta por ciento?

—Sí.

—Está bien. —Eduardo Parres esbozó una sonrisa y se acarició el fino bigote, complacido.

Sabía que Ignacio Bernabeu estaba cogido por las pelotas y que era el momento perfecto para aprovecharse de su debilidad. La llamada de Ignacio había sido una muestra de esa desesperación. El hijo de Bernabeu le había ofrecido un suculento atraco a camiones, una oportunidad de oro para hacer dinero rápido, y Parres pensó que sería una jugada maestra. «Matar dos pájaros de un tiro», se dijo, dándose cuenta de las oportunidades que esa operación le ponía en bandeja. Aquel trabajo iría para Marcos, no tenía dudas. «Deberías ir al casino y hacer unas apuestas. Estás que te sales, chaval», pensó, medio en broma, medio en serio.

Además, Parres había tomado una precaución adicional. Había hecho que uno de sus hombres de confianza recolectara pruebas incriminatorias contra Ignacio, documentos y grabaciones que demostraban su implicación en crímenes que lo hundirían si salían a la luz. «Nunca está de más tener un as bajo la manga». Sería su seguro, un comodín que jugaría en el momento adecuado. Si Ignacio le traicionaba o si, sencillamente, ya no le resultaba útil, esas pruebas sellarían su destino.

Mientras aguardaba la información final sobre la operación, Eduardo aprovechaba la desestructuración en la familia Bernabeu, para infiltrar a uno de sus hombres en las filas de Ignacio. Había elegido a Raúl «El Niño» Torres, un joven con pocos escrúpulos y menos que perder. Sabía que, si Raúl lograba ganarse la confianza de Ignacio, podría asegurarse un futuro como soldado de la organización. Pero no había prisa. El plan era claro: desestabilizar a los hermanos, sembrar la desconfianza entre Sofía e Ignacio y evitar que cualquiera de los dos consolidara su poder.

«El Niño» tendría que acercarse a ambos, ganarse su confianza y luego soplar los planes de uno a otro. Sería como un veneno lento, invisible. Eduardo quería que los hermanos sintieran inseguridad, que desconfiaran hasta de su propia sombra. Mientras ellos se consumían en sus peleas internas, él y los suyos aprovecharían para sacar un alijo y, cuando llegara el momento, irían a por «El Gordo» Díaz y sus hombres. Los Bernabeu quedarían sin defensa alguna.

Ese era el plan y Eduardo estaba convencido de que funcionaría.

Más tarde, durante la comida, su hijo Marcos fue a visitarlo. Era un momento familiar, uno de esos que Eduardo disfrutaba, aunque siempre con una pizca de precaución. Estaban en la casa de campo, un refugio tranquilo y apartado donde el ruido y el estrés de la ciudad parecían más lejanos. Comieron un buen arroz con verduras, y el vino fluía como en cada reunión familiar. Sin embargo, Eduardo notó que su hijo tenía algo en mente, algo que parecía no poder esperar.

—¿Has pensado en lo que hablamos? —preguntó Marcos, rompiendo el silencio.

Eduardo lanzó una mirada rápida a su esposa, quien parecía distraída, sirviéndose más vino. Luego miró a su hijo y negó con la cabeza, aunque en sus ojos había una advertencia.

—¡Y dale con lo mismo! ¿Cuántos años tienes? Esa necesidad no te llevará a ninguna parte.

—Eduardo… —dijo la esposa.

—No es para tanto.

—Marcos, ya te he dicho que en la mesa no se habla de trabajo —respondió, en tono calmado, pero firme—. Pero, sí. Tengo algo para

ti.

—No me refería a eso, sino a Rivas —murmuró Marcos, bajando la voz para que su madre no pudiera escuchar—. ¿De eso tampoco puedo hablar?

Eduardo dejó el tenedor y, con calma, se limpió los labios con la servilleta. Luego observó a su hijo.

—Sí, pero no aquí.

—¿Dónde, entonces?

—En ninguna parte. ¿Por qué no lo solucionas tú?

—¿Yo?

—Quizá sea hora de hacerle una visita formal a la oficial, para dejarle claro que no queremos problemas con la policía —dijo Eduardo al fin, en voz baja pero clara—. Estoy seguro de que sabes cómo dirigirte a ella, hijo. Simplemente, haz lo que crees que haría yo. Simple, ¿verdad?

Marcos captó el mensaje de inmediato. En su mundo, «hacer una visita formal» significaba intimidar, dejar un aviso, una advertencia contundente. Y estaba más que dispuesto a cumplir con ese encargo.

—Entendido. ¿Y sobre lo que tienes para mí? —añadió, con una sonrisa que no escapó a su padre—. Me alegra que finalmente hayas tomado una decisión.

—Demonios… Eres insaciable.

—No puedes dejarme así.

Eduardo lo miró con cierto desdén.

—Por supuesto que puedo. No te he criado para que seas un consentido… —respondió, cruzando la mirada con su esposa, que continuaba absorta en su plato. Finalmente, decidió dar a Marcos un poco más de información—. Escucha, llama a alguien de confianza y asegúrate de que no es un torpe, ¿eh? Esta noche tienes un encargo, y te ocuparás personalmente de que salga bien.

—¿De qué?

—Camiones.

—Gracias.

—No me las des. Recibirás un sesenta y me darás un cincuenta.

—¿Qué?

—¡Por Dios! ¿Podéis hablar de ello cuando no esté? —preguntó la mujer, irritada.

—Tu hijo quiere hacerse mayor. Le ha llegado el momento.

—¿Es una broma? ¿Cómo te voy a dar el cincuenta?

—¿Quieres que te tomen como un idiota?

—No soy un idiota, padre.

—A diferencia de la fuerza, la inteligencia es algo complicado de medir. El necio nunca se da cuenta de que lo es. Esa sería su ruina. Pero lo es, créeme.

—Ya empiezas con tus frases… Debo ganarme el respeto.

—Entonces, compórtate como el resto. ¿Quién manda aquí?

—Pero…

—No hay peros, hijo. Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo… Claro que lo tomo.

—Bien. Buen comienzo, sin discutir. Más tarde te daré el resto de los detalles... Ahora, déjame comer en paz.

La conversación se desvió hacia temas más triviales y la comida continuó en un ambiente aparentemente relajado. Sin embargo, en la mente de Eduardo, los engranajes no dejaban de girar. Seguía urdiendo la operación en la playa del Carabassí, una jugada que, de salir bien, pondría a los Parres en una posición de dominio total en la ciudad. Esa operación era el punto de inflexión que necesitaban.

55

Raquel

Hacía frío, pero ella apenas lo notaba. Se había acostumbrado al clima hostil de la madrugada y al peso de una rutina que le costaba soportar. Raquel Ortega finalizaba el último servicio de la noche en la calle del polígono de Carrús. Las piernas le dolían y el cansancio se acumulaba como una losa en su cuerpo. Necesitaba una ducha caliente, sacarse de encima el hedor de colonia barata del último cliente. Su trabajo la había endurecido, pero, con cada noche que pasaba, sentía que una pequeña parte de su alma se marchitaba y algo en ella perdía humanidad.

A su lado, Trixie, la chica francesa, se palpaba el rostro cosido de puntos, con esa expresión apagada que ya no sorprendía a nadie. Había vuelto a la calle porque no tenía alternativa. Si quería comer, tenía que trabajar. Raquel, al observar su rostro marcado y el dolor escondido en sus ojos, no pudo evitar sentir una mezcla de pena y desprecio hacia sí misma. Ella misma había presenciado el ataque que la había dejado así, y sabía que cualquier día le sucedería algo parecido. Cada paliza que recibían las demás no era más que una advertencia. Pero la calle era su única opción y los golpes, el precio a pagar.

El proxeneta que controlaba la zona se acercó con paso firme, exigiendo su parte. Raquel le entregó el dinero sin mirarlo, como siempre hacía. Su vida era una cárcel sin barrotes, una prisión de la

que parecía no poder escapar. Las palabras de Javier Serrano resonaban en su mente: «Puedes salir de esto». Pero abandonar la calle, huir de esa vida, parecía una fantasía. Para los polis, todo era «sencillo». Solo era otra promesa vacía.

Con el primer rayo de sol, Raquel se dirigió a la parada de autobús para volver a su barrio. El viaje de regreso fue solitario, casi vacío, con apenas un par de trabajadores que también volvían de sus turnos nocturnos. Raquel, agotada, se mantuvo despierta, en un estado de alerta constante que no lograba abandonar. Quizá por eso no notó que alguien la seguía.

Bajó del autobús en la parada que había cerca de su casa y se detuvo en el ultramarinos 24 horas para comprar algo de desayuno: un cartón de leche, una barra de pan y media docena de huevos. Mientras pagaba, sintió la mirada del dependiente, una mezcla de indiferencia y desdén, una de esas miradas que se acostumbraba a recibir a esas horas. «Incluso estos te juzgan por estar en la calle», pensó para sí misma, notando la incomodidad en su rostro.

Con las bolsas en las manos, Raquel avanzó hacia su edificio. La calle estaba tranquila, vacía. Por un momento, sintió una falsa sensación de seguridad, como si nada pudiera alcanzarla. Pero, justo cuando estaba por llegar al portal, un coche frenó unos metros más adelante. Antes de poder reaccionar, vio a los tipos que bajaban de él y avanzaban hacia ella. Sintió el pánico tomando el control de su cuerpo y aceleró el paso, intentando cruzar el portal de hierro, antes de que la alcanzaran. Logró abrir la puerta y la empujó para cerrarla, pero no fue lo suficientemente rápida.

—¡Ah! —gritó, hasta que una mano la hizo callar.

Los hombres la arrastraron hacia adentro. Intentó defenderse, lanzó un golpe y gritó, una vez más, por ayuda, pero la respuesta fue brutal. Uno de ellos la agarró del pelo y la estrelló contra la pared del zaguán. Ella intentó sacar el espray de pimienta de su bolso, pero, antes de poder hacerlo, sintió el puño de uno de ellos impactando en su rostro. La fuerza de la sacudida la derribó y el sabor metálico de la sangre se apoderó de su boca.

El dolor era insoportable. Apenas podía distinguir las sombras de los hombres a su alrededor. Escuchaba sus voces, palabras

entrecortadas; sin embargo, en sus oídos solo quedaba un zumbido ensordecedor, que se mezclaba con las patadas que le daban. Se cubrió el rostro con los brazos, intentó protegerse, pero todo era inútil.

—¡En la cara, no! ¡Por favor…!

Una patada en las costillas la dejó sin aire, y se dio cuenta de que estaba al borde de perder el conocimiento.

Finalmente, los agresores se marcharon. Raquel no vio hacia dónde, ni pudo distinguir el coche en el que desaparecieron. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado en el suelo. Solo quería que se fueran. Pero esta vez, el ataque había sido diferente; esta vez sintió que de veras querían matarla, y la cruda realidad de lo vulnerable que era la golpeó con fuerza. No podía seguir así, esperando a que la rescataran, hundiéndose más y más en ese infierno.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, se arrastró hacia el interior del portal y cerró la puerta. El dolor en su cuerpo era agónico y la sangre de una herida en su ceja caía al suelo. Debía tomar una decisión y debía hacerlo ya. O traicionaba a Ignacio y le daba a Javier Serrano la información que tenía, o intentaba escapar antes de que la muerte llamara de nuevo a su puerta.

Sacó el teléfono con manos temblorosas y, con la mente nublada por el miedo y el dolor, buscó el número de Javier Serrano. Marcó y esperó, el corazón latiéndole a mil. Cada tono se hacía eterno y el pánico de que no contestara se hacía cada vez más fuerte.

—¿Javier…? —dijo con la voz rota, al escuchar su respuesta—. Necesito tu ayuda... No puedo más.

Javier escuchó el temblor en su voz, captó la urgencia y el miedo.

—¿Raquel?

—Me han dado una paliza… casi me matan —su voz se quebró—. Ayuda, por favor… Te daré la información, toda la que tengo, haré lo que me pidas… Pero ven… te lo ruego.

Hubo un instante de silencio, un segundo que para Raquel fue eterno. No entendía a qué esperaba él para responder, y las dudas empezaron a devorarla. Luego, la voz de Javier sonó firme al otro lado de la línea.

—Escucha, voy a ayudarte. No te muevas de ahí, ni hables con nadie. Tienes que confiar en mí.

—¿Por qué, coño, crees que te llamo?

Le dio su dirección, y al colgar, las lágrimas comenzaron a brotar mientras el dolor en su cuerpo se hacía más evidente. Cada respiración era una punzada, cada movimiento, una tortura. Era como si todos los huesos se le hubieran roto.

Había dado el paso, el más importante, el más peligroso. Sabía que ya no habría vuelta atrás. Las lágrimas se mezclaban con la sangre que le corría por la mejilla desde la ceja partida, mientras se dejaba caer contra la pared.

Raquel sentía que la decisión acababa de cambiar su vida para siempre. Pero por primera vez en mucho tiempo, en medio del miedo, sintió algo parecido a la esperanza.

56

Serrano

Despertó de golpe, sobresaltado por el sonido insistente del móvil. La luz tenue del amanecer se filtraba por el salón de su pequeño apartamento. Al girarse, comprobó que estaba solo.

—Joder —murmuró, llevándose una mano a la frente. El ligero dolor de cabeza que sentía era el precio de una noche sin descanso. Apenas tuvo tiempo de pensar en Sofía. El frío de la madrugada se colaba por la ventana mal cerrada, pero lo ignoró al alcanzar el teléfono y contestar.

—¿Quién… quién es? —preguntó con voz áspera, aún medio dormido.

—Javier, soy yo… Raquel.

La voz al otro lado de la línea sonaba temblorosa. Al escucharla, Javier se incorporó de golpe. Había algo en ese tono que nunca había oído: verdadero pánico.

—¿Raquel? ¿Qué hora es?

—Me han dado una paliza, Javier. Estoy en mi portal. Me han pateado, me han dejado tirada… casi me matan. Por favor, ayúdame…

Javier parpadeó varias veces, intentando procesar esas palabras. Estaba aturdido, con la mente aún empañada por el sueño. Raquel había pedido su ayuda en muchas ocasiones, pero esta vez sonaba distinto. Esto era grave. No se trataba de un cliente enfadado ni de

un problema menor. Había auténtico terror en su voz y eso le hizo un nudo en el estómago.

—Raquel, tranquila…

—Escúchame —lo interrumpió ella, su tono tembloroso pero decidido—. Estoy dispuesta a hacer una declaración oficial, como me pediste. Sé cosas, Javier. Sé quién está detrás de la operación de los Bernabeu. Tengo nombres, lugares, fechas… y quiero ayudarte a acabar con todo. Pero necesito tu ayuda ahora. Quiero entrar en el programa de protección. Si no, me matan.

Las palabras de Raquel lo golpearon como un jarro de agua fría. Toda la bruma del sueño se desvaneció en un instante. Se pasó una mano por la cara, intentando despejarse. Sabía que demasiados ojos la vigilaban, demasiados oídos la escuchaban. Pero esta era una oportunidad que no podía dejar pasar.

—Raquel, escúchame bien —su tono cambió, ahora más firme—. No te muevas. Voy a recogerte. No hables con nadie, no llames a nadie más. Solo espérame.

El sonido del llanto de Raquel al otro lado de la línea le resultó insoportable. Colgó y se levantó rápidamente. Se puso una camiseta blanca y unos vaqueros, luego se abrigó con su chaqueta de cuero negra. Agarró las llaves del coche y salió sin perder tiempo.

Bajó los peldaños de las escaleras de dos en dos. Cuando llegó a la calle, el aire helado del amanecer lo golpeó en la cara, despejando los últimos restos de somnolencia. Abrió la puerta del BMW, arrancó el motor y luego aceleró por las calles de Elche, desiertas a esas horas. Recoger a Raquel significaba adentrarse en un terreno peligroso, pero no podía abandonarla. No ahora.

Mientras conducía, su mente no dejaba de dar vueltas. Los pasos que debía seguir, las personas en las que podía confiar y en las que no… Vélez. El nombre del comisario cruzó su mente como un mal presagio. Si Raquel decía la verdad y Vélez estaba implicado, entonces la situación era más peligrosa de lo que había imaginado. Él era su superior, su contacto dentro de la brigada. Si jugaba para el otro lado, las cosas se complicaban aún más.

Frenó en seco frente al edificio. Era un bloque viejo, del tipo en el que nadie hacía preguntas. Cruzó la acera a zancadas y empujó la

puerta del portal. En el zaguán, bajo la tenue luz del pasillo, encontró a Raquel. Estaba sentada en el suelo, abrazándose a sí misma. Tenía manchas de sangre en la cara y los brazos y su ropa estaba rota. Al verlo, ella intentó levantarse, pero el dolor la hizo tambalearse.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí —dijo él, ayudándola a ponerse de pie. Raquel se apoyó en sus brazos, cojeando mientras se dirigían al coche.

—Gracias…

El inspector no respondió. Cerró la puerta del coche tras ella y se subió al asiento del conductor. Arrancó y se alejó del lugar, mirando constantemente por el retrovisor. Sabía que todo había cambiado. Debían actuar rápido si querían salir con vida.

Raquel se recostó en el asiento, respirando con dificultad. Javier mantenía la mirada fija en la carretera, pensando en lo que vendría después. Debían encontrar un lugar seguro antes de dar el siguiente paso.

Cuando llegaron al hospital, Javier eligió el aparcamiento privado. No quería arriesgarse a que los toxicómanos del aparcamiento público los reconocieran.

—Vamos, ya estamos aquí —dijo, ayudándola a bajar del coche.

Entraron rápidamente, cruzando las puertas automáticas. En la recepción, la enfermera alzó la vista, visiblemente alarmada por el estado de la mujer.

—Necesita atención médica —dijo el inspector, firme.

Un médico llegó al poco rato y condujo a Raquel a una sala para suturarle las heridas. Serrano se quedó junto a la puerta, con la mirada alerta. Aquello estaba a punto de cambiar las reglas del juego. Era el momento de mover las piezas del tablero con precisión milimétrica, pensó, mientras sacaba su móvil para hacer una llamada.

—¿Sí? —respondió una voz, al otro lado de la línea.

—Gutiérrez, necesito que estés en la comisaría en media hora —dijo Javier sin rodeos.

—Claro… —respondió Gutiérrez, aunque su tono denotaba cierta desgana—. ¿Qué pasa ahora?

—Raquel va a declarar y está dispuesta a contarlo todo. Vamos a cerrar la operación «Camarote». Esto se acaba hoy.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—¿Estás seguro?

—Entrará en el Programa de Testigos Protegidos.

—La hostia… —murmuró Gutiérrez.

—Estoy en el hospital. Me la llevo en cuanto salga. De aquí no se escapa.

—No te fíes un pelo de ella, Javier.

—Y tú no tardes. Que esto quede entre nosotros, ¿entendido?

—Descuida. Nos vemos allí.

Serrano colgó y se cruzó de brazos, aguardando. Cuando el médico terminó con Raquel, le hizo un gesto para que se acercara.

—Está estable, pero necesita reposo —informó el doctor.

Javier asintió antes de ayudarla a levantarse con cuidado.

—Nos vamos a la comisaría —anunció con un tono que no admitía réplica.

Raquel lo miró, agotada, casi incrédula.

—¿Cómo? —murmuró, visiblemente exhausta.

Serrano ignoró la pregunta. Con un gesto firme, hizo saber al médico que se hacía cargo de la situación.

Poco después, mientras conducía hacia la comisaría, el silencio en el coche era casi insoportable. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Serrano mantenía la mirada fija en la carretera, pero su mente trabajaba a toda velocidad. Habían cruzado un punto de no retorno. Ahora solo quedaba esperar que las piezas encajaran.

57

Sofía

Las luces tenues y las mesas elegantemente decoradas creaban un ambiente de exclusividad, perfecto para la conversación que estaba por tener lugar. Sofía se encontraba en un reservado de la Masía de Chencho, un restaurante lujoso en las afueras de Elche. A su alrededor, el bullicio del restaurante pasaba desapercibido: una mezcla de conversaciones suaves y el sonido de los cubiertos sobre los platos que no la perturbaba. En el reservado, sin embargo, la atmósfera era distinta, tensa y cargada de un propósito sombrío.

A su lado, Fernando «El Gordo» Díaz observaba atentamente la carta, aunque su atención estaba claramente dividida. No encajaba del todo en aquel entorno; su corpulencia y su aire intimidante chocaban con la atmósfera del restaurante, habitual refugio de ejecutivos y empresarios. Pero no había otra opción. Sofía sabía que necesitaban un lugar discreto para discutir sus planes sin levantar sospechas, y en un sitio como ese, ella pasaba desapercibida. Para Díaz, la situación era diferente. No era alguien que pudiera disimular.

A la mesa llegó Álvaro «El Ruso» Beltrán, un hombre de mediana edad con un aire frío y distante; sus ojos azules parecían ver más allá del presente. Sofía lo había convocado de manera inesperada, y aunque «El Gordo» no se lo esperaba, entendía que la presencia de «El Ruso» indicaba que algo importante estaba por suceder.

—Buenas noches, Sofía. Fernando… —saludó Álvaro mientras tomaba asiento.

Díaz solo asintió y miró a Sofía, esperando una explicación sobre la presencia del hombre. «El Ruso» se acomodó y pidió una cerveza, mientras Sofía hacía una señal a los camareros para que los dejaran solos un rato.

Sofía se inclinó hacia adelante y fue directa al asunto.

—Lamento el imprevisto, pero la policía está encima de las playas y mi contacto no quiere precipitarse.

—¿De qué diablos está hablando? —le preguntó Díaz a Sofía.

—Estamos a setenta y dos horas de la operación en el Carabassí.

—¿Ha habido un retraso? ¿Por qué no se me ha informado?

—Álvaro está a punto de hacerlo, ¿verdad? —dijo, dándole paso.

Beltrán asintió y comenzó a hablar.

—Debido al imprevisto, vamos a repartir el alijo en dos partes. Quinientos kilos irán al Carabassí y la otra mitad se descargará en la playa del Tamarit —informó antes de beber un sorbo de cerveza.

Díaz frunció el ceño y dejó la carta sobre la mesa. Claramente, no le gustaba lo que estaba escuchando.

—¿Quién lo ha decidido así?

—Ellos.

—La playa del Tamarit pertenece a Santa Pola —dijo «El Gordo», con tono de desaprobación—. Estaríamos saliéndonos de nuestro territorio.

«El Ruso» se mantuvo imperturbable.

—Será en la parte cercana a las dunas del Rebollo, donde no hay luz ni patrullas. Los fardos se cargarán en una furgoneta que saldrá por la carretera de las salinas hasta conectar con la nacional hacia Cartagena. Es el mejor lugar para evitar a la policía.

Fernando movió la cabeza lentamente. Había trabajado toda su vida para mantener sus operaciones seguras, sin arriesgarse ni atraer atención indebida. La idea de moverse hacia una zona que no controlaban del todo, no le agradaba.

—No me convence, Álvaro —murmuró Díaz—. ¿A qué se debe el cambio? Lo teníamos todo calculado.

«El Ruso» lo interrumpió con firmeza:

—Escúchame, Fernando. No hay luz, no hay patrullas, y los moros quieren el trato. Están dispuestos a vender a buen precio y nosotros necesitamos la mercancía. Es lo mejor que podemos hacer ahora.

—Lo mejor, ¿eh?

—Así lo veo. Lo más sensato.

—No me hables de sensatez, cuando pretendes pasar la carga por delante de la finca de los Parres, por medio de su territorio. No sé, algo se me escapa, Beltrán…

—Los Parres también se están moviendo por su cuenta. ¿Crees que Eduardo no está aprovechando la ausencia de Tomás? —El comentario provocó a Sofía, que chasqueó la lengua con disgusto. Los ojos de «El Ruso» se dirigieron a ella y reculó—. Perdón, sin ofender. Lo digo porque la situación es esa, no porque lo piense. Por eso, si nos quedamos quietos, perderemos terreno.

Sofía observaba la interacción entre ambos, midiendo cada palabra que se decían. Sabía que Álvaro tenía razón. No podían permitirse quedarse parados ni mostrar debilidad. Todo tenía que seguir adelante.

—Así lo haremos. ¿Dónde se realizará el pago?

—En una gasolinera de la AP-7. Es un punto seguro.

—Está bien —dijo Sofía—. Dales nuestra confirmación.

Cuando «El Ruso» terminó su cerveza, se levantó de la mesa y miró a Sofía.

—Tenéis mi apoyo, que ya es bastante. Nos veremos pronto. Confía en que esto saldrá bien.

Una vez solos, los dos continuaron con la comida. Díaz pidió un solomillo de vaca vieja; Sofía, atún rojo a la parrilla. Un camarero les sirvió el vino: tinto para él y blanco para ella. Durante unos minutos, el silencio reinó, interrumpido solo por los murmullos del restaurante.

Díaz aprovechó la oportunidad para tantear a Sofía. La conocía lo suficiente como para notar que algo la perturbaba.

—Sofía, ¿estás segura de que puedes gestionar esta operación? —preguntó mientras cortaba un trozo de carne.

Ella levantó la vista y se cruzó de brazos.

—Quiero confiar en él. La familia no puede quedarse en pausa eternamente. Es posible que mi padre nunca vuelva, y si lo hace… mejor no pensar cómo —respondió, con voz firme, aunque teñida de tristeza.

Díaz la miró con seriedad.

—Las cosas han ido bien durante un tiempo, pero siempre hay un momento en que todo se tuerce —dijo reflexivo—. Lo complicado es aceptar que este es ese momento.

El ambiente se relajó por un instante, hasta que Díaz dejó el cuchillo sobre el plato y la miró fijamente.

—Hay algo que debes saber.

—Dime lo que tengas que decir, Fernando.

—Me ha llegado que tu hermano limpió a Alfonso García.

La reacción tardó en llegar. Sofía sintió un estremecimiento. Alfonso había sido hombre de confianza de su padre hasta traicionarlo. Saber que Ignacio estuvo detrás de su muerte la llenó de rabia y decepción.

—¿Ignacio sabía dónde estaba? —preguntó intentando mantenerse calma.

Díaz asintió.

—Parece que sí y alguien se lo puso fácil.

—¿Quién?

—Tengo mis sospechas. Podría ser cosa de los Parres.

Sofía se quedó callada. Finalmente, miró a Díaz.

—¿Insinúas que Ignacio está trabajando con ellos?

—No lo insinúo, lo digo. Y si sigues permitiéndolo, no solo perderás la operación, sino a la familia entera.

Sofía inspiró profundamente, intentando mantener la calma.

—Quiero terminar con esto.

Díaz la evaluó y asintió.

—Estoy contigo, Sofía.

—¿Estás seguro?

—Debes saber que esto traerá consecuencias.

—No me importa. Hay algo más.

—¿Sí?

—El día de la entrega. Quiero verle la cara al contacto de Beltrán.

—Es peligroso. Esa gente no está acostumbrada a tratar con mujeres.

—No tengo miedo. Estoy lista para todo.

Díaz alzó su copa de vino.

—Por la familia Bernabeu.

Sofía brindó con él, decidida a lo que estaba por venir.

58

Ignacio

Las cosas no iban según lo planeado. Ignacio había intentado contactar con sus aliados para reforzar su posición, pero los resultados eran un fiasco. Muchos ni siquiera atendían sus llamadas, y los pocos que lo hacían rechazaban sus propuestas con evasivas. ¿Qué estaba pasando? ¿Era culpa de aquel imbécil de Bailén? La pregunta le rondaba una y otra vez, incrédulo ante la posibilidad. Si así era, alguien había soltado la lengua. Nadie le daba respuestas claras, pero sentía cómo se le escapaba el apoyo entre los dedos. Esa falta de compromiso lo hacía sentirse cercado.

Por si fuera poco, el exceso de polvo blanco tampoco ayudaba. Su mente estaba cada vez más nublada, consumida por la paranoia. Veía amenazas en todas partes, empezaba a desconfiar de todos. Las imágenes de sus aliados traicionándolo, conspirando con su hermana Sofía para hundirlo, se repetían en bucle en su cabeza. Esa sensación de que todos estaban en su contra se mezclaba con las líneas de cocaína que seguía esnifando sin descanso. Creía que lo mantenían despierto, fuerte, alerta, pero cada raya no hacía más que intensificar su paranoia y oscurecer sus pensamientos.

Silvia Parra, su amante y cómplice, comenzaba a convertirse en un problema. Llevaban días encerrados en el apartamento, drogándose y manteniendo relaciones, pero ella ya no estaba en la misma sintonía. Silvia no paraba de quejarse, diciendo que estaba harta,

que su hermana lo estaba traicionando, que los Parres lo estaban engañando. Ignacio empezaba a mirarla con creciente desconfianza. ¿Y si ella también estaba en su contra? ¿Y si intentaba desestabilizarlo?

—Ignacio, escúchame. Tu hermana está jugando contigo —insistió la meretriz, acomodándose en el sofá, con los ojos rojos por el consumo—. ¿Te vas a quedar de brazos cruzados?

—¿Qué sabes tú? —respondió él con voz áspera—. ¿Quién te ha contado eso?

Ella apartó la mirada, se inclinó sobre la mesa y se metió otra raya de cocaína. No contestó; simplemente negó con la cabeza, irritada por la presión que Ignacio ejercía sobre ella.

—¡Responde! —gritó él, acercándose con los puños apretados—. ¿Quién te está metiendo esas ideas en la cabeza?

Ella se levantó de un salto, poniéndose a la defensiva.

—No tengo que decirte nada, Ignacio. Solo abre los ojos. Te están utilizando y ni siquiera te das cuenta —le soltó con tono desafiante —. ¡Pareces el tonto de la familia!

Cegado por la ira y la confusión, Ignacio dio un paso hacia ella, arrinconándola contra la pared. Silvia intentó alejarse, pero él la retuvo, sujetándola del brazo con fuerza y empujándola hacia la cama.

—¡No! ¡Cabrón, suéltame! Estoy harta de esto. ¡Me voy! —Intentó zafarse, pero él no la dejó—. ¡Que me sueltes!

—No te vas a ninguna parte —gruñó, empujándola contra el colchón—. Al menos, no hasta que yo lo ordene.

Silvia berreó, forcejeando para liberarse, pero Ignacio la inmovilizó con sus manos temblorosas, alimentadas por la rabia y el exceso de polvo blanco. Toda la frustración, el miedo y el resentimiento lo impulsaron a actuar sin pensar. Cuando Silvia intentó golpearle con la rodilla, él cogió una almohada y la presionó contra su rostro. Ella pataleó desesperada, pero Ignacio apretaba con todas sus fuerzas.

—¡Cállate! ¡Cállate de una puta vez, zorra! —gritaba, fuera de sí.

El silencio que siguió fue peor que los gritos.

De repente, Silvia comenzó a moverse como un animal poseído, intentando sobrevivir de cualquier manera, hasta que, de pronto, su

cuerpo se tornó rígido, dejó de moverse y sus brazos cayeron inertes a los lados. Sobresaltado, Ignacio contó hasta diez, hasta que soltó la almohada y retrocedió, jadeando. Sus ojos desorbitados no podían apartarse del cuerpo inmóvil sobre la cama. Tardó varios segundos en retirar la almohada y descubrir su rostro.

La mirada de Silvia era espantosa.

—¡Oh! No... no, no, no... —balbuceó, retrocediendo mientras el pánico lo embargaba—. ¡Silvia! ¡Silvia, joder! Mierda, la he cagado. ¡La he cagado!

El corazón le latía a mil por hora. Corrió de un lado a otro por el apartamento, buscando su móvil con nerviosismo y evitando mirar el cadáver. No tenía a quién acudir; no podía confiar en nadie. Finalmente, pensó en su madre.

Cuando ella respondió, Ignacio apenas podía articular palabra.

—Mamá... mamá, necesito que llames a Sofía. Es... es urgente. Necesito que venga aquí —dijo, intentando controlar el temblor en su voz.

—¿Qué ha pasado, Ignacio? —preguntó ella, alarmada por su tono —. ¿Te ha pasado algo? ¡Tienes que relajarte!

—No puedo explicártelo ahora. Solo llama a Sofía. Dile que venga. —Colgó antes de que ella pudiera insistir.

Se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra la pared, mirando fijamente el cadáver de Silvia sobre la cama. Ya no tenía aliados, ni poder, ni salida. Solo quedaba un cuerpo en su cama y el peso insoportable de sus propias decisiones.

Gritó con todas sus fuerzas, un alarido lleno de rabia, miedo y desesperación. Su mundo se había derrumbado y no tenía idea de cómo salir de aquel desastre.

59

Eduardo

Sentado en un sillón de cuero oscuro, Eduardo miraba por la ventana de su despacho. Afuera, a lo lejos, la ciudad seguía con su rutina, ajena a lo que él tramaba entre esas cuatro paredes. Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro mientras pensaba en Ignacio Bernabeu.

—Un pobre imbécil... más imbécil de lo que él mismo sospecha —murmuró, tamborileando los dedos en el apoyabrazos.

Ignacio creía que estaba jugando en las grandes ligas, pero Eduardo ya lo tenía en la palma de la mano. Solo era cuestión de tiempo antes de apretar con fuerza y aplastarlo. Sabía que el momento era perfecto para golpear a los Bernabeu donde más dolía, y la operación de compraventa de droga en marcha era la oportunidad que había esperado. Un ataque directo desmantelaría tanto a Ignacio como a Sofía, dejándolos sin ingresos y debilitando a toda la organización.

Los rumores llegaban como balazos en la selva: «El Ruso» Beltrán actuaba como intermediario entre los marroquíes y los Bernabeu. Esa pieza del rompecabezas era clave. Si Eduardo lograba interrumpir el enlace, controlaría la distribución de droga en toda la ciudad. Recostado en su sillón, estudiaba el siguiente movimiento con frialdad. No había margen para errores; un fallo podía costarle

todo, pero el premio valía el riesgo: acabar con los Bernabeu de una vez por todas.

—Giménez —llamó, sin apartar la vista de la ventana.

Rubén «El Socio» Giménez, su hombre de confianza, dejó los papeles que revisaba y se acercó al escritorio.

—Dime, jefe —respondió, cruzando los brazos con una mezcla de curiosidad y atención.

La sonrisa de Eduardo desapareció. Su rostro adquirió una expresión seria, dejando claro que era hora de hablar de negocios.

—Quiero que organices una reunión con «El Ruso» Beltrán. Pero no aquí. Necesitamos un sitio neutral... Torrellano funcionará bien —dijo, con la mirada fija en el horizonte—. Quiero comprobar si la información que Ignacio me ha dado es fiable antes de dar cualquier paso.

Giménez asintió, captando al vuelo las implicaciones.

—Torrellano. Algo discreto, un restaurante, quizás. ¿Alguna preferencia? —preguntó, sacando una pequeña libreta del bolsillo.

—Busca un sitio tranquilo, sin miradas indiscretas. Que parezca una reunión casual. «El Ruso» es impredecible y no podemos darle motivos para sospechar —respondió Eduardo, girándose finalmente para mirar a su hombre de confianza—. Debemos enterarnos de quién es la persona con la que trabaja.

—Entendido, Eduardo. Haré unas llamadas y en menos de una hora estará todo arreglado —dijo Giménez, guardando la libreta y dirigiéndose a la puerta.

Eduardo asintió y volvió a quedarse solo. Miraba la ciudad como un estratega observa un tablero de ajedrez. No confiaba en Ignacio, y con razón: era joven, impulsivo y demasiado ambicioso. «Y un drogadicto». Una combinación explosiva que lo hacía vulnerable y predecible. Si Ignacio decía la verdad, la operación de droga sería la llave para derrumbar a los Bernabeu. Pero si estaba mintiendo, no habría segunda oportunidad. Eduardo no toleraba traiciones, y menos de alguien tan inestable.

Se levantó, caminó hasta un mueble bar y se sirvió un trago de whisky. La operación del Carabassí estaba a unas horas de ejecutarse. Cada detalle debía ser impecable. Si lograba sabotearla,

los Bernabeu quedarían desmantelados. Con Ignacio fuera de juego y Sofía debilitada, el control absoluto sería suyo.

Giménez regresó tras unos minutos, con el semblante decidido.

—Todo listo. La reunión será en «El Torero», en Torrellano, a las ocho. Es un lugar discreto, buena comida y pocas caras conocidas. Nadie nos molestará.

Eduardo asintió, satisfecho.

—Perfecto, Rubén. Encárgate de que todo esté bajo control. Quiero asegurarme de que puedo confiar en la información antes de dar un paso en falso.

—Déjalo en mis manos —respondió Giménez, saliendo del despacho.

—¡Ah! Una cosa más…

—¿Sí?

—Respecto a esa fulana que está chivándole a la policía… Dile al «Viejo» y al «Niño» que se encarguen de ella.

—No hace falta decir más.

—Gracias… —Eduardo tomó su vaso de whisky y volvió al sillón. Los Bernabeu estaban debilitados y este era el momento de asestar el golpe definitivo. No habría segundas oportunidades.

Se dejó caer contra el respaldo del sillón, saboreando el whisky mientras sentía la adrenalina recorrer su cuerpo.

60

Raquel

El corazón le martilleaba en el pecho mientras salía de la sala. Raquel Ortega había terminado de declarar, y aunque Serrano y el subinspector Gutiérrez parecían satisfechos con su testimonio, no podía quitarse de encima la sensación de que las cosas estaban a punto de torcerse de manera irremediable. Ahora estaba en el ojo del huracán, atrapada en una tormenta que podía arrasarla, y no tenía ni idea de cómo salir de allí.

Mientras cruzaba el pasillo de la comisaría, sus ojos se encontraron con los de la oficial Natalia Rivas, quien la observaba desde el otro extremo. Había algo en su mirada que la detuvo en seco. Una expresión que no lograba descifrar del todo, pero que le provocaba un profundo malestar. Cuando Natalia se acercó, la escudriñó con una intensidad desconcertante, como si intentara recordar algo importante.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la oficial, con un tono pretendidamente amable que a Raquel le sonó gélido.

Raquel respiró hondo antes de responder, esforzándose por mantener la calma.

—Me resbalé en la bañera —mintió, esbozando una sonrisa forzada.

Rivas la observó en silencio unos segundos, como si midiera cada palabra. Luego, se encogió de hombros y se dio la vuelta,

marchándose sin añadir nada más. Sin embargo, su simple presencia encendió todas las alarmas en la mente de Raquel. Era un miedo visceral, un nudo en el estómago que se apretaba con fuerza. Entonces, como un rayo, un recuerdo enterrado salió a la superficie: había visto a Natalia con Tomás Bernabeu. No recordaba cuándo ni dónde exactamente, pero sabía que era ella. Todo empezó a encajar de forma aterradora.

—Dios mío... —murmuró, sintiendo cómo el terror se apoderaba de su cuerpo.

Miró a su alrededor, buscando desesperadamente a Serrano, pero no lo encontró por ningún lado. La ansiedad comenzó a invadirla, acelerándole la respiración y nublándole la mente. Natalia Rivas no era de fiar. Si descubría que había hablado, estaría muerta antes de poder dar explicaciones.

—Tengo que salir de aquí... —se dijo en voz baja, obligándose a actuar.

Caminó despacio hacia la salida, manteniendo la cabeza gacha para no llamar la atención. Pasó junto al subinspector Gutiérrez, que estaba distraído conversando con otro agente, y salió del edificio, aspirando una bocanada de aire frío cuando el viento matinal le golpeó el rostro. La sensación de alivio fue momentánea. Sacó su móvil para llamar a Serrano, pero la pantalla estaba negra. Sin batería.

—Joder... —murmuró con frustración, mientras la desesperación crecía dentro de ella.

Estaba sola, sin respaldo, y sabiendo que estaba en el punto de mira de los Bernabeu y los Parres. Natalia no tardaría en averiguar lo que había hecho y entonces sería su fin.

De pronto, una idea tomó forma en su mente. No era una buena idea, pero era lo único que tenía: Sofía Bernabeu. Si lograba llegar hasta ella y contarle lo que sabía sobre Ignacio y sus tratos con los Parres, quizá pudiera convencerla de protegerla. Sofía era tan peligrosa como el resto de los Bernabeu, pero, en ausencia del padre, también sabía que, si jugaba bien sus cartas, podría sobrevivir.

Con la decisión tomada, levantó la mano para llamar a un taxi. No tenía un destino claro, pero conocía dónde estaban las oficinas de los Bernabeu, no muy lejos de las calles del polígono en las que trabajaban por las noches. Llegar hasta Sofía no sería fácil; necesitaría mucho más que palabras para que la escuchara, pero tenía que intentarlo.

Cuando el taxi se detuvo frente a ella, Raquel subió apresuradamente y dio las indicaciones al conductor. Mientras el vehículo arrancaba y se alejaba de la comisaría, se obligó a no mirar hacia atrás.

—Vamos, Raquel... Tienes que ser valiente —se dijo en voz baja, casi como un mantra.

El coche avanzaba por las calles de la ciudad, y con cada metro que recorría, sentía que el peligro estaba más cerca. Todo dependía de su próxima jugada. Llegar a Sofía Bernabeu era su última carta y estaba dispuesta a jugarla.

61

Sofía

La comida con Díaz había sido tensa, cargada de decisiones críticas sobre la operación en el Carabassí y los movimientos erráticos de Ignacio.

Justo cuando Sofía se disponía a despedirse, su teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa del restaurante. Al ver el número en la pantalla, el corazón le dio un vuelco: era su madre. Teresa nunca llamaba a su línea empresarial, y mucho menos en horas laborales. Algo grave debía estar ocurriendo.

Díaz captó al instante la incomodidad en el rostro de Sofía.

—Si necesitas contestar, no te preocupes. Salgo a fumar un momento —ofreció con un gesto tranquilo.

—Disculpa, es mi madre —respondió Sofía, tratando de restar importancia, aunque por dentro estaba al borde de perder la calma —. Será un minuto.

Descolgó la llamada y, desde la primera palabra, supo que algo estaba muy mal. La voz de Teresa, agitada y rota por los nervios, no dejaba lugar a dudas.

—Mamá, ¿qué ocurre? —preguntó, esforzándose por sonar tranquilizadora.

Teresa tardó unos segundos en articular una respuesta. Su tono era urgente:

—Es tu hermano, Ignacio… Me pidió que te llamara. Dice que es urgente, que necesitas ir a verle.

Sofía sintió cómo el mundo se ralentizaba por un instante. Ignacio nunca recurría a Teresa para enviarle mensajes. Si lo había hecho ahora, era porque algo verdaderamente grave estaba ocurriendo, algo que no podía manejar solo. Cerró los ojos un momento, intentando mantener la compostura.

—¿Qué ha pasado, mamá? —insistió, buscando más información, pero Teresa apenas pudo añadir algo más.

—Está en su apartamento. Insistió en que te lo dijera… Quiere verte ahora mismo.

—Eso no es suficiente. ¿No te dijo nada más?

—No me tires de la lengua, hija. Es todo lo que sé. No te llamaría si no pensara que es importante.

—De acuerdo… ¿Está solo?

—Ayuda a tu hermano, Sofía. Parece que está metido en un buen lío.

Sofía apretó los labios; un mal presentimiento comenzaba a tomar forma en su mente.

—Está bien, mamá. Iré. Quédate tranquila, te llamaré cuando lo haya visto. Seguro que no es tan grave.

Colgó y dejó el teléfono sobre la mesa con un leve golpe. Díaz la observaba con atención, el ceño fruncido, como si intuyera problemas.

—¿Todo bien? —preguntó con seriedad.

—No lo sé. Ignacio ha usado a mi madre para contactarme. Quiere que vaya a verle de inmediato —respondió, dejando escapar un suspiro antes de mirar a Díaz con preocupación—. No me gusta nada esto. Con todo lo que está ocurriendo, no da buena espina.

Díaz dudó unos segundos, calibrando las posibilidades.

—Con Ignacio nunca se sabe. Es capaz de cualquier cosa, pero si realmente está en problemas… lo sabrás en cuanto lo veas. Aunque deberías pensarlo dos veces.

Sofía asintió, luchando contra el torbellino de emociones que la invadía. Parte de ella quería protegerlo por el vínculo familiar,

mientras otra no podía ignorar la sensación de peligro. Finalmente, tomó una decisión.

—Voy a ir. No puedo dejarlo solo si está en apuros. Es mi hermano.

—Lo entiendo.

—Pero, si esto es una jugada más suya… lo sabré en cuanto lo mire a los ojos.

Díaz la miró fijamente. Tras unos segundos, afirmó con decisión:

—No vas a ir sola. Te acompaño.

—Te lo agradezco, pero no quiero arrastrarte a esto —replicó Sofía, aunque en el fondo se sintió aliviada. Sabía que Díaz siempre estaba dispuesto a protegerla—. Estoy convencida de que podemos solucionarlo como hermanos.

—No insistas, Sofía. No voy a dejarte sola en algo así. Soy leal a ti y a la familia.

Ella lo miró un instante y finalmente accedió.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad?

—No.

—En fin, está bien —dijo y suspiró—, pero prométeme algo.

—Puedo intentarlo.

—Si hay algo raro, si la situación se complica, te largas. No arriesgues más de lo necesario. Yo puedo arreglármelas.

Díaz asintió sin dudar.

—Entendido. Vamos.

Ambos salieron del restaurante con prisa, dejando el tique sobre la mesa. El frío los golpeó al salir y Sofía se ajustó el abrigo alrededor de los hombros. Díaz sacó las llaves de su coche y, en cuestión de minutos, estaban en camino hacia el apartamento de Ignacio.

El trayecto transcurrió en un tenso silencio. Sofía mantenía la vista fija en el horizonte, intentando prepararse mentalmente para lo que pudiera encontrarse. Ignacio era impredecible. Podía estar borracho, drogado o, peor aún, rodeado de sus hombres, esperando dar un golpe definitivo. Pero algo dentro de ella se negaba a creer que su hermano pudiera llegar a tanto. Aunque fuera un insensato, seguía siendo su sangre.

Díaz conducía rápido, con la mirada alerta, vigilando cada coche que se cruzaba en su camino. Cuando faltaban pocas calles para llegar, Sofía rompió el silencio.

—Espérame en el coche, ¿entendido? Te llamaré si necesito refuerzos.

Él giró la cabeza un segundo, mirándola con seriedad.

—No voy a dejarte sola, Sofía. Ya te lo he dicho antes. Eres la cabeza de esta familia ahora. Y si Ignacio no lo entiende, yo sí. Te protegeré, pase lo que pase.

Sofía asintió en silencio, tragándose la ansiedad que la consumía. Miró por la ventana y buscó la luz del apartamento de su hermano. Con cada segundo, se acercaban más al epicentro de un posible desastre.

Ignacio era un problema, quizás un traidor, pero también era su hermano. Aunque la razón clamaba por prudencia, el corazón la empujaba a enfrentarlo. Porque Sofía sabía que, ser fuerte, era la única opción.

62

Serrano

Tras semanas de trabajo incansable, finalmente tenía en sus manos la evidencia necesaria para desmantelar a los Bernabeu: fotos, declaraciones y pruebas que vinculaban a la familia con el próximo gran envío de drogas en la playa del Carabassí. Javier Serrano, en la comisaría, experimentaba una sensación que hacía tiempo no sentía: satisfacción. El fiscal había dado luz verde para una operación secreta y la jueza del caso había otorgado la orden. Las piezas del rompecabezas encajaban y Serrano sentía que, por fin, la balanza se inclinaba a su favor.

Con el permiso firmado, se movía por la comisaría como un torbellino, repartiendo órdenes y asegurándose de que cada miembro del equipo conociera su papel en el operativo. La emoción en el aire era palpable, pero también lo era la tensión. Sabía que cualquier error podía costarles la oportunidad de desmantelar a una de las familias criminales más poderosas de la ciudad. La operación debía salir impecable.

Sin embargo, como una tormenta inesperada, la llegada de un inspector jefe de la UDYCO desde Alicante empañó el entusiasmo. Ramírez, un hombre de alto rango, apareció sin previo aviso y su presencia fue como un jarro de agua fría. Desde el primer momento quedó claro que no era una visita de cortesía. Javier observó cómo

el inspector caminaba con aire autoritario, hablando con varios agentes y dando órdenes sin siquiera consultar. Algo no estaba bien.

—Serrano, el comisario Vélez quiere verte en su despacho —le informó uno de sus compañeros.

El nudo en el estómago fue inmediato. Serrano caminó hacia la oficina con la mosca detrás de la oreja, pero cada metro se le hizo eterno. Al abrir la puerta, Vélez lo esperaba detrás del escritorio con una expresión grave.

—Siéntate, Javier —dijo, señalando la silla frente a él.

Serrano obedeció, sintiendo la tensión crecer con cada segundo de silencio. Vélez se pasó una mano por la frente antes de hablar, como si buscara la mejor forma de dar una mala noticia.

—Voy a ser directo. La operación «Camarote» ha estado bajo mucha presión. Los altos mandos han decidido que Ramírez, de la UDYCO, se haga cargo de la investigación y del operativo.

Las palabras cayeron como un mazazo. Javier parpadeó, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. ¿Ramírez iba a quitarle el caso? ¿Después de todo el trabajo que habían hecho?

—Pero, comisario, tenemos las pruebas. El fiscal aprobó el operativo. Estamos listos para actuar —replicó, tratando de controlar su tono.

Vélez alzó una mano para detenerlo.

—Lo sé, Javier. Lo sé. Pero la decisión viene de más arriba. Han cuestionado vuestra capacidad para llevar esto hasta el final, y la falta de resultados concretos hasta ahora no ha ayudado. Así que organiza todo el papeleo de las cuentas de las compañías que habéis investigado y repórtalo a la UDEF.

—¿También? ¿Qué tienen que ver ellos aquí?

—Son órdenes. Para desmantelar a la organización criminal, es necesario investigar dónde acaba el dinero.

—Llevo meses investigando cómo lavan el dinero, y ahora la UDEF va a solucionar el problema…

—Además, hay rumores… —hizo una pausa, como si le costara pronunciar las palabras—. Rumores de filtraciones dentro de la unidad.

Serrano sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Filtraciones. Esa palabra resonó en su mente mientras los engranajes de su cerebro comenzaban a girar. ¿Acaso se referían a él?

—¿Qué rumores, exactamente? —preguntó con un tono más seco del que pretendía.

—Se sospecha que alguien está filtrando información a las familias. Asuntos Internos está al corriente de esto.

—¿Es una broma?

—Esto viene desde la comisaría provincial, por eso han enviado a Ramírez, a modo de alerta. Quieren limpiar la operación desde dentro.

—O sea, que esto va por mí.

—No me refiero a usted.

—¿Gutiérrez? ¿Durá? No me joda…

—Modere ese lenguaje, se lo ruego.

—¿Usted no piensa hacer nada?

Vélez miró al inspector con seriedad.

—Yo hago mi trabajo, que ya es bastante. ¿Por qué no habéis cumplido con el vuestro?

—Eso no es así como lo plantea. Llevamos meses intentando tumbar a esta gentuza y no hemos tenido más que trabas. Le pedimos un poco de margen.

—Y os lo di. Pero, mira, Serrano, sin acritud… La decisión está tomada. No voy a perder el tiempo con esta discusión.

El inspector apretó los puños. La rabia hervía en su interior, pero sabía que enfrentarse a Vélez no cambiaría nada. Las órdenes estaban dadas. Lo único que podía hacer era seguir adelante, aunque fuera en un segundo plano.

—Entiendo —dijo con los dientes apretados—. En ese caso, haré lo que se me ordene…

—Por su bien, si no quiere que le suspendan.

—¿Suspenderme? Eso sería absurdo.

—No, no lo es. Si Asuntos Internos le abre un expediente, irá directo a la calle —dijo y le señaló con el dedo índice—. Escuche, no es tan difícil. ¿Por qué se quieres meter en problemas?

—¿Problemas?

—Quédese al margen, haz lo que le ordenen y olvídese de molestar con las visitas diarias que hace a toda esa chusma. Si es necesario, recibirá la orden.

Serrano se rio con nerviosismo.

—No me fastidie, comisario… ¿Me van a poner en un escritorio?

—No lo voy a hacer yo, sino ellos. Piense un poco con la cabeza, ¿quiere? Manténgase al margen y haga lo que se le diga. Si no, habrá consecuencias.

«No me suspendes, pero me echas a los tiburones, que es casi peor…».

—Sigo creyendo que estábamos a punto de dar un golpe certero a los Bernabeu.

Vélez asintió, con una mirada de cansancio.

—Créame, Serrano. Yo también lo pienso. Pero nuestras manos están atadas. ¿No lo ve?

—Solo veo que, cuando más cerca estoy de llevar a esa gentuza a un juzgado, alguien se interpone en nuestro camino. ¿Tampoco lo ve? He pasado meses reuniendo pruebas y consiguiendo dos testigos con sus declaraciones.

—Mire, no lo tome como algo personal, porque no lo es. Hizo lo que pudo, pero, tal vez, sea momento de pasar página. Otra vez será. Esto va así… Ahora Ramírez tiene el control y él hará lo más conveniente con esa información. Asegúrese de que los informes están al día. De alguna manera u otra, acabaremos con esto. No podemos hacer más que colaborar. Y, siendo sincero, empiezo a estar un poco harto del asunto.

—A sus órdenes, comisario.

Javier salió del despacho, sintiendo que el suelo bajo sus pies se tambaleaba. La frustración y la impotencia lo carcomían; sin embargo, algo dentro de él se encendió: no dejaría que todo el esfuerzo se echara a perder. Puede que la reunión con Vélez hubiese sido un ultimátum para quedarse atrás. Tal vez solo estuviera sacando las cosas de quicio.

Se detuvo en el pasillo por un instante, respirando hondo. El camino se había vuelto más oscuro y peligroso, pero no pensaba retroceder. La guerra contra los Bernabeu seguía en pie y ahora

tenía un nuevo enemigo al que enfrentarse: la corrupción dentro de su propia comisaría. Al precio que fuese.

63

Sofía

Cada paso resonaba en las escaleras como un eco sórdido. Sofía sabía que lo que estaba a punto de enfrentar cambiaría para siempre el destino de su familia. Llegó al apartamento de Ignacio con el corazón cargado, pero el rostro firme. Díaz, imponente y silencioso, caminaba tras ella; su presencia era un escudo de fuerza que le ayudaba a contener la rabia y el asco que comenzaban a hervir en su interior.

Ignacio abrió la puerta con las manos temblorosas. Su aspecto era deplorable: cabello desordenado, camisa arrugada y manchada, ojos inyectados en sangre y sudor perlándole la frente. El hedor que emanaba del apartamento era penetrante, una mezcla de alcohol, drogas y algo aún más inquietante. Díaz frunció el ceño al entrar, pero permaneció en silencio, cerrando la puerta tras ellos.

—¿Dónde está? —preguntó Sofía, cortante como un cuchillo.

Ignacio no respondió de inmediato. Tartamudeó algo ininteligible antes de señalar el salón con una mano temblorosa. Sofía avanzó sin dudar, con Díaz pegado a su espalda. Al cruzar la puerta, la escena se desplegó ante ellos: el cuerpo sin vida de Silvia Parra yacía en el suelo, el rostro amoratado y parcialmente cubierto por una almohada. La habitación era un caos, con botellas vacías, polvo blanco sobre la mesa y los restos evidentes de una noche de desenfreno.

Sofía se quedó inmóvil durante unos instantes, observando el cadáver de Silvia. La incredulidad inicial dio paso a una furia helada que comenzó a crecer en su interior. Sin volverse, habló con una voz que hizo que Ignacio retrocediera un paso.

—¿Qué demonios has hecho?

Ignacio intentó balbucear una respuesta, pero de su boca solo salieron palabras inconexas. Estaba completamente fuera de sí, con los ojos desorbitados y las manos moviéndose nerviosamente.

—¡Habla, maldita sea! —gritó, girándose hacia él y empujándolo contra la pared—. ¿Qué hiciste?

—Ella... —balbuceó Ignacio, intentando explicarse—. Me estaba volviendo loco. Decía cosas... cosas sobre ti, sobre los Parra... No lo soporté más.

Sofía lo miró fijamente, su rostro una máscara de frialdad. No necesitaba escuchar más. Silvia había sido un problema desde el principio, pero lo que Ignacio acababa de hacer iba más allá de la simple estupidez. Había cruzado una línea que complicaría todo para la familia. Ahora, el problema era suyo.

Díaz, que observaba todo desde un rincón, se acercó al cuerpo de Silvia y luego levantó la vista hacia los dos hermanos. En ese momento, comprendió quién estaba realmente al mando en los Bernabeu. Ignacio era un irresponsable, un hombre débil que había permitido que sus vicios y su impulsividad destruyeran todo. La verdadera líder era Sofía, la única con la sangre fría para tomar decisiones en medio del caos.

Ignacio, consciente de la gravedad de lo que había hecho, se dejó caer al suelo, cubriéndose el rostro con las manos. Las lágrimas comenzaron a brotar mientras hablaba con voz rota.

—Sofía... por favor. No le digas nada a mamá. No cuentes esto a nadie. Por favor.

Sofía se arrodilló frente a él, sujetándolo del rostro con fuerza y obligándolo a mirarla a los ojos.

—Escúchame bien, Ignacio. La familia está por encima de todo. Pase lo que pase, debemos mantenernos juntos. Tú harías lo mismo por mí, ¿verdad?

Ignacio asintió rápidamente, pero Sofía sabía que sus palabras eran huecas. Su hermano había estado conspirando contra ella, buscando desbancarla, y, aun así, allí estaba, dispuesta a protegerlo porque la familia era sagrada. Incluso cuando el traidor era uno de los suyos.

Sofía se puso de pie y lo obligó a levantarse.

—Vas a venir conmigo a casa de los papás. Ahora. Allí no podrás seguir haciendo estupideces. No hay más discusión. Es por la familia.

Ignacio intentó resistirse, murmurando excusas, pero Sofía no le dejó opción. Tiró de él con fuerza y Díaz se acercó para ayudar.

—Tenemos que irnos ya —intervino Díaz, su mirada fija en la puerta—. No sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que esto se complique más.

Sofía asintió y, antes de salir del apartamento, lanzó una última mirada al cuerpo inerte de Silvia. Su mandíbula se tensó, pero no permitió que la emoción la venciera. Tenía un trabajo que hacer y no podía permitirse flaquear.

Salieron del edificio con rapidez, Díaz asegurándose de que nadie los viera. Subieron al coche y emprendieron el camino hacia la casa de Teresa Bernabeu. Ignacio permanecía en silencio en el asiento trasero, con los ojos vidriosos y la cabeza gacha. Sofía lo observaba de reojo mientras intentaba contener sus propias emociones. La familia estaba más rota que nunca, pero también sabía que era la única capaz de mantenerla unida.

64

Eduardo

El camarero se acercó a la mesa:

—Aquí tiene la cerveza y las olivas partidas.

—Gracias —le dijo Eduardo Parres, mientras esperaba sentado a una de las mesas de la cervecería «El Torero» de Torrellano, mirando hacia la entrada. Aquel era el lugar menos sospechoso para tener una reunión segura con «El Ruso» Beltrán. Había llegado el momento de destapar las cartas y ponerlas sobre el tapete. Él estaba convencido de que había llegado la oportunidad perfecta para chantajear a los Bernabeu y forzar a Sofía a aceptar sus términos. Si lograba tener el control de la situación, la familia Bernabeu caería en sus manos, debilitada por las peleas internas de los hermanos. Pero, para eso, debía hacerse antes con la cuota de mercado.

Y ahí entraba Beltrán.

Con esa idea en mente, esperaba a que «El Socio» Giménez le diera la señal. Este era astuto, frío y podía ser persuasivo sin levantar sospechas. «El Socio» esperaba en la barra a que Beltrán apareciera por allí. La posición no era casual. Al jefe, había que protegerlo contra todo pronóstico, y Giménez se había encargado de poner a otros dos hombres en una mesa de la calle. Una vez que aclararan la situación con «El Ruso», Eduardo sabía que no había nadie mejor que «El Socio» para llevar a cabo la tarea de chantajear

a Sofía, de forzarla a tomar una decisión que, en cualquier otro contexto, jamás consideraría.

Finalmente, Beltrán llegó al bar y cruzó una mirada con Giménez, que seguía apoyado en la barra. Después, se fijó en el jefe de la familia, que esperaba al fondo del local.

—Beltrán, ¿cómo estás?

—Ahí vamos. Subidas y bajadas.

—¿Y la familia?

—Mejor que yo… —Ambos rieron y Eduardo lo invitó a que tomara asiento—. ¿Qué puedo hacer por ti, Eduardo? Espero que no me metáis una bala por el culo.

—¿Por quién me tomas?

—Últimamente, no te puedes fiar de nadie.

—¿Qué quieres tomar?

«El Ruso» echó un vistazo a las olivas partidas y luego a la cerveza.

—Un botellín de cerveza.

Eduardo hizo un gesto para que trajeran uno más.

—Imagino que sabes por qué nos hemos reunido aquí, y no en un lugar más pomposo…

—La verdad es que no, no tengo la menor idea —le dijo y lo miró a los ojos, con una sonrisa irónica. El camarero sirvió el botellín de cerveza y desapareció.

—Al parecer, ha habido algunos cambios en la operación que estáis manejando.

—No sé de qué me hablas…

—Pues haz memoria. Estoy al corriente de la operación. Ignacio me lo ha contado todo.

—¿Ignacio? No me sorprende.

—No te veo muy asustado.

—Más bien, Eduardo, estoy hasta los santos cojones de ese cretino. Nos hundirá a todos.

—Espera… Tengo una solución.

—Sabía que la tenías —le dijo y dio un trago al botellín—. Supongo que no me queda otra que escucharte.

—Necesito que te reúnas con Sofía Bernabeu. Esto es por mí y también por ti. Debemos dejarle claro que su hermano está en nuestras manos.

—¿Y por qué haría eso? No sé qué gano.

—Tengo pruebas que lo enviarían directo a la cárcel. Si la familia quiere que Ignacio quede libre de problemas, tendrá que entregarme parte de la entrega que van a recibir.

Beltrán escuchaba, bebiendo un trago largo antes de responder.

—¿Y si no le importa?

—Lo hará. También conozco los detalles de la operación. Su hermano es un bocazas... Así que no estoy aquí para negociar contigo, sino para transmitirle un mensaje a esa mujer. Si Sofía acepta mi oferta, llegaremos a un acuerdo. Si no, reventaré su operación, tanto por El Altet como por la carretera de Cartagena. Habrá un baño de sangre y el moro se buscará otro cliente. Que no os quede la menor duda.

La decisión con la que Eduardo hablaba obligó a Beltrán a recapacitar. Al ver su rostro, sospechó que Parres hablaba en serio.

—Yo solo quiero hacer negocios. No soy más que un intermediario.

—Lo sé. Por eso estás aquí. De lo contrario, no perdería el tiempo contigo.

—Entiendo… ¿Quieres que la intimide o que lo haga por las buenas?

Eduardo sonrió, casi divertido.

—Primero por las buenas. Aunque sabemos cómo pueden ponerse las cosas. Si se resiste, no dudes en dejarle claro lo que puede perder. En cualquier caso, va a perderlo todo.

«El Ruso» asintió de nuevo, comprendiendo perfectamente lo que Eduardo esperaba de él. Sabía que Sofía Bernabeu no era una mujer fácil de doblegar, pero tenía el peso de su hermano y, en este momento, ese era el punto débil que Eduardo estaba dispuesto a explotar sin piedad.

—Escucha, Beltrán. Ahora mismo, te conviene ser equidistante. No sospechan nada de nuestra operación y, si lo hacen, el asunto se va a poner feo porque tenemos al hermano por el cuello. Además, no quieres que tu amigo se enfade, ¿cierto?

—Sí, supongo que tienes razón… ¿Algo más?

—¿Cómo se llama tu amigo?

—¿Youssef?

—Dile a Youssef, que los negocios con Tomás Bernabeu han llegado a su fin, que ese hombre está muerto y es historia de esta ciudad. A partir de esta operación, todo lo que llegue a nuestra costa se negociará con Eduardo Parres —le dijo, pero Beltrán entornó los ojos y Eduardo se fijó en el detalle de su mirada. Había algo que estaba pasando por alto—. ¿Qué demonios estás pensando?

El otro negó con la cabeza, pero Eduardo miró por encima de su hombro, lanzándole una señal a los suyos.

—No importa.

—O cantas, o no sales de aquí hoy.

«El Ruso», implacable, negó con la cabeza.

—Tomás Bernabeu no está muerto.

El corazón de Parres se disparó. Para mantener la compostura, agarró el botellín y le dio un sorbo.

—No digas chorradas…

—Ignacio no te lo ha contado.

Parres arqueó una ceja.

—¿El qué?

Entonces, Beltrán sonrió.

—Utilizó a su padre como seguro, para hacer frente al pago. Si la operación no sale bien y el dinero no llega, Tomás Bernabeu acabará en el fondo del Mediterráneo. Si lo hace, regresará a la ciudad. Por tanto, piénsalo bien.

«Maldito Judas, hijo de perra».

—No tengo nada sobre lo que pensar. ¿Me estás amenazando?

—Si revientas la operación, no habrá dinero, Bernabeu aparecerá muerto y el resto de la familia te señalará. La guerra será inevitable.

—Por tu bien, haz que llegue el mensaje a Sofía y procura que la negociación llegue a buen puerto. De lo contrario, todos saldremos perdiendo, incluido tú. Lo que suceda después, será nuestro problema.

—Lo sé.

—Ahora, piérdete.

«El Ruso» se puso en pie, con la misma seguridad con la que había llegado al bar. La conversación no había logrado amedrentarlo para que saliera de allí con temor en el cuerpo.

—Todo puede cambiar en cuestión de horas, Eduardo. Supongo que, por esa razón, siempre he disfrutado siendo un alma libre.

65

Sofía

Habían pasado unos minutos. El tiempo suficiente para que la tensión en el coche se disipara momentáneamente. Mientras atravesaban la carretera que serpenteaba por los campos de Elche, Sofía fijó la vista en Díaz. Él mantenía la mirada clavada en la ventana, atento pero distante. Aprovechando el silencio, Sofía decidió dirigirse a su hermano.

—Escucha, Ignacio. Cuando lleguemos a casa, mamá no tiene por qué conocer los detalles —dijo con un tono frío y protector—. Vas a quedarte ahí hasta que las cosas se calmen. ¿Entendido?

Ignacio bufó y negó con la cabeza, evitando mirarla directamente.

—No soy un niño, Sofía. No voy a quedarme escondido porque tú lo digas —replicó, visiblemente alterado—. Espero que te quede claro.

Ella lo miró de reojo, reprimiendo un suspiro de exasperación. Conocía demasiado bien a su hermano. No aceptaba órdenes fácilmente, menos viniendo de ella, pero no tenía opción. Por un momento, deseó que no fuera su pariente. En ese caso, la historia habría sido completamente distinta.

—No te estoy pidiendo permiso. Te estoy dando una orden —respondió, esta vez con más dureza en la voz—. Estás completamente fuera de control, y si sigues así, no sé cuánto tiempo más podré protegerte. Lo que has hecho con Silvia… nos pone a

todos en peligro. Necesitas quedarte en casa de mamá hasta que yo lo diga. Es el único lugar seguro.

Ignacio apretó los labios, mordiéndose el orgullo. Finalmente, respondió con un tono cargado de resentimiento:

—¿Desde cuándo te preocupas por mí? —Su voz destilaba rencor —. ¿Desde cuándo te importa lo que haga con mi vida?

Sofía apretó el volante con fuerza, tratando de controlar la ira que empezaba a bullir dentro de ella.

—Sigues siendo el mismo egocéntrico de siempre. ¿No te das cuenta de que no eres el centro de la atención? —le espetó con desprecio—. Esto no tiene nada que ver con que me preocupe por ti o no. Eres mayorcito para saber en qué te metes…

—Ese es el problema, ¿verdad? Que no soy como tú, que me ves como…

—Necesitas ayuda profesional. Estás enfermo, Ignacio.

—Vete a la mierda.

De pronto, la mano de Díaz apareció por encima del respaldo, pero ella le hizo un gesto para que se contuviera.

—Todo esto tiene que ver con el negocio, con la familia. En este estado, no eres más que una carga. Y si no te controlas, todo el trabajo que hizo papá se irá al carajo. Así que harás lo que digo. Punto.

—No pienso hacer lo que me dices.

—¿Acaso piensas alguna vez en tu vida?

—¿Por qué sigues tratándome con esa soberbia? ¡Ese es tu problema!

Sofía frenó en seco, en mitad del camino. Sus ojos, inyectados en sangre, lo miraron como si fueran a devorarlo.

—¿Crees que no me iba a enterar de lo de Alfonso García?

Ignacio desvió la mirada hacia la ventana, con el rostro endurecido y los puños apretados. No respondió.

—No sé de qué hablas…

Pero ella siguió firme, clavándole la mirada.

—¿Lo hiciste? Mírame a los ojos y dime la verdad.

El hermano seguía mirando por la ventana, ignorándola deliberadamente. Entonces, la enorme mano de Díaz se coló entre

los asientos y le agarró la cara, obligándolo a mirar a su hermana.

—¡Ah! ¿Qué haces?

—Dime la verdad, Ignacio. Dime que fuiste tú.

—¡Te lo juro! ¡No lo hice!

Ella buscó más allá de su mirada y encontró la respuesta fuera de las palabras. Su hermano le estaba mintiendo, en su cara, incapaz de reconocer lo que había hecho. Lo peor de todo era que no había pestañeado al hacerlo.

Díaz lo soltó, e Ignacio se quejó del dolor que le había provocado.

A continuación, Sofía arrancó el motor y el resto del trayecto transcurrió en silencio.

Cuando llegaron a la residencia familiar, Teresa los recibió en la puerta. Su expresión era una mezcla de preocupación y agotamiento. Aunque no hizo preguntas, era evidente que estaba al tanto de que algo grave ocurría.

Sofía se acercó a alla y, asegurándose de que Ignacio no escuchara, le susurró:

—Mamá, si Ignacio intenta salir de aquí, me llamas de inmediato. No importa la hora.

Teresa asintió, mientras sus ojos pasaban de Sofía a Ignacio con tristeza. Confiaba en que su hija mayor mantendría la situación bajo control, aunque en su interior sabía que aquello iba más allá de lo que podía comprender.

Sin perder tiempo, Sofía salió de la casa y regresó al coche. Díaz estaba al volante, encendiendo el motor.

—¿Todo bien? —preguntó sin mirarla, con su voz grave y contenida.

—Todo bien —respondió Sofía, aunque la tensión en su rostro la traicionaba—. Mi hermano es un traidor y me ha mentido en la cara. No podemos fiarnos de él.

—Lo sé. ¿Estará bien tu madre?

—Eso espero. Ahora debemos preocuparnos por lo de esa chica.

—Sintiéndolo mucho, es mejor que no nos involucremos en ese asunto…

—¿Lo sabías?

—No es la primera vez que tu hermano causa un percance de este tipo.

—Si tienes que contarme algo, suéltalo. Es el momento.

Mientras se dirigían de vuelta, Díaz recibió una llamada. Al contestar, miró por el retrovisor y le pasó el teléfono a Sofía.

—Disculpa, es para ti.

—¿Para mí?

—Estás al mando, ¿verdad?

Sofía tomó el teléfono, desconociendo quién estaba al otro lado. Sin embargo, de alguna manera, esperaba noticias sobre Silvia Parra. Pero lo que escuchó la dejó sin aliento.

Era «El Ruso» Beltrán y no tenía buenas noticias para ella.

—Los Parres planean un sabotaje. Van a atacar la operación. No sabemos cómo ni cuándo exactamente, pero están decididos a golpear la compraventa de droga.

—No era lo más sensato —comentó Díaz mientras conducía.

—Te he oído, Díaz. El problema no es mío, sino de vuestra gente. Uno de los vuestros está filtrando información.

—Pero, ¿quién? —preguntó Sofía—. La conversación no ha salido del restaurante.

—Es todo lo que sé. Pero, en este escenario, no pienso participar.

—¿Qué ocurre con los marroquíes?

—Si nos echamos atrás, nos quedaremos sin proveedor… y sin clientes.

—No podemos hacer eso —insistió Díaz—, pero tampoco vamos a cometer un suicidio. Debemos pensar en algo.

—Más vale que os deis prisa. En cuanto el rumor cruce el estrecho, querrán una respuesta.

—Te llamaré más tarde. —Sofía colgó lentamente, sorprendida por la llamada. Los Parres. Aquello no era un movimiento improvisado. Sabía que, para actuar de manera tan concreta, necesitaban información interna. Una fuga. Alguien dentro de su organización estaba hablando, y eso solo podía significar una cosa: traición.

Díaz la miró de lado, esperando alguna instrucción. Ella seguía con los ojos fijos en el horizonte. Finalmente, respondió con frialdad:

—Necesito más detalles, Díaz. No puedo reaccionar a ciegas. No podemos repetir lo de anoche… Averigua quién está involucrado y cómo piensan hacerlo.

Díaz se encogió de hombros, devolviendo la mirada a la carretera.

—Estamos trabajando en eso, pero el movimiento es inminente. Ese interesado tiene toda la razón. Eduardo Parres está aprovechando la ausencia de tu padre para vengarse. Si lo dejamos pasar, les haremos un favor y perderemos a nuestro mayor proveedor.

—No me sorprende que fueran ellos los que utilizaran a mi hermano.

—Es probable que tengan pruebas contra él o que tu hermano esté implicado de alguna manera. Lo utilizarán contra ti y tendrás que estar preparada cuando llegue ese momento.

—No es un escenario muy alentador.

—A no ser que la policía reciba un chivatazo repentino y haga una redada en plena ruta. Eso podría ayudarnos a ganar tiempo, aunque perderíamos la mercancía.

—¿La policía?

—Sí. Podrías hablar con el inspector Serrano.

Sofía se sonrojó al escuchar el apellido del policía.

—¿Yo?

—Lo conoces bien, ¿verdad? Eres la única que está fuera de la lista de sospechosos.

—¿A qué te refieres?

—No me gusta meterme donde no me llaman, pero debo reconocer que mientes peor que tu hermano…

—¿Me has estado siguiendo?

Díaz suspiró y sopesó la respuesta antes de continuar.

—Tu padre ha desaparecido. No puedo permitirme el lujo de perderte a ti también.

Aquellas palabras lo dijeron todo. Sin embargo, no le proporcionaron la seguridad ni la confianza que, supuestamente, tenían que darle. Díaz había sido claro: la había seguido la noche anterior y, probablemente, lo seguiría haciendo en el futuro. Entonces, Sofía pensó en su padre, en cómo manejaba a sus

enemigos y también a sus aliados. Siempre un paso adelante, siempre implacable. Ella debía ser igual.

—Hablaré con Serrano, aunque el tiempo se agota… Supongo que tenemos mucho que hacer.

Díaz asintió y pisó el acelerador. Mientras avanzaban hacia la ciudad, Sofía comenzaba a planear su respuesta. Si los Parres querían un enfrentamiento, lo tendrían. Pero ella se aseguraría de que fueran ellos quienes pagaran el precio más alto.

66

Raquel

Raquel avanzaba con pasos apresurados y nerviosos por el polígono de Carrús, mientras el sol del mediodía castigaba las naves industriales con su implacable calor. Había decidido buscar refugio con Sofía Bernabeu, la única persona con el poder suficiente para protegerla de lo que estaba por venir. Sin embargo, la suerte no estaba de su lado.

Al llegar a la oficina de Sofía, un guardia de seguridad le cerró el paso.

—La señora Bernabeu está ocupada; no puede recibir visitas sin cita previa —dijo con frialdad.

Raquel intentó razonar con él, explicándole que se trataba de una cuestión de vida o muerte, pero el hombre se mantuvo imperturbable.

—Vuelva otro día —añadió, desviando la mirada e ignorando sus súplicas.

Frustrada e impotente, Raquel se alejó de la entrada. No tenía a dónde más ir. Mientras pensaba en un lugar donde guarecerse hasta que Sofía pudiera atenderla, un coche oscuro se detuvo frente a la oficina.

Dentro del vehículo estaban los hombres de Parres: «El Viejo» Sánchez y «El Niño» Torres. Su misión era hacer una «visita» a los Bernabeu para concretar un encuentro. Sánchez observó a Raquel

desde el asiento trasero, escrutándola con una mirada afilada. Mientras intentaba identificarla y ella permanecía al borde de la acera, visiblemente alterada, fue «El Niño» quien la reconoció primero.

—¡Eh! Fíjate quién está ahí —dijo, inclinándose hacia Sánchez—. Esa zorra está intentando entrar. ¿Crees que busca refugio?

—Lo que creo es que le pierde la lengua. ¿Es ella quien se fue de la boca?

—Me temo que sí —respondió «El Niño», recordando el incidente con la chica francesa.

Raquel sintió un escalofrío al ver a los hombres bajarse del coche y dirigirse hacia ella. Sabía que estaba en problemas, pero antes de que pudiera reaccionar, ya la habían agarrado del brazo. Intentó forcejear y gritar, pero «El Viejo» le cubrió la boca con una mano, sofocando sus protestas mientras la arrastraban hacia el vehículo. Nadie en los alrededores se atrevió a intervenir; aquel era el tipo de lugar donde la gente prefería mirar hacia otro lado. Una vez dentro del coche, «El Niño» le apuntó con un arma al costado, indicándole con un gesto que guardara silencio.

—¿A dónde me lleváis?

—Cállate, guapa. Don Eduardo quiere verte.

—¡No me podéis secuestrar!

Pero las respuestas no llegaban.

Raquel trató de mantener la calma, aunque sabía que estaba atrapada. Mientras el vehículo avanzaba y se alejaban cada vez más de la ciudad, vislumbró una oportunidad cuando el coche redujo la velocidad junto a un camión detenido por unas obras. Reuniendo toda su valentía, abrió la puerta y se lanzó al asfalto. Su cuerpo impactó contra el suelo con violencia, rodando por el pavimento. Apenas tuvo tiempo de levantarse antes de que «El Viejo» y «El Niño» ya estuvieran sobre ella.

—¿A dónde crees que vas, guapa? —preguntó «El Niño» con una sonrisa burlona mientras la arrastraban de vuelta al coche.

Raquel luchó con todas sus fuerzas: pateó, arañó, gritó, pero los hombres eran demasiado fuertes. La introdujeron nuevamente en el

vehículo, y esta vez «El Niño» la golpeó con brutalidad, asegurándose de que no intentara otro escape.

El coche siguió su trayecto, adentrándose por la solitaria carretera de Bacarot, rodeada de campos áridos y terrenos baldíos. Raquel sabía lo que se avecinaba, pero era incapaz de evitarlo. Su mente voló hacia el inspector Javier Serrano. Si tan solo hubiera podido hablar con él una última vez, si tan solo hubiera podido contarle todo lo que sabía...

Finalmente, el coche se detuvo en un camino polvoriento, aislado de cualquier señal de vida. «El Viejo» fue el primero en bajar, seguido por «El Niño», que la agarró con fuerza de la cabeza y la arrastró fuera del vehículo. La empujaron hacia un terreno desolado, donde el único sonido era el del viento azotando las hierbas secas.

—¿Y don Eduardo? —preguntó Raquel con un hilo de voz.

—Lo siento, nena. Son órdenes —respondió «El Viejo», sacando un arma y apuntándole directamente al pecho.

Raquel intentó suplicar, quiso hablar, pero las palabras no salieron. Todo ocurrió demasiado rápido. Un disparo. Luego otro. Una bandada de pájaros alzó el vuelo, rompiendo el silencio.

Su cuerpo cayó al suelo, inerte sobre la tierra polvorienta. «El Niño» se inclinó para comprobar su pulso y asintió hacia «El Viejo». Sin decir nada, ambos regresaron al coche y se marcharon, dejando el cadáver atrás, perdido en medio de la nada.

67

Sofía

Sofía Bernabeu observaba la carretera desde el asiento del copiloto mientras "El Gordo" Díaz conducía de vuelta a la ciudad. El aire dentro del coche estaba cargado de tensión, roto únicamente por el sonido del motor y el traqueteo del asfalto bajo las ruedas. Seguía intentando digerir lo sucedido con Silvia Parra. Ignacio estaba fuera de control, y ella había tenido que intervenir para salvarle la vida. Pero ahora lo veía claro: no podían continuar así. El peso del negocio, las decisiones, los errores... Todo empezaba a aplastarla. En su mente, el recuerdo de la emboscada que los Parres planeaban contra ellos no dejaba de retumbar. Tenía que estar lista.

El móvil vibró, rompiendo el silencio. Al ver el nombre de Teresa en la pantalla, un nudo se formó en su estómago antes de responder.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó, esforzándose por sonar tranquila.

—Se ha escapado, Sofía —dijo Teresa, con la voz temblorosa—. Tu hermano está fuera de control. Intenté detenerlo, pero me empujó. Está desquiciado.

El aire pareció escaparse de los pulmones de Sofía. Todo se volvió más pesado, como si el coche se hundiera en arenas movedizas.

—¿Dónde está? ¿Está bien? —preguntó, aunque al otro lado solo escuchaba los sollozos de su madre.

Díaz echó un vistazo rápido al rostro de Sofía, notando la angustia que reflejaban sus facciones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, aunque su tono denotaba que ya imaginaba la respuesta.

—Ignacio... —respondió ella, con la voz quebrada—. Se ha escapado. Ha empujado a mi madre y la ha herido.

Díaz asintió despacio, con la mirada fija en la carretera, evaluando opciones.

—Escucha, tú tienes que quedarte aquí y centrarte en los negocios. No puedes dejar que los Parres te ganen terreno ahora. Yo iré a ver a tu madre, averiguaré qué ha pasado y trataré de localizar a tu hermano.

—No te hará caso, te odia.

—Todos cambiamos de opinión, en algún momento.

Sofía lo miró con desesperación, sus ojos revelaban una mezcla de miedo y frustración.

—No dejes que haga alguna locura.

Díaz le dio una palmada firme en el hombro antes de volver a concentrarse en el camino.

—No te preocupes, Sofía. Yo me encargo. Ambos debemos cuidar a la familia.

***

Cuando Díaz llegó a la finca de los Bernabeu, el sol ya comenzaba a ocultarse, proyectando sombras largas sobre los árboles del jardín. Teresa estaba sentada en el sofá del salón, sosteniendo un pañuelo arrugado. Un hematoma violáceo comenzaba a extenderse por su mejilla. El ama de llaves, nerviosa, se apresuró a explicar que Teresa había rechazado llamar a una ambulancia para evitar rumores. Díaz asintió y, con tono firme, le ordenó que hiciera las maletas y se tomara unos días fuera. No quería testigos de lo que estaba por suceder.

Se sentó junto a Teresa, con una expresión que combinaba firmeza y empatía.

—Teresa, ¿qué ha pasado exactamente? —preguntó, suavizando la voz para no alterarla más.

Ella levantó la vista, con los ojos anegados en lágrimas.

—Ignacio está perdido, Díaz. No sé qué hacer. Ha cruzado una línea... y no puedo soportarlo más. Prefiero llorar su pérdida que la de los demás. Haz lo que sea necesario, pero no dejes que Sofía lo sepa. Ella nunca lo entendería.

La desesperación en su mirada era un puñal. Díaz entendió lo que le estaba pidiendo, aunque no quisiera llegar tan lejos.

—Lo haré. Esto quedará entre nosotros.

Teresa asintió lentamente, con los ojos cargados de una mezcla de gratitud y resignación.

—Gracias —murmuró.

Díaz se levantó del sofá, con el peso de la decisión aplastándolo. Había hecho esto antes, pero esta vez era diferente. Era por los Bernabeu, por Sofía... por mantener el caos a raya.

En cuanto subió al coche, sacó el móvil y buscó el número de Ignacio. Sabía que necesitaba astucia para atraerlo. La voz de Ignacio, al otro lado, sonaba alterada, paranoica.

—¿Qué quieres, Díaz? No estoy para tus mierdas, ahora —espetó, claramente bajo los efectos de las drogas.

—Escucha, Ignacio. Sofía no sabe nada de esto. Estoy aquí para ayudarte. Sé que los Parres te están chantajeando, pero tengo algo que puedes usar contra ellos. Estoy dispuesto a dártelo, aunque necesitamos vernos. Solo tú y yo.

Hubo un silencio largo, roto por una respiración pesada.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Me tomas por imbécil? Tengo ojos en todas partes.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—No lo hago por ti, gilipollas. Lo hago por tu familia. Será el último favor que os haga.

Ignacio tardó unos segundos antes de resoplar. Finalmente, respondió:

—Está bien. Dame una dirección.

Díaz sonrió con frialdad.

—En el antiguo almacén de la carretera de Santa Pola. A medianoche. Ven solo. Esto es entre tú y yo.

Ignacio dudó, pero aceptó.

—Allí estaré.

—Después de esto, estaremos en paz. ¿Entendido?

—Clarísimo.

—Esto es por el bien de la familia.

Colgó, y mientras arrancaba el coche, sabía que estaba a punto de cerrar un capítulo que llevaba demasiado tiempo abierto. Ignacio Bernabeu había sido un problema constante. Ahora, Díaz tenía la oportunidad de resolverlo. No solo por los Bernabeu ni por Sofía, sino por él mismo. Era el momento de consolidarse como el verdadero poder detrás del nombre Bernabeu.

68

Natalia

Las buenas noticias empezaban a llegar a la comisaría. Tras la declaración de Raquel Ortega y su firma para ingresar en el programa de protección de testigos, el inspector Serrano presentó toda la documentación recopilada durante los últimos meses. Finalmente, había logrado convencer a la fiscal de que la juez emitiera una orden para activar un operativo preventivo bajo la supervisión de la UDYCO, que ahora lideraba el caso. La autorización para irrumpir en la operación de narcotráfico, que tendría lugar en las playas del Carabassí y del Rebollo, ya era una realidad.

En la comisaría, Serrano y Gutiérrez no cabían en sí de entusiasmo, aunque no fueran ellos quienes supervisarían la operación.

—No siempre se gana —dijo Serrano con una sonrisa melancólica —. A veces, hay que conformarse con el empate.

Tras la reunión en la que se ultimaron los detalles del operativo, Serrano salió al pasillo y vio a la oficial Rivas en su escritorio. Ella no participaba en la operación y parecía concentrada revisando expedientes, aunque estaba pendiente de todo lo que sucedía a su alrededor en cada momento. Serrano se acercó, se apoyó en el borde del escritorio y la miró con una expresión de sincero agradecimiento.

—Buen trabajo, oficial —dijo—. Sin ti, no habríamos llegado a tiempo.

—Yo no hice nada. Solo lo que me encargasteis.

—Para toda la mierda que hemos tenido que tragar, no está mal.

—No, de verdad. Yo no he hecho nada extraordinario.

—Guárdate la humildad. Aquí no sirve de nada.

Natalia levantó la vista hacia él y forzó una mueca. Sus nervios la traicionaban; sabía que todo aquello sería una catástrofe cuando Eduardo Parres se enterara. Sin embargo, una parte de ella se sentía satisfecha después de tanta traición. Serrano le inspiraba algo parecido al respeto, quizá incluso admiración. ¿Qué habría hecho él si conociera la verdad? Natalia no podía permitirse descubrirlo.

—Gracias, inspector —respondió ella, volviendo la mirada a los documentos.

—Venga, tómate un respiro —insistió él—. Podrías celebrarlo con nosotros. ¿Recuerdas esa cerveza que teníamos pendiente? Es un buen momento para tomarla.

Ella intentó excusarse, pero Gutiérrez se acercó con una amplia sonrisa.

—No seas aburrida, Rivas. Será tu rito de iniciación —bromeó Gutiérrez, palmeándola en la espalda—. Créeme, esto no pasa a menudo. A Serrano le han dado vacaciones y hoy tienes ganas de emborracharse.

A regañadientes, Natalia aceptó y los acompañó al Jackson, un bar al que Serrano solía ir después de los turnos largos. Se sentaron en una mesa en un rincón, pidieron cervezas y brindaron por las victorias, aunque fueran parciales. Uno de los temas más comentados fue la expresión de Vélez tras enterarse de la noticia.

—Tendrías que haberlo visto —comentó Serrano—. No parecía muy contento.

—Es el comisario; debería estar satisfecho —apuntó ella, intentando obtener información—. Al fin y al cabo, él está al mando de la comisaría.

—Él está a merced de quien le pague… —dijo con amargura—. Ese cabrón ha puesto el culo para que nos largaran.

Serrano dio un trago y miró hacia la calle. Gutiérrez emitió un bufido.

—¿Me he perdido algo? —insistió ella—. Vamos, soy la nueva.

—Lo que quiere decir Serrano, es que Vélez no es de fiar —dijo Gutiérrez—. Eso es todo. No te creas ni la mitad de lo que cuenta, ni los favores que, algún día, creas que te devolverá. Simplemente, evita cruzarte en su camino.

—Es el comisario. Es complicado no cruzarse en su camino.

—Evítalo.

—Entendido.

Natalia intentó relajarse, riéndose con los comentarios de Gutiérrez. Por un momento, sintió que formaba parte del equipo, pero aquellos dos tenían bien calado al comisario. Sospechó si ocurriera lo mismo con ella. Los dos policías estaban de capa caída tras la noticia, que debía ser un éxito. Sin embargo, Gutiérrez continuó animando la conversación como nunca, relatando anécdotas de operaciones pasadas. Serrano asentía con una sonrisa cansada, aportando algún comentario ácido de vez en cuando. La risa parecía romper el peso de las últimas semanas, algo que Natalia necesitaba desesperadamente.

—Así que, Rivas, ¿estás lista para más noches como esta? —preguntó Gutiérrez, alzando su botella hacia ella.

Natalia se rio y levantó también la suya.

—Supongo que tendré que acostumbrarme. ¿También me toca pagar toda la cuenta?

—Esa es la actitud —dijo Serrano, brindando con ellos.

Pero Natalia no podía ignorar la punta del iceberg que se avecinaba: la certeza de que pronto habría consecuencias por lo que había hecho. Eduardo Parres no era un hombre que aceptara la traición y Natalia sabía que era un cabo suelto que él querría eliminar. Aun así, decidió dejar esos pensamientos a un lado y disfrutar del momento.

***

Habían pasado un par de horas y el ambiente en el Jackson empezaba a decaer. Gutiérrez se levantó primero, despidiéndose de Serrano y de Rivas con un ademán cansado.

—Nos vemos mañana en la comisaría.

—Eres un hombre recto, Gutiérrez —le dijo el inspector.

—Y de familia. ¡Que no se os suba la cerveza a la cabeza! —añadió con una sonrisa antes de salir del bar.

Rivas también quiso despedirse, pero Serrano insistió:

—Vamos, la última, y nos vamos.

Natalia dudó, pero aceptó quedarse un poco más.

—No sé si es buena idea.

—Si no lo fuera, lo tendrías más claro —replicó él, alzando la botella y haciendo una seña a la camarera—. Descuida, no estamos de servicio.

Serrano era un hombre solitario y, por alguna razón, a ella le resultaba difícil marcharse. Había algo en él que la intrigaba.

—¿No te espera nadie? —preguntó Natalia, mirándolo a los ojos.

Serrano se rio con cierta amargura.

—Al parecer, la misma persona que a ti.

Ambos rieron y ella levantó su botella para brindar. La conversación se tornó más seria con el paso de los minutos. Serrano habló del caso, de su compañero Durá, y de esa sensación de insuficiencia que quedaba, como si el mundo siempre siguiera siendo un lugar oscuro a pesar de sus esfuerzos.

—El mundo está jodido y todos estamos rotos, de alguna manera... —murmuró Serrano—. Así es como entra la luz. Sería una lástima perder el talento de alguien con buenas intenciones.

Natalia rio.

—¿Y qué hay de ti, Rivas? ¿Por qué te hiciste policía?

Ella se quedó en silencio un instante, pensando cuánto de verdad podía contar.

—Supongo que, porque siempre hay alguien que cree en el bien, aunque los demás ya no lo hagan —respondió, mirándole fijamente —. Para bien o para mal, me tocó encarnar esa vida.

Sus miradas se cruzaron y el silencio se volvió cómplice. Natalia sintió algo que la impulsaba a acercarse, pero una camarera

argentina interrumpió el momento.

—Lo siento, chicos, ya es tarde. No vamos a servir más. ¿Os cobro?

Serrano sacó un billete antes de que Natalia pudiera reaccionar.

—Pago yo. Es mi operación. Ya invitarás cuando sea tu turno.

Ella sonrió.

—En ese caso, lo dejamos aquí —dijo, levantándose—. Será mejor que descansemos antes del gran día.

Serrano asintió y salieron juntos del bar. Se despidieron en la puerta; él con una sonrisa cansada, ella con una sensación extraña de satisfacción. Durante un rato, Natalia se sintió útil, como si hubiera hecho lo correcto. Pero esa sensación no duraría mucho.

Al llegar al portal de su edificio, no se dio cuenta de que la estaban esperando.

Subió en el ascensor y, al salir en su planta, sintió un escalofrío. Miró a un lado y a otro del rellano, pero este estaba vacío. Finalmente, pensó que habría sido un mal presentimiento y sacó las llaves del bolsillo para abrir la puerta de la vivienda. Tan pronto como giró por segunda vez, entró en el apartamento y encendió la luz. Entonces se dio cuenta de que no estaba sola. Antes de reaccionar, un hombre le tapó la boca y otro le puso una bolsa de plástico en el rostro.

Luchó con todas sus fuerzas para respirar, pero todo fue en vano. Su último pensamiento fue para Serrano y todo lo que había intentado cambiar. La puerta de la vivienda se cerró y la oscuridad la envolvió mientras su cuerpo caía inerte en el pasillo.

Nadie se dio cuenta hasta pasados los días. El cadáver de Natalia quedó como un recordatorio de lo que les sucede a quienes desafían a los poderosos.

69

Díaz

El viento soplaba con fuerza, agitando la maleza del desértico camino de las Vallongas. Díaz llegó al punto de encuentro: un lugar aislado donde las luces de la ciudad no alcanzaban a iluminar los límites de la oscuridad. Ignacio lo esperaba junto a su coche, con las manos en los bolsillos y una expresión desafiante en el rostro, aunque impregnada de algo que parecía desesperación.

—¿Es aquí donde vas a matarme? —preguntó Ignacio, altivo.

Díaz lo observó con calma, manteniendo la distancia, dando pasos lentos y medidos hacia él. Sabía que Ignacio podía ir armado y percibía el nerviosismo oculto tras su fachada de arrogancia. Encendió un cigarrillo y le dio una calada antes de responder.

—No seas arrogante. Si quisiera matarte, ya lo habría hecho —dijo Díaz sin apresurarse. Dejó que el humo escapara de sus labios antes de continuar—. Esto es sobre los Parres. No vamos a permitir que nos chantajeen de esta manera.

Ignacio se acercó y le pidió otro cigarrillo. Díaz se lo ofreció, y ambos fumaron.

—Es un poco tarde, ¿no crees? —cuestionó Ignacio—. No intentes salvar a nadie, Díaz. Ese no es tu papel.

Díaz suspiró, sin apartar la mirada de Ignacio. Había presenciado ese momento antes: el punto en el que la desesperación se transformaba en estupidez.

—Has metido a tu hermana en un lío. Pero no solo a ella, también a todos nosotros.

—Tal vez este problema ya existía antes de que mi padre desapareciera.

Díaz arqueó una ceja.

—Tu padre jamás habría negociado con los Parres, cosa que tú no has tardado en hacer. Ahora te han tendido una trampa, pero eres incapaz de verlo.

—Los tiempos cambian, y todos cometemos errores —respondió Ignacio—. Sin embargo, nadie se ha molestado en escuchar cuáles son mis intenciones.

—No necesito hacerlo. Tengo ojos y oídos por toda la ciudad. Cada palabra que pronuncias llega a mí.

—Qué poético, Díaz.

—No tiene nada de poético.

—Me refiero a este momento —dijo Ignacio mientras daba una calada y giraba la vista hacia el cielo. Díaz vio entonces el bulto de una pistola en la cintura de Ignacio. Pensó que era su oportunidad para desarmarlo y terminar con todo, pero Ignacio se giró hacia él demasiado rápido—. Tú y yo, aquí, bajo el manto de estrellas, habiéndonos odiado toda la vida… Hemos tenido que llegar a esto para tener una conversación entre hombres.

—Corta el rollo, muchacho.

Ignacio gruñó y dio un paso hacia Díaz, que no se movió. Sus miradas se encontraron, y por un segundo el silencio entre ellos se hizo pesado, cargado de algo más que palabras.

—Dime la verdad. ¿Qué coño hemos venido a hacer aquí? —preguntó Ignacio.

Díaz no respondió de inmediato. Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Fue en ese instante cuando todo sucedió demasiado rápido.

El siseo alertó a Ignacio, quien intentó desenfundar su arma. Sin embargo, Díaz se movió con una precisión brutal, y en un abrir y cerrar de ojos, Ignacio estaba en el suelo. Su cuerpo temblaba, sacudido por el golpe de la culata de la pistola en el cuello. Díaz le quitó el arma y le apuntó a la espalda mientras observaba los

movimientos lentos de Ignacio. Ya no quedaba rastro de arrogancia, solo miedo y sorpresa.

—Lo sabía… gordo cabrón… —murmuró Ignacio.

—Has cavado tu propia tumba, muchacho. No te resistas, esto no durará mucho —susurró Díaz con voz baja, casi reconfortante.

—Eres un hijo de puta, traidor…

—Lo siento, Ignacio. Pero esto es lo mejor para todos.

Ignacio intentó alcanzar una roca para golpearlo, pero la fuerza y la vida se le escaparon con el primer disparo a quemarropa. La detonación retumbó entre las montañas y el cuerpo de Bernabeu cayó a un lado. Sus ojos se cerraron lentamente mientras Díaz lo observaba con el rostro inexpresivo y las manos firmes sobre el arma que acababa de disparar.

***

De regreso a la ciudad, en el coche, Díaz marcó el número de Teresa. Los faros iluminaban el camino de tierra que conducía de vuelta a la autovía, y el sonido del motor llenaba el incómodo silencio del vehículo. Cuando ella respondió, no hizo falta que le preguntara nada.

—Ya no tendrá que preocuparse.

Hubo un silencio, seguido de un sollozo suave. No se dijeron más palabras. Teresa simplemente colgó y Díaz soltó un largo suspiro mientras apartaba el teléfono. La carretera se extendía frente a él, interminable, solitaria. Sentía el peso de lo que había hecho, pero no se permitió pensar demasiado en ello. Era lo que había que hacer.

En su mente apareció la imagen de Ignacio, la expresión de sus ojos mientras la vida se apagaba en ellos. Pero Díaz apartó rápidamente el recuerdo, enfocándose en el camino. Había cosas que simplemente debían hacerse, y él había aceptado esa carga. La familia Bernabeu seguiría adelante y Sofía nunca sabría lo que realmente ocurrió esa noche.

70

Marcos

El Citroën Xsara estaba aparcado frente al restaurante buffet asiático, con las luces apagadas. Desde el asiento del conductor, Marcos Parres tamborileaba los dedos contra el volante, echando miradas furtivas al reloj del salpicadero: 1:37 de la madrugada. El retraso lo ponía nervioso, aunque se esforzaba por no demostrarlo. Pere, a su lado, permanecía en silencio, jugueteando con la anilla que colgaba de las llaves del coche.

—Tranquilo, que no tardarán en aparecer —dijo Pere finalmente, rompiendo el incómodo silencio.

Marcos no respondió de inmediato. Tenía la mirada fija en la pantalla de su teléfono, esperando un mensaje de Ximo. Las manos le sudaban y no podía evitar imaginarse a su padre reprochándole el fracaso.

Cuando el teléfono vibró, el sonido fue como una descarga eléctrica. Marcos desbloqueó la pantalla y leyó el mensaje: *«Estamos en el polígono. Moveos ya»*. Sin decir nada, encendió el motor y metió primera.

—Es la hora —dijo, apretando los dientes.

El Xsara abandonó el aparcamiento y tomó rumbo al polígono industrial de Crevillente. El trayecto transcurrió en silencio, con las calles desiertas y la brisa húmeda de la madrugada colándose por una ventana entreabierta. Al llegar, divisaron un VW Passat negro

aparcado en una esquina. Los faros estaban apagados, y dos figuras se adivinaban en su interior. Una ráfaga de luces largas fue la señal. Marcos respondió con un breve toque de claxon.

—Ese debe de ser Ximo —murmuró, más para sí mismo que para Pere.

El Passat arrancó, liderando el camino entre las sombras de las naves industriales. Marcos y Pere lo siguieron, conduciendo con cautela hasta una zona de descarga, donde dos enormes camiones aguardaban estacionados. Sus luces traseras parpadeaban débilmente bajo el resplandor amarillento de una farola.

Marcos apagó el motor y sacó una pistola de debajo del asiento. Pere lo imitó. Ambos se colocaron los pasamontañas y salieron del coche sin intercambiar una palabra. El aire estaba impregnado de olor a gasoil y metal oxidado.

—Que no se te caliente la mano, ¿eh, Pere? —le advirtió Marcos con severidad.

—¡Que no, hostias! —gruñó Pere, ajustándose el pasamontañas—. ¡Para de decir eso!

Marcos avanzó hacia la cabina de uno de los camiones, mientras Pere se deslizaba hacia un lateral. A lo lejos, podía distinguir a Ximo y su hombre ejecutando el mismo procedimiento con el otro vehículo. Todo debía ser rápido y silencioso.

—¡Baja, me cago en todo! —gritó Marcos al camionero, encañonándolo con el arma.

—¡No me jodas! ¿A mí? —protestó el conductor, levantando las manos—. ¡Tengo una familia!

Marcos no perdió la compostura.

—¡Y nosotros también, no te jode! ¡Que bajes, hostia, o te reviento!

El camionero obedeció con lentitud, lanzando miradas furtivas a su alrededor, rezando por un milagro. Al otro lado, Ximo ya tenía bajo control al otro conductor. Todo transcurría según lo planeado hasta que Pere perdió los nervios.

El camionero, aprovechando un instante de distracción, le asestó un codazo en la mandíbula. Pere reaccionó al instante,

abalanzándose sobre él y golpeándolo con la culata de su pistola. El conductor cayó al suelo, con la nariz rota y sangrando.

—¡Detente! ¿Qué haces, joder? —gritó Marcos, mirando nervioso a su alrededor—. ¡Te dije que estuvieras quieto!

—¡Este cabrón me ha pegado! ¡Lo voy a matar!

Antes de que Marcos pudiera responder, un grito cortó el aire:

—¡Vamos, joder! —vociferó Ximo desde el otro lado del polígono.

De repente, el sonido de sirenas rompió el silencio de la noche, acercándose rápidamente.

—¡Mierda, mierda, la pasma! —murmuró Marcos, con el corazón latiéndole a toda prisa.

La confusión se apoderó de los siguientes momentos hasta que un disparo resonó en la oscuridad. Pere se desplomó junto a Marcos, con un impacto limpio en el pecho. El camionero al que Pere había golpeado seguía en el suelo, pero ahora sostenía un pequeño revólver, con las manos temblorosas. Sin pensar, Marcos alzó su pistola para disparar, pero la voz de Ximo lo detuvo.

—¡Corre, imbécil, corre!

Marcos retrocedió, dejando a Pere en el suelo, y corrió hacia el Xsara. Encendió el motor y pisó el acelerador, alcanzando al Passat de Ximo, que ya había arrancado. Las sirenas se acercaban cada vez más, y las luces azules iluminaban el polígono como un mal augurio.

El Xsara y el Passat tomaron la carretera hacia la rambla de Castelar, zigzagueando para despistar a los coches patrulla. Marcos apretaba el volante con tal fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. No tenían un plan de huida, y pronto tendrían que improvisar algo. Pere estaba muerto y la operación había resultado un desastre.

Cuando se alejaron lo suficiente y se aseguraron de que no los seguían, el Passat encendió las luces para indicar a Marcos que aminorara y se colocara a su altura.

—¿Qué coño ha pasado ahí? —gritó Ximo desde el asiento del copiloto del Passat.

—El camionero iba armado. Pere está… Pere está muerto.

Ximo bufó con desprecio.

—Paremos ahí delante.

Ambos vehículos se detuvieron junto a unos matorrales resecos. Marcos salió del Xsara tambaleándose, aturdido y sin saber bien dónde estaban, mientras Ximo y su hombre lo observaban desde la penumbra.

—¿Y tú eres el amigo de Ignacio? —espetó Ximo con sarcasmo—. ¡Hay que joderse! ¡Vaya dos aficionados!

—¡Olvídate de Ignacio! —respondió Marcos, tratando de controlar su respiración—. Ahora debemos pensar en qué hacer. ¡Joder, tendría que haber disparado a ese conductor!

—Eres todo un profesional. ¿Quién nos paga las pérdidas?

—La gente de mi padre lo solucionará. No os preocupéis ni por eso ni por la policía.

Los otros dos se miraron.

—¿Tu padre?

—Sí, ya me has oído bien.

—No me hagas reír. ¿Quién coño es, el alcalde?

Marcos le sostuvo la mirada, frío.

—Mi padre es Eduardo Parres, ¿te suena?

—Sí, claro que me suena…

—Pues no hay más que hablar.

—¿Qué cojones…?

—Voy a hacer una llamada y haremos lo que me ordenen, ¿entendido? —anunció Marcos, sacando el teléfono—. No tenéis que preocuparos por nada. Mañana estará todo arreglado. Confiad en mí…

—Claro…

Marcos se alejó unos metros para hacer la llamada. Sin que lo advirtiera, Ximo y su acompañante se acercaron por detrás. El primer golpe con una piedra lo dejó aturdido, cayendo de rodillas.

—¿Qué coño hacéis? —balbuceó, confuso.

Ximo no contestó. La primera puñalada fue directa al abdomen. Marcos gritó de dolor, pero los siguientes cuchillazos fueron certeros y rápidos.

—No creerás que somos tan idiotas de negociar con tu padre… —murmuró Ximo con frialdad.

Marcos cayó al suelo, desangrándose. A lo lejos, las luces azules de la policía se aproximaban. Era demasiado tarde.

71

Eduardo

Era de madrugada. El aire gélido y húmedo penetraba hasta los huesos mientras Eduardo Parres esperaba en las afueras de Urgencias. A su lado estaban sus hombres de confianza: Rubén «El Socio» Giménez, Emilio «El Viejo» Sánchez y Raúl «El Niño» Torres. La noticia de que Marcos, su hijo, estaba gravemente herido tras el fallido robo de camiones les había llegado como un puñetazo en el estómago. Era la policía quien había avisado al líder de la organización, lo que solo añadía sal a la herida. No había sido a él, su propio padre, a quien Marcos había llamado primero. Marcos había preferido enfrentarse solo a la muerte antes que recurrir a Eduardo, y ese pensamiento le dolía más que cualquier otra cosa.

En el interior del hospital, la esposa de Eduardo permanecía en las frías salas de espera, acompañando a su hijo en el momento más crítico. La desesperación la ahogaba, pero su fortaleza la mantenía en pie. Eduardo, en cambio, había sucumbido al peso del cansancio y había salido para fumar un cigarrillo. Era un hábito que había dejado hacía años, pero esa noche no podía evitarlo. Necesitaba inhalar nicotina y dejar que el humo llenara sus pulmones, como si eso le ayudara a controlar su ansiedad.

—Es increíble, ¿eh? —comentó «El Socio» Giménez, rompiendo el silencio—. Un día estás entero y otro… ¡Virgen Santa! Cómo algo tan frágil puede tener tanto poder.

Eduardo asintió sin responder, con la mente en otra parte. Reflexionaba sobre cómo su avaricia y su insensatez lo habían llevado a perder lo más importante: la confianza de su hijo. Había querido que Marcos aprendiera a ser fuerte, pero había olvidado enseñarle la diferencia entre fuerza y temeridad. Ahora, todo se desmoronaba a su alrededor.

—Parece que nos precipitamos —dijo Eduardo en un susurro, aunque con la suficiente firmeza para que sus hombres lo oyeran.

«El Viejo» Sánchez se encogió de hombros.

—El juego es el juego, jefe. A veces se gana, a veces se pierde. Pero siempre seguimos en el tablero.

Eduardo inhaló profundamente, cerrando los ojos por un instante.

—Sí, pero esta vez fue mi hijo quien pagó la ficha.

Se apartó del grupo, buscando algo de soledad. Desde su posición, vio una figura conocida acercarse desde el otro extremo del aparcamiento. Era el comisario Vélez, vestido de paisano. Eduardo frunció el ceño. Vélez llevaba tiempo sin contactar con él directamente, y su aparición en ese momento no podía ser una casualidad. Tampoco presagiaba nada bueno.

Vélez se acercó con paso firme, acompañado por dos guardaespaldas que fingían no estar con él.

—Siento lo de su hijo, Eduardo —dijo en voz baja, manteniendo la mirada fija en él.

Eduardo lo observó con desconfianza.

—No se ande con rodeos, comisario. Sé que no ha venido aquí por compasión.

—¿Tiene un minuto, Eduardo? —preguntó Vélez, señalando hacia un coche negro aparcado a unos metros.

Eduardo se encogió de hombros, intentando mostrarse indiferente.

—Supongo que es importante, ¿verdad? De lo contrario, sería de muy mal gusto aparecer aquí para hablarme de favores.

Vélez esbozó una ligera sonrisa.

—Esta vez, el favor se lo hago yo a usted.

Eduardo levantó el cigarrillo.

—Tiene el tiempo que dure esto en consumirse.

Vélez señaló el coche con un gesto.

—Será breve, pero le pediría que no entre con eso.

Eduardo arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la suela del zapato.

—Está bien.

Ambos subieron al coche, que arrancó y se puso en marcha, alejándose del hospital para adentrarse en la zona de Los Palmerales. Vélez permaneció callado durante el trayecto, mirando por la ventanilla como si estuviera ordenando sus pensamientos.

Finalmente, rompió el silencio.

—El juez ha autorizado la operación de mañana —dijo sin rodeos —. Dos brigadas desplegarán efectivos en las playas del Carabassí y del Rebollo. Van a intervenir el cargamento.

Eduardo sintió cómo la información se le clavaba en el pecho como una daga.

—¿Por qué me lo cuenta ahora? —preguntó en un tono bajo, apenas audible.

—Porque sé que usted puede evitar una catástrofe, y usted también lo sabe —respondió Vélez, girándose para mirarle a los ojos —. Tiene que hablar con Sofía Bernabeu. Lleguen a un acuerdo, negocien una tregua. Pero, además, necesito que sacrifique a uno de los suyos.

Eduardo levantó la cabeza, mirándolo incrédulo.

—¿Sacrificar a uno de los míos? ¿Para qué?

—Si no detenemos a nadie en la operación, se sospechará de una filtración. Asuntos Internos abrirá un caso y la investigación podría trasladarse a Madrid. Créame, ni usted ni los Bernabeu quieren eso.

—Ni usted, tampoco.

—Sacrifique a alguien. Haga que esto parezca legítimo.

Eduardo permaneció en silencio. Sabía que estaba entre la espada y la pared. No tenía otra opción, pero la decisión que debía tomar no tenía perdón. Era el precio de proteger a los suyos. De salvar a Marcos.

—Lo que me pide no tiene vuelta atrás —dijo al fin, clavando la mirada en el horizonte—. ¿Acaso se ha puesto en mis zapatos?

—¿Y usted, en los míos? —replicó Vélez—. ¿Es consciente de lo que arriesgo al estar aquí, con usted?

—Me pide que entregue a un hombre de confianza.

—Alguien tiene que pagar la cuenta. De lo contrario, se centrarán en su hijo.

—Ya…

—No es plato de buen gusto para nadie, pero he venido tan pronto como he podido.

—Lo sé. Y no, no lo es. Pero lo haré. Por la familia.

—Confírmeme la decisión que tome, pero no se demore.

El coche regresó al hospital, y Vélez se despidió sin decir una palabra más. Eduardo observó cómo el vehículo se alejaba, llevándose consigo cualquier esperanza de una salida fácil.

Se volvió hacia sus hombres, observándolos uno a uno. Sabía lo que tenía que hacer. Caminó hacia Raúl «El Niño» Torres y le tomó el rostro entre las manos. Raúl lo miró, confundido, con una mezcla de temor y desconcierto.

—Muchacho, te voy a pedir un favor que tendrás que hacer por la familia —dijo Eduardo, con la voz cargada de gravedad—. Significará mucho para nosotros, y te ayudaremos en todo lo posible.

Los ojos de Raúl se abrieron, entendiendo de inmediato el peso de aquellas palabras. Apenas fue capaz de susurrar un «sí». Sabía lo que significaba aquel favor y también que no tenía escapatoria.

Finalmente, Eduardo se alejó y sacó su teléfono. En la pantalla aparecía el número de Sofía Bernabeu. Sabía que seguir en conflicto no tenía sentido. Era momento de buscar una tregua. Aunque el precio fuera alto, aunque los sacrificios fueran inevitables, no podía permitir que su familia siguiera desgarrándose.

El teléfono sonó varias veces antes de que la voz de Sofía se escuchara al otro lado.

72

Serrano

El sol se filtraba entre las persianas del apartamento de Javier Serrano, anunciando que el turno de tarde estaba por comenzar. Serrano bostezó mientras se abrochaba la camisa de uniforme, mentalizándose para el operativo programado esa noche en las playas del Rebollo y Carabassí. Había trabajado durante meses para llegar a este punto y, aunque su papel en la operación sería secundario, la idea de asestar un golpe significativo al tráfico de drogas le proporcionaba una sensación de satisfacción.

Cerró la puerta de su piso y bajó hasta su BMW, aparcado en la calle. Al llegar a la comisaría, lo primero que notó fue la ausencia de Natalia Rivas. Miró hacia su escritorio vacío y frunció el ceño. Natalia, tan comprometida con el caso, no solía ausentarse sin avisar. Algo en su interior lo inquietó, aunque intentó no darle demasiada importancia.

Mientras se dirigía a su oficina, un compañero se le acercó apresuradamente, con la respiración agitada y el rostro tenso.

—Javier, ¿te has enterado de lo de Marcos Parres? —le preguntó con la voz entrecortada.

—No. ¿Qué ha pasado? —replicó Serrano, alzando una ceja.

—Está ingresado en Urgencias. Por lo visto, anoche hubo un robo de camiones en el polígono de Crevillente. Parece que fueron ellos,

pero salió mal. Hay un muerto por un disparo y otros dos que se dieron a la fuga.

La noticia le cayó como un mazazo. Marcos Parres, el hijo del cabecilla de los Parres, gravemente herido. Aquello podía ser justo el eslabón que necesitaban para desmantelar la organización. Sin dudarlo, se quitó la corbata y agarró su chaqueta de cuero del respaldo de la silla.

—Voy para allá —anunció mientras se dirigía hacia la salida a grandes zancadas.

El subinspector Gutiérrez lo interceptó antes de que pudiera abandonar la comisaría.

—Javier, espera. Tengo que decirte algo importante.

Serrano se detuvo, pero su mente ya estaba en el hospital, planeando cómo sacarle información a Marcos.

—Ahora no tengo tiempo, Gutiérrez. ¿Te has enterado de lo de los camiones? El hijo de Parres está en Urgencias. Voy a hablar con él antes de que su gente lo esconda —respondió, decidido—. Si consigo que diga algo…

Gutiérrez vaciló, con una expresión que denotaba urgencia, pero al final cedió. Conocía bien a Serrano y su testarudez.

—De acuerdo, pero vuelve cuanto antes. Esto es importante —dijo, casi en tono de advertencia.

—Lo haré —aseguró Serrano, saliendo apresurado.

Arrancó el BMW y pisó el acelerador rumbo al hospital. La situación no iba a ser sencilla, pero sabía que tenía que intentarlo. Si lograba sonsacar información a Marcos antes de que la familia Parres reaccionara y lo pusiera fuera de su alcance, podrían cambiar radicalmente las reglas del juego.

***

El hospital bullía de actividad. Las luces brillaban intensamente en la entrada principal, y Javier Serrano tuvo que abrirse paso entre el ajetreo de ambulancias, pacientes y familiares. Al estacionar su BMW, divisó a un grupo de hombres que conocía demasiado bien: los guardaespaldas de los Parres. Entre ellos, destacó dos figuras

inconfundibles: "El Socio" Giménez, corpulento y con una mirada gélida, y Emilio "El Viejo" Sánchez, cuya aparente calma no ocultaba su peligrosidad. Su presencia era un claro aviso: los Parres no pensaban dejar que nadie se acercara a Marcos sin su permiso.

Serrano salió del coche, ajustándose la chaqueta con aparente tranquilidad. Caminó hacia la entrada con paso firme, buscando entre el caos a la madre de Marcos. Quizá si lograba hablar con ella y mostrarse preocupado, podría conseguir acceso a la habitación antes de que blindaran la situación.

Sin embargo, no avanzó mucho. "El Socio" se interpuso en su camino, alzándose como un muro. Su sonrisa cínica apenas disimulaba la amenaza que llevaba implícita.

—No puedes pasar, inspector —gruñó, bloqueándole el paso—. Será mejor que des media vuelta y te largues a tu comisaría.

Serrano lo miró de arriba abajo, sin perder la compostura. Una sonrisa sarcástica se dibujó en su rostro.

—¿Desde cuándo los matones deciden quién entra y quién no en un hospital público? —respondió, cruzándose de brazos.

"El Socio" dejó escapar una risa breve y sin humor. Dio un paso al frente, acercándose lo suficiente como para que solo Serrano pudiera escuchar lo que iba a decir.

—Desde que alguien como tú intenta meter el hocico donde no lo llaman.

La tensión entre ambos era casi palpable. Serrano sabía que no podría entrar por las buenas. Pero tampoco pensaba ceder sin antes dejar claro que aquello no quedaría ahí.

—Escúchame bien, Giménez —dijo, fijando su mirada en la del otro hombre—. Dile a Eduardo Parres que disfrute mientras pueda, porque el sol no va a salir para todos.

"El Socio" soltó una carcajada sonora, pronto secundada por los otros guardaespaldas. Para ellos, la advertencia de Serrano no era más que una fanfarronada sin peso.

—Vuelve a tu cueva, inspector —remató Giménez, con una mueca burlona.

Serrano apretó los dientes, pero mantuvo la cabeza alta. Sabía que no tenía opciones en ese momento, así que decidió retirarse, al

menos por ahora. Dio media vuelta y regresó a su BMW, tratando de controlar la frustración que hervía en su interior. Subió al coche, cerró la puerta con más fuerza de la necesaria y se quedó un momento allí, mirando hacia la entrada del hospital. En su mente, las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar. Aquella escena confirmaba lo que ya sospechaba: los Parres estaban implicados hasta el cuello. Y esa situación podía ser el inicio de su caída.

Encendió el motor y se alejó con dirección a la comisaría. En su interior, la determinación crecía. Sabía que los Parres no lo tomaban en serio, pero eso no hacía más que reforzar su resolución. Solo necesitaba un error, una grieta en el blindaje que los protegía, y no descansaría hasta encontrarla.

73

Sofía

El sol bañaba la bahía de Santa Pola, tiñendo el cielo de tonos cálidos que se reflejaban en la superficie del mar. El coche de Sofía avanzaba por el paseo marítimo, escoltado por otros dos vehículos que le seguían de cerca. Aquella tarde el ambiente estaba impregnado de una mezcla de nervios y determinación. Era su primera «sentada», el acto que marcaba un antes y un después en el negocio: el encuentro donde las facciones rivales se reunían para resolver conflictos y establecer treguas temporales. En esta ocasión, sería con Eduardo Parres, y Sofía no se lo tomaba a la ligera.

Al llegar al restaurante Batiste, uno de los lugares más exclusivos de Santa Pola, con su sobria elegancia y vistas al mar, Sofía respiró hondo. Los Bernabeu habían tejido favores allí, convirtiendo el lugar en un terreno neutral, un espacio donde las tensiones quedaban suspendidas bajo la promesa de la diplomacia. La acompañaba «El Gordo» Díaz, su mano derecha, quien la miró antes de que saliera del coche.

—¿Estás lista?

Sofía asintió, contemplando la fachada del restaurante y el reflejo del sol en las ventanas de la planta superior.

—Es solo un paso más —respondió con seguridad.

El restaurante Batiste tenía ese encanto único que los años otorgan. Conservaba la esencia de la tradición marinera. Subieron a

la planta superior, donde un reservado con vistas a la bahía les aguardaba. Sofía entró y encontró a Eduardo Parres y al comisario Vélez esperándola. Ambos se pusieron de pie al verla, y ella los escrutó, leyendo sus gestos y expresiones.

—Sofía —dijo Eduardo, alzando una mano en un gesto de bienvenida mientras señalaba la silla frente a él—. Por favor, siéntate.

Sofía tomó asiento, observando la botella de vino tinto que reposaba en la mesa. Eduardo le sirvió una copa, pero ella levantó la mano con calma.

—Agua con gas, por favor —dijo, mirando directamente a Eduardo, el hombre que siempre había sido el rival acérrimo de su padre. Aunque no lo admitiría, esta era una situación nueva para ella, un terreno que apenas comenzaba a explorar.

Un camarero llegó con una botella de agua con gas y llenó su copa. Sofía miró a Vélez y luego a Eduardo. Ambos la observaban con una mezcla de respeto y cautela.

—Estamos aquí porque ninguno de los dos quiere seguir en guerra —comenzó Eduardo, apoyando los codos sobre la mesa y entrelazando los dedos—. Las diferencias entre nuestras familias han sido evidentes, pero el mundo ha cambiado. Lo que funcionaba hace veinte años ya no es viable.

Sofía asintió, escuchando con atención. Eduardo continuó, mencionando con cautela la incertidumbre sobre el paradero de su padre. La revelación cayó como un jarro de agua fría. Eduardo insinuó que los marroquíes, los proveedores de la mercancía, podrían tener retenido a Tomás Bernabeu, para asegurarse de que la operación se ejecutara según lo previsto.

La incomodidad de Vélez ante aquella información no pasó desapercibida para Sofía. Era evidente que Eduardo había omitido ese detalle en las negociaciones previas. Ella permaneció en silencio, procesando lo que acababa de escuchar. Bebió un sorbo de agua, mientras sus pensamientos se sucedían con rapidez.

Finalmente, Eduardo se inclinó hacia adelante, adoptando un tono más conciliador.

—Sofía, los marroquíes son impredecibles. No sé dónde está tu padre, pero sospecho que no está en buenas manos. Y eso nos afecta a todos. Necesitamos estabilidad, por eso estamos aquí: para resolver esto de una vez por todas.

Sofía se recostó en su silla, mirando a Eduardo con frialdad.

—¿Insinúas que mi padre está vivo?

—Es una posibilidad.

—¿Quieres decir que lo tienen secuestrado?

—Puede ser —respondió Eduardo, levantando las manos en señal de inocencia—. No me malinterpretes, no ha sido cosa mía. Ni siquiera tengo contacto con esa gente.

—Sin embargo, las noticias te llegan antes que a mí.

—Pregúntate el porqué. Yo solo te tiendo un puente. Tal vez, debas hablar con tu hermano. Él te dará una explicación sobre lo que le ha ocurrido a tu padre.

—¿Ignacio está implicado en esto?

—Quizá haya sido cosa de él y no de tu padre.

Ella respiró hondo, antes de rabiar delante de ese hombre.

—Entiendo las diferencias entre nuestras familias, Eduardo. Pero hay algo más que debemos considerar —dijo, señalando con la cabeza hacia Vélez—. Ya no solo hablamos de nuestras viejas rencillas, sino de un nuevo jugador, un competidor sin nuestros códigos. Si permitimos que el producto inunde las calles, abrimos la puerta al caos. No necesitamos una guerra interna, y mucho menos con desconocidos. Además, la ciudad no está para un río de sangre, ¿verdad?

Eduardo asintió lentamente. Vélez carraspeó antes de intervenir.

—Tienes razón, Sofía —dijo con tono grave—. Pero la situación es más compleja de lo que parece. La UDYCO de Alicante está al corriente y hay una operación prevista para esta noche. Dos brigadas desplegarán efectivos en la playa del Carabassí y del Rebollo. Esto ya no puede detenerse. Si lo hacemos, habrá sospechas y la investigación pasará a Madrid. Y créeme, eso abrirá la caja de Pandora.

El silencio cayó sobre la mesa. Sofía comprendió que Eduardo había jugado sus cartas para acorralarla. Necesitaba darle algo a

cambio, o su familia lo pagaría caro. Miró a Eduardo, quien aguardaba expectante.

—Muy bien —dijo al cabo de unos instantes—. Veo que no me dejáis otra alternativa que ceder territorio.

—Es cuestión de llegar a un acuerdo, Sofía. Con nosotros y con ellos.

—Aceptaré que te quedes con la ruta del Rebollo, ya que pasa por tu territorio. Pero no me provoques.

—He venido en son de paz.

—Nosotros asumiremos la responsabilidad del Carabassí, pero exijo que me devuelvan a mi padre. Esa es la prioridad.

Vélez miró a Eduardo, esperando su reacción. Este se reclinó en su silla, tomó un sorbo de vino y asintió.

—Está bien, Sofía. Tienes un trato. Pero no puedo garantizarte que tu padre salga ileso. Yo no controlo a esos marroquíes. Lo único que quieren es el dinero.

—Lo tendrán, Eduardo. Pero asegúrate del intercambio —respondió Sofía con firmeza—. Porque, si mi padre sufre daño alguno tras pagar, no habrá tregua que contenga la tormenta que arrasará tu territorio.

Eduardo sonrió con una mueca, levantando su copa.

—Me alegra que el sentido común vuelva a reinar entre las familias ilicitanas —dijo, ofreciéndole la mano.

Sofía estrechó la mano con frialdad, mientras Vélez esbozaba una sonrisa tensa.

—Espero que esto sea lo mejor para todos —dijo el comisario, tratando de sonar convincente.

Sofía se levantó primero y salió con «El Gordo» Díaz. Afuera, la brisa marina refrescaba la noche.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Díaz.

Sofía se subió al coche, cerrando la puerta con firmeza.

—Parres ha vuelto a subestimar mi inteligencia —respondió con una sonrisa helada—. Esta noche, lo pagará caro.

El coche arrancó mientras el mar rugía en la distancia. Alguien había traicionado desde dentro. Su padre estaba vivo y el rescate

sería su prioridad. Santa Pola estaba tranquila, pero Sofía sabía que la calma no duraría. Ahora le tocaba mover ficha.

74

Sofía

La reunión con Eduardo Parres había sido una emboscada disfrazada de negociación, y aquello enfurecía a Sofía más de lo que podía expresar. Eduardo le había arrebatado la mitad de la mercancía sin perder a sus hombres y, para colmo, lo había hecho delante de Vélez, dejándola sin margen de acción. Eduardo se había aprovechado de su necesidad de recuperar a su padre y ella, al menos de momento, había tenido que ceder.

El camino de regreso a Elche desde Santa Pola fue un trayecto cargado de silencios tensos y miradas serias entre Sofía y Díaz. Sentada en el asiento trasero del coche, ella lo miró por el espejo retrovisor.

—Hay algo que me mosquea —dijo, rompiendo el silencio—. Si Parres dice la verdad, los marroquíes tienen a mi padre y él se encargará de mediar para que lo entreguen, a cambio de que la operación se lleve a cabo. Pero lo que no entiendo es por qué no se han puesto en contacto conmigo directamente.

El hombre asentía lentamente, procesando la información. Sofía seguía pensando en voz alta.

—Puede que lo hicieran, aunque no contigo, directamente.

—¿Crees que hablaron con Ignacio?

Díaz frunció el ceño.

—Todo es posible… Tu hermano ha estado desaparecido desde hace días. Es probable que se haya escondido, lejos de nosotros.

Sofía golpeó el asiento del copiloto, furiosa.

—¡Desgraciado! ¡Si no fuera mi hermano, lo mataría yo misma!

Díaz se giró un poco, buscando tranquilizarla.

—Cálmate, Sofía. Necesitamos que estés serena. Esto requiere pensar con frialdad.

Ella respiró profundamente, tratando de controlar su rabia.

—Tienes razón.

—Piensa en tu padre, en cómo solucionaría este entuerto. Sois tal para cual.

Las palabras de Díaz la llenaron de confianza. Evidentemente, no podía pensar como él, pero sabía que el gen iba dentro de ella.

—Quiero que contactes con "El Ruso"—dijo Sofía, más tranquila ahora—. Habrá un cambio de planes. Dado que la playa del Carabassí estará llena de policías esperando a que lleguemos, enviaremos cien kilos por el puerto de Santa Pola, usando los camiones de transporte.

—La policía lleva días investigando los contenedores del puerto. Sería como pegarnos un tiro en el pie.

—Necesitaremos un externo. ¿No tenemos a nadie?

—Ahora que lo dices, no estoy seguro de que quiera trabajar con nosotros.

—¿Cómo se llama?

—Toni Bailén. Ignacio le clavó un cuchillo en la mano. Dudo que quiera hacer negocios con la familia.

—Dame su número y hablaré con él. Le pagaremos bien y esperaremos hasta el día siguiente para mover la mercancía.

Díaz la miró con algo de sorpresa.

—¿Salvar algo en lugar de perderlo todo? —planteó, en voz alta—. Vamos a pagar una carga entera por menos de un tercio que vamos a regalar, y Parres se va a llevar la mitad por la cara.

—No es un regalo, Díaz —replicó ella, con una sonrisa casi sarcástica—. Lo nuestro es una apuesta a largo plazo. Parres está muriendo de éxito. Nosotros, en cambio, estamos construyendo la base para mantener a la familia unida.

—Entiendo —dijo el subordinado, mirando por el retrovisor mientras asentía—. Pero, ¿qué pasa con la gente que enviaremos al Carabassí?

Sofía se giró hacia él, su mirada fría y calculadora.

—Los del Carabassí serán rateros, oportunistas, gente que no sirve para nada… Les prometemos un corte por la cantidad entregada, pero sabemos que serán arrestados y nos los quitaremos de encima.

—Cantarán en cuanto los interroguen.

—¿Y los van a creer? Tenemos buenos abogados… De ese modo, no perderemos a nadie importante y limpiaremos un poco la casa.

Díaz sonrió levemente, admirando la sangre fría de Sofía.

—Eres brillante, Sofía —dijo, sin ocultar su respeto—. Pero, ¿qué vas a hacer con Eduardo Parres? ¿Cómo planeas golpearlo?

Sofía sonrió de lado, dejando ver una chispa de malicia en sus ojos.

—Tengo un as en la manga. Hay alguien que puede sernos muy útil, aunque todavía no lo sepa.

—Y ese alguien, ¿quién es?

—El inspector Serrano... Será mejor que me lleves a la comisaría.

***

Los furgones de la policía iban y venían, y agentes cruzaban las puertas con paso apresurado, generando un murmullo constante que llenaba la comisaría. La atmósfera estaba cargada de tensión, casi palpable. Sofía, con su porte firme y resuelto, atravesó el umbral y escudriñó el lugar con la mirada en busca del inspector Serrano. Lo encontró al fondo, enfrascado en una conversación con varios compañeros.

Sin perder tiempo, se abrió paso entre el bullicio.

—Inspector, ¿podemos hablar un minuto? —dijo, alzando la voz lo justo para hacerse oír.

Serrano levantó la mirada hacia ella con expresión de fastidio. La tensión entre ambos era evidente, una sombra persistente del pasado compartido, de la noche en que se habían acostado juntos.

—No es el mejor momento —respondió, con intención de deshacerse de ella rápidamente.

—Es importante —insistió Sofía, sosteniéndole la mirada con firmeza.

El inspector apretó los labios, incomodado. El aire a su alrededor parecía volverse más denso cuando desvió la mirada hacia un lado antes de contestar.

—Ya te dije que no estoy a cargo del caso de tu padre. Lo siento.

Sofía se inclinó hacia él ligeramente, bajando el tono.

—Javier...

La familiaridad en su voz lo tensó. Notó las miradas curiosas de algunos compañeros cercanos. No quería más preguntas de las necesarias, así que cedió con un gesto brusco.

—Espera fuera, ¿vale? —indicó, señalando la puerta de la comisaría.

Sofía obedeció y salió. Pocos minutos después, Serrano apareció en la entrada, encendiendo un cigarrillo mientras la observaba con el ceño fruncido. Su mirada se desvió hacia "El Gordo" Díaz, que aguardaba en el coche cercano.

—Vaya, vienes con tu gente —comentó, soltando una bocanada de humo—. No sé por qué vuelvo a caer en tu juego.

—Díaz es de confianza.

—Claro, es de la familia...

—Sí, es de la familia —replicó Sofía, sin inmutarse—. Pero ahora mismo, eres tú a quien necesito.

Serrano arqueó una ceja, irritado.

—¿Por qué no me olvidas? Lo que pasó fue un accidente. Entre tú y yo hay dos mundos completamente distintos. Y ahora mismo tengo cosas más importantes que hacer.

—Hay algo que necesitas saber —dijo ella, ignorando su comentario. Serrano se quedó callado, mirándola con una mezcla de irritación y curiosidad mientras daba otra calada. Ella tomó aire antes de soltarlo todo de golpe—. Mi padre está vivo. He descubierto que Ignacio, mi hermano, podría estar detrás de su secuestro. Parres lo manipuló, lo convenció de usar a mi padre como moneda de cambio para asegurar la entrega de la mercancía con los

marroquíes. Ignacio creyó que hacía lo correcto, pero las cosas se han descontrolado.

Serrano frunció el ceño aún más, apartando el cigarrillo de sus labios.

—Tu hermano está hasta el cuello de mierda.

—Eso no cambia nada —replicó Sofía con firmeza.

El inspector la miró incrédulo, como si tratara de procesar lo que acababa de oír.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora?

—Porque no soy como ellos, Javier. No quiero ser como ellos. Pero necesito que me prometas algo.

Serrano negó con la cabeza, dejando escapar un suspiro cargado de exasperación.

—No hago promesas, Sofía. A estas alturas, deberías saberlo.

Ella bajó la mirada un instante, reuniendo fuerzas antes de volver a hablar.

—Solo quiero que me dejes recuperar a mi padre. Es lo único que te pido —dijo, levantando los ojos hacia él con una expresión que mezclaba súplica y determinación—. Deja que los secuestradores recojan el dinero. Después, haz lo que quieras con todos nosotros.

Serrano la miró fijamente, evaluándola, mientras terminaba de fumar en silencio. Sofía, en un gesto espontáneo, le tocó el brazo con suavidad, como queriendo transmitir la sinceridad de sus palabras. Él mantuvo su mirada un instante más, antes de apagar el cigarrillo con un gesto decidido.

—Adiós, Sofía —dijo al fin, dando media vuelta y regresando a la comisaría sin añadir nada más.

Sofía lo observó alejarse, convencida de que, a pesar de todo, lo haría. Había logrado convencerle, aunque fuese de mala gana. Con el corazón encogido y el semblante inquebrantable, volvió al coche, donde Díaz la esperaba con expresión expectante.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Díaz, mirándola por el retrovisor.

Sofía se dejó caer en el asiento, exhausta.

—Si todo sale bien, esta noche mi padre regresará a casa —respondió, dejando escapar un suspiro.

Díaz asintió, aunque su rostro seguía reflejando preocupación.

—¿Y si algo sale mal?

Sofía cerró los ojos por un momento, visualizando los peores escenarios posibles. Cuando los abrió, su mirada era fría y resuelta.

—Entonces, tendremos que prepararnos para un largo baño de sangre.

75

Serrano

De regreso a la comisaría, el dilema se desplegaba ante Serrano como un intrincado laberinto lleno de caminos peligrosos. El encuentro con Sofía le había dejado un peso en la mente, y cada decisión que contemplaba parecía cargar consigo graves consecuencias. Por un lado, sentía la obligación de avisar a Vélez de lo que Sofía le había contado. Era lo lógico, lo que dictaba el protocolo: informar a Ramírez, el inspector jefe de la UDYCO, y dejar que él decidiera cómo proceder. Pero Serrano sabía que esa opción podría costarle la vida a Tomás Bernabeu y echar a perder meses de trabajo.

Por otro lado, estaba la tentación de traicionar su palabra y entregarlos a todos. Detener de una vez por todas el flujo de droga y crimen que había convertido a Elche en un lugar casi irrecuperable. Sin embargo, esa vía también podía significar perder el contacto con los proveedores, complicar la investigación y dejar a la familia Bernabeu sin control, lo que seguramente provocaría una guerra abierta. Sofía era la única persona de ese clan que había mostrado interés en negociar, y romper ese vínculo podría hundir todo en el caos.

Serrano se pasó una mano por la cara, intentando disipar la confusión. «¿Qué busco realmente?», se preguntó. Y la respuesta le llegó con brutal honestidad: lo mismo de siempre. Su trabajo.

Limpiar Elche de la basura que había dominado las calles durante demasiado tiempo. Derribar ese castillo de naipes, carta por carta, hasta que no quedara nada, aunque el precio fuera alto.

La voz de un compañero interrumpió sus pensamientos. Un agente le indicó que debía dirigirse al furgón que ya esperaba fuera para iniciar el operativo. Serrano asintió, sacudido de su ensoñación, y comenzó a caminar hacia la salida. Sin embargo, antes de llegar a la puerta, el subinspector Gutiérrez lo interceptó con una expresión grave.

—Necesito hablar contigo, Serrano.

—¿Qué pasa? —respondió, tratando de quitarle hierro al asunto—. ¿Son los nervios, Gutiérrez? Porque hoy estás más pesado que de costumbre.

—Es sobre Raquel...

El tono de Gutiérrez y el nombre de Raquel hicieron que Serrano se detuviera en seco.

—¿Qué quiere ahora? —dijo, intentando mantener un aire despreocupado—. ¿Y Rivas? ¿No viene hoy?

Gutiérrez desvió la mirada brevemente antes de responder, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Parece que anoche le disteis duro al hígado —intentó bromear, aunque su tono no tenía convicción.

—No fue para tanto. ¿Qué pasa con Raquel? —preguntó Serrano, ahora claramente irritado.

La expresión de Gutiérrez cambió por completo. Su tono se volvió sereno, casi solemne.

—La han encontrado muerta. Tirada en un descampado, en la carretera de Bacarot. Dos disparos.

Las palabras cayeron como un golpe en el estómago. Serrano sintió un vacío en el pecho. Había intentado salvar a Raquel Ortega, convencerla de que abandonara aquella vida y se acogiera al programa de testigos. Le había prometido una salida, una oportunidad de escapar de ese infierno. Pero había fallado, como tantas otras veces. Raquel había terminado como Ludmila, como tantas otras mujeres a las que la máquina del crimen devoraba sin piedad.

El dolor inicial se transformó en una rabia que Serrano reprimió con un esfuerzo titánico. Endureció el rostro y se giró hacia Gutiérrez.

—Lo siento —dijo el subinspector, con sincera tristeza.

Serrano asintió, pero no levantó la vista.

—Tenemos que seguir adelante —respondió, con una frialdad que ocultaba su tormento interior.

Sabía que no había tiempo para lamentaciones. Raquel estaba muerta y su sacrificio no debía ser en vano. Con ese pensamiento clavado en su mente, se encaminó hacia el exterior. Gutiérrez lo siguió, en silencio.

Ya fuera, Serrano ajustó su chaqueta de cuero mientras sus pensamientos giraban frenéticamente. Cada decisión, cada movimiento debía llevarlo más cerca de derribar aquel maldito castillo de cartas. Por Raquel, por Ludmila, por todos los que habían quedado en el camino. Había prometido justicia, aunque tuviera que cargar con las consecuencias.

Dentro del furgón, el ambiente estaba cargado de tensión. Los rostros de los agentes reflejaban la mezcla de ansiedad y determinación que acompañaba siempre a una operación de alto riesgo. Serrano se sentó junto a ellos, sin cruzar palabra. En su mente resonaban todavía las palabras de Gutiérrez: Raquel, muerta. La carretera de Bacarot. Dos disparos.

Cuando el vehículo se puso en marcha, Serrano cerró los ojos un instante. Sabía que estaba solo en eso. Nadie lo respaldaría si decidía cruzar la delgada línea entre el deber y la venganza. Pero también era consciente de que no había vuelta atrás.

—Vamos a hacerlo —murmuró, apretando los puños.

Aquella noche, Serrano estaba dispuesto a abrir todas las grietas necesarias para que la luz finalmente se colara entre las sombras. Aunque eso le costara todo.

76

Sofía

La gasolinera en la AP-7 estaba casi desierta. Era de madrugada, el cielo todavía oscuro, salpicado de unas pocas estrellas que apenas brillaban debido a la luz artificial de las farolas que rodeaban la estación de servicio. Un par de coches repostaban bajo el tenue resplandor de las lámparas, mientras en la cafetería acristalada, reflejos del tráfico esporádico de la autopista iluminaban los cristales, creando un ambiente de irreal tranquilidad. Sofía Bernabeu aguardaba, inmóvil, en el interior de su coche junto a Díaz y otros dos de sus hombres. Desde la ventanilla podía ver a «El Ruso» Beltrán, sentado en una mesa junto a la ventana con un café en la mano, vigilando a la espera de que apareciera el contacto.

—No deberías estar aquí, Sofía —dijo Díaz, su voz arrastrando la preocupación que llevaba conteniendo desde que ella insistió en participar en ese intercambio.

—Soy la hija del jefe, Díaz. Es mi deber estar aquí —replicó ella, sin apartar los ojos del café donde «El Ruso» aguardaba.

Díaz bufó, encendió un cigarrillo y exhaló el humo lentamente.

—Un líder no se arriesga así, deberías saberlo mejor que nadie.

Sofía no dijo nada. Lo entendía perfectamente, pero también sabía que en ese momento era crucial verle la cara al intermediario. El control y la autoridad se ganaban mostrando valentía, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Un coche de alta gama, con matrícula holandesa, apareció finalmente y entró en la estación. Se detuvo junto a uno de los surtidores y del asiento del copiloto bajó un hombre con rasgos marroquíes. Sus movimientos eran precisos y cautelosos. Sin perder tiempo, entró en la cafetería y se sentó cerca de «El Ruso» Beltrán.

—Parece que son ellos —dijo Díaz, apagando el cigarrillo con un gesto brusco.

Sofía sintió el corazón acelerarse, pero no hizo ademán de moverse. Esperó en silencio mientras Díaz hacía el ademán de bajar del coche. Sofía lo detuvo.

—No, todavía no —le ordenó con firmeza.

Él aceptó, aunque claramente no estaba de acuerdo. Se quedó observando, la preocupación reflejada en sus ojos, mientras en el interior de la cafetería «El Ruso» se levantaba para dejar sitio a Díaz, quien se dirigía a la mesa. Beltrán desapareció de la escena, caminando hacia el aparcamiento trasero. Todo iba según lo planeado, o al menos eso parecía.

Sofía bajó del coche poco después, sin avisar a nadie, y caminó hacia la cafetería. Cuando Díaz la vio entrar, se levantó y le cedió su lugar, susurrándole al pasar por su lado:

—Todo va sobre la marcha.

Ella lo ignoró y se acercó al hombre marroquí, que al verla llegar la miró con cierta sorpresa. Su presencia no era la que esperaba.

—Youssef —lo saludó Sofía, tomando asiento frente a él.

El hombre arqueó las cejas, algo desconcertado.

—¿Eres tú la que manda? —dijo, con cierto tono de incredulidad.

—No, soy la que reina… y estoy aquí para asegurarme de que sabes con quién estás haciendo negocios —replicó ella, sin titubear —. Al menos, a partir de ahora.

El hombre tomó un sorbo de su café y la miró fijamente.

—No soy más que un intermediario —dijo él, con voz tranquila.

Sofía no parpadeó.

—No me importa quién seas, siempre y cuando vuestra gente cumpla con la palabra.

—Lo mismo digo.

—Mi padre. ¿Dónde está?

Youssef se encogió de hombros, con un gesto casi indiferente.

—Difícil familia la tuya. Tu hermano no ha sido precisamente el mejor negociador. La situación se ha complicado, pero tu padre volverá pronto.

—Ignacio es historia —le dijo ella, con frialdad—. A partir de ahora, todo se hará a través de mí. No quiero intermediarios ni mensajes encriptados. Si queréis seguir prosperando, tendrá que ser así. De lo contrario, habrá problemas. Este es mi territorio y, te guste o no, ahora mando yo.

El hombre terminó su café y miró hacia la ventana. Recibió una señal del conductor del coche y asintió.

—Me gusta la gente con las ideas claras, aunque seas una mujer —dijo, sonriendo levemente—. Tu padre se alegrará de volver a casa.

—¿Dónde está? —insistió ella.

Youssef no respondió. Se levantó sin más, lanzó el vaso de café a la papelera cercana y se dirigió hacia la salida. Entró en el coche de matrícula holandesa y, en cuestión de segundos, desapareció del lugar.

Sofía salió de la cafetería con rapidez, el corazón latiéndole fuerte. Miró en todas direcciones, intentando ver alguna señal de su padre, pero no había nada. Sintió la desesperación apoderarse de ella, la tensión acumulada convirtiéndose en ira contenida.

De repente, desde el aparcamiento trasero, una furgoneta emergió rápidamente. Las puertas traseras se abrieron un segundo y lanzaron a un hombre al suelo, antes de que la furgoneta arrancara a toda velocidad, quemando rueda mientras se dirigía a la autopista. Los hombres de Díaz hicieron ademán de ir tras ellos, pero él los detuvo con un gesto.

Sofía corrió hacia la figura tirada en el suelo. Era Tomás Bernabeu. Su padre. Aunque maltrecho y confuso, estaba vivo. Se arrodilló a su lado y lo ayudó a incorporarse, abrazándolo con fuerza.

—Hija... —susurró él, desconcertado, mientras trataba de entender qué estaba ocurriendo, qué hacía ella allí.

Sofía lo miró, sus ojos llenos de una mezcla de alivio y frialdad.

—¿Qué esperabas, papá? —le dijo, con un tono entre la ira y la tristeza—. ¿Qué coño esperabas?

Tomás no tuvo respuesta, y Sofía tampoco la esperó. Se levantó, ayudó a su padre a ponerse en pie y lo llevó hacia el coche donde Díaz y sus hombres los esperaban.

Díaz observó la escena en silencio mientras Sofía y Tomás se acomodaban en el asiento trasero. El silencio dentro del coche era sepulcral. Había sido una noche larga y aún quedaba mucho por resolver.

Sofía miraba por la ventana del coche mientras avanzaban hacia Elche. Sabía que la verdadera batalla apenas comenzaba. Recuperar a su padre era solo una parte del conflicto. Lo que venía a continuación sería aún más difícil.

El aire se sentía viciado, y el rostro de Tomás, aún débil, reflejaba la incertidumbre y el miedo de un hombre que había perdido el control de su propio destino. Sofía no iba a dejar que eso le pasara a ella. No ahora. No después de todo lo que había sacrificado.

—Prepárate, papá —dijo finalmente, sin apartar la mirada del horizonte oscuro que tenían delante—. Esto está lejos de haber terminado.

77

Serrano

El viento traía consigo el aroma salobre, mezclado con la tensión acumulada entre los agentes que ultimaban los preparativos para el operativo. La noche se cernía con una oscuridad densa, y la playa del Rebollo apenas se perfilaba bajo el frío resplandor azul de las luces de los furgones policiales que se aproximaban. Javier Serrano observaba a sus hombres, serios y concentrados, armados hasta los dientes, mientras el murmullo del oleaje se entrelazaba con las instrucciones finales pronunciadas en voz baja.

—Unidad 1, aquí, Águila. ¿Todos en posición? Cambio.

—Recibido, Águila. Confirmamos posición, listos para intervención. Cambio.

—Unidad 2, ¿visual de la lancha? Cambio.

El peso de la incertidumbre le apretaba el pecho. Sabía que aquella noche se jugaban demasiado. La radio crujió en sus manos. Una sola señal bastaría para iniciar la intervención. Las lanchas se aproximaban a la costa y sus luces intermitentes aparecían y desaparecían como espectros en la penumbra marina. Javier hizo un gesto a Gutiérrez, que estaba a su lado, y ambos avanzaron hacia la línea de dunas que delimitaba la playa, agazapándose tras la vegetación para obtener una mejor perspectiva.

—Veo movimiento en las dunas —comentó Gutiérrez—. Son los hombres de la familia.

Los motores de las lanchas se apagaron y de la oscuridad surgieron varias siluetas que arrastraban los fardos hasta la arena húmeda. Serrano alcanzó a distinguir el brillo metálico de las armas que portaban. Poco después, más figuras, los hombres de la familia Bernabeu emergieron para recibir la carga y comenzar a trasladarla.

—Aquí Unidad 2. Visual confirmada, tres sujetos en la lancha. Están descargando. Cambio.

—Águila a todas las unidades. Confirmen a la espera. Repito, confirmen. Cambio.

—Unidad 3, listo. Cambio.

—Unidad 4, listo. Cambio.

—Unidad 5, listo. Cambio.

—¡Ahora! Repito, ¡procedan! —ordenó Javier, alzando la mano e indicando a sus compañeros con una señal.

De inmediato, la playa se llenó de luces cegadoras y gritos. Los reflectores de la policía iluminaron la escena, dejando a los sospechosos desorientados mientras intentaban cargar los fardos.

—¡Policía! ¡Arrojen las armas y tírense al suelo!

Un breve tiroteo estalló entre los gritos de advertencia.

—Un sujeto intenta huir hacia las dunas, repito, intento de fuga al norte. Cambio.—Serrano, intento de huida —señaló Gutiérrez.

Unos pocos disparos bastaron para que los hombres decidieran rendirse. Dejaron caer sus armas al suelo y levantaron las manos en señal de entrega.

—Águila, sospechosos rendidos. Tres detenidos en la playa. Fardos asegurados. Cambio.

Javier avanzó rápidamente, linterna en mano y arma en alto, apuntando hacia los detenidos. Uno de los hombres de los Bernabeu, que había intentado escapar, fue reducido por dos agentes, que lo inmovilizaron contra la arena húmeda y lo esposaron. Gutiérrez, junto a él, permanecía atento a las actualizaciones de la radio.

—Carabassí informa: cuatro detenidos y trece fardos interceptados. Todo bajo control. Cambio.

—Parece que los tenemos a todos —murmuró Gutiérrez.

—Recibido. Buen trabajo. Mantengan la posición hasta que lleguen refuerzos.

—Buen trabajo, Águila —la voz del inspector jefe de la UDYCO resonó en la radio, otorgando el reconocimiento. Javier asintió, aunque su mirada seguía fija en los fardos esparcidos en la playa, inspeccionados uno a uno por los agentes.

Sin embargo, algo no cuadraba. Una inquietud comenzó a crecer en su interior.

—Gutiérrez, revisa cuántos fardos tenemos aquí.

Gutiérrez lo miró, desconcertado.

—¿Estás bien? Parece que hay suficientes...

—Hazlo. Dime cuántos hay —insistió Javier, con la mirada fija en los paquetes, mientras su intuición le advertía de que algo andaba mal.

Con un leve gesto de duda, Gutiérrez comenzó a contar junto a los otros agentes.

—Águila a Unidad Carabassí. Confirmad peso aproximado. Cambio.

La radio volvió a crepitar.

—Tenemos unos trece fardos aquí. Calculamos que serán unos trescientos kilos en total. Cambio.

Javier se frotó la barbilla, calculando mentalmente. Observó los fardos del Rebollo. No eran más de nueve.

—Esto no cuadra. Aquí no llegamos ni a los doscientos.

El silencio se hizo pesado y la comprensión le golpeó como un mazazo.

—¿Crees que nos han distraído?

Era evidente: habían sido engañados. Lo que estaban interceptando no era toda la mercancía, solo una parte. Sofía Bernabeu los había burlado.

—Mierda... —masculló, con los labios apretados de rabia.

Gutiérrez lo miró, desconcertado.

—¿Qué pasa?

—Esto no es toda la mercancía —dijo Javier, intentando contener la frustración que hervía en su interior—. Águila a todas las unidades. Manténganse alerta. Esto no es todo el envío.

Los agentes reaccionaron de inmediato, aunque Javier ya lo sabía: era tarde. Sofía había conseguido desviar el grueso del cargamento mientras ellos se concentraban en esta operación.

—Serrano, ¿qué hacemos? —preguntó Gutiérrez, intentando seguirle el ritmo.

—Maldita sea... —Javier cerró los ojos por un segundo, buscando claridad en medio de la tormenta de pensamientos.

Sofía le había traicionado. Había confiado en ella, aunque fuese mínimamente, y ahora esa decisión volvía para atormentarlo.

—Aseguramos lo que tenemos aquí —dijo finalmente, con voz firme—. Después iremos a por todos. No permitiré que esta gentuza se salga con la suya.

Gutiérrez lo observó en silencio. El fuego en la mirada de Javier era evidente. Esto no era solo un caso más; había algo personal, una traición que había tocado fibras profundas. Y Javier Serrano no pensaba dejarlo impune.

Mientras las luces de los furgones policiales iluminaban la playa y el sonido del viento se mezclaba con las órdenes de los agentes, Javier se hizo una promesa: aquella noche no marcaría el final, sino el principio de una nueva cacería.

78

Serrano

Una semana más tarde…

Días después de la operación «Camarote», Javier Serrano y Gutiérrez estaban en el Jackson Irish Tavern. Era tarde y las luces cálidas del bar apenas iluminaban las paredes de madera desgastadas. La atmósfera estaba cargada por el aire sin reciclar y el murmullo constante de clientes que bebían en silencio o conversaban en voz baja. Serrano apuraba su cuarta pinta de Heineken, sintiendo cómo la cerveza le recorría la garganta mientras miraba la televisión, con el ceño fruncido. En la pantalla, una vez más, las noticias repetían los pormenores de la operación.

El reportero relataba con entusiasmo:

«Se han incautado quinientos kilos de hachís y se ha detenido a doce individuos relacionados con el contrabando y el tráfico de estupefacientes, además de desarticular una red que utilizaba empresas textiles como fachada para el blanqueo de capitales».

Las imágenes mostraban el logotipo de la policía y los fardos apilados en un almacén. Serrano sabía que esos doce detenidos incluían hombres de los Parres y de los Bernabeu, figuras que, durante mucho tiempo se habían escabullido entre las grietas del sistema. Mientras daba otro trago largo, la camarera argentina se acercó a la barra y, con una sonrisa burlona, lo interrumpió.

—Sos famoso, boludo —dijo, cambiando de canal con el mando a distancia.

Serrano no respondió, ni siquiera levantó la vista. Sus ojos cansados permanecían fijos en el fondo de su jarra de cerveza. La camarera se encogió de hombros y volvió a sus tareas. A su lado, Gutiérrez lo observaba con una media sonrisa, intentando aliviar la tensión.

—Vamos, Javier, no es para tanto. Hicimos un buen trabajo.

El inspector negó lentamente con la cabeza, hablando más para sí mismo que para su compañero.

—No... no hicimos un buen trabajo. Podría haber evitado las muertes de Natalia Rivas y Raquel Ortega si hubiera estado más atento. Si no me hubiera distraído con otras cosas, con ella…

Gutiérrez apoyó una mano en su hombro, tratando de transmitir algo de consuelo.

—No podías saberlo. No puedes cargar con los errores de los demás. Rivas era el topo, una traidora. Tenías razón desde el primer momento. Le estaba pasando información a los Parres. Era el topo que buscábamos y, sinceramente, tarde o temprano, iba a acabar así.

Serrano intentó contener la mezcla de rabia y dolor que lo consumía. Recordó el frío de la morgue, la visión de los cuerpos inertes. Natalia Rivas, con su rostro desencajado, y Raquel Ortega, cuya única culpa había sido confiar en él, en la promesa de un futuro mejor. Una promesa que no pudo cumplir.

—No fue lo correcto, Gutiérrez —insistió Javier, sacudiendo la cabeza—. No fue lo correcto, simplemente lo que creí que era mejor.

Gutiérrez soltó una risotada amarga, dándole un leve codazo.

—¿Y no es lo mismo, acaso? —intentó bromear, buscando arrancarle una sonrisa.

El compañero lo miró con una expresión cargada de cansancio y frustración. No respondió. Bebió otro trago largo, dejando que el silencio llenara el espacio entre ellos. Finalmente, Gutiérrez se puso de pie, con un suspiro.

—Mira, ya basta de fustigarte, Javier. Hiciste lo mejor que pudiste con lo que tenías. Las decisiones de los demás no estaban bajo tu

control, y las consecuencias son parte del juego.

Eso mismo pensó de Durá.

El subinspector dejó un billete sobre la barra y se ajustó la chaqueta.

—Paga esta ronda, ¿quieres? Yo me voy. Mi familia me espera. Y tú... no te quedes aquí demasiado tiempo. Necesitas descansar.

Gutiérrez se marchó, dejándolo solo en el bar. Serrano pidió otra cerveza, aunque sabía que ya había bebido más de la cuenta. Con la mirada fija en el vacío, sus pensamientos lo llevaron de nuevo a los momentos finales con Natalia Rivas, a la forma en que se había reído con él durante su última conversación, despreocupada, confiada... antes de que todo terminara.

—¿Por qué, Natalia? —murmuró para sí mismo, las palabras ahogándose en el ruido del bar.

El sonido de su teléfono móvil rompió el trance. Lo sacó del bolsillo, con la vista algo nublada por el alcohol, y miró la pantalla. Era un mensaje de un número desconocido. Al abrirlo, reconoció con un escalofrío que pertenecía a un teléfono de prepago, uno que Raquel Ortega había usado para comunicarse con él.

«Ella confiaba en ti. Lo arriesgó todo para ayudarte. No puedes abandonar ahora».

El mensaje lo dejó helado. Durante un instante, pensó que era una broma de mal gusto. Tragó saliva y, con dedos temblorosos, respondió al mensaje.

«¿Quién eres?»

Esperó, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza. No hubo respuesta. La pantalla permaneció en blanco y el silencio a su alrededor se volvió más pesado.

—Imbéciles... —murmuró, guardando el móvil en el bolsillo.

Apuró la cerveza y se levantó tambaleándose. A pesar del cansancio y el alcohol, el mensaje había encendido algo en su interior. El peso del fracaso seguía ahí, y las vidas perdidas aún lo atormentaban, pero abandonar nunca había sido una opción para él. Raquel había confiado en él, y traicionar esa confianza era inconcebible.

Mientras se quedaba allí, en la barra del Jackson Irish Tavern, con la cabeza baja y la mirada perdida en la jarra vacía, Javier Serrano hizo una promesa. Aún quedaba justicia por hacer, por Natalia, por Durá, por Raquel y por todas las víctimas que el caso había dejado por el camino. No dejaría que todo aquello fuera en vano.

79

Eduardo

Eduardo había soportado muchas cosas a lo largo de su vida, pero nada lo había preparado para ver a su hijo en ese estado. Vulnerable, sin el brillo desafiante de siempre. A esas horas, el Hospital General de Elche estaba tranquilo, casi fantasmagórico. Las luces blancas iluminaban los pasillos vacíos; el eco de pasos lejanos y el pitido constante de las máquinas acompañaban a Eduardo Parres mientras miraba a través del cristal que separaba la habitación de la unidad de cuidados intensivos. Allí, en la cama 17, estaba su hijo, Marcos, sedado, con máscaras y tubos conectados a su cuerpo.

Había salido de la gravedad, pero el camino hacia la recuperación sería largo. Eduardo lo sabía, lo sentía en cada fibra de su ser. También comprendía que la batalla por el control de la ciudad estaba perdida, al menos por ahora. Todo el trabajo de los últimos años, el poder que había acumulado con tanta paciencia, se había desmoronado a causa de un error: el ego. Se había confiado demasiado, creyendo que podía eliminar a los Bernabeu sin contar con Tomás. Había olvidado que, para derrocar a un rey, no bastaba con sacarlo del tablero; hacía falta una red de apoyo, una estructura que sostuviera la transición. Y ahora, tras la redada y la captura de varios de sus hombres, el terreno se había vuelto peligroso. El bar

Saladas, antes lugar de cierre de tratos, ya no era seguro: demasiados ojos sobre ellos, demasiada policía merodeando.

El hospital se había convertido en su nuevo centro de operaciones. Allí podía recibir a sus contactos sin levantar sospechas, bajo la apariencia de un padre preocupado por la salud de su hijo. Mientras observaba a Marcos, Eduardo comprendió algo: el tiempo estaba en su contra. El regreso de Tomás Bernabeu significaba que sus enemigos habían ganado una nueva reina en el tablero, una amenaza con la que tendría que lidiar tarde o temprano. Pero él era estoico, paciente. Sabía que la vida daba una de cal y dos de arena, y, si algo había aprendido de los viejos tiempos, era que la paciencia, cuando se tenía el corazón endurecido, siempre era recompensada. Agradecía estar vivo y tener todavía a Marcos a su lado.

Un murmullo de voces y pasos apresurados lo sacó de sus pensamientos. Miró hacia el pasillo y vio a uno de sus hombres entrar, seguido de Vicente «El Pana». Eduardo asintió, despidiéndose mentalmente de su hijo antes de cerrar con cuidado la puerta y salir a su encuentro.

—¿Cómo está el muchacho? —preguntó el dueño del horno de pan.

—Sobreviviendo —replicó Eduardo con voz serena y sin emociones. No necesitaba mostrar su dolor a nadie. Sabía distinguir entre la familia y el negocio.

Hablaron durante unos minutos en el pasillo, entre susurros y miradas a ambos lados, asegurándose de que nadie los escuchara. «El Pana» sacó un sobre abultado de su chaqueta y se lo entregó a Eduardo.

—Gracias por el asunto de Hacienda —dijo antes de despedirse. Eduardo observó el sobre durante unos segundos y luego se lo guardó sin más.

Cuando «El Pana» se marchó, Eduardo hizo señas a Rubén «El Socio» Giménez para que se acercara. Comenzaron a caminar juntos por el largo pasillo mientras Eduardo encendía otro cigarrillo, una costumbre reciente desde que la vida había empezado a golpearlo.

—¿Cómo va el asunto de la chica de Serrano?

«El Socio» se encogió de hombros antes de responder.

—Creo que he encontrado a una de las chicas del club. No parece ser una prostituta habitual. Pero...

Eduardo negó con la cabeza.

—Serrano no es de ese tipo de hombres. No mantiene relaciones largas ni se involucra con nadie que pueda relacionarse con su trabajo. Y, mucho menos, con una fulana. Lo sé porque conozco a ese policía. No. Necesitamos algo más... emocional. Algo real que lo toque de verdad. Algo que no pueda ver venir.

«El Socio» se quedó pensativo un momento.

—En ese caso, tengo a alguien. Una francesa. Putilla, también, pero fuera del mercado por culpa de una cicatriz que tiene en la cara.

Eduardo se detuvo en seco y lo miró con sorpresa.

—¿Una cicatriz?

El otro asintió.

—Se la hicieron hace unos meses los Bernabeu, durante una pelea en la calle. Era amiga de Raquel Ortega, la puta que Serrano estaba intentando sacar del negocio.

—¿Qué te hace pensar que otra fulana podría crear un vínculo emocional con él?

—Está desesperada, es una toxicómana y estoy seguro de que quiere entrar en Protección de Testigos.

—Maldita sea. Tiene todas las papeletas para vendernos.

—Espera un momento, hombre. Solo tenemos que reformarla, ya sabes... La ayudamos a salir del atolladero a cambio de un favor.

—Una yonqui es una yonqui. No puedes confiar en los adictos.

—No queremos confiar en ella. Solo joder a ese madero.

Eduardo guardó silencio, asimilando la información. Entonces comprendió cómo podía sacar provecho de aquella situación. Finalmente, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un teléfono móvil viejo, uno de prepago. Se lo entregó a «El Socio».

—Mira, confío en que sabrás qué hacer. Este es el móvil que usaba esa fulana para comunicarse con Serrano. Quiero que lo uses cuando la chica esté lista. Dile que lo llame, que le pida un encuentro. Y luego, que le cuente la verdad sobre el policía corrupto que se voló la cabeza. Eso servirá. Vamos a entrar en la mente del

inspector de una forma que no se espere. Entre eso, la jueza y lo de Asuntos Internos, lo mantendremos lejos de nosotros durante una buena temporada.

«El Socio» asintió, guardó el teléfono en su chaqueta y se alejó por el pasillo. Eduardo se quedó allí, solo, mirando por la ventana hacia la ciudad, las luces de Elche parpadeando en la distancia. Apretó los labios y tomó aire profundamente. La vida siempre daba una de cal y dos de arena, pero él estaba dispuesto a esperar y rearmarse. Era paciente, y la paciencia era lo único que no podía permitirse perder. Mientras su hijo y él siguieran vivos, nada estaba perdido.

80

Serrano

La comisaría tenía un aire distinto aquella mañana. Algo en la atmósfera se sentía oxidado, como si el aire mismo se resistiera a ser respirado. Javier Serrano se detuvo un instante al entrar, observando el escritorio de la oficial Rivas. Sobre la mesa había un montón de documentos desordenados, un teclado cubierto por una fina capa de polvo y unos archivadores apilados, como si ella fuera a regresar en cualquier momento para continuar con su trabajo. Pero Serrano sabía que eso no iba a ocurrir. Y eso, en el fondo, lo hacía hervir por dentro.

La brigada trataba de mantener la compostura, pero la pesadumbre era palpable. La muerte de Rivas pesaba sobre todos, y la falta de respuestas era una carga que se extendía como un fantasma entre ellos. Además, el espectro de Asuntos Internos sobrevolaba el departamento, agudizando la tensión. Gutiérrez, sentado a pocos metros, miró a Serrano con una expresión que intentaba ser de complicidad, pero que no ocultaba la incomodidad. Ambos sabían lo que significaba: malas noticias se acercaban a la unidad.

Antes de que Serrano pudiera asentarse en su escritorio, el comisario Vélez apareció en la puerta de su despacho y lo llamó con un ademán rápido y firme.

—¡Serrano! Venga un momento, tenemos que hablar —ordenó.

Un escalofrío recorrió la espalda del inspector. Aquello significaba cambios, decisiones tomadas sin consultarle que alterarían su rutina.

Mientras avanzaba hacia el despacho, dos figuras entraron en la comisaría. Una mujer morena, atractiva, con una mirada intensa y un andar seguro, seguida de un hombre fornido, de cabello corto y chaqueta de cuero, que desprendía un aire desafiante. Era evidente que ambos eran policías: sus gestos y la manera de analizar el entorno los delataban. También era evidente que no les agradaba estar allí.

La pareja intercambió unas palabras con Vélez a la distancia, quien señaló a Serrano con un gesto. Este supo al instante que el asunto iba con él.

—¿Quería verme, comisario?

—Sí. Serrano, le presento a la inspectora Agulló y al inspector Rojo, de la brigada de Homicidios de Alicante —anunció Vélez, sin rodeos.

Serrano evaluó rápidamente a la pareja. Agulló tenía unos ojos que parecían atravesarlo, mientras que Rojo, con su porte imponente, irradiaba una autoridad intimidante. Ambos estrecharon su mano con firmeza, lo que no dejó lugar a dudas: no estaban allí para hacer amigos.

—¿En qué puedo ayudarles, inspectores? —preguntó Serrano con neutralidad.

—Estamos a cargo de la investigación por el homicidio de Raquel Ortega y Ludmila Kowalska —comenzó Agulló, directa, con los brazos en jarra—. Sabemos que tenía buena relación con Ortega, y queremos que nos cuente todo lo que sepa sobre sus muertes.

Serrano se encogió de hombros y cruzó los brazos.

—Aclaremos algo desde el principio. Mi relación con Ortega era estrictamente profesional. Era un testigo clave en una operación que cerramos recientemente. Ella estaba a punto de entrar en el programa de protección de testigos. Sobre la otra chica... algo había oído, pero no puedo aportar mucho más.

Agulló arqueó una ceja, claramente escéptica.

—Hemos solicitado que se una a la investigación, al menos durante la fase inicial. Su conocimiento sobre Ortega y el contexto

en el que se movía nos será útil —añadió Agulló con firmeza—. Por supuesto, si no le molesta.

El ceño de Serrano se frunció y en su rostro se dibujó una expresión de desagrado.

—¿Homicidios? Mire, inspectora, agradezco su confianza, pero yo estoy en Estupefacientes. Lo mío es tirar puertas abajo, no esto.

El inspector Rojo dejó escapar una sonrisa irónica, cargada de una leve amenaza.

—Usted no hace las reglas, inspector —dijo, clavando su mirada en él—. A veces toca bailar al son de lo que tocan otros. Mi compañera está siendo muy amable con usted.

Serrano apretó los labios, mordiéndose una respuesta. Entendió al instante que aquello no era negociable, y Vélez no parecía dispuesto a interceder por él.

—Ya veo... —murmuró.

Por mucho que le molestara, no tenía otra opción que adaptarse. Y, aunque no quisiera admitirlo, la muerte de Raquel Ortega le había dejado una espina clavada, una necesidad de justicia que lo consumía. Quizá, formar parte de la investigación no fuera tan mala idea. Tal vez, con suerte, podría encontrar las respuestas que hasta ahora se le habían escapado.

—Lo tomaremos como un sí —sentenció Agulló sin darle más margen—. No pretendemos hacerle perder el tiempo. Pronto estará de vuelta aquí.

—Tomen el tiempo que necesiten —intervino Vélez, en tono conciliador—. Este caso es importante.

Agulló asintió y Rojo le dio a Serrano una palmada en el hombro, mezcla de camaradería y advertencia.

—Espero que esté listo para empezar. No me gustan los rodeos.

Vélez, que había permanecido callado, finalmente intervino de nuevo.

—Serrano, esta es una oportunidad para cerrar algunos cabos sueltos. No la desperdicie —dijo con tono autoritario, pero dejando entrever cierta confianza en él—. Ahora, si me disculpan, debo hacer una llamada.

Serrano asintió, consciente de que, a partir de ese momento, tendría que librar una doble batalla. No solo contra las sombras del narcotráfico, sino también contra los estragos que dejaban las vidas arrebatadas. Y esa lucha, intuía, sería la más difícil de todas.

—Bien, ustedes dirán.

—Para empezar, dejémonos de formalismos —dijo Rojo, con brusquedad—. Así será todo más fácil.

—De acuerdo. ¿Qué necesitáis?

—Todo lo que tengas sobre los testimonios de esas mujeres. También información sobre algunos nombres en particular.

—¿Cuáles?

—Ignacio Bernabeu, Fernando Díaz, Héctor Jiménez, Emilio Sánchez... La lista es larga.

Serrano soltó una sonrisa sarcástica.

—Voy a necesitar un buen rato para hablar de ellos.

—Quizá podamos empezar con un resumen —sugirió Agulló.

Serrano miró su reloj y recordó algo. Tal vez todavía estaba a tiempo.

—Se me ocurre algo mejor... —dijo mientras tomaba las llaves de su coche—. Si queréis una primera toma de contacto, acompañadme.

81

El día amaneció gris y lluvioso. Las gotas caían sin tregua sobre el cementerio de Elche, empapando los árboles, las tumbas y a la multitud vestida de negro que se congregaba alrededor del nicho de Ignacio Bernabeu. La plana mayor de la familia Bernabeu estaba de luto, acompañando el entierro del hijo caído. Los hombres y las mujeres de la familia llevaban gafas de sol, intentando ocultar sus rostros marcados por el pesar.

En el centro de todos, Sofía Bernabeu observaba cómo el ataúd descendía al nicho. Estaba rodeada por su madre, Teresa, su padre, Tomás Bernabeu, quien se mantenía en pie a duras penas, y por sus hijos. Su marido permanecía más atrás, apartado a un lado, como si su presencia fuera solo decorativa. Cerca, y como un muro de contención, «El Gordo» Díaz, «El Ruso» Beltrán y «La Viuda» Pérez se despedían del difunto. El rostro de Sofía reflejaba la tristeza inevitable de la pérdida, pero también una fortaleza que pocos podían ignorar. Ella era la reina, la sucesora. No había lágrimas en sus ojos, solo la aceptación de lo que debía ser. Ahora, todos sabían que ella era la nueva líder de los Bernabeu.

A su alrededor se reunían asociados, miembros de otras organizaciones, familias y aliados que mostraban sus respetos. Entre ellos destacaban Manuel Soriano, el alcalde de Elche, Isabel Domínguez, la jueza que siempre había sabido jugar a dos bandas, y

varios empresarios que dependían de la familia para mantener sus negocios a flote. Todos ofrecían sus condolencias, inclinaban la cabeza y murmuraban palabras de consuelo, aunque sus miradas no tardaban en desviarse hacia Sofía, la figura que ahora tenía el poder de decidir el destino de todos los presentes.

En la distancia, tres figuras observaban en silencio la escena. El inspector Javier Serrano, acompañado por los inspectores Rojo y Agulló, había llegado al cementerio para presenciar el desenlace. No se acercaron demasiado; sabían que su presencia no sería bienvenida, pero tampoco intentaron esconderse. Serrano mantenía las manos en los bolsillos de su chaqueta mientras observaba con atención cada detalle, cada gesto de los Bernabeu y sus aliados.

Sus ojos se detuvieron en Sofía. Ella permanecía serena, con la barbilla alta y la mirada firme, mientras el ataúd desaparecía de su vista. De pronto, a su lado, como siempre, se puso «El Gordo» Díaz, fiel y vigilante. Un perro guardián dispuesto a atacar al menor indicio de amenaza. Sin esperarlo, como si hubiera sentido la mirada de Serrano, Sofía giró la cabeza y sus ojos se cruzaron con los del inspector. Fue un momento suspendido en el tiempo, un instante en el que todo el cementerio pareció desaparecer.

Serrano sonrió, aunque era más una mueca, un gesto cargado de sorna y beligerancia. Levantó ligeramente el mentón en un saludo silencioso, casi un desafío. Sofía lo miró un segundo más, inmutable, antes de desviar la vista hacia el nicho donde su hermano descansaba ya para siempre.

La lluvia seguía cayendo, empapando a todos los presentes, como si el cielo también llorara la pérdida de Ignacio. Pero para Sofía y Serrano, aquello no era un final. Quedaba mucho camino por recorrer, muchas batallas que librar y demasiados sacrificios que hacer. El tablero estaba listo y ambos sabían que, tarde o temprano, volverían a enfrentarse en ese peligroso juego donde solo uno podría quedar en pie.

El entierro concluyó y los asistentes comenzaron a dispersarse, cargados con sus propios secretos y alianzas, cada uno volviendo a su vida. Serrano observó cómo Sofía se alejaba, rodeada de su familia y escoltada por sus hombres.

«Esto no ha terminado», pensó mientras daba media vuelta y se marchaba junto a Rojo y Agulló, su mente ya maquinando los próximos pasos. Podrás escapar de mí, pero no para siempre. Algún día pagarás por todos tus pecados... y la reina acabará guillotinada.

¿Hasta dónde llegarías para proteger tu poder y tus secretos?



Con el regreso de Tomás Bernabeu tras su misteriosa desaparición, la familia enfrenta tensiones crecientes. Sofía, su hija, ha demostrado ser una líder implacable, pero sus decisiones recientes han dejado grietas que sus enemigos están listos para explotar.

Mientras en Alicante los agentes Rojo y Agulló investigan un oscuro encubrimiento, el inspector Javier Serrano se encuentra atrapado entre el deber y su atracción por Sofía. ¿Colaborará con los agentes o protegerá a una mujer que podría destruirlo?

Sofía, acosada por las sospechas de su padre y la presión de sus rivales, libra una lucha por consolidar su poder. Cada decisión la acerca más al borde del abismo... o a un triunfo definitivo.

En un mundo de traiciones, poder y justicia, cada movimiento tiene un precio. ¿Quién está listo para pagarlo?

HAZTE CON TU COPIA AHORA

Si buscas un buen thriller ambientado en la Costa Blanca...



Un cadáver abandonado en un pantano. Dos familias poderosas, una operación millonaria y el control de una ciudad en juego. Honor, venganza y corrupción. Cuando la inspectora Agulló acepta su primer caso, encuentra una investigación llena de secretos.

Pero lo peor está por llegar: ¿tendrá precio su silencio?

«UNA OBRA QUE PUEDE SER DE NETFLIX».

Ella era joven, exitosa y uno de los rostros más conocidos en la ciudad.

Laura tenía un secreto, pero no sabía que moriría antes de contarlo.

Ambientada en la ciudad de Elche durante la crisis económica del calzado, ¿Quién mató a Laura Coves? es una novela frenética y adictiva de suspense que ahonda en las pasiones más oscuras de la sociedad.

HAZTE CON TU COPIA AHORA

¿Conoces a Rojo? Descubre la historia detrás del inspector de policía...



Año 1992. Una llamada invernal arrastra al inspector Rojo a un caso que podría ser su perdición.
Jamás debió descolgar el teléfono...

En las sombras de Cartagena, el inspector se adentra en la investigación de una joven desaparecida, solo para descubrir que esta es la superficie de un abismo de corrupción, tráfico de

influencias, y trata de personas, todo envuelto en un tejido político descompuesto.

Con su carrera y principios en la balanza, Rojo se enfrenta a una disyuntiva mortal: salvar a una desconocida o salvarse a sí mismo.

Su tenacidad por defender las causas perdidas lo coloca en un peligro inminente...
...amenazando no solo su vida sino también la de su familia.

La desaparición de la joven será la entrada a una profunda madriguera...

¿Podrá Rojo resolver el caso antes de terminar atrapado en las redes del peligro?

Lo que Rojo aún no sabe es que su decisión lo sumergirá en un infierno del que tal vez no pueda escapar…

HAZTE CON TU COPIA AHORA

Descubre al detective privado más famoso de Madrid...

Si te gusta Rojo, no puedes dejar de conocer a Javier Maldonado, un expolicía de la brigada de Homicidios de Madrid que ahora trabaja como detective privado.

Dentro de la serie Maldonado, Rojo colabora con Maldonado en "El Caso del Tarot" y otros libros más.



Era el mejor inspector de Madrid encontrando a personas desaparecidas. Un trágico accidente acabó con su carrera. Ahora es detective privado.

Investigando una aparente infidelidad matrimonial, Maldonado se involucra en un siniestro crimen rodeado de mentiras que hará peligrar su reputación y la de uno de sus mejores amigos. Tendrá que sacrificar su vida para resolver el caso que acabará con sus problemas personales.

¿Logrará Maldonado resolver el asesinato antes de que este termine con su vida?

EMPIEZA UNA MENTIRA LETAL AHORA

Si aún no lo has hecho, descubre esto...



LIBRO GRATIS

La envidia puede matar...

Esta apasionante novela negra está disponible GRATIS por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

DESCARGA GRATIS CABALLERO

O si estás leyendo en Kindle o papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para acceder el libro gratis.



Sobre el autor



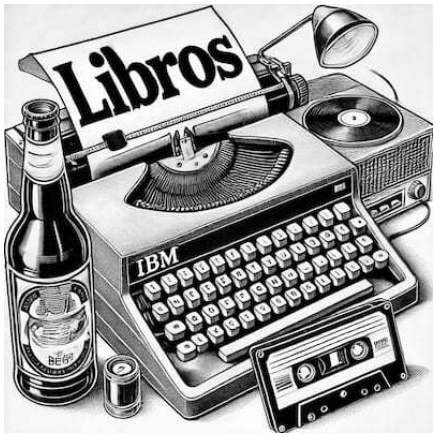
Pablo Poveda (Elche, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años, después seis en Madrid y actualmente reside en el Levante español, donde escribe todas las mañanas. Cree en el jazz, el rock, la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Facebook: facebook.com/elescritorfant
Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós
Muerte en el Mediterráneo
El arte del engaño
La playa de los muertos
El último baile
Un secreto bajo tierra

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)
Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)
Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

Serie Don

Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible
Origen
Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)
Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)
Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad
Asalto Internacional
Matar o Morir
Fuego Cruzado
Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada
El trabajo del Diablo
El juego del Diablo
El laberinto del Diablo
Sombra en la costa
Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal
Una Apuesta Mortal
Un Crimen Brillante
El Caso del Tarot
Una Amistad Peligrosa
El asesinato del casino
El crimen de Atocha
Muerte en Las Vegas
Asesinato en Cannes
Pack novelas 1-3
Pack novelas 4-6

Trilogía El Profesor
El Profesor
El Aprendiz
El Maestro
Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

Serie Lepoldo Bonavista
El misterio de la familia Fonseca
El misterio de la máscara de porcelana

Otros:
El secreto de la señora Avignon
¿Quién mató a Laura Coves?
Perseguido
Motel Malibu
Sangre de Pepperoni
La Chica de las canciones
El Círculo